

IDAD  
CCIÓN

PRONCED

OBRAS  
POETICAS

PQ6521

A1

1876

c.1

46659

010381



1080021944



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



OBRAS POÉTICAS

DE

D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

PRECEDIDAS

DE LA BIOGRAFIA DEL AUTOR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Biblioteca Valverde Tellez

Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

MEXICO

IMPRENTA Y LIBRERIA DE LA ENSEÑANZA

Portal de Mercaderes numero 7

1876

46659

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



P96521  
A 1  
1876



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

### PROLOGO.

Pocos libros se han publicado recientemente en España con menos necesidad de prólogo, que el de las elegantes poesías del Sr. DON JOSE DE ESPRONCEDA, que ahora sale á luz. Mientras, ausente el poeta, nos afanamos sus amigos en completar la coleccion, mas por honra de nuestra época y de la musa y del habla castellana, que por obsequio al autor, cuya modestia y abandono generoso, proverbial entre cuantos le conocen, habria hecho su cooperación difficilísima, anfanamos en nuestra halagüeña tarea la certidumbre de que es verdaderamente popular este trabajo, y de verdadera importancia para la literatura española reunir en un solo cuerpo esos preciosos fragmentos y composiciones sueltas, perlas de nuestro Parnaso, que ya en manuscritos, ya en incorrectas publicaciones, han circulado con aplauso universal, y en nuestros dias inaudito.

No se ofrecen, pues, al público, las poesías de ESPRONCEDA con ánimo de explorar su juicio, ni de merecer una sentencia favorable, que pronunciada ya por unanimidad hace muchos años, en el entusiasmo que las sublimes composiciones del *Pirata*, el *Mendigo*, el *Verdugo*, el *Himno*

010381



al Sol y otras muchas escitaran en los liceos y academias, por los prensa periódica, de la capital y de las provincias, en los salones mas cultos y de mejor tono, así como en las turbas del pueblo, último y supremo juez, por mas que muchos lo ignoren ó lo nieguen, en materias de buen gusto, fuera impertinencia pedirle que ratificase un fallo nunca desmentido ni puesto en duda. Para la misma benevolencia del juicio exige de los amigos del poeta que presenten al público todo el ramillete, ya que varias de las joyas y de las suavísimas flores que la componen, le han deleitado con su viva luz, con su dulce y delicado aroma, con sus espléndidos matices; ora ilustrando su mente, ora despertando sus afectos, ó reanimando la llama de sus virtudes.

No es de este lugar el exámen crítico de las poesías de ESPRONCEDA, ni convenientes nunca los esfuerzos que se dirigen á prevenir el juicio de los lectores. Y aunque así no opinásemos, todavía nos abstendríamos de entrar en calificaciones acerca de su mérito, pues de seguro no las necesitan. Los libros de los grandes ó de los inspirados escritores pueden presentarse sin explicacion ni apología: cuando estas se intentan, llevan, por lo comun, demostrar que lo frio, lo vulgar ó insípido es bueno, y que debe leerse; á lo cual suele responder el público, por evitar debates, que bueno será, pero que no lo lee. Imaginamos, empero, que aunque nos cumpla renunciar al análisis de los bellos cantos que á la par del público admiramos, no nos será ilícito emitir la opinion de que están, mas que ningunos otros que en nuestra lengua conozcamos, exentos de aquella inanición de que adolecen las producciones de quienes no saben ó no sienten mas que sienten ó mas que saben los que las contemplan. Cada poema de ESPRONCEDA es una revelacion; cada estrofa un cuadro en que se retrata á la natu-

raleza con tanta verdad, que la vemos allí fecunda, viva y en movimiento; descubriendo, ademas, bajo el pincel del artista, nuevas formas, y hermosuras y armonías nuevas, que por nosotros mismos jamas hubiéramos echado de ver. Todos los vivientes somos susceptibles de impresiones y en nuestro pecho, es cierto, yacen los gérmenes de la inspiracion; pero el libro del poeta es el mágico espejo, adonde se descubren los arcanos y misterios profundos de la beatitud que á veces dulcifica el alma del dolor que con mayor frecuencia la inunda. Profundo psicólogo nuestro autor, tomó las formas de la mística belleza del orbe, arancó sus secretos al mas puro y recóndito sentir del espíritu humano, y en una lengua castiza, armoniosa, fácil, digna del alto asunto que explicaba, describió los raptos del corazon, el vuelo de la fantasía, arrebátándonos consigo, ya hasta el cenit dorado desde donde apostrofa al sol . . .

Vívido lanzas de tu frente el dia;  
Y alma y vida del mundo,  
Tu disco, en paz, magestuoso envía  
Plácido ardor fecundo:  
Y te elevas triunfante,  
Corona de los orbes centellante;

ya á las remotas playas desde donde dirige á su patria el melancólico y tierno cantar que comienza así, y cuya inimitable uncion crece en cada estrofa;

¡Cuán solitaria la nacion que un dia  
Poblara inmensa gente!  
¡La nacion cuyo imperio se extendia  
Del Ocaso al Oriente!

Permítasenos antes de concluir esta brevísima introducción, tributar el homenaje de nuestra gratitud al hombre cuyo profundo saber, delicado gusto y complaciente benevolencia han contribuido tanto á cultivar el alto ingenio de nuestro amigo. El Sr. DON ALBERTO LISTA cuenta á ESPRONCEDA como á uno de sus más aventajados alumnos; y entre las octavas del *Ensayo Epico* que se publican, hay algunas de aquel eminente profesor, á quien la mano de la política puede separar momentáneamente del trato, pero no del corazón de los que le debemos atenciones ó enseñanza.

Madrid, Junio de 1839.

JOSE GARCÍA DE VILLALTA.

## BIOGRAFIA

DE

## D. JOSÉ DE ESPRONCEDA

Triste, muy triste es ver al cristalino y murmurante arroyo transformado en impetuoso torrente, que cae y se quebranta de peña en peña hasta arrastrarse en el llano, cuyas arenas lo absorben ántes de convertirse en espaciosa laguna para retratar en su diáfana superficie todas las bellezas que la creación hacina en sus márgenes privilegiadas. Triste, muy triste es ver cómo desciende al sepulcro en la flor de sus años el hombre que se eleva en alas del génio y de la poesía á excelsas regiones y habita mundos desconocidos, á que da animación su mente y donde le sustenta su imaginación de fuego; así cede el robusto roble al soplo de los vendavales y se derrumba con hórrido estruendo; no de otro modo se sumerge deshecho por las tormentas el empavesado buque, gala y orgullo de los mares.

Tal es en bosquejo la vida del cantor del *Diablo mundo*: pasaremos con la celeridad posible por los sucesos que más la caracterizan, temerosos de que se apodere de nuestra alma la amargura, y de que el llanto anuble la luz de nuestros ojos.



A uno de esos acasos de la guerra debe la gloria de contar entre sus ilustres hijos á D. José de Espronceda la patria de Francisco Pizarro y de Diego Paredes. Seguía su padre la honrosa profesion de la milicia, se hallaba empeñado en la memorable campaña de la Independencia como coronel de un regimiento de caballería en la provincia de Extremadura; acompañábale su esposa, ya en cinta, y en una de las continuas y penosas marchas de la tropa, hubo de quedarse oprimida por vivísimos dolores en la villa de Almendranijo, donde dió á luz al que mas tarde habia de ser honra y prez de la poesia castellana: corria á la sazón el año de 1810 y era la estación de los céfiros y las flores.

Acabada la guerra, se establecía en Madrid la familia de Espronceda, y ya tenia este algunos rudimentos de enseñanza al abrirse el colegio de San Mateo. Discípulo de Lista, y tempranamente afecto al cultivo de las musas, su primera oda se dirigia á celebrar la jornada del 7 de Julio: enseñósele á su buen maestro; á cada verso que constaba, á cada imágen medianamente descrita, exclamaba Lista regocijado:—Oyes, ¿esto es magnífico! A cada locucion trivial, á cada frase impropia é incoherente, decia sin fruncir el ceño:—Mira, esto es de mal gusto. Ponderaba las bellezas, corregia los defectos y animaba el naciente número del vate: así para llevar por un sendero á sus alumnos nunca empleaba la rígida autoridad de maestro, pues sabia grangearse su infantil cariño, y las blandas insinuaciones hacian el oficio de expresos mandatos. Espronceda estudiaba privadamente con Lista despues de cerrado el colegio; tambien figuraba entre los que aplicándose poco, lucian mucho; miembro de la academia del *Misto* progresaba en la poesia; con vocacion á la política y liberal por el convencimiento de que es capaz un jóven de 14 años, pertene-

cia á la sociedad de *Numantinos*, en clase de tribuno. Preso como Vega y otros compañeros suyos al recaer en aquella causa el fallo de los tribunales de justicia, salia de Madrid con destino á un convento de Guadalajara, ciudad donde residia á la sazón su padre.

Allí en la soledad del claustro se enaltecia su mente juvenil y lozana por las regiones de la epopeya. Alentado por su inspiracion vigorosa, no se detenia á indagar si los sonidos de la trompa épica hallarian eco en la sociedad de nuestro siglo. Recorriendo la historia de España y fijándose en el adalid de Covadonga, le parecia asunto grande, sublime y capaz de interesar á un pueblo, la restauracion de la monarquia de los Godos en pugna con la civilizacion floreciente y el guerrero empuje de los sectarios de Mahoma. Ofrecia este magnífico cuadro el contraste de dos creencias, de dos civilizaciones, de dos enseñanzas, la cruz y la media luna: cabian excelentes episodios en que alternaran las rudas costumbres de los esforzados montañeses luchando por la independencia, y la muelle vida de los orientales soñando amores en sus gabinetes embalsamados con olorosas esencias y enriquecidos con sedería y oro, ó arrojándose á las lides para propagar la ley de su profeta á sangre y fuego. Acertado anduvo Espronceda en elegir á *Pelayo* por héroe de su poema, argumentó tan digno y grandioso como la *Conquista de Granada* y el *Descubrimiento del Nuevo Mundo*. Si hubiéramos de calificar el mérito de su epopeya por los cantos insertos en la coleccion de sus poesías, nuestro voto le seria favorable; pues hay allí pasajes que admiran por la verdad y atrevimiento de sus pinturas como el *Cuadro del hambre* y el fatídico *Sueño del Rey D. Rodrigo*. A Don Alberto Lista le agradó sobremanera el pensamiento, y aun son suyas algunos oc-



tavas en los fragmentos contenidos. No habia renunciado Espronceda á terminar *El Pelayo*, y constantemente poseído de la belleza del asunto, es probable que al darle cima hubiera variado de metros á fin de amenizar mas el conjunto de la obra.

Cumplida su condena vino á la corte: bajo la recelosa mirada de la policia le amagaban persecuciones y ansioso de sacudir tan cruel desasosiego, no ménos que de correr mundo, determinó salir de España, y encaminándose á Gibraltar puso su planta en el primer país extranjero sin apartarse de nuestro territorio. Cómo se trasladó desde allí á Lisboa, nos lo ha referido con jovial tono y fácil gracejo, distante ya de los peligros y miserias que le acosaran entónces. Por no eclipsar la brillantéz de su relato reduciéndolo á mas estrechos límites de los que ocupa en el *Pensamiento*, nos basta deducir de aquel artículo un dato importante. Despues de echar el ancla en el puerto de Lisboa el dismantelado falucho que conducia al jóven emigrado, lo abordó la falúa de sanidad: exigieron á los pasajeros el pago de una gabela; cuando á Espronceda le llegó su turno, sacó del bolsillo un duro, única moneda que componia todo su erario; le devolvieron dos pesetas y las arrojó desenfadadamente al agua, porque *no quiso entrar en tan gran capital con tan poco dinero.*

Para el que al anocheecer de un dia nebuloso ó sereno vaga por las calles de una ciudad extraña, sin pan que le suciente, ni techo que le abrigue, ni amigo que le tienda una mano, no son todas penas y angustias como acaso imaginan los que en sedentaria vida vegetan ó con la comodidad de la opulencia viajan. Un espíritu henchido de fuego y ávido de aventuras, un corazon resuelto y una voluntad firme triunfan siempre de este trance, congojoso y

amargo para los que se anegan en poca agua. No perteneció Espronceda á esta clase: pobre como Homero desembarcaba en el país del cantor de Vasco de Gama: allí entre privaciones y escaseces tuvo origen esa pasión amorosa, violenta, vehemente y profunda, pasión embellecida por su imaginación ardorosa, y que con sus goces y penalidades, sus dichas y contratiempos absorbe gran parte de su existencia. Propio de una novela sería narrar las diversas alternativas de tan ardientes amores: omitiríamoslas nosotros aun cuando se adoptasen á la índole de esta obra, porque acaecen lances en la vida de los hombres que deben envolverse en el sudario del olvido, y hay secretos de amistad sobre los cuales cae de repente y á perpetuidad la losa del silencio.

Eran por aquella época los emigrados la continua pesadilla de los consejeros del rey de España, y no los consentían á la puerta de casa: por eso Espronceda y otros se vieron en la necesidad de trasladarse á Lóndres, cuyo suelo fué para todos mas hospitalario. Dividia el poeta extremeño las horas entre sus desvarios amorosos y sus estudios: leía á Shakspeare, á Milton y á Byron, y si consultamos sus inclinaciones, sus costumbres, sus poesías, no será difícil demostrar que Espronceda se propuso por modelo al último de estos tres escritores: entonaba cánticos de apasionada ternura á su dama y dedicaba á su país acentos, no lánguidos y pobres de valentía como los de Martínez de la Rosa en ocasión semejante, sino bien sentidos y expresados á estilo del profeta de las lamentaciones, deplorando el abatimiento de la nación que había dictado leyes al mundo, y en cuyas posesiones nunca descendía el sol á su ocaso.

Tal vez en Lóndres gozaba Espronceda el período mas feliz de su vida aun cuando no abundase en recursos. Cru-



zaba despues el Canal de la Mancha fijando en París su residencia: entusiasta por la libertad de los pueblos se batia en el puente de las Artes y detras de las barricadas durante los tres dias de Julio. Venia mas tarde entre aquel puñado de españoles que más acá del Pirineo dieran estériles señales de bizzarria, asistiendo á la infeliz jornada en que sucumbiera heroicamente D. Joaquin de Pablo. Vuelto á París se inscribia en la gloriosa cruzada que espíritus nobles imaginaron por salvar á la oprimida Polonia, sublime y heroica empresa contrariada por Luis Felipe con la voluntad inflexible de un soberano bien quisto de su pueblo. A la mágica voz de amnistia regresaba Espronceda al suelo pátrio, y dirigiendo ya los negocios el ministro Cea, entraba en el cuerpo de Guardias de la real persona. Amado de sus compañeros y querido de sus jefes, sin duda hubiera sido uno de los mas pomposos vástagos de aquel rico plantel de la milicia española, si un imprevisto suceso no viniera á cortar en flor sus esperanzas. Hubo de escribir unos versos alusivos á la política militante, y aplaudidos en un banquete, deslizándose de mano en mano, es fama que llegaron á las del primer ministro, quien no se descuidó al mostrárselas al monarca: llamó este al capitan del cuerpo, y aunque al principio abogó con energía por su subordinado, apoyándose en su puntualidad para el servicio y en sus felices disposiciones para la milicia, doblóse al fin á las exigencias ministeriales y el poeta dejó de ser guardia. Desterrado á la villa de Cuellar reunió materiales y compuso una coleccion de bellos cuadros, á que dió el nombre de novela: si corresponde al título que tiene, dista mucho de figurar *El Sancho de Saldana* en primera línea entre esa clase de producciones.

Apenas apuntó en España la aurora de libertad con la

promulgacion del Estatuto, se hizo Espronceda periodista; su activo pensamiento no podia soportar el yugo de la prévia censura. Contábase entre los redactores del *Siglo*, de que era director D. Bernardino Núñez Arenas, propietario el Sr. Faura y censor el Sr. Gonzalez Allende. Prohibidos por este los materiales destinados al número 14 del periódico mas caliente de entonces, no sabian los redactores cómo salir de aquel apuro. Espronceda tuvo la oportuna idea de proponer que se publicara el *Siglo en blanco*: asintieron todos sin dificultad á la propuesta, y al dia siguiente se repartia su diario con los epígrafes de *La amnistia*.—*Política interior*.—*Carta de D. Miguel y D. Manuel Maria Hazana en defensa de su honor y patriotismo*.—*Sobre córtes*.—*Cancion á la muerte de D. Joaquin de Pablo (Chapalangarra)*. De resultas fué vedada la publicacion del *Siglo*, y sus redactores tuvieron que andar á salto de mata para desorientar á los que de órden del gobernador civil iban en su busca.

Tuvo Espronceda gran parte en los movimientos de los años de 1835 y 1836, haciendo barricadas en la Plaza mayor de esta corte y pronunciando fogosas arengas. Como en ambas ocasiones pudo la autoridad militar contener por pocas horas el fuego que habia cundido de provincia en provincia, se vió obligado á esconderse el poeta revolucionario. Hallábase en los baños de Santa Engracia cuando el ayuntamiento de Madrid dió en 1840 el grito de Setiembre, que forzosamente habia de prevalecer secundándolo el caudillo de los ejércitos nacionales á la cabeza de cien mil combatientes. Luego que lo supó tomó la posta y vino á incorporarse á la octava compañía de cazadores de que era teniente. Sonaba su voz en el jurado defendiendo un artículo del *Huracan* denunciado por aquellos dias. Del mo-



do mas explicito hizo alarde de sus opiniones republicanas; temia que del pronunciamiento no se obtuviesen grandes resultados y exclamaba: "Yo bien sé que despues de violentas borrascas quedan insectos sobre la tierra que corrompen la atmósfera con su fétido aliento." Justificado aquel trastorno y recalcando la precision que habia de variar de rumbo decia: "Hasta ahora ha visto la nacion que sus representantes se han arrojado sobre ella para devorarla como una horda de cosacos." Creia que si todos se persuadieran de la excelencia del gobierno republicano y se tratara luego de imponer castigos á sus defensores, habria que fusilar á la humanidad entera. Abundaba su discurso en frases de esta especie: obtuvo diversos aplausos y el artículo del *Huracan* fué absuelto.

Por el mes de Diciembre de 1841 se dirigia á El Haya á desempeñar la secretaria de la legacion española; regresaba poco despues á Madrid como representante de Almería en el Congreso. Ya decaida su salud en gran manera por lo azaroso y desordenado de su vida, habia sufrido doble quebranto con el viaje hecho á la fría Holanda en lo mas crudo del invierno.

Bien conocian sus admiradores que no cubrian canas aquella erguida frente, y sus temores se realizaron mucho antes de lo que imaginaban. Atacado de una inflamacion en la garganta, espiró á los cuatro dias de enfermedad, á las nueve de la mañana del 23 de Mayo de 1842, en los brazos de sus predilectos amigos. Profunda sensacion causó tan temprana muerte: numeroso cortejo seguia el ataúd del poeta acompañándolo hasta el cementerio de la puerta de Atocha; y nuestro amigo D. Enrique Gil conmovia á todos los concurrentes con la lectura de una tierna elegía recitada entre sollozos.

Poeta de esplendorosa fantasía, de númen potente, de entonacion robusta, osado en las formas, elegante en las locuciones, daba lujo, facilidad y elocuencia á su nervioso estilo. Dotado de singular arrojo, capaz del más férvido entusiasmo, amaba los peligros y se esparcía su ánimo imaginando temerarias empresas. En la edad antigua y en la patria de Sócrates hubiera sido rival de Alcibíades ó hubiera muerto en las Termópilas con Leonidas: en la edad media hubiera merecido la ínclita gloria de que se leyesen sus hazañas en el poema del Tasso: al principio de la edad moderna le hubiera visto Cristóbal Colon á bordo de su carabela. Mas no simbolizan por cierto la virtud sublime y la fé religiosa el siglo de Espronceda, siglo en que de todo se hace mercancia, en que todo se reduce á guarismos y se pesa y se quilata; siglo en fin de mezquindad y prosa. Impetuoso el cantor de Pelayo y sin cauce natural á su inmenso raudal de vida, se desbordó con furia gastando su ardor bizarro en desenfrenados placeres y crapulosos festines: á haber poseído inmensos caudales fuera el *D. Juan Tenorio* del siglo diez y nueve.

Una de las canciones mas celebradas de Espronceda es *El Pirata*, donde pinta admirablemente al hombre que tiene el mar por patria. Nosotros hemos hecho largas navegaciones: bella es la perspectiva del sol brotando en chispas de oro del seno de las aguas, ó escondiéndose al término de su triunfal carrera entre grupos de caprichosas nubes que semejan la mole de almenado castillo ó el contorno de pirámide gigantesca, ó la arcada de macizo puente, ó muro de ciudad antigua. Magnífica de encantos descende la noche, ya se ostente tranquila con su fúlgida cohorte de estrellas, ya aparezca entre nubes de negro celaje, que desvanece la primera luz del alba ó rasga á deshora el res-



plandor de la luna, surgiendo roja de las tinieblas y mostrando su disco como el cráter de un volcan preñado de ardiente lava. Recrean al navegante el fosfórico brillo de las ondas estrellándose en el costado del buque, la luminosa estela que se dilata por la popa, y el ruido de la quilla hendiendo las aguas, semejante al fragor de umbroso bosque agitado por el viento ó al soberbio hervir de magestuosa catarata quebrantándose de roca en roca. Todos esos goces los habíamos concebido antes de surcar los mares: nos lo revelaba la canción de Espronceda: muchas veces la hemos repetido sobre cubierta á tiempo de rielar en el Océano la luna y de gemir en la lona fresca brisa alzando olas de plata y azul en blando movimiento: ni nos ha faltado ocasion de recitarla teniendo por música los huracanes y el estrépito y temblor de los cables sacudidos. Espronceda blasona de su amor á los peligros en la canción del *Pirata*. Su espíritu belicoso se halla patente en el *Canto del Cosaco*: lo acriollado de su patriotismo en la *Despedida del jóven griego de la hija del apóstata*: sus delirios de socialista en el *Mendigo* y en el *Verdugo*: en el *Himno al Sol* su elevacion de ideas: cuando canta *A un lucero* llora la pérdida de sus ilusiones: cuando en una *orgia* se dirige á *Jariff* el hastío le devora: cuando compone *El estudiante de Salamanca* dibuja en D. Feliz de Montemar su propio retrato. Con tener ese precioso tomo de poesías publicado en 1840, estudia uno al poeta y se familiariza con el hombre: sus versos vienen á ser un exacto compendio de su historia.

Existen en los periódicos algunas de sus poesías sueltas: en el *Español* dos fragmentos de una leyenda *el Templario*: en el *Pensamiento* un romance á *Laura*: en el *Iris* estrofas de una oda á la *Traslacion de las cenizas de Napoleon* y un fragmento de *El Diablo mundo*, titulado *el ángel y*

*el poeta*: en el *Labriego* una composición al *Dos de Mayo*. De esta parece oportuno indicar alguna cosa.

Desde que el general en jefe de las tropas de Isabel II escribió su célebre manifiesto sobre la cureña de un cañon en el Mas de las Matas, no se avenian los hombres del progreso á agitarse sin fruto entre el polvo de la derrota, y no desperdiciaba momento de maquinarse contra sus triunfantes adversarios. Abiertas las córtes de 1840 eligieron por campo de batalla la discusion de actas electorales impugnándolas una por una con prolijidad enfadosa, y repitiendo hasta la saciedad unos mismos cargos, como para dar tiempo á que madurase algun proyecto de trastorno. Ya muy avanzada la sesion del 23 de Febrero hervia la multitud á las puertas del Congreso; descansaba sobre las armas un piquete de infantería en el solar de las monjas de Pinto: pedia la palabra D. Joaquin María Lopez, y al decir en el exordio de su arenga incendiaria, que iba á *arrancar muchas máscaras y á llamar las cosas por sus verdaderos nombres*, estallaba en las galerías y en las tribunas ruidoso y universal aplauso: percibíase dentro la gritería de las gentes agrupadas en torno de la parte exterior del edificio: se refugiaba el jefe político de Madrid al salon de columnas. Continuando la sesion aseguraba el gabinete que habia adoptado las medidas convenientes para restablecer el público sosiego; algun diputado replicaba: *todavía no oigo el estampido de los cañones*: uno de los alcaldes constitucionales se sonreía con calma sin moverse de su escaño, y se hacia de nuevas tal individuo que habia intervenido en los preliminares del alboroto. Mientras se representaba en el salon de las sesiones tan pobre farsa, ocurrían escenas más tristes en la calle: en medio de infinitos grupos la segunda autoridad militar de esta corte los invitaba al órden ha-



blándoles afectuosamente y con el sombrero en la mano.—Respetad la ley, hijos.—Vd. es el que ha de respetar al pueblo,—le decía alguno.—Orden, señores, repetía el gobernador de la plaza.—Miren quién proclama el orden! reponía otro, el segundo de Bessieres.—Pálido como la cera y siguiendo sus amonestaciones contestaba el general:—Sí, señores, he sido segundo de Bessieres; pero ahora sirvo la causa de Isabel II y he derramado mi sangre por ella.—Con la misma lealtad servirá vd. esta causa que la otra.—Tan escandaloso diálogo no se podía prolongar mas tiempo. A la llegada del capitán general empezaban á llover piedras sobre la tropa; aquel jefe declaró á Madrid en estado de sitio al son de trompetas; como el pueblo no despegase la plazuela de Santa Catalina, mandó cargar á algunos caballos: lo hicieron á media rienda y lanza en ristre; salváronse con la fuga todos, ménos un miliciano, que por lucir su serenidad ó por no haberse metido en nada, quiso aguardar á pié firme y cayó al suelo sin vida. Al dia siguiente fué tambien la sesion borrascosa: hubo otras parecidas ántes y despues de constituirse el congreso con motivo de la discusion de la ley sobre ayuntamientos y especialmente del artículo relativo al nombramiento de alcaldes. No perdonaba medio la minoría de concitar el descontento de las masas y de provocar disturbios: ofrecióle aquel gobierno poco previsor ó sobradamente temerario una propicia coyuntura al designar para inspector de la milicia ciudadana al capitán general de Castilla la Nueva, y debia presentarse al frente de sus batallones, escuadrones y brigadas el dia 2 de Mayo. Entónces iba á reventar la mina cargada de combustible hasta la boca, y para que la explosion fuera mas horrible y espantosa, compuso Espronceda la poesía que hemos citado. Allí describia con mágica ve-

hemencia el afrentoso espectáculo de la corte de Cárlos IV vendida á los franceses, como se creia en 1808, y la heroicidad del pueblo madrileño como la reconoce la historia. Para significar el esfuerzo de España en la lucha de la Independencia decía arrebatado por su inspiracion vigorosa:

Del cetro de sus reyes los pedazos  
Del suelo ensangrentados recogia,  
Y un nuevo trono en sus robustos brazos  
Levantando á su príncipe ofrecia.

Tronaba despues fieramente indignado, por el triste galardón otorgado á tanto sacrificio y ardimiento, de este modo:

El trono que erigió vuestra bravura  
Sobre huesos de héroes levantado,  
Un rey ingrato de memoria insipura  
Con eterno baldón dejó manchado.

Aludia á la segunda época constitucional, y bramando de ira exclamaba con solemne acento:

Ay! Para bollar la libertad sagrada  
El príncipe, borron de nuestra historia,  
Llamó en su auxilio la francesa espada  
Que segase el laurel de vuestra gloria.

Ni perdonaba en sus violentos arranques al rey de los franceses: ni omitia señalar los enemigos á quienes era fuerza combatir para obtener el triunfo; sus palabras eran estas:

Hoy esa raza degradada, espuria,  
Pobre nacion, que esclavizarte anhele,  
Busca tambien por renovar tu injuria  
De extranjeros monarcas la tutela.

Tras de la voz enérgicamente dolorosa al recordar las antiguas glorias y la supuesta servidumbre del momento, venía el apóstrofe desafiante y el tono de menosprecio para herir el amor propio y azuzar el coraje del pueblo impeliéndole al combate; así concluía su inspiración volcánica y tremebunda:

Verted, juntando las dolientes manos,  
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;  
Mares de eterno llanto, castellanos,  
No bastan á borrar vuestra mancilla.

Llorad como mujeres, vuestra lengua  
No osa lanzar el grito de venganza;  
Apáticos vivis en tanta mengua  
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh! en el dolor inmenso que me inspira  
El pueblo en torno avergonzado calle,  
Y estallando las cuerdas de mi lira,  
Roto también mi corazón estalle.

Esta composición, expresamente escrita para producir efecto, no lo alcanzó por la circunstancia de no haberse presentado en la formación del capitán general de Castilla la nueva como inspector de la milicia, y aun es fama que semejante conducta le costó su empleo. De estos incidentes hemos hablado no de oídas, sino como testigos presenciales.

A la muerte de Espronceda nos quedaron siete cantos del *Diablo mundo*: según el plan de este poema, elástico sin medida, aun cuando el cielo hubiera concedido largos años de vida al bizarro vate, nunca el fin coronara su obra, grandioso engendro de una imaginación fecunda y de un desgarrador escepticismo. De esta suerte exponía su pensamiento en el primer canto:

Nada menos te ofrezco que un poema  
Con lances raros y revuelto asunto,  
De nuestro mundo y sociedad emblema,  
Que hemos de recorrer punto por punto.

Si logro yo desenvolver mi tema,  
Fiel traslado ha de ser, cierto traslado  
De la vida del hombre, y la quimera  
Tras de que va la humanidad entera.

Conociendo lo escabroso de tan triste senda quería al-  
fombrarla de flores, por eso prometía desenvolver su asunto.

En varias formas, con diverso estilo,  
En diferentes géneros, calzando  
Ora el coturno trágico de Esquilo,  
Ora la trompa épica sonando,  
Ora cantando plácido y tranquilo;  
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,  
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,  
Y allá van versos donde va mi gusto.

Su héroe con cuerpo de hombre y alma de niño debía pasar por situaciones altamente originales entre las diversas jerarquías de vivientes. Preso al amanecer rejuvenecido, cuidado con esmero en la cárcel por una mujer del pueblo bajo, instruido por su padre con máximas propias de un presidio, arrastrado sin saberlo á un robo y embalsamado en contemplar la hermosura de una dama reclinada en su lecho, mientras sus camaradas saquean joyas en aquel palacio; fugitivo y oculto en una morada donde se compran placeres, y cuya dueña llora la muerte de una hija; ansioso por restituirla á la existencia, *Adán* es un personaje de interés sumo. Exactitud y tono conveniente resaltan en los diferentes cuadros de este poema, que por su índole no hubiera alcanzado popularidad sino en un país de filósofos y



pensadores. Espronceda habia intercalado un canto *A Teresa*; segun su expresion propia puede saltarlo el que guste, pues es un desahogo de su corazon y nada tiene que ver con el poema; pero tiene que ver mucho con sus amarguras y con el desgarramiento de sus entrañas y con su desencanto y su hastio. Obra maestra es en el género fantástico el prólogo del *Diablo mundo*. Espronceda lo leia de una manera admirable y en tono de grata y solemne canturia.

Atribuyeron algunos á falta de costumbre su escasa brillantez oratoria en la tribuna del parlamento. Verdad es que ya no tenia fuerzas físicas y solo su portentoso espíritu le alentaba; sin embargo, Espronceda no hubiera sobresalido en el curso de las discusiones; tal vez en momentos dados fascinara á sus oyentes mezclando agudezas y sarcasmos en su decir, de ordinario bulbuciente y mal seguro, y solo por intervalos nervioso y prepotente; nunca hubiera sido paladin muy temible en la liza parlamentaria.

Gallardo de apostura, airoso de porte y dotado de varonil belleza, le hacia aun más interesante la tinta melancólica que empañaba su rostro: cediendo á los impulsos de su corazon, centro de generosidad y de nobleza, pudiera haber figurado como rey de la moda entre la juventud de toda ciudad donde fijara su residencia; mas abrumado por sus ideas de hastio y desengaño, pervertia á los que se doblaban á su vasallaje. Hacia gala de mofarse insolente de la sociedad en públicas reuniones, y á escondidas gozaba en aliviar los padecimientos de sus semejantes: renegaba en la mesa de un café de todo sentimiento caritativo, y al retirarse solo se quedaria sin un real por socorer la miseria de un pobre. Cuando Madrid gemia desolado y afligido por el cólera morbo, se metia en casas ajenas á cuidar los enfer-

mos y consolar los moribundos. Espronceda en su tiempo venia á ser una joya caída en un lodazal, donde habia perdido todo su esmalte y trocádose en escoria. Se hacia querer de cuantos le trataban, y á todos sus vicios sabia poner cierto sello de grandeza: hace tres años y medio que le lloramos sus amigos; desde entonces luce de continuo sobre su sepulcro una guirnalda de siemprevivas.

ANTONIO FERRER DEL RIO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## ENSAYO ÉPICO.

### FRAGMENTOS DE UN POEMA

TITULADO

EL PELAYO.<sup>(1)</sup>

#### PRIMERO.

De los pasados siglos la memoria  
Trae á mi alma inspiracion divina,  
Que las tinieblas de la antigua historia  
Con sus fulgentes rayos ilumina:  
Virtud contemplo, libertad y gloria,  
Crímenes, sangre, asolacion, ruina,  
Rasgando el velo de la edad mi mente,  
Que osada vuela á la remota gente.

(1) Este poema, comenzado muchos años há, estaba ya muy cerca de su término; pero los trastornos y vicisitudes que el autor ha sufrido han extraviado la mayor parte de los manuscritos, y solo le es dado ofrecer al público, como muestra, estos fragmentos. Sin embargo, prendado de la belleza del asunto, no desconfía de dar cumplido remate una obra que ha ocupado los primeros años de su vida.



## II

Tornan los siglos á emprender su giro  
De la sublime eternidad saliendo,  
Y antiguas gentes y ciudades miro  
Súbito ante mi vista apareciendo:  
De ellos á par en mi ilusion respiro,  
Oigo del pueblo el bullicioso estruendo,  
Y lleno el pecho de agradable susto,  
Contemplo el brillo del palacio augusto.

## III

Al blando son de la armoniosa lira  
Oigo la voz de alegres trovadores,  
El aura siento que fragancia aspira,  
Y al eco escucho murmurando amores;  
Al sol contemplo que á occidente gira  
Reverberando fúlgidos colores,  
Do la corte del godo poderío  
Se alza orgullosa sobre el áureo río.

## IV

Toledo, que de mágicos jardines  
Cercada, eleva su muralla altiva  
No guardada de fuertes paladines,  
Ornada sí de juventud festiva:  
Allí entregado á espléndidos festines,  
Rodrigo alegre y descuidado liba  
Copas de néctar de fragancia pura,  
Al deleite brindando y la hermosura.

## V

Allí con ojos lánguidos respira  
Dulce placer baldad voluptuosa,  
Y aroma exhala, si feliz suspira,  
Del puro labio de encarnada rosa:  
Rodrigo en ella codicioso mira  
La que á su amor se muestra desdenosa,  
Que mas que todas es cándida y linda,  
La dulce, bella, celestial Florida.

## VI

El ruido crece del festin en tanto,  
Y el grato néctar al deleite llama;  
Su pecho inunda deleitoso encanto,  
Y el fuego impuro del amor le inflama:  
Ebrio Rodrigo, desceñido el manto  
Alza la mano trémula, derrama  
El áureo vaso y atrevido sella  
Dulce beso en el rostro á la doncella.

## VII

Todo es placer: de su mansion de rosa  
La primavera cándida desciende,  
Y en el regazo de la tierra ansiosa  
El fuego animador de vida enciende:  
Templa del mar la furia procelosa,  
El viento en calma plácido suspende,  
Y derrama la aurora en sus albores  
Luz regalada y regaladas flores.



## VIII

Abre la flor naciente el lindo seno,  
Y recibiendo el encendido rayo,  
En la esmeralda del otero ameno  
Vierte su dulce olor, gloria del mayo:  
Pasa el arroyo plácido y sereno,  
Solícito besándola al soslayo;  
Ella en vivos colores se ilumina  
Y al dulce beso la cabeza inclina.

## IX

Y en el pensil do con rosada frente  
El halagüeño abril pasa riendo,  
A la sombra de un árbol eminente  
Está la juventud danzas tejiendo:  
Cual á la márgen de la herbosa fuente  
Canta, blando laúd diestro tañendo,  
Y cual del baile y del cantor se aleja,  
Y á su dulce beldad tierno se queja.

## X

Allí Rodrigo con incierta huella  
Lascivo sigue á la fatal Florinda;  
Ciego, arrastrado de ominosa estrella,  
Intenta audaz que á su furor se rinda,  
No oye ¡infeliz! su mísera querella;  
La ve humilde á sus piés, la ve mas linda,  
Y con lascivos ojos, con desdoro  
Mancha la hermosa flor de su decoro.

## XI

En tanto encubre pavorosa nube  
El cielo enántes trasparente y terso,  
Y relumbra la espada del querube,  
Ministro del Señor del universo;  
Que ya la voz de la inocencia sube  
Que en llanto el gozo trocará al perverso,  
Y á la luz del relámpago se muestra  
Del rayo armada la divina diestra.

## XII

Súbite un trueno retumbar se siente:  
«¡Himnos, vivas al rey! la danza siga,  
Y nuestra dicha y júbilo acreciente  
El mutuo amor que nuestras almas liga.»  
Tal grita aquella juventud demente,  
Y al rey ensalza que Jehová castiga.  
«¡Himnos, vivas al rey!» Súbite un rayo  
Heló sus pechos con mortal desmayo.

## XIII

Envuelto en noche tenebrosa el mundo,  
Las densas nubes agitando, ondean  
Con sus olas los génios del profundo,  
Que con cárdeno surco centellean;  
Y al ronco trueno, al eco tremebundo  
De los opuestos vientos que pelean,  
Se oya la voz de la celeste saña:  
«¡Ay Rodrigo infeliz! ¡Ay triste España!»

## XIV

Todo desapareció: lóbrego luto  
 Reina y silencio do el placer ardia,  
 Do el mísero monarca disoluto  
 En vil torpeza y embriaguez yacia.  
 Guerra y desolacion el triste fruto  
 Al fin será de su lascivia impía,  
 Y horrenda esclavitud: Rodrigo en tanto  
 Verterá entre sus hembras débil llanto.

## XV

¡Maldicion, maldicion! Yertas las flores,  
 Del huracan violento arrebatadas,  
 El alegre pensil de los amores  
 Verá sus hojas por doquier sembradas;  
 La música, el banquete, los favores  
 Dulces de amor, las danzas animadas,  
 El canto de las damas y galanes  
 Trocados miro en lágrimas y afanes.

## XVI

Tal otro tiempo en la soberbia cena  
 Donde mofaba de Jehová el impío,  
 Ya la medida al sufrimiento llena,  
 Rebosó de ira caudaloso rio;  
 Y el rey asirio con amarga pena  
 Vió en el muro de mármol con sombrío  
 Fuego animarse escrito sobrehumano,  
 Trazado allí por invisible mano.

## FRAGMENTO SEGUNDO

.....  
 .....  
 Era la hora en que el mundano ruido  
 Calma, en silencio el orbe sepultado;  
 Yacia el rey, apenas interrumpido  
 De dulce sueño su mortal cuidado,  
 Cuando un fúnebre oyó largo alarido  
 Entre angustiosos sueños congojado,  
 Triste presagio de su infausta suerte,  
 Y luego ante sus ojos vió la muerte.

.....  
 .....  
 La amarillenta mano descarnada,  
 Blandiendo al aire la gadaña impía,  
 La aterradora vista al rey clavada,  
 Su cetro y su corona recogia,  
 Mientras en torno extraña gente armada  
 Sus despojos alegre dividia:  
 Y oyó sus quejas y escuchó sus voces  
 Y sus semblantes contempló feroces.



## III

Y el ángel de tinieblas levantarse  
 Súbito vió, como la inmensa cumbre  
 Del alto Chimborazo, y al llegarse  
 Lanzandó rayos de ominosa lumbré;  
 Y su mano sintió, que al acercarse  
 En su frente cargó su pesadumbre,  
 Grabando allí tremendo sobrescrito  
 Que le marcara por de Dios maldito.

## IV

Y luego oyó rumor de cien cadenas,  
 Crujir los huesos, rechinar los dientes,  
 Y abismos contempló de eternas penas  
 Inmensurables, lóbregos y ardientes:  
 Oyó voces de horror y espanto llenas,  
 Batieron palmas las precitas gentes,  
 Y oyó también por mofa en su agonía  
 Bárbaras carcajadas de alegría.

Mas luego el sueño se trocó en su mente,  
 Y amantes dichas disfrutar figura  
 En brazos de Florinda dulcemente  
 Entre flores, aromas y frescura;  
 Y cuando mas su corazón consiente  
 Que estrecha la deidad de la hermosura,  
 Se halla en los brazos de Julian fornidos  
 Ahogándole á su cuello retoroidos.

## VI

Sobre él enhiesto á su garganta apunta  
 Fiero puñal que el corazón le hiela:  
 Procura desasirse y mas le junta  
 Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.  
 Así fiero dragon, trilingüe punta  
 Vibra y se enlaza al animal que cela,  
 É hincando en él la ponzoñosa boca,  
 Le enrolla, anuda, oprime y le sufoca.

## VII

Los brazos alza y lleva á su garganta,  
 Del bárbaro enemigo á desprenderse:  
 Cuanto con mas ahinco los levanta,  
 Los ve volver sin ánimo á caerse:  
 Crecen sus bascas, y en angustia tanta  
 Falto de aliento, sin poder valerse.  
 Yerto, rendido y con mortal congoja,  
 Ya con lívida faz, espuma arroja.

## VIII

En medio á su delirio y agonía  
 Trémulo y fatigoso se despierta;  
 Un helado sudor su cuerpo enfria,  
 Su carne toda horripilada y yerta:  
 Siente el robusto brazo que porfía  
 Aun por ahogarle; á desprender no acierta  
 El lienzo que á su cuello él mismo liga,  
 Y él cree en el brazo tenaz que le fatiga.

## FRAGMENTO TERCERO.

## BATAÑA DEL GUADALETE.

En vano con prodigios espantosos  
 El justo cielo le anunció su ruina,  
 Y fúnebres ensueños milagrosos  
 Le intimaron la cólera divina:  
 Ronco trueno á los pueblos temerosos,  
 A deshora estallando, vaticina  
 Desventuras sin fin; y el rey en tanto  
 Derrama entre sus hembras débil llanto.

Orgullosa torrente de guerreros  
 Pueblos, montañas y ciudades hunde:  
 Tintos en sangre brillan sus aceros,  
 Y el estrago y terror doquiera cunde:  
 Así al impulso de aquilones fieros  
 Llama voraz por selvas se difunde,  
 Consume antiguos troncos, arde el suelo  
 Y amenaza abrasar al mismo cielo.

## III

Rompe el alarbe y fiero desbarata  
 Cuanto encuentra, y los campos raudo asuela;  
 Al labrador sus mieses arrebatá;  
 Pavoroso terror las gentes hiela;  
 La vírgen triste al vencedor acata,  
 Y hondo suspiro en su pecho vueta  
 Al trono de Rodrigo descuidado,  
 Que en infame placer yace embriagado.

## IV

Mas al fin despertó: lució ya el día  
 En que á tan grandes crímenes el cielo  
 El merecido premio disponia:  
 Nublóse el sol, encapotóse el velo  
 Del ancha esfera: el trueno estremecía  
 La amedrentada tierra, y con anhelo  
 Rodrigo entónces, respirando apénas,  
 Quiere romper las bárbaras cadenas.

## V

Al deleite se arranca, el hierro viste,  
 Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo  
 Con fatiga tal vez débil resiste,  
 De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;  
 Pálido el rostro, acongojado y triste,  
 Parte á lidiar contra el alarbe rudo;  
 Vierten sus ojos lágrimas, suspira,  
 Y por última vez su alcázar mira.



## VI

El grito escucha de venganza y guerra  
 Gozoso de su estruendo el mahometano,  
 Y ansioso aguarda en la vandalia tierra  
 Do baña el Lete el muro jerezano.  
 ¡Ayl á la lid del ocio se destierra,  
 ¡Oh cara patria! y se prepara en vano  
 Rodrigo de su ejército á la frente,  
 Que los vicios de un rey vician su gente.

## VII

Despareció del goda la osadía  
 Y el antiguo valor: las armas ora,  
 Noble ejercicio de su esfuerzo un día,  
 Cansado blande y los deleites llora,  
 Mientras la enseña de la luna impía  
 Tremolan á los aires vencedora  
 Los que el mundo, beligeros varones,  
 Turbaron con sus bárbaras legiones.

## VIII

Rodrigo en carro de marfil ostenta  
 Corona de oro y perlas en su frente:  
 La regia pompa y galas aparenta  
 Que en los banquetes le adornó luciente.  
 ¡Miserol en vano el corazon alienta;  
 No ve sobre él, ¡oh Dios omnipotentel  
 Tu diestra levantada; arder no mira  
 Tu rayo á la palabra de tu ira.

## XI

Llegamos ya del Lete á la ribera,  
 Y en su fértil llanura el campamento  
 Fijamos frente á la morisma fiera:  
 Resuena el campo en pavoroso acento,  
 Al aire va tendida la bandera,  
 La trompa agita el sonoro viento,  
 Armas y carros resonantes giran,  
 Y ambas huestes atónitas se miran.

## XIX

La noche el cielo en su sombroso manto  
 Lóbrega encapotó: tal vez brillaba  
 Relámpago sombrío, que el espanto  
 Y el horror de la noche acrecentaba:  
 Lúgubre, sola y temerosa en tanto  
 La voz de las vigías se escuchaba,  
 Y en torno de los campos tenebrosos  
 Volaban mil espectros espantosos.

## XI

El sol temprano cual rubí encendido  
 Dejaba el golfo del rosado oriente,  
 Y el rayo de su disco despedido,  
 Doraba de Jerez la alzada frente:  
 Quiebra entre tanto morrion bruñido,  
 Dardo mortal y arnés resplandeciente  
 Su luz, y cada rauda movimiento  
 De ominoso esplendor inunda el viento:

## XII

La extensa vega de Jerez coronan  
 El uno otro ejército fronteros;  
 Guerra las trompas hórridas pregonan,  
 Y al ruido late el pecho á los guerreros.  
 Armas, carros, caballos se amontonan,  
 Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:  
 Los rios su curso con pavor reprimen  
 Y los montes al son medrosos gimen.

## XIII

Triste Rodrigo su carrosa guía  
 Ligera entre sus fuertes escuadrones:  
 Radiante en vano su corona envía  
 El antiguo esplendor. ¡Ah! sus bridones  
 ¡Cuán otro rige ya de aquel que un día  
 Toledo vió entre nobles campeones,  
 Augusto vencedor en los torneos,  
 Coronada su frente de trofeos!

## XIV

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,  
 El corazon anima, y su flaqueza  
 Esconde ante su ejército, y altivo  
 Muestra en su acento bélica fiereza.  
 Sancho, su hijo, el hierro vengativo  
 Blande á su lado y rige la aspereza  
 De un gallardo troton con diestra mano,  
 Mancebo hermoso, intrépido y lozanó.

## XV

Por vez primera la robusta lanza  
 Blande su brazo juvenil, y ansioso  
 Hiérvele el pecho en bélica esperanza,  
 Ceñir pensando el lauro victorioso;  
 Probar de solo á solo su pujanza  
 Con el mismo Tarif ansia animoso:  
 Párase en tanto el rey, alza la frente,  
 Y así en guerrera voz grita á su gente.

## XVI

Entre tanto el clarín súbito suena  
 En nuestro campo y fiera corresponde  
 Con trompas y atabales la agarena  
 Hueste que al ruido en ronco son responde.  
 Tarif su gente á arremeter ordena:  
 La nuestra se adelanta; el cielo esconde  
 Densa nube de polvo, el viento inflama,  
 Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

## XVII

Sus caballos los moros recogiendo,  
 Rápidos se aperceben á lanzarse;  
 Súbito á un tiempo en alarido horrendo  
 Arrancan con nosotros á encontrarse;  
 El ímpetu, las voces, el estruendo  
 Tornan en son confuso á redoblarse;  
 El acero saltando centellea,  
 La sangre hirviendo en derredor humea.



## XVIII

Retumba el valle: al golpe repetido  
Sobre las armas de la hendiente espada,  
Salta el arnés al suelo sacudido,  
La cimera gentil gira abollada:  
No mas veloz, cuando el metal ardido  
Labra el martillo en la caverna ahumada,  
Sobre el fornido yunque horrendo bate,  
Y forja el fiero rayo del combate.

## XIX

Hombres con hombres con furor se estrellan  
Con golpes reciamente redoblados,  
Lo arrasan todo y todo lo atropellan,  
Hienden, rajan, destrozan irritados;  
Armas, muertos, caballos, carros huellan  
Con espantoso estruendo derribados;  
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente  
Envuelve el Guadalete juntamente.

## XX

Así en recio rumor bramando el viento  
En las hondas cavernas de la tierra,  
A deshora con ímpetu violento  
Rompe la cárcel que su furia encierra;  
Retiembla al choque el duradero asiento  
En que el orbe firmísimo se aferra,  
Abre su abismo el mar, su estrago cunde;  
É imperios al no sér súbito hunde.

## XXI

En confusa revuelta la batalla,  
Todos ardiendo en ira se encarnizan,  
Vuela en pedazos la rompida malla,  
Crudos golpes los cuerpos martirizan:  
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla  
Cruzados hierros mil continuo erizan:  
Hiérense, á herirse tornan y desprecian  
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

## XXII

En tanto el sol en su carroza de oro  
Vibrando del zenit vívida lumbre,  
Padre y monarca del luciente coro,  
Mediaba el día en la celeste cumbre.  
Dura incierto el combate: altivo un moro  
De entre la espesa, envuelta muchedumbre  
Aguja su bridon, la lanza agita,  
Y en nosotros audaz se precipita.

## XXIII

Arrolla á Atanagildo; la pujanza  
Del fiero Teudis á sus plantas yace,  
Rinde de Ervigio la terrible lanza,  
Y su cólera en sangre satisface;  
Sobre vencidos muertos se avalanza,  
Opuestos hierros su furor deshace;  
Pavor; desolacion; muerte, rüina  
Su alfanje en alto aterrador fulmina.

## XXIV

Sancho, Sancho le ve: su pecho late  
 Venturoso en hallar digna contienda;  
 Tercia su lanza, las hijadas bate,  
 Y al fogoso bridon suelta la rienda;  
 Parte á do el moro intrépido combate;  
 Llámale en alta voz á la lid tremenda:  
 Vuelve el árabe á Sancho, el troton para,  
 Responde al grito y su furor prepara.

## XXV

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escudo,  
 Sobre el arzon el cuerpo amenazante,  
 Al héroe amaga el bárbaro sañudo,  
 Fijos los ojos, lívido el semblante:  
 Sereno el rostro en ademan forzado  
 Blande el mancebo el hierro centellante,  
 Y envueltos entre el polvo que levantan,  
 La tierra en torno al embestirse espantan.

## XXVI

No mas pronto entre humo y fuego y trueno  
 Rayo veloz del cielo se desata;  
 Ni así fiero en la mar de su hondo seno  
 Las turbias olas Bóreas arrebatá;  
 Ni montañaz torrente al valle ameno,  
 Ni súbito huracan, ni catarata  
 De ondisonante rio, ni lava ardiente  
 Su arranque asemejaran impaciente.

## XXVII

Al encuentro fatal con ruido infando  
 Las lanzas saltan; la áspera coraza  
 El rechinante hierro penetrando,  
 La robusta armadura despedaza;  
 La mitad de la lanza retemblando  
 El pecho al musulman fiero ataraza;  
 A torrentes la sangre humeante brota  
 Por la abertura de la hii viente cota.

## XXVIII

«¡Maldicion sobre tí!» grítale el moro,  
 Y ya su alfanje en alto resplandece;  
 Desplega el golpe en el metal sonoro,  
 Parte á Sancho el arnés y en furia crece  
 No así mugiendo fiero andaluz toro  
 El circo en torno horrísono estremece;  
 Ni iracundo leon, ni tigre hircano  
 Iguala en ira al bárbaro africano.

## XXIX

Presto otra vez al héroe se adelanta,  
 Suelto el veloz caballo en la carrera,  
 El roto escudo impávido levanta  
 Sancho, y el golpe poderoso espera;  
 Descarga el musulman, rompe y quebranta  
 Adarga y yelmo y barras y cimera;  
 Sancho vacila, y de la herida frente  
 La sangre mana en hervorosa fuente



XXX

Y audaz tirando de la cruda espada,  
 Que cual cometa cuando deja el lecho  
 Del mar, resplandeció desenvainada,  
 La esconde toda en el alarbe pecho.  
 De los disueltos miembros huye airada,  
 Dando un gemido de mortal despecho,  
 Aquel alma feroz, y vuela impía  
 Del negro averno á la region sombría.

XXXI

Crece entonces el impetu; el ruido  
 Dóblase en ambas huestes: Sancho grita;  
 Su acento deja al moro estremecido,  
 Y ansia de gloria en el hispano excita.  
 ¿Quién dirá tu valor, ni el encendido  
 Ardor dirá que el corazón te agita?  
 ¡Oh Sancho! yo sí dividí tu gloria,  
 Tuyo fué el lauro y tuya la victoria;

XXXII

En medio la morisma enfierecida  
 Revuelve el héroe su tajante acero:  
 Cada golpe una herida, cada herida  
 Una muerte: y brioso, audaz, ligero,  
 Mil muertes lanza en cada arremetida,  
 Cede á su esfuerzo el árabe altanero,  
 Redobla el choque el animoso hispano,  
 Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII

Apenas con fatiga ronca alientan,  
 Yertos los fuertes brazos, los guerreros,  
 Y en vano el bruto que animar intentan  
 Siéntese hincar los acicates fieros;  
 Ora si aún con altivez sustentan  
 En las cansadas manos los aceros,  
 No es ya valor ni esfuerze ni osadía,  
 Mas requemada furia y rabia impía.

XXXIV

Héroe del español, alta memoria  
 Allí alcanzaste, ¡oh hijo de Rodrigo!  
 Y altivo yo las palmas de victoria  
 Me esforcé en vano á dividir contigo;  
 Astro menor, siguiéndole en su gloria  
 Fuí de su esfuerzo y su valor testigo.  
 Al eco torna del clarín que siente,  
 Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV

Cual rojo alano á las batallas hecho,  
 Si hubo el toro sujeto entre sus dientes,  
 De la fiera arrancado su despecho  
 Muestra con ademanes impacientes;

Y ora para tal vez de trecho en trecho,  
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,  
O lento sigue al conocido dueño  
Con oscuro murmullo y torvo ceño.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS XXXVI

Así el héroe se aparta desdenoso,  
Rotas las armas y el almete hundido,  
Y descubre, marchando perezoso,  
Con palabras su ardor mal reprimido.  
No es ya el diestro y galán jóven hermoso,  
De plumas, oro y perlas revestido;  
Ora guerrero intrépido le muestra  
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII

De monte en monte retumbando atruena  
El fragor léjos del pasado estruendo:  
El campo en son confuso en torno suena,  
Lamentos moribundos repitiendo;  
El Guadalete férvido resuena,  
Su curso entre cadáveres rompiendo,  
Y entrambas huestes á la lid preparan  
Las rotas armas, y el vigor reparan.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL CONSEJO.

XXXVIII

Habló apenas y presto del asiento  
Cercano á la del rey la augusta silla  
Sancho, su hijo, con brioso aliento  
En pié y armado y reluciente brilla.  
«Con esta, dijo en varonil acento,  
Y de la vaina alzó media cuchilla,  
Al punto aquí castigaré al medroso  
Que vil demande hasta triunfar reposo.»

XXXIX

«Tregua? ¡Jamás! ó vencimiento ó muerte;  
Que nunca fatigó, ni impuso miedo  
Continua guerra al corazón del fuerte,  
Ni abatió de su espíritu el denuedo.  
Quien ora intente abandonar la suerte,  
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,  
Es un cobarde y vil, de ahora digo  
Que ya me cuente á mí por su enemigo.»

XL

Dijo, y fuego su vista derramada  
En torno de nosotros despedía:



La mano en el recazo de su espada,  
 Ministra de la muerte, sostenia;  
 Y en su ademán y vívida mirada  
 Al génio de la noche parecia  
 Sobre la tempestad, cuando destina  
 El mundo todo á funeral ruina.

XII

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante  
 Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron  
 Los jóvenes mi voz, y en arrogante  
 Aspecto las espadas empuñaron:  
 Con muestra humilde y plácido semblante,  
 Cuando á la voz del rey todos callaron,  
 Opas el labio de dulzura lleno  
 Abrió, exhalando su infernal veneno.

XIII

«Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,  
 Miro en vosotros, de la patria escudo,  
 El noble ardor que vence los afanes  
 Y el pecho incita á combatir sañudo!  
 Timidas ven las huestes musulmanes  
 Vuestro hierro fatal brillar desnudo,  
 Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,  
 Mortal temor sus corazones hiela.»

XIII

«Y tú, augusto monarca, el pecho inflama  
 Y el lauro cibe de inmortal victoria;

Goza, heredada al contemplar la llama  
 Que hará á tu hijo fatigar la historia:  
 Por cuanto ardiente el sol su luz derrama  
 Himnos alzando en tu alabanza y gloria,  
 De siglo en siglo esparcirá tu nombre  
 La fama en voz que al universo asombre.

XIV

«Mas si alcanzaste nombre de esforzado  
 No marchite tu honor puro y radiante  
 Volver acaso al riesgo aventurado  
 Cual bisoño adalid, si fué triunfante.  
 Muéstrate á par de intrépido soldado  
 Jefe sagaz, y el ánimo arrogante  
 De tus inclitos jóvenes serena,  
 Y su ardimiento generoso enfrena.»

XV

Llegaba aquí cuando en redor se extiende  
 Sordo murmullo que al malvado espanta  
 É interrumpe su voz; que el pecho enciende  
 En fiera indignacion audacia tanta:  
 El rey, que el ruido amenazante entiende,  
 En la alta silla adusto se levanta,  
 Y acallado el tumulto y todo atento  
 Opas siguió con simulado aliento.

XVI

«No, guerreros ilustres, ora pido  
 Largo reposo, ni penseis siquiera

Que, ménos que vosotros encendido,  
Al viento dé mi espada la postrera;  
Que aun no mi corazón gime abatido,  
Ni tanto helado de los años fuera,  
Que el alta llama que en vosotros arde  
Yo desconozca mísero y cobarde.

XLVII

«Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,  
Ni qué vale el esfuerzo y osadía,  
Si ciegos y con loco pensamiento  
A cierto daño su imprudencia guía?  
Cansado el brazo, el pecho sin aliento,  
¿Qué al español valdrá su valentía;  
Si ni el hierro mellar podrá su espada  
De tan continuos golpes fatigada?»

XLVIII

«Volved la vista ¡oh nobles campeones!  
A ese campo de gloria, y ved tendidos  
Tintos en sangre intrépidos varones  
En medio de los árabes caídos;  
Hollados ved del moro los pendones,  
Los pendones jamás ántes vencidos;  
Luego decid si galardón merecen  
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.»

XLIX

«Descanso os pide el esforzado Ibero,  
Si á moveros mi voz sola no alcanza;

Descanso, sí, para despues mas fiero  
Blandir su brazo la robusta lanza:  
Sus acentos oid, ved al guerrero.  
Cansado ya de sangre y de matanza;  
Os pide solo de reposo un dia,  
Y os promete despues nueva osadía.

I.

«Un dia solo, y cuando ya mañana  
El orbe el sol con su esplendor encienda,  
La voz de guerra elévese inhumana  
Y el sonoro clarin los aires hienda:  
Gózate en tanto ¡oh rey! gócese ufana  
Tu heróica hueste y su furor suspenda,  
Y vosotros ¡oh nobles compañeros!  
Dad á la vaina un punto los aceros.»

LI

Así robando á la virtud su acento,  
Dijo el inicuo, y de su labio impuro  
Encubierto espiró letal aliento,  
De infausta muerte precursor segaro,  
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.  
Cesó de hablar, y de su centro oscuro,  
Lanzó tronido horrisono el averno,  
Y el rayo asola dor vibró el Eterno.

LII

Mostró Rodrigo á su lisonja agrada  
Y en daño suyo consintió gozoso;



Temblo al traidor el corazon malvado,  
 Cumplido al ver su intento criminoso.  
 Todos tambien con pecho confiado,  
 (Que nunca recelara el generoso)  
 Crédito noble á sus razones dimos  
 Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

Abierta entónces de Jerez ofrece  
 La altiva puerta el pueblo en su contento;  
 Y marchando magnífico aparece  
 Sacro concurso en tardo movimiento.  
 El aura en ondas el incienso mece,  
 Y humildes gracias al empiéreo asiento  
 Un vírgen coro armónico levanta,  
 Y «hosana, hosana,» sonora canta.

LIV

Inmenso pueblo el simulacro santo  
 Atiende en pos del Salvador del mundo.

Resuena solo reverente el canto,  
 Reina silencio en derredor profundo.  
 Sublima el pecho religioso encanto,  
 Y en paz trocado el ánimo iracundo,  
 La hueste sigue en muestra respetuosa,  
 Y desnuda la frente y humildosa.

LIV

Preceden la alta pompa los pastores  
 Sacros misterios de Jesus divino,  
 Parte su estola auríferos colores  
 Sobre la veste cándida de lino:  
 Orlas de lauro y de vistosas flores  
 Penden al asta del cruzado sino,  
 Y allí Rodrigo respetuoso guía  
 En pos la angusta ceremonia pia.

LVI

Las tiendas cercan y el glorioso acento  
 Se siente al eco resonar suave,  
 Calma su ruido misterioso el viento,  
 Suspende el canto embebecida el ave,  
 Bendice el campo de la lid sangriento  
 El sacerdote en aparato grave,  
 Tornan y al muro majestuoso giran  
 ¡Miseros! ¡ay! y júbilo respiran.

El campo todo venturoso ríe:  
 Allí la vírgen tímida y atenta

La vista esparce, y el mancebo engrie  
 Su noble pecho y animarla intenta.  
 El padre anciano con placer sonrie  
 Si el ternezuelo infante, cuando ostenta  
 A sus ojos las armas, temeroso  
 Se abriga al seno de su madre ansioso.

## LVIII

Tremolan desplegadas las banderas  
 Guerreros nuestros en el campo moro,  
 Y relumbran gallardas las cimeras  
 Y armas y petos enmoldados de oro;  
 Suenan confusas voces placenteras,  
 Himnos alza tal vez juvenil coro,  
 Y fiesta y triunfo y algazara y canto  
 Presagios son de esclavitud y llanto.

## FRAGMENTO CUARTO.

Un alcázar de pórvido luciente  
 Junto al famoso Bétis se levanta,  
 Do la riqueza y esplendor de oriente  
 Los muros y artesones abrillanta;  
 Las puertas son de bronce refulgente,  
 Y con soberbia y aparato espanta

Fuerte escuadron en tono de guerreros  
 Con sendas lanzas y semblantes fieros.

## II

Allí entre el oro y seda que atavía  
 Aromática estancia y opulenta,  
 Trono de bullidora pedrería  
 Al moro rey con majestad sustenta:  
 Torvos los ojos y la faz sombría  
 Ora el monarca pensativo ostenta;  
 Que arde su pecho en bárbaro coraje  
 Del rey de Murcia al temerario ultraje.

## III

En torno de él respetuosa iimita  
 La corte toda su silencio triste,  
 Y de la sombra que su faz marchita  
 Su rostro cada cual cubre y reviste;  
 La saña misma que al monarca irrita,  
 En muchos nobles con furor asiste,  
 Y oculta á otros la cristiana injuria,  
 Del airado Aldaimon tiemblan la furia.

## IV

Con ceño adusto un árabe altanero  
 Y de estatura y miembros de gigante,  
 Junto á la silla del monarca fiero  
 Fija en él su mirada centellante;  
 El silencio fatal rompe el primero  
 Con formidable muestra y arrogante,



Y sin respeto y con acento airado  
Al fin prorúmpe, de callar cansado.

«Aldaimon, Aldaimon, ¿adónde el brío  
Del musulman está? ¿dónde la guerra  
Y del profeta santo el poderío  
Que á las naciones miseras aterra?  
¡Maldiga Alá la paz que da al impío  
Segura vida y júbilo en la tierra!  
Hunda su reino el Dios de las venganzas,  
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.

VI

«Arma tus fuertes, junta tus varones,  
Que yo á su frente por Alá te juro  
En un lago de sangre las legiones  
Y el odio ahogar del nazareno impuro;  
Del profeta los cándidos pendones  
Brillen de Murcia en el vencido muro,  
Y en aquel de su Dios altar maldito  
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII

Dijo, y rugando la ceñuda frente

VIII

«Mas no tú solo, intrépido mancebo,  
Irás á dar á mi furor templanza,  
Que yo cual tú tambien el ansia apruebo  
De gloria de combate y de matanza;  
Sienta ese rey, que con insulto nuevo  
Mi corazon excita á la venganza,  
Que si perdono al mísero enemigo,  
Del rebelde tambien doblo el castigo.

IX

«Ve, Soliman: las huestes agarenas  
Manda aprestar, y la trompeta al viento  
De Córdoba publique en las almenas  
A España mi terrible mandamiento.»  
Dijo, y le escucha el musulman apénas,  
Cuando por medio en ademan violento  
Rompe, y á obedecerle se retira,  
Y celoso del rey se abrasa en ira.

X

Con grata muestra entónces del tirano  
Todos humildes el intento aprueban,  
Y sobre el pecho, al uso mahometano,  
Inclinando la faz, las manos llevan:  
Luego un murmullo con semblante ufano  
Unos con otros razonando elevan;  
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,  
Y el sordo ruido de repente pára.

## XI

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes  
Del ínclito Ismael! la luz primera  
Verá de nuestras glorias esplendentes  
Al aire tremolada la bandera.  
Ella guió el valor de los creyentes,  
Cuando del Guadalete en la ribera  
En manos de Tarif brilló aquel día,  
Que extendió la agarena monarquía.»

## XII

«Ella miró vencidos desplomarse  
Los altos muros de la gran Toledo,  
Y la altivez de Mérida humillarse;  
Y al cántabro feroz impuso miedo.  
Torne al viento mañana á desplegar,se,  
Y al alma infunda el celestial denuedo,  
Que intimida al infiel: Dios le condena  
A eterna muerte ó á servil cadena.»

## XIII

Dijo, y del trono aurífero desciende  
Con lento paso y ceño majestuoso,  
Y á un lado y otro del salon se extiende  
Y ante él se postra el séquito humildoso.  
Tal si en ignota soledad sorprende  
Oscura noche al labrador medroso

Si de repente ve fada divina,  
En mudo pasmo la rodilla inclina.

## FRAGMENTO QUINTO.

## DESCRIPCION DE UN SERALLO.

De mágicos jardines rodeado,  
Se alza un rico salon, donde descansa  
El moro rey, cuando el fatal cuidado  
Y cortesano estrépito le cansa:  
En él ahora al júbilo entregado,  
Del fiero pecho la crueldad amansa  
Plácido canto que deleite inspira  
Al son de blanda, regalada lira.

## II

Allí cercado del amable coro  
Que el de las houris célicas no iguala,



## XI

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes  
Del ínclito Ismael! la luz primera  
Verá de nuestras glorias esplendentes  
Al aire tremolada la bandera.  
Ella guió el valor de los creyentes,  
Cuando del Guadalete en la ribera  
En manos de Tarif brilló aquel día,  
Que extendió la agarena monarquía.»

## XII

«Ella miró vencidos desplomarse  
Los altos muros de la gran Toledo,  
Y la altivez de Mérida humillarse;  
Y al cántabro feroz impuso miedo.  
Torne al viento mañana á desplegar,se,  
Y al alma infunda el celestial denuedo,  
Que intimida al infiel: Dios le condena  
A eterna muerte ó á servil cadena.»

## XIII

Dijo, y del trono aurífero desciende  
Con lento paso y ceño majestuoso,  
Y á un lado y otro del salon se extiende  
Y ante él se postra el séquito humildoso.  
Tal si en ignota soledad sorprende  
Oscura noche al labrador medroso

Si de repente ve fada divina,  
En mudo pasmo la rodilla inclina.

## FRAGMENTO QUINTO.

## DESCRIPCION DE UN SERALLO.

De mágicos jardines rodeado,  
Se alza un rico salon, donde descansa  
El moro rey, cuando el fatal cuidado  
Y cortesano estrépito le cansa:  
En él ahora al júbilo entregado,  
Del fiero pecho la crueldad amansa  
Plácido canto que deleite inspira  
Al son de blanda, regalada lira.

## II

Allí cercado del amable coro  
Que el de las houris célicas no iguala,

Quemada en pipa de ámbar y de oro,  
 Planta aromosa el gusto le regala;  
 Y miéntra en hombros de su amada el moro  
 La sien reclina, de su lábio exhala  
 Humo süave, que en fragante nube  
 En leves hondas á perderse sube.

## III

Cien lámparas de plata el opulento  
 Soberbio harem con su esplendor encienden,  
 Y, en partes horadado el pavimento,  
 Aromas mil á derramarse ascienden:  
 Las luces multiplica ciento á ciento  
 El oro y alabastro en que resplenden,  
 Y de cristal y azogue relucientes  
 En jaspe bullen imitadas fuentes.

## IV

Lánguida acaso mora peregrina  
 En blando lecho de damasco y flores  
 Allí voluptüosa se reclina,  
 Y en sus ojos amor prende de amores;  
 En tanto que otra de beldad divina  
 Con aguas de riquísimos olores  
 Baña la negra cabellera riza,  
 Que por la airosa espalda se desliza.

## V

Otra de silfas mil tropa lasciva  
 Con diademas de oro y de esmeralda

Saltando en danzas ágiles, festiva  
 Gira y se enlaza entre gentil guirnalda;  
 Y deshaciendo el lazo fugitiva,  
 Desnudo el pecho y la gallarda espalda  
 La leve seda al movimiento vuela  
 Y sus formas bellísimas revela.

## VI

El ojo en vano penetrar desea  
 La en torno casi trasparente gasa,  
 Y aunque nada tal vez entre ella vea,  
 Rápido el pensamiento la traspasa;  
 Y en tanto en vueltas fáciles ondea  
 La bella tropa y por las orlas pasa,  
 Al son süave de las arpas de oro  
 Resuena el canto en armonioso coro.

## VII

Sonrie acaso y su aspereza olvida  
 Viéndolas Aldaimon, y tierno lazo  
 Téjele en tanto su beldad querida  
 Con dulce beso y con amante abrazo;  
 A grata calma y á placer convida  
 Y á deleite suavísimo el regazo  
 Donde reposa, y por mayor delicia  
 Blanca y hermosa mano le acaricia.



## CUADRO DEL HAMBRE.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

VIII

Mas todo en vano fué: bárbaro estrago  
Miéntras el hambre en la ciudad hacia;  
La muerte ya con silencioso amago  
Señalaba sus víctimas impía:  
Busca en la madre cariñoso halago  
El tierno infante que en su amor confia,  
Seco el pecho encontrando: ella le mira,  
Y horrorizada el rostro de él retira.

IX

Gime el anciano en lecho de tormento,  
Y ya sintiendo la cercana muerte,  
Al hijo tiende el brazo amarillento,  
Y árido llanto al abrazarlo vierte.  
Quién con hórridas muestras de contento,  
Feliz creyendo su infelice suerte,  
A su padre su misma sangre lleva  
Para que de ellas se alimente y beba.

X

Viérase allí grabada en los semblantes  
La desesperacion: triste suspira

Y eleva aquel las manos suplicantes;  
Cuál mordiendo en sí mismo en ansia espira,  
Tal, clavados los ojos penetrantes,  
Morir sus hijos y su esposa mira  
Con risa horrible, y muere recrujiendo  
Los dientes y las manos retorciendo.

XI

Pálido, y flaco, y lánguido con lento  
Paso camina el moribundo hispano;  
Sobre su lanza carga el malicento  
Cuerpo y se apoya en la derecha mano;  
Los ojos con horror, sin movimiento,  
Avidos fija sobre el muerto hermano,  
Y hambriento goza y lo devora, en donde  
Avaro cree que á los demas se esconde.

XII

Las calles en silencio sepultadas  
Solo ocupan algunos moribundos,  
Las manos reciamente enclavijadas,  
Despidiendo tal vez ayes profundos:  
Laten en torno entrañas destrozadas  
Y miembros de cadáveres inmudos,  
Que forzado del hambre asoladora,  
Cuál como grato pasto los devora.

XIII

Para mayor martirio les presenta  
Con recuerdo fatal su fantasía

Los manjares tal vez de la opulenta  
Mesa que desdénaron algun día:  
Ora las aves de rapiña ahuyenta  
Avido el moribundo en su agonía  
Disputando el festin, y sus gemidos  
Se mezclan con los fúnebres graznidos.

XIV

Cuál al lanzar el postrimer aliento,  
Ve feroz buitre que sobre él se arroja  
Y en la angustia del último momento  
Lucha con él en su mortal congoja:  
Los dedos hınca con furor violento  
En la entraña del pájaro, que, roja  
La corva garra en sangre, aleteando,  
Va con su pico el pecho barrenando.

XV

El moribundo, lívido el semblante,  
Los ojos vuelve en blanco en su agonía,  
Mientras tenaz el buitre devorante  
Ahonda el pico con mayor porfía;  
Mas el hombre le aprieta á cada instante;  
El ave mas profundizar ansía,  
Hasta que así, y el uno al otro junto,  
Muertos al fin quedaron en un punto.

## FRAGMENTO SEXTO.

I

Era la noche: el trueno pavoroso  
Ronco estallando en torno retumbaba,  
Y en mar inmenso el cielo tenebroso  
Con violento turbion se desgajaba:  
El rápido relámpago lumbroso  
Al aire desprendido serpeaba,  
Y ardiendo el rayo en la tiniebla umbría,  
Del orbe la honda base estremecía.

II

Todo era horror, y en la comun tristeza  
Unico asilo el templo sacrosanto;  
El muro abandonaba en su flaqueza  
El guerrero español bañado en llanto;  
El tardo incierto paso allí endereza  
Inmensa turba con horror y espanto,  
Y ante la imagen de Jesus postrados,  
No osan alzar sus ojos aterrados.

III

Léjos de todos solitario gime,  
Cerrado en una lóbrega capilla,



Y negra pena el corazon le oprime,  
 El noble jefe de la gran Sevilla;  
 Ya no alienta su ejército; no esgrime  
 Ya triunfador la intrépida cuchilla,  
 Que embebecido en su pensar doliente  
 Apénas mis cercanos pasos siente.

## IV

Yelmo y escudo aparte descuidados,  
 El anciano á sus piés tendidos tiene,  
 Y los ojos de lágrimas cargados,  
 Su diestra el rostro lánguido sostiene;  
 Sus exánimes miembros fatigados  
 Contra un altar inmóviles mantiene,  
 Y tan solo los ojos á mi acento  
 Tornó hácia mí con leve movimiento.

## V

«Noble anciano, exclamé, dura es la muerte  
 Cuando se acerca inevitable y lenta,  
 Y no sirve el valor contra la suerte,  
 Y ántes mas bien el infortunio aumenta.  
 Mas ¿quien resistirá si un pecho fuerte.  
 Como es el tuyo, desmayado alienta?»  
 Dije, y en tanto el mísero gemia,  
 Y con endeble voz me respondia.

## VI

«Triste en verdad estoy: mas ¡ay! no es leve  
 La causa de mis lágrimas: ¡dichoso

Tú mil veces, oh jóven, que acto breve  
 Será tu padecer y harto glorioso,  
 Por mas que en tí con ímpetu se cebe  
 La cólera del hado rigoroso!  
 Tú no conoces mi dolor ¡ay tristel  
 Tú nunca el hijo de tu amor perdiste.

## VII

«Mísero y solo en tanta desventura,  
 Su dulcísima voz no oiré espirando,  
 Ni con trémula mano en su tristura  
 Me cerrará los párpados llorando;  
 Inútil viejo, de la muerte dura  
 En mi amargo dolor el golpe ansiando,  
 Solo y en bien de mi ciudad confío,  
 ¡Oh gran Pelayo! en tu prudencia y brio.»

## VIII

Mi corazon de lástima llagado,  
 Mi rostro algunas lágrimas cubrieron,  
 El noble anciano al ver acongojado,  
 Que tantas lides animoso vieron:  
 Su grave rostro del dolor marcado  
 Do á par las penas que la edad pusieron  
 La mano que su frente encanecia,  
 Pálido aun con majestad lucia.

## IX

«Teudis, le dije, el ánimo sustenta:  
 Alzate y viste la luciente malla,

Y el último respiro que te alienta  
Esfuércese á la voz de la batalla.»  
«¡Oh jóven! respondió: dime, ¿qué intenta  
Tu inextinguible ardor? ¿qué medios halla  
De salvacion tu esfuerzo? ¡Ah! ya te sigo:  
Tu voz me reanimó; parto contigo.»

x

Y esforzándose el héroe á levantarse  
Sostenido de mí marchó tardío,  
Y en sus lánguidos ojos inflamarse  
Se vió la llama de su antiguo brío:  
Como suelen de lumbre colorarse  
Las nubes de tormenta en el estío,  
El fuego que su espíritu animaba,  
En su pálido rostro reflejaba.

xi

Entre tanto en el templo amontonados  
Hombres, mujeres, niños se veían,  
Y flaco el rostro pálido, aterrados,  
Espantosos espectros parecían:  
A la luz de los rayos apagados  
De las ondeantes lámparas lucían:  
A par del trueno el huracan bramaba,  
Y del templo en las bóvedas zumbaba.

xii

Los dos entónces tristes contemplando  
Aquellos fuertes, míseros varones,  
El llanto de mis ojos enjugando  
Por alentar sus fuertes corazones;  
«¡Noble esperanza del cristiano bando,  
Exclamé, generosos campeones!  
Alzad el pecho á contrastar la suerte:  
Muramos, sí, pero con digna muerte.

xxii

«Si es fuerza perecer como valientes,  
Perezamos al pié del patrio muro:  
No es tiempo, amigos, ya de ser prudentes;  
La paz, la sumision, nada hay seguro;  
Ora mandan los hados inclementes  
Morir. ¿Preferiréis al trance duro,  
Que á cierta gloria y á venganza guia,  
Tan dilatada y mísera agonía?»

xiv

Dije, y aquellos héroes á mi acento  
El yerto fuego renacer sentían,  
Que aun no apagado el generoso aliento  
Ni el entusiasmo bélico tenían:  
Todos al punto luego en movimiento  
Mi voz en derredor solo atendían.  
«Guiad, dijeron; á morir marchemos:  
Ansia de perecer todos tenemos.»



## XV

«Alto, dije, á la lid: la noche oscura  
 Protege ¡oh bravos! el intento mio:  
 O de una vez muramos con bravura,  
 O camino nos abra nuestro brio;  
 Tal vez nuestro valor logre ventura,  
 Tal vez venganza del alarbe impío.»  
 Dije, y al punto un escuadron formaron  
 Y en medio á los inermes encerraron.

## XVI

Con tardo paso, con silencio y calma  
 A la luz del relámpago partimos,  
 Llena de angustia y de zozobra el alma,  
 Y el ánimo á la muerte aperecimos.  
 Del martirio á alcanzar la ilustre palma  
 A campo abierto impávidos salimos:  
 En torno todo de tinieblas lleno,  
 Rugen tan solo el huracan y el trueno.

## XVII

Entre las densas sombras temerosos  
 En cieno y agua hundidos avanzamos,  
 Y con ansia y fatiga, cuidadosos  
 Cerca del campo musulman llegamos:  
 Dóblase la zozobra, y silenciosos  
 Ante sus tiendas lóbregas paramos;

Prestas las armas, próximo el combate,  
 De miedo el pecho y de esperanza late.

## XVIII

Mas á su voz por otra repetida,  
 Pronta su hueste se presenta armada,  
 Y con bárbaro ardor y arremetida  
 Fulmínase á nosotros agolpada:  
 En las cristianas lanzas recibida  
 Fué su improvisa cólera estallada.  
 Torna al asalto y dobla la pelea:  
 El tercio ibero resistiendo ondea.

## XIX

Sigue el rumor, la confusion se aumenta;  
 Cuál hunde en las entrañas del amigo,  
 Que apartado de él lidiando cuenta,  
 El arma destinada al enemigo;  
 Este, sin descargar el golpe intenta,  
 Por alto precipicio da consigo;  
 Tal piensa allí que á su escuadron se junta,  
 Y halla en el pecho la improvisa punta.

## XX

Cuál allí solo contra mil pelea,  
 Y al frente y al redor hiere y maltrata;  
 Y en tanto que la maza aquel rodea,  
 Otro le oprime el brazo y la arrebatá,

Ya un escuadron cejando titubea,  
 Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:  
 Ora cedemos ya; ya paso abrimos;  
 Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

## POESÍAS LÍRICAS.

### SERENATA.

Deño á las rejas de Elisa  
 Le canta en noche serena  
 Sus amores:

Raya la luna, y la brisa  
 Al pasar plácida suena  
 Por las flores.

Y al eco que va formando  
 El arroyuelo saltando  
 Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa  
 En cantinela amorosa:  
 «Yo te adoro.»

En el regazo adormida  
 Del blando sueño, presentes  
 Mil delicias,

En tu ilusion embebida,  
 Feliz te finges, y sientes  
 Mis caricias.



Ya un escuadron cejando titubea,  
 Y otra vez vuelve, y carga y desbarata:  
 Ora cedemos ya; ya paso abrimos;  
 Ya tórnanlo á cerrar, ya al fin rompimos.

## POESÍAS LÍRICAS.

### SERENATA.

Deño á las rejas de Elisa  
 Le canta en noche serena  
 Sus amores:

Raya la luna, y la brisa  
 Al pasar plácida suena  
 Por las flores.

Y al eco que va formando  
 El arroyuelo saltando  
 Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa  
 En cantinela amorosa:  
 «Yo te adoro.»

En el regazo adormida  
 Del blando sueño, presentes  
 Mil delicias,

En tu ilusion embebida,  
 Feliz te finges, y sientes  
 Mis caricias.

Y en la noche silenciosa  
Por la pradera espaciosa  
Blando coro

Forman, diciendo á mi acento,  
El arroyuelo y el viento:  
«Yo te adoro.»

En derredor de tu frente  
Leve soplo vuela apénas  
Muy callado,

Y allí esparcido se siente  
Dulce aroma de azucenas  
Regalado.

Que en fragancia deleitosa  
Vuela también á la diosa  
Que enamoro,

El eco grato que suena,  
Oyendo mi cantinela:  
«Yo te adoro.»

Del fondo del pecho mio  
Vuela á tí suspiro tierno  
Con mi acento:

En él, mi Elisa, te envío  
El fuego de amor eterno,  
Que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,  
Por esos labios de rosa  
De tí imploro

Que le escuchos con ternura,  
Y le oirás como murmura:  
«Yo te adoro.»

Despierta y el lecho deja;  
No prive el sueño tirano  
De tu risa

A Delio, que está á tu reja  
Y espera ansioso tu mano,  
Bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron  
Las horas que nos costaron  
Tanto lloro;

Sal, que gentil enramada  
Dice á la puerta enlazada:  
«Yo te adoro.»

Lóndres, 1828.



## A UNA DAMA BURLADA.

Dueña de rubios cabellos,  
 Tan altiva,  
 Que creis que basta el vellos  
 Para que un amante viva  
 Preso en ellos  
 El tiempo que voz quereis,  
 Si tanto ingenio teneis  
 Que entreteneis tres galanes,  
 ¿Cómo salieron mal ahora,  
 Mi señora,  
 Tus afanes?

Pusiste gesto amoroso

Al primero:

Al segundo el rostro hermoso

Le volviste placentero;

Y con doloso

Sortilegio en tu pris'ion

Entró un tercer corazón:

Viste á tus piés tres galanes,

Y diste, al verlos rendidos,

Por cumplidos

Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas

Diligente!

Ya tu voz al viento dabas,

Ya mirabas dulcemente,

O ya hablabas

De amor, ó dabas enojos;

Y en tus engañosos ojos

A un tiempo los tres galanes,

Sin saberlo tú, leían

Que mentían

Tus afanes.

Ellos de tí se burlaban;

Tú reías;

Ellos á tí te engañaban,

Y tú, mintiendo, creías

Que te amaban:

Decid, ¿quién aquí engañó?

¿Quién aquí ganó ó perdió

Sus deseos tus galanes

Al fin miraron cumplidos,

Tú fallidos

Tus afanes (1.)

(1) Estos versos componen una canción que el autor puso en boca del paje Jimeno en la novela histórica titulada *Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar*.<sup>®</sup>

## A LA NOCHE.

ROMANCE.

Salve, ó tú, noche serena,  
Que el mundo velas angusta  
Y los pesares de un triste  
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo á lo léjos  
Mas acallado murmura,  
Y entre las ramas el aura  
Eco armonioso susurra,

Se cubre el monte de sombras  
Que las praderas anublan,  
Y las estrellas apénas  
Con trémula luz alumbran.

Melancólico rüido  
Del mar las olas murmuran,  
Y fátuos, rápidos fuegos  
Entre sus aguas fluctúan.

El magestüoso río  
Sus claras ondas enluta,  
Y con colores del campo  
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas  
Lleva el pastor con presura,  
Y el labrador impaciente  
Los pesados bueyes punza.

En sus hogueras le esperan  
Su esposa y prole robusta,  
Parca cena preparada  
Sin sobresalto ni angustia.

Todos süave reposo  
En tu calma ¡oh noche! buscan,  
Y aun las lágrimas tus sueños  
Al desventurado enjugan.

¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata  
Oscuridad y tristura!  
¡Cómo el alma contemplaros  
En sí recogida gusta!

Del mustio agorero buho  
El ronco graznar se escucha,  
Que el magnífico reposo  
Interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre  
Lánguida lámpara alumbra,  
Y en derredor negras sombras,  
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata  
Muestra naciente la luna,

010381



Y las cimas del otero  
De cándida luz inunda.  
Con majestad se adelanta  
Y las estrellas ofusca,  
Y el azul del alto cielo  
Reverbera en lumbre pura.

Deslízase manso el río,  
Y su luz trémula ondula  
En sus aguas retratada,  
Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo  
Dulces cantares se escuchan  
Del pescador, y su barco  
Al plácido rayo cruza.

El ruisenior á su esposa  
Con vario cántico arrulla,  
Y en la calma de los bosques  
Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algun caserío  
Se ve subir en confusas  
Ondas el humo, y por ellas  
Entre-clarear la luna.

Por el espeso ramaje  
Penetrar sus rayos dudan,  
Y las hojas que los quiebran,  
Hace que tímidos luzcan.

Ora la brisa sūave  
Entre las flores susurra,  
Y de sus gratos aromas  
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña  
Eco sonoro modula  
Algun lánguido sonido,  
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma  
A algun murmullo se juntan  
Tal vez, haciendo mas grata  
La faz de la noche oscura.

¡Oh! salve, amiga del triste,  
Con blando bálsamo endulza  
Los pesares de mi pecho,  
Que en tí su consuelo buscan.

EL PESCADOR.

Pescadorcita mia,  
Desciende á la ribera,  
Y escucha placentera  
Mi cántico de amor;

Sentado en su barquilla,  
Te canta su cuidado,  
Cual nunca enamorado  
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre  
Y calla manso el viento,  
Y el mar sin movimiento  
Tambien en calma está:

A mi batel descende,  
Mi dulce amada hermosa:  
La noche tenebrosa  
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,  
Sin otros pescadores,  
Suavisimos amores  
Felice te diré,

Y en esos dulces labios  
De rosas y claveles  
El ámbar y las mieles  
Que vierten libaré.

La mar adentro iremos,  
En mi batel cantando  
Al son del viento blando  
Amores y placer;

Regalaréte entonces  
Mil varios pececillos  
Que al verte simplecillos  
De tí se harán prender.

De conchas y corales  
Y nácar á tu frente  
Guirnalda reluciente,  
Mi bien, te ceñiré;

Y eterno amor mil veces  
Jurándote, cumplida  
En tí, mi dulce vida,  
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,  
Ni el viento proceloso,  
Que al ver tu rostro hermoso  
Sus iras calmarán;

Y sílfidas y ondinas  
Por reina de los mares  
Con plácidos cantares  
A par te aclamarán.

Ven ¡ay! á mi barquilla:  
Completa mi fortuna:  
Naciente ya la luna  
Refleja al ancho mar:

Sus mansas olas bate  
Süave, leve brisa;  
Ven ¡ay! mi dulce Elisa,  
Mi pecho á consolar.



## OSCAR Y MALVINA.

### IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

(A TALE OF THE TIMES OF OLD.)

#### LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente  
De sempiterna nieve coronada:  
Al hondo valle bramador torrente  
De tu cumbre enriscada  
Se derrumba con ímpetu sonante,  
Y zumba allá distante.  
La lira de Osian resonó un día  
En tu breñosa cumbre:  
Tierna melancolía  
Vertió en la soledad, y repetiste  
Su acento de dolor, lánguido y dulce  
Como el recuerdo del amante triste  
De su amada en la tumba.  
El eco de su voz clamando «guerra,»

Al rumor del torrente parecía,  
Que en silencio retumba.  
Aun figuro tal vez que las montañas  
De nuevo esperan resonar su acento,  
Cual, muda la ribera,  
De las olas que tornan,  
El ronco estruendo y el embate espera.  
¿Dónde estás, Osian? ¿En los palacios  
De las nubes agitas la tormenta,  
O en el collado gira allá en la noche  
Vagarosa tu sombra macilenta?  
Siento tierno quejido,  
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina  
Del aura entre el rúido,  
Si el alta copa del cipres inclina;  
Y al resonar el hijo de la roca,  
Cuando su voz se pierde  
Cual la luz de la luna entre la niebla,  
Mi mente se figura  
Que escucho tus acentos de dulzura.  
Miro al alcázar de Fingal cubierto  
De innoble musgo y yerba,  
Y en silencio profundo sepultado  
Como la noche el mar, el viento en calma.  
¿Do las armas están? ¿Dónde el sonido  
Del escudo batido?  
¿Do de Caril la lira delicada,  
Las fiestas de las conchas y tu llanto,  
Móina deseconsolada?  
Blando el eco repite

Segunda vez el nombre de Malvina  
Y el de su dulce Oscar; tiernos se amaron:  
Gime en su losa de la noche el viento,  
Y repite sus nombres que pasaron.

Oscar, de negros ojos: en las paces  
Dulce su corazon como los rayos  
Del astro bello precursor del dia;  
Y fiero en la batalla de la lanza,  
A la suya seguia  
La muerte que vibraba su pujanza.

Llamó al héroe la guerra  
Que el tirano Cairvar fiero traia,  
Y su Malvina hermosa,  
Tierno llanto vertiendo, le decia:  
¿Dónde marchas, Oscar? Sobre las rocas,  
Donde braman los vientos,  
Me mirarán llorar mis compañeras:  
No mas fatigaré, vibrando el arco,  
Por el monte las fieras,  
Ni á tí cansado de la ardiente caza

Te esperaré cuidosa,  
Ni oiré ya mas la voz de tus amores,  
Ni mi alma estará nunca gozosa.  
«¿En dónde está mi Oscar?» á los guerreros  
Preguntaré anhelante:  
Y ellos pasando junto á mí ligeros  
Responderán: «¡Murió!» Dice, y espira  
En sollozos su acento, mas sùave  
Que del arpa el sonido,  
Al vislumbrar la luna

El solitario bosque y escondido.

«Destierra ese terror, Malvina mia,  
Oscar responde con fingido aliento;  
«Muchos los héroes son que Fingal manda:  
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,  
Si es forzoso tambien; mas tú, Malvina,  
Bella como la edad de la inocencia,  
Vive, que ya destina  
Himnos el bardo á eternizar mi gloria.  
Mis hazañas oirás, y entre las nubes  
Yo sonreiré feliz, y vagaroso

Allá en la noche fria  
Bajaré á tu mansion: verás mi sombra  
Al triste rayo de la luna umbría.»  
Y dice, y se desprende de los brazos  
De su infeliz Malvina:  
A pasos rapidísimos avanza,  
Y á la llama oscilante  
De las hogueras del extenso campo  
Brillar se ven sus armas cual radiante,  
Rápida exhalacion. Yace en silencio  
El campamento todo,  
Y solo al eco repetir se siente  
El crujir al andar de su armadura  
Y el blando susurrar del manso ambiente.

Cual por nubes la luna silenciosa  
Su luz quebrada envía  
Trémula sobre el mar que la retrata,  
Que ora se ve brillar, ora perdida,  
Pardo vellon de nube la arrebatá,



Cielo y tierra en tinieblas sepultado;  
Así á veces Oscar brilla y se pierde,  
La selva atravesando.



### EL COMBATE.

Cairvar yace adormido  
Y tiene junto á sí lanza y escudo,  
Y relumbra su yelmo  
Claro á la llamarada reluciente  
De un tronco carecomido,  
Casi despojo de la llama ardiente,  
Mitad de él á cenizas reducido.

«Levántate, Cairvar,» Oscar le grita;  
«Cual hórrida tormentá  
Eres tú de temer; mas yo no tiemblo;  
Desprecio tu arrogancia y osadía;  
La lanza apresta y el escudo embraza;  
Alzate pues, que Oscar te desafia.»

Cual en noche serena  
Súbito amenazante, inmensa nube  
La turbulenta mar de espanto llena,  
Se levanta Cairvar, alto cual roca  
De endurecido hielo.

«¿Quién osa del valiente,  
En voz tronante grita,  
«Ora turbar el sueño? ¿y quién irrita  
La cólera á Cairvar armipotente?»

«Vigoroso es tu brazo en la pelea,  
Rey de la mar de aurirolladas olas,  
Oscar de negros ojos le responde,

«Hará ceder tu indómita pujanza.»

Como el furor del viento próceloso  
Ondas con ondas con bramido horrendo  
Estrella impetuoso,  
Los guerreros ardiendo se arremeten  
Y fieros se acometen.

Chispea el hierro, la armadura suena;  
Al rumor de los golpes gime el viento,  
Y su son dilatándose violento,  
Al ronco monte atruena.

Cayó Cairvar como robusto tronco  
Que tumba el leñador al golpe rudo  
De hendiente hacha pesada,  
Y cayó derribada  
Su soberbia fiereza,  
Y su insolente orgullo y aspereza.

Mas ¡ay! que moribundo  
Oscar yace tambien: ¡triste Malvina!  
Aun no los bellos ojos apartaste  
Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,  
Y del último adios aun no enjugaste

Las lágrimas hermosas,  
 Tú mas dulce á tu Oscar que las sabrosas  
 Auras de la mañana.  
 Siempre sola estarás: si entre las selvas  
 Pirámide de hielo  
 Reverbera á la luna;  
 En tu ilusion dichosa  
 Figurarás tu amante,  
 Pensando ver su cota fulgorosa:  
 Pasará tu delirio,  
 Y verterás el llanto de amargura  
 Sola y desconsolada....  
 «¡Ay! ¡Oscar pereció!» gemirá el viento  
 Al romper la alborada,  
 Y al ocultar el sol la sombra oscura  
 De la noche callada.

### AL SOL.

HIMNO.

Pára y óyeme ¡oh soll! yo te saludo  
 Y extático ante tí me atrevo á hablarte:  
 Ardiente como tú mi fantasía,  
 Arrebatada en ansia de admirarte,

Intrépidas á tí sus alas guía.  
 ¡Ojalá que mi acento poderoso,  
 Sublime resonando,  
 Del trueno pavoroso  
 La temerosa voz sobrepujando,  
 ¡Oh soll! á tí llegara  
 Y en medio de tu curso te parara!  
 ¡Ah! si la llama que mi mente alumbra  
 Diera tambien su ardor á mis sentidos;  
 Al rayo vencedor que los deslumbra  
 Los anhelantes ojos alzaria,  
 Y en tu semblante fúlgido atrevidos,  
 Mirando sin cesar, los fijaria.  
 ¡Cuánto tiempo te amé, sol refulgente!  
 ¡Con qué sencillo anhelo,  
 Siendo niño inocente,  
 Seguirte ansiaba en el tendido cielo,  
 Y extático te veía  
 Y en contemplar tu luz me embebecía!  
 De los dorados límites de Oriente  
 Que ciñe el rico en perlas Oceano,  
 Al término sombroso de Occidente,  
 Las orlas de tu ardiente vestidura  
 Tiendes en pompa, agosto soberano,  
 Y el mundo bañas en tu lumbré pura.  
 Vívido lanzas de tu frente el día,  
 Y, alma y vida del mundo,  
 Tu disco en paz majestuoso envía  
 Plácido ardor fecundo,  
 Y te elevas triunfante,



Corona de los orbes centellante.  
 Tranquilo subes del cenit dorado  
 Al regio trono en la mitad del cielo,  
 De vivas llamas y esplendor ornado,  
 Y reprimes tu vuelo:  
 Y desde allí tu fúlgida carrera  
 Rápido precipitas,  
 Y tu rica encendida cabellera  
 En el seno del mar trémula agitas,  
 Y tu esplendor se oculta,  
 Y el ya pasado día  
 Con otros mil la eternidad sepulta.  
 ¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
 En su abismo insondable desplomarse!  
 ¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
 De imperios populosos disiparse!  
 ¡Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío  
 Secas y leves hojas desprendidas,  
 Que en círculos se mecen  
 Y al furor de Aquilon desaparecen,  
 Libre tú de tu cólera divina,  
 Viste anegarse el universo entero,  
 Cuando las aguas por Jehová lanzadas,  
 Impelidas del brazo justiciero  
 Y á mares por los vientos despeñadas,  
 Bramó la tempestad: retumbó en torno  
 El ronco trueno y con temblor crujieron  
 Los ejes de diamante de la tierra:  
 Montes y campos fueron  
 Alborotado mar, tumba del hombre.

Se estremeció el profundo;  
 Y entónces tú, como señor del mundo,  
 Sobre la tempestad tu trono alzabas,  
 Vestido de tinieblas,  
 Y tu faz engreías,  
 Y á otros mundos en paz resplandecías.  
 Y otra vez nuevos siglos  
 Viste llegar, huir, desvanecerse  
 En remolino eterno, cual las olas  
 Llegan, se agolpan y huyen de Océano,  
 Y tornan otra vez á sucederse;  
 Mientra inmutable tú, solo y radiante  
 ¡Oh sol! siempre te elevas,  
 Y edades mil y mil huellas triunfante.  
 ¡Y habrás de ser eterno, inestinguible,  
 Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
 Pierda su resplandor, siempre incansable,  
 Audaz siguiendo tu inmortal carrera,  
 Hundirse las edades contemplando,  
 Y solo, eterno, perenal, sublime,  
 Monarca poderoso, dominando?  
 No; que también la muerte,  
 Si de léjos te sigue,  
 No ménos anhelante te persigue.  
 ¡Quién sabe si tal vez pobre destello  
 Eres tú de otro sol que otro universo  
 Mayor que el nuestro un día  
 Con doble resplandor esclarecía!!!  
 Goza tu juventud y tu hermosura,  
 ¡Oh sol! que cuando el pavoroso día

Llegue que el orbe estalle y se desprenda  
 De la potente mano  
 Del Padre soberano,  
 Y allá á la eternidad tambien descienda,  
 Deshecho en mil pedazos, destrozado  
 Y en piélagos de fuego  
 Envuelto para siempre y sepultado;  
 De cien tormentas al horrible estruendo,  
 En tinieblas sin fin tu llama pura  
 Entónces morirá: noche sombría  
 Cubrirá eterna la celeste cumbre:  
 Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

## CANCIONES.

### LA CAUTIVA.

Ya el sol esconde sus rayos,  
 El mundo en sombras se vela,  
 El ave á su nido vuela,  
 Busca asilo el trovador.  
 Todo calla: en pobre cama  
 Duerme el pastor venturoso;  
 En su lecho suntuoso  
 Se agita insomne el señor.  
 Se agita; mas ¡ay! reposa  
 Al fin en su patrio suelo;  
 No llora en mísero duelo  
 La libertad que perdió:  
 Los campos ve que á su infancia  
 Horas dieron de contento,  
 Su oído halaga el acento  
 Del país donde nació.



No gime ilustre cautivo  
Entre doradas cadenas,  
Que si bien de encanto llenas,  
Al cabo cadenas son.

Si acaso triste lamenta,  
En torno ve á sus amigos,  
Que, de su pena testigos,  
Consuelan su corazon.

La arrogante erguida palma  
Que en el desierto florece,  
Al viajero sombra ofrece,  
Descanso y grato manjar:

Y, aunque sola, allí es querida  
Del árabe errante y fiero,  
Que siempre va placentero  
A su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,  
Huérfana y sola suspiro;  
En clima extraño respiro,  
Y amo á un extraño tambien.

No hallan mis ojos mi patria;  
Humo han sido mis amores;  
Nadie calma mis dolores;  
Y en celos me siento arder.

¡Ahl! ¿Llorar? ¿Llorar? ... no puedo  
Ni ceder á mi tristura,  
Ni consuelo en mi amargura  
Podré jamás encontrar.

Supé amar como ninguna,  
Supé amar correspondida;  
Despreciada, aborrecida,  
¿No sabré tambien odiar?

¡Adios, patria! ¡adios, amores!  
La infeliz Zoraida ahora  
Solo venganzas implora,  
Ya condenada á morir.

No soy ya del castellano  
La sumisa enamorada:  
Soy la cautiva cansada  
Ya de dejarse oprimir (1.)

#### CANCION DEL PIRATA.

Con diez cañones por banda,  
Viento en popa á toda vela  
No corta el mar, sino vuela  
Un velero bergantín:  
Bajel pirata que llaman  
Por su bravura el *Temido*,

(1) Esta cancion tambien se insertó en la citada novela de Sancho Saldaña.

En todo mar conocido  
Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,  
En la luna gime el viento,  
Y alza en blando movimiento  
Olas de plata y azul;  
Y ve el capitán pirata,  
Cantando alegre en la popa,  
Asia á un lado, al otro Europa,  
Y allá á su frente Stambul (1.)

«Navega, velero mío,  
Sin temor,  
Que ni enemigo navío,  
Ni tormenta, ni bonanza  
Tu rumbo á torcer alcanza,  
Ni á sujetar tu valor.

«Veinte presas  
Hemos hecho  
A despecho  
Del inglés,  
Y han rendido  
Sus pendones  
Cien naciones  
A mis pies.

«Que es mi barco mi tesoro,  
Que es mi Dios la libertad,

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

Mi ley la fuerza y el viento,  
Mi única patria la mar.

«Allá muevan feroz guerra  
Ciegos reyes  
Por un palmo más de tierra:  
Que yo tengo aquí por mío  
Cuanto abarca el mar bravío,  
A quien nadie impuso leyes.

«Y no hay playa,  
Sea cual quiera,  
Ni bandera  
De esplendor,  
Que no sienta  
Mi derecho,  
Y dé pecho  
A mi valor.

«Que es mi barco mi tesoro. . .

«A la voz de «barco viene!»

Es de ver  
Como vira y se previene  
A todo trapo á escapar:  
Que yo soy el rey del mar,  
Y mi furia es de temer,

«En las presas  
Yo divido  
Lo cogido  
Por igual:



Solo quiero  
 Por riqueza  
 La belleza  
 Sin rival.

«Que es mi barco mi tesoro,

«¡Sentenciado estoy á muerte!

Yo me río:

No me abandone la suerte,  
 al mismo que me condena  
 Colgaré de alguna entena,  
 Quizá en su propio navío.

«Y si caigo,

¿Qué es la vida?

Por perdida

Ya la di,

Cuando el yugo

Del esclavo,

Como un bravo,

Sacudí.

«Que es mi barco mi tesoro,

«Son mi música mejor

Aquilones:

El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,

Del negro mar los bramidos

Y el rugir de mis cañones.

«Y del trueno

Al son violento,

Y del viento

Al rebramar,

Yo me duermo

Sosegado,

Arrullado

Por el mar.

«Que es mi barco mi tesoro,

Que es mi Dios la libertad,

Mi ley la fuerza y el viento,

Mi única patria la mar.

### EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los pies  
 no vuelve á nacer yerba.

Palabras de Atila.

COBO. *(Canto)*

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!

La Europa os brinda espléndido botín:

Sangrienta charca sus campiñas sean,

Le los grajos su ejército festin.

¡Hurra! ¡a caballo, hijos de la niebla!  
Suelta la rienda, á combatir volad:  
¿Veis esas tierras fértiles? las puebla  
Gente opulenta, afeminada ya.

Casas, palacios, campos y jardines,  
Todo es hermoso y refulgente allí:  
Son sus hembras celestes serafines,  
Su sol alumbrá un cielo de zafir.

¡Hurra, cosacos del desierto....

Nuestros sean su oro y sus placeres,  
Gocemos de ese campo y ese sol;  
Son sus soldados ménos que mujeres,  
Sus reyes viles mercaderes son.

Vedlos huir para esconder su oro,  
Vedlos cobardes lágrimas verter....

¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro  
Huellen nuestros caballos con sus piés.

¡Hurra, cosacos del desierto....

Dictará allí nuestro capricho leyes,  
Nuestras casas alcázares serán,  
Los cetros y coronas de los reyes  
Cual juguetes de niños rodarán.

¡Hurra! volad! á hartar nuestros deseos:

Las mas hermosas nos darán su amor,  
Y no hallarán nuestros semblantes feos,  
Que siempre brilla hermoso el vencedor.

¡Hurra, cosacos del desierto....

Desgarraremos la vencida Europa  
Cual tigres que devoran su ración:

En sangre empaparemos nuestra ropa  
Cual rojo manto de imperial señor.  
Nuestros nobles caballos relinchando  
Regias habitaciones morarán;  
Cien esclavos, sus frentes inclinando,  
Al mover nuestros ojos temblarán.  
¡Hurra, cosacos del desierto....

Venid, volad, guerreros del desierto,  
Como nubes en negra confusion,  
Todos suelto el bridon, el ojo incierto,  
Todos atropellándoos en monton.

Id en la espesa niebla confundidos,  
Cual tromba que arrebatá el huracan,  
Cual témpanos de hielo endurecidos  
Por entre rocas despeñados van.

¡Hurra, cosacos del desierto....

Nuestros padres un tiempo caminaron  
Hasta llegar á una imperial ciudad;  
Un sol mas puro es fama que encontraron,  
Y palacios de oro y de cristal.

Vadearon el Tibre sus bridones,  
Yerta á sus piés la tierra enmudeció;  
Su sueño con fantásticas canciones  
La fada de los triunfos arrulló.

¡Hurra, cosacos del desierto....

¡Qué! ¿No sentis la lanza extremecerse,  
Hambrienta en vuestras manos de matar?



¿No veis entre la niebla aparecerse  
Visiones mil que el parabien nos dan?

Esendo de esas miserias naciones  
Era ese muro que abatido fué,  
La gloria de Polonia y sus blasones  
En humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto ...

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?  
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?  
¿Quién puso fin á sus gloriosos días?  
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al mas valiente!  
Esos hombres de Europa nos verán:  
¡Hurra! nuestros caballos en su frente  
Hondas sus herraduras marcarán.  
¡Hurra, cosacos del desierto ...

A cada bote de la lanza rada,  
A cada escape en la abrasada lid,  
La sangrienta racion de carne cruda  
Bajo la silla sentiréis hervir.  
Y allá despues en templos suntuosos,  
Sirviéndonos de mesa algun altar,  
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,  
Hartará nuestra hambre blat co pan.  
¡Hurra, cosacos del desierto ...

Y nuestras madres nos verán triunfantes,  
Y á esa caduca Europa á nuestros piés,

Y acudirán de gozo palpitantes,  
En cada hijo á contemplar un rey.

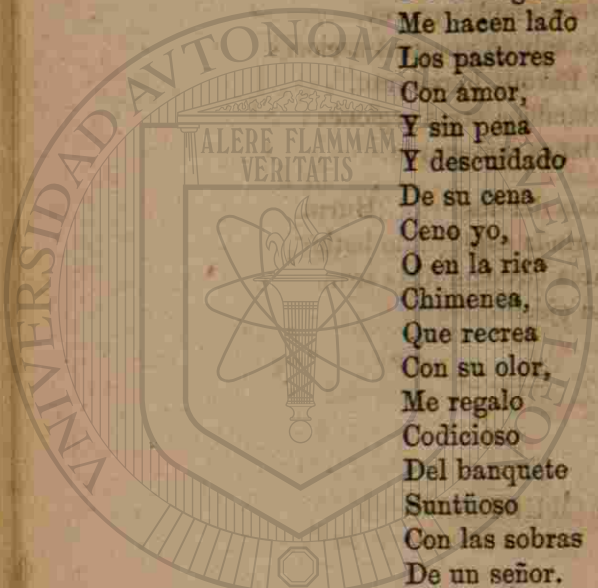
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,  
Las coronas de Europa heredarán,  
Y á conquistar tambien otras regiones  
El caballo y la lanza aprestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!  
La Europa os brinda espléndido botin:  
Sangrienta charca sus campiñas sean,  
De los grajos su ejército festin.

### EL MENDIGO.

Mío es el mundo: como el aire libre,  
Otros trabajan porque coma yo;  
Todos se ablandan si doliente pido  
Una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña  
Son mi asilo,  
Si del abrego el furor  
Troncha el roble en la montaña,  
O que inunda la campaña  
El torrente asolador



Y á la hoguera  
Me hacen lazo  
Los pastores  
Con amor,  
Y sin pena  
Y descuidado  
De su cena  
Ceno yo,  
O en la rica  
Chimenea,  
Que recrea  
Con su olor,  
Me regalo  
Codicioso  
Del banquete  
Suntuoso  
Con las sobras  
De un señor.

Y me digo: el viento brama,  
Caiga furioso turbión;  
Que al son que cruje de la seca leña,  
Libre me duermo sin rencor ni amor.  
Mio es el mundo: como el aire libre.

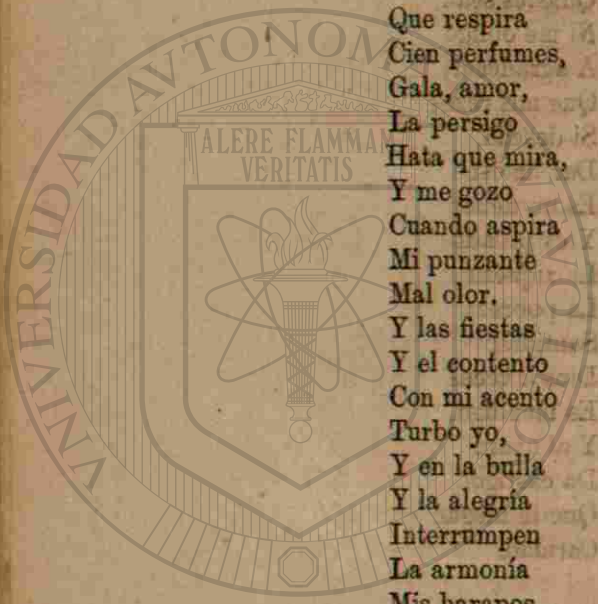
Todos son mis bienhechores,  
Y por todos  
A Dios ruego con fervor;  
De villanos y señores  
Yo recibo los favores  
Sin estima y sin amor.

Ni pregunto  
Quiénes sean,  
Ni me obligo  
A agradecer;  
Que mis rezos  
Si desean,  
Dar limosna  
Es un deber.  
Y es pecado  
La riqueza;  
La pobreza  
Santidad:  
Dios á veces  
Es mendigo,  
Y al avaro  
Da castigo,  
Que le niegue  
Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman  
Todos al verme plañir,  
Sin ver son mias sus riquezas todas,  
Que mina inagotable es el pedir.  
Mio es el mundo: como el aire libre.

Mal revuelto y andrajoso,  
Entre harapos  
Del lujo sátira soy,  
Y con mi aspecto asqueroso  
Me vengo del poderoso,  
Y adonde va, tras él voy.





Y á la hermosa  
Que respira  
Cien perfumes,  
Gala, amor,  
La persigo  
Hata que mira,  
Y me gozo  
Cuando aspira  
Mi punzante  
Mal olor.  
Y las fiestas  
Y el contento  
Con mi acento  
Turbo yo,  
Y en la bulla  
Y la alegría  
Interrumpen  
La armonía  
Mis harapos  
Y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan  
El gozo y el padecer,  
Que no hay placer sin lágrimas, ni pena  
Que no respire en medio del placer.  
Mio es el mundo: como el aire libre...  
Y para mí no hay *mañana*,  
Ni hay *ayer*;  
Olvido el bien como el mal,  
Nada me aflige ni afana;

Me es igual para mañana  
Un palacio, un hospital.

Vivo ajeno  
De memorias,  
De cuidados  
Libre estoy;  
Busquen otros  
Oro y glorias,  
Yo no pienso  
Sino en hoy.  
Y doquiera  
Vayan leyes,  
Quiten reyes,  
Reyes den;  
Yo soy pobre,  
Y al mendigo,  
Por el miedo  
Del castigo,  
Todos hacen  
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera  
Y un lecho en el hospital  
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga  
Mi cuerpo miserable al espirar.

Mio es el mundo: como el aire libre,  
Otros traben porque coma yo;  
Todos se ablandan si doliente pido  
Una limosna por amor de Dios.

## EL REO DE MUERTE.

¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!!!

Reclinado sobre el suelo  
Con lenta amarga agonía,  
Pensando en el triste día  
Que pronto amanecerá;  
En silencio gime el reo  
Y el fatal momento espera  
En que el sol por vez postrera  
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo  
Y la enlutada capilla,  
Lánguida vela amarilla  
Tiñe en su luz funeral;  
Y junto al mísero reo,  
Medio encubierto el semblante,  
Se oye al fraile agonizante  
En son confuso rezar.

El rostro levanta el triste  
Y alza los ojos al cielo;

Tal vez eleva en su duelo  
La súplica de piedad.  
¡Una lágrima! ¿es acaso  
De temor ó de amargura?  
¡Ay! ¡á aumentar su tristura  
Vino un recordó quizá!!!

Es un jóven, y la vida  
Llena de sueños de oro,  
Pasó ya, cuando aun el lloro  
De la niñez no enjugó:  
El recuerdo es de la infancia,  
¡Y su madre que le llora,  
Para morir así ahora  
Con tanto amor le creó!!!

Y á par que sin esperanza  
Ve ya la muerte en acecho,  
Su corazón en su pecho  
Siente con fuerza latir;  
Al tiempo que mira al fraile  
Que en paz ya duerme á su lado,  
Y que, ya viejo postrado,  
Le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor á deshora  
Rompe el silencio? resuena  
Una alegre cantinela  
Y una guitarra á la par,  
Y gritos y de botellas  
Que se chocan el sonido,



Y el amoroso estallido  
De los besos y el danzar.  
Y también pronto en son triste  
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,  
Y sus brándis, sus quimeras,  
Y el cantar de las rameras,  
Y el desórden bacanal  
En la lúgubre capilla  
Penetran, y carcajadas,  
Cual de léjos arrojadas  
De la mansión infernal.  
Y también pronta en son triste  
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

¡Maldición! al eco infausto,  
El sentenciado maldijo  
La madre que como á hijo  
A sus pechos le crió;  
Y maldijo el mundo todo,  
Maldijo su suerte impía,  
Maldijo el aciago día  
Y la hora en que nació.

Serena la luna  
Alumbra en el cielo,  
Domina en el suelo  
Profunda quietud;  
Ni voces se escuchan,  
Ni ronco ladrido,  
Ni tierno quejido  
De amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,  
Todo al silencio convida,  
Y el hombre duerme y no cuida  
Del hombre que va á espirar;  
Si tal vez piensa en mañana,  
Ni una vez piensa siquiera  
En el mísero que espera,  
Para morir, despertar:  
Que sin pena ni cuidado  
Los hombres oyen gritar:

*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

¡Y el juez también en su lecho  
Duerme en paz! ¡y su dinero  
El verdugo, placentero,  
Entre sueños cuenta ya!  
Tan solo rompe el silencio  
En la sangrienta plazuela

El hombre del mal, que vela  
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,  
Sueños de angustia y fiebre y devaneo,  
El alma envuelven del confuso reo,  
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños  
Confunde  
La muerte,  
La vida:  
Recuerda  
Y olvida,  
Suspira,  
Respira  
Con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas  
Vaga y siente miedo y frío,  
Y en su horrible desvarío  
Palpa en su cuello el dogal:  
Y cuanto mas forcejea,  
Cuanto mas lucha y porfía,  
Tanto mas en su agonía  
Aprieta el nudo fatal.  
Y oye ruido, voces, gentes  
Y aquella voz que dirá:  
*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*

O ya libre se contempla,  
Y el aire puro respira,  
Y oye de amor que suspira  
La mujer que á un tiempo amó,  
Bella y dulce cual solía,  
Tierna flor de primavera,  
El amor de la pradera  
Que el abril galan mimó.

Y gozoso á verla vuela,  
Y alcanzarla intenta en vano,  
Que al tender la ansiosa mano  
Su esperanza á realizar,  
Su ilusion la desvanece  
De repente el sueño impío,  
Y halla un cuerpo mudo y frío  
Y un cadalso en su lugar:  
Y oye á su lado en son triste  
Lúgubre voz resonar:  
*¡Para hacer bien por el alma  
Del que van á ajusticiar!*



## EL VERDUGO.

De los hombres lanzado al desprecio,  
De su crimen la víctima fui,  
Y se evitan de odiarse á sí mismos,  
Fulminando sus odios en mí.

Y su rencor  
Al poner en mi mano, me hicieron  
Su vengador;  
Y se dijeron:

«Que nuestra vergüenza comun caiga en él;  
Se marque en su frente nuestra maldición;  
Su pan amasado con sangre y con hiel,  
Su escudo con armas de eterno baldon

Sean la herencia

Que legue al hijo,

El que maldijo

La sociedad.»

¡Y de mí huyeron,

De sus culpas el manto me echaron,  
Y mi llanto y mi voz escucharon  
Sin piedad!!!

Al que á muerte condena le ensalzan....  
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?

¿Que no es hombre ni siente el verdugo,  
Imaginan los hombres tal vez?

¡Y ellos no ven

Que yo soy de la imágen divina

Copia tambien!

Y cual dañina

Fiera á que arrojan un triste animal,  
Que ya entre sus dientes se siente crujir,  
Así á mí, instrumento del génio del mal,  
Me arrojan el hombre que traen á morir.

Y ellos son justos,

Yo soy maldito;

Yo sin delito

Soy criminal;

Mirad al hombre

Que me paga una muerte; el dinero

Me echa al suelo con rostro altanero,

¡A mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos

Y del reo el histérico ¡ay!

Y el crujir de los nervios rompidos

Bajo el golpe del hacha que cae,

Son mi placer.

Y al rumor que en las piedras rodando.

Hace, al caer,

Del triste saltando

La hirviente cabeza de sangre en un mar,

Allí entre el bullicio del pueblo feroz

Mi frente serena contemplan brillar,

Tremenda, radiante con júbilo atroz.

Que de los hombres

En mí respira

Toda la ira,

Todo el rencor:

Que á mí pasaron

La crueldad de sus almas impía,

Y al cumplir su venganza y la mía,

Gozo en mi horror.

Ya mas alto que el grande que altivo

Con sus plantas hollara la ley,

Al verdugo los pueblos miraron,

Y mecido en los hombros de un rey:

Y en él se hartó,

Embriagado de gozo, aquel día

Cuando espiró;

Y su alegría

Su esposa y sus hijos pudieron notar;

Que en vez de la densa tiniebla de horror,

Miraron la risa su lábio amargar,

Lanzando sus ojos fatal resplandor.

Que el verdugo

Con su encono

Sobre el trono

Se asentó:

Y aquel pueblo

Que tan alto le alzara bramando,

Otro rey de venganzas, temblando,

En él miró.

En mí vive la historia del mundo

Que el destino con sangre escribió,

Y en sus páginas rojas Dios mismo

Mi figura imponente grabó.

La eternidad

Ha tragado cien siglos y ciento,

Y la maldad

Su monumento

En mí todavía contempla existir:

Y en vano es que el hombre do brota la luz

Con viento de orgullo pretenda subir:

¡Preside el verdugo los siglos aun!

Y cada gota

Que me ensangrienta,

Del hombre ostenta

Un crimen mas.

Y yo aun existo,

Fiel recuerdo de edades pasadas,

A quien siguen cien sombras airadas

Siempre detras.

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,

Tú, hijo mio, tan puro y gentil?

En tu boca la gracia de un ángel

Presta gracia á tu risa infantil.

¡Ayl tu candor,

Tu inocencia, tu dulce hermosura

Me inspira horror.

¡Oh! ¿tu ternura,

Mujer, á qué gastas con ese infeliz?



¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;  
 Ahógale y piensa será así feliz.  
 ¿Qué importa que el mundo te llame cruel?  
 ¿Mi vil oficio  
 Querrás que siga,  
 Que te maldiga  
 Tal vez querrás?  
 Piensa que un día  
 Al que hoy miras jugar inocente,  
 Maldecido cual yo y delincuente  
 También verás!!!!

## ASUNTOS HISTORICOS.

A LA MUERTE

DE

TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí: junto á la mar bravía  
 Cadáveres están ¡ay! los que fueron  
 Honra del libre, y con su muerte dieron  
 Almas al cielo, á España nombradía.  
 Ansia de patria y libertad henchia  
 Sus nobles pechos que jamás temieron,  
 Y las costas de Málaga los vieron  
 Cual sol de gloria en desdichado día.  
 Españoles, llorad; mas vuestro llanto  
 Lágrimas de dolor y sangre sean,  
 Sangre que ahogue á siervos y opresores,

¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;  
 Ahógale y piensa será así feliz.  
 ¿Qué importa que el mundo te llame cruel?  
 ¿Mi vil oficio  
 Querrás que siga,  
 Que te maldiga  
 Tal vez querrás?  
 Piensa que un día  
 Al que hoy miras jugar inocente,  
 Maldecido cual yo y delincuente  
 También verás!!!!

## ASUNTOS HISTORICOS.

A LA MUERTE

DE

TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS.

SONETO.

Hélos allí: junto á la mar bravía  
 Cadáveres están ¡ay! los que fueron  
 Honra del libre, y con su muerte dieron  
 Almas al cielo, á España nombradía.  
 Ansia de patria y libertad henchia  
 Sus nobles pechos que jamás temieron,  
 Y las costas de Málaga los vieron  
 Cual sol de gloria en desdichado día.  
 Españoles, llorad; mas vuestro llanto  
 Lágrimas de dolor y sangre sean,  
 Sangre que ahogue á siervos y opresores,



Y los viles tiranos con espanto  
Siempre delante amenazando vean  
Alzarse sus espectros vengadores.

A LA MUERTE

DE

D. JOAQUIN DE PABLO.

(CHAPALANGARRA.)

Desde la elevada cumbre  
Do el gran Pirene levanta  
Término y muro soberbio  
Que cerca y defiende á España,  
Un jóven proscrito de ella  
Tristes lágrimas derrama,  
Y acaso tiende la vista  
Por ver desde allí su patria,  
Desde allí do á su despecho,  
Llorando deja las armas  
Con que del Sena al Pirene  
Se lanzó por libertarla;

Y al ver la turba de esclavos  
Que sus hierros afianzan,  
De infame triunfo orgullosos,  
Alejarse en algazara,  
Solo entónces, contemplando  
El suelo que ellos pisaran  
Y que aun torrentes de sangre  
Recien derramada bañan,  
En su rápida carrera  
Volcando cuerpos y almas,  
Se sienta en la alzada cima,  
A un lado la rota espada,  
Y al rumor de los torrentes  
Y del huracan que brama,  
Negra cítara pulsando,  
Endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,  
Nuestros héroes en fúnebre lloro;  
Dad al viento las trenzas de oro  
Y los cantos de muerte entonad:  
Y vosotros ¡oh nobles guerreros,  
De la patria sosten y esperanza!  
Abrasados en sed de venganza,  
Odio eterno al tirano jurad.  
CORO DE VIRGENES.

Dános, noche, tu lóbrego manto,  
Nuestras frentes enlute el cipres;

El robusto cayó: su sepulcro  
Del inicu mancharon los piés.

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres  
Para sangre del libre animoso,  
Y el tropel de los siervos odioso  
En su lago su sed abrevó.

Cayó en ellas la gloria de España,  
Cayó en ellas De Pablo valiente,  
Y la patria, inclinada la frente,  
Su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando,  
Y su manto con sangre teñido,  
Tardamente y con hondo gemido  
Va á la tumba del fuerte varon.

Y el ajado laurel de su frente  
Al sepulcro circunda llorosa,  
Mientras ruge en la fúnebre losa,  
Aherrojado á sus piés, el leon.

CORO DE MANCEROS.

Traicion solo ha vencido al valiente;  
Sé nos astro de triunfo y de honor,  
Tú, que siempre á los déspotas fuiste  
Como á negras tormentas el sol.

DESPEDIDA

DEL PATRIOTA GRIEGO

DE LA

HIJA DEL APÓSTATA.

Era la noche: en la mitad del cielo  
Su luz rayaba la argentada luna,  
Y otra luz mas amable destellaba  
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron  
Su amante y ella con mortal angustia,  
Y su voz en amarga despedida  
Por vez postrera la infeliz escucha.

“Determinado está; sí, mi sentencia  
Para siempre selló la suerte injusta,  
Y cuando allá la eternidad sombría  
Este momento en sus abismos hunda,

¡Ojalá para siempre que el olvido,  
Suavizando el rigor de la fortuna,  
La imágen ¡ay! de las pasadas glorias  
Bajo sus alas lóbregas encubra!



«¿Por qué al nacer crüeles me arrancaron  
Del seno de mi madre moribunda,  
Y salvo he sido de mortales riesgos  
Para vivir penando en amargura?

«¿Por qué yo fui por mi fatal destino  
Unido á tí desde la tierna cuna?

¿Por qué nos hizo iguales en riqueza  
Y en linaje tambien mi desventura?

«¿Por qué mi infancia en inocentes juegos  
Brilló contigo, y con delicia mútua  
Ambos tejimos el infausto lazo  
Que nuestras almas míseras anuda?

«¡Ahl para siempre adios: vano es ahora  
Acariciar memorias de ventura;  
Voló ya la ilusion de la esperanza,  
Y es vano amar sin esperanza alguna.

«¿Qué puede el infeliz contra el destino?  
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras  
El bajo pecho de tu infame padre?  
Infame, sí, que al despotismo jura

«Vil sumision, y en sórdida avaricia  
Vende su patria á las riquezas turcas.  
El apellida sacrosantas leyes  
El capricho de un déspota; él nos juzga

«De rebeldes doquier: su voz comprada  
Culpa á su patria y al tirano adula:

Él nos ordena ante el sultan odioso  
Humilde miedo y obediencia muda,

«Mas no, que el alma de la Grecia existe;  
Santo furor su corazon circunda,  
Que ávido se hartará de sangre hirviente,  
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.

«No ya el tirano mandará en nosotros:  
Tristes rüinas, áridas llanuras,  
Cadáveres no mas serán su imperio:  
Será solo el señor de nuestras tumbas.

«Ya osan ser libres los armados brazos  
Y ya rompen la bárbara coyunda;  
Y con júbilo á tí, todos ¡oh muerte!  
Y á tí, divina libertad, saludan.

«Gritos de triunfo, sacudido el viento  
Hará que al éter resonando suban,  
O eterna muerte cubrirá la Grecia  
En noche infanda y soledad profunda.

«Ese altivo monarca, que embriagado  
Yace en perfumes y lascivia impura,  
Despechado sabrá que no hay cadena  
Que la mano de un libre no destruya.

«Con rabia oirá de libertad el grito  
Sonar tremendo en la obstinada lucha,  
Y con miedo y horror su sed de sangre  
Torrentes hartarán de sangre turca.

«Y tu padre tambien, si ora impudente  
So el poder del Islam su patria insulta,  
Pronto verá cuán formidable espada  
Blande en la lid la libertad sañuda.

«Marcha y dile por mí que hay mil valientes,  
Y yo uno de ellos, que animosos juran  
Morir, cual héroes ó romper el cetro  
A cuya sombra el pérfido se esconda.

«Que aunque marcados con la vil cadena,  
No han sido esclavas nuestras almas nunca,  
Que el heredado ardor de nuestros padres  
Las hace hervir aun: que nuestra furia

«Nos labrará, lidiando, en cada golpe  
Triunfo seguro ó noble sepultura,  
Dile que solo en baja servidumbre  
Puede vivir un alma cual la suya.

«El alma de un apóstata que indigno  
Llega sus lábios á la mano impura,  
Que de caliente sangre reteñida,  
Nuevos destrozos á la patria anuncia.

«Perdóname, infeliz, si mis palabras  
Rudas ofenden tu filial ternura.  
Es verdad, es verdad: tu padre un tiempo  
Mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

«Pasado hubieran tan dichosos días!  
¡Yo no llamara injusta á la fortuna!

¡Cómo entónces mi mano enjugaría  
Las lágrimas que viertes de amargura!

«Tu padre ¡oh Dios! como engañoso amigo  
Cuando la Grecia la servil coyunda  
Intrépida rompió, cuando mi pecho  
Respiraba gozoso el aura pura

«De la alma libertad, pensó el inicuo  
Seducirme tal vez con tu hermosura,  
Y en premio vil me prometió tu mano  
Si ser secuaz de su traicion inmunda,

«Y desolar mi patria le ofrecia.  
¡Esclavo yo de la insolente turba  
De esclavos del sultan!!! Antes el cielo  
Mis yertos miembros insepultos cubra,

«Que goce yo de ignominiosa vida  
Ni en el seno feliz de tu dulzura.  
¡Ah! para siempre adios: la infausta suerte  
Que el lazo rompe que las almas junta,

«Y va á arrancar tu corazon del mio,  
Tan solo ahora una esperanza endulza.  
Yo te hallaré donde perpétuas dichas  
Las almas de los ángeles disfrutan.

«¡Ah! para siempre adios... tente... un momento...  
Un beso nada mas... es de amargura...  
Es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...  
¡Ah! los martirios del infierno nunca



«Igualaron mi pena y mi agonía,  
¡Terminara la muerte aquí mi angustia,  
Y aun muriera feliz! ¡Mis ojos quema  
Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas!

«Quién resistir podrá!—Basta, la hora  
Se acerca ya que mi partida anuncia,  
¡Ojalá para siempre que el olvido  
Suavizando el rigor de la fortuna,

«La imagen ¡ay! de las pasadas glorias  
Bajo sus alas lóbregas encubra!»

Dice, y se alejan: á esperar consuelo  
La hija del Apóstata en la tumba;  
Él batallando pereció en las lides,  
Y ella víctima fué de su amargura.

¡GUERRA!

«¿Oís? es el cañon. Mi pecho hirviendo  
El cántico de guerra entonará,  
Y al eco ronco del cañon venciendo,  
La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente  
Levanta ya del polvo en que yacia,  
Arrogante en valor, omnipotente,  
Terror de la insolente tiranía.

Rumor de voces sienta,  
Y al aire miro deslumbrar espadas  
Y desplegar banderas;  
Y retumban al son las escarpadas  
Rocas del Pireneo;  
Y retiemblan los muros  
De la opulenta Cádiz, y el deseo  
Crece en los pechos de vencer lidiando:  
Brilla en los rostros el marcial contento,  
Y donde quiera generoso acento  
Se alza de PATRIA y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria  
Volemos, compañeros,  
Blandamos los aceros  
Que intrépida nos da.

A par en nuestros brazos  
Ufanos la ensalcemos  
Y al mundo proclamemos:

«España es libre ya.»

¡Mirad, mirad en sangre

Y lágrimas teñidos

Reir los foragidos,

Gozar en su dolor!

¡Oh! fin tan solo ponga

Su muerte á la contienda,

Y cada golpe encienda  
 Aun mas nuestro rencor,  
 ¡Oh siempre dulce patria  
 Al alma generosa!  
 ¡Oh siempre portentosa  
 Magia de libertad!  
 Tus ínclitos pendones  
 Que el español tremola,  
 Un rayo tornasola  
 Del iris de la paz.  
 En medio del estruendo  
 Del bronce pavoroso,  
 Tu grito prodigioso  
 Se escucha resonar.  
 Tu grito que las almas  
 Inunda de alegría,  
 Tu nombre que á esa impía  
 Caterva hace temblar.  
 ¿Quién hay ¡oh compañeros!  
 Que al bélico redoble  
 No sienta el pecho noble  
 Con júbilo latir?  
 Mirad centelleantes,  
 Cual nuncios ya de gloria,  
 Reflejos de victoria  
 Las armas despedir.

¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!  
 Y al mar se lancen con bramido horrendo  
 De la infiel sangre caudalosos rios,

Y atónito contemple el Océano  
 Sus olas combatidas  
 Con la traidora sangre enrojecidas.  
 Truene el cañon: el cántico de guerra,  
 Pueblos ya libres, con placer alzado:  
 Ved, ya desciende á la oprimida tierra,  
 Los hierros á romper, la libertad (1.)

## A LA PATRIA.

## ELEGÍA.

¡Cuán solitaria la nacion que un día  
 Poblara inmensa gente!  
 ¡La nacion cuyo imperio se extendia  
 Del ocaso al oriente!  
 Lágrimas viertes, infelice ahora,  
 Soberana del mundo,  
 ¡Y nadie de tu faz encantadora  
 Borra el dolor profundo!  
 Oscuridad y luto tenebroso  
 En tí vertió la muerte,

(1) Estos versos se leyeron en una funcion patriótica,  
 celebrada en el teatro de la Cruz en 22 de octubre 1835.



Y en su furor el déspota sañoso  
 Se complació en tu suerte.  
 No perdonó lo hermoso, patria mía;  
 Cayó el jóven guerrero,  
 Cayó el anciano, y la segur impía  
 Manejó placentero.  
 So la rabia cayó la vírgen pura  
 Del déspota sombrío,  
 Como eclipsa la rosa su hermosura  
 En el sol del estío.  
 ¡Oh vosotros, del mundo habitadores!  
 Contemplad mi tormento;  
 ¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores  
 Al dolor que yo siento?  
 Yo desterrade de la patria mía,  
 De una patria que adoro,  
 Perdida miro su primer valía,  
 Y sus desgracias lloro.  
 Hijos espúreos y el fatal tirano  
 Sus hijos han perdido,  
 Y en campo de dolor su fértil llano  
 Tienen ¡ay! convertido.  
 Tendió sus brazos la agitada España,  
 Sus hijos implorando;  
 Sus hijos fueron, mas traidora saña  
 Desbarató su bando.  
 ¿Qué se hicieron tus muros torreados?  
 ¡Oh mi patria querida!  
 ¿Dónde fueron tus héroes esforzados,  
 Tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente  
 Está el rubor grabado:  
 A sus ojos caidos tristemente  
 El llanto está agolpado.  
 Un tiempo España fué: cien héroes fueron  
 En tiempos de ventura,  
 Y las naciones tímidas la vieron  
 Vistosa en hermosura.  
 Cual cedro que en el Líbano se ostenta,  
 Su frente se elevaba;  
 Como el trueno á la vírgen amedrenta,  
 Su voz las aterraba.  
 Mas ora, como piedra en el desierto,  
 Yaces desamparada,  
 Y el justo desgraciado vaga incierto  
 Allá en tierra apartada.  
 Cubren su antigua pompa y poderío  
 Pobre yerba y arena,  
 Y el enemigo que tembló á su brio  
 Burla y goza en su pena.  
 Vírgenes, destrenzad la cabellera  
 Y dadla al vago viento:  
 Acompañad con arpa lastimera  
 Mi lúgubre lamento.  
 Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,  
 Lloremos duelo tanto:  
 ¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?  
 ¿Quién secará tu llanto?

Londres, 1829.

## SONETO.

Fresca, lozana, pura y olorosa,  
 Gala y adorno del pensil florido,  
 Gallarda puesta sobre el ramo erguido,  
 Fragancia esparce la naciente rosa;  
 Mas si el ardiente sol lumbre enojosa  
 Vibra del can en llamas encendido,  
 El dulce aroma y el color perdido,  
 Sus hojas lleva el aura presurosa.  
 Así brilló un momento mi ventura  
 En alas del amor, y hermosa nube  
 Fingí tal vez de gloria y de alegría;  
 Mas ¡ay! que el bien trocóse en amargura  
 Y deshojada por los aires sube  
 La dulce flor de la esperanza mía.

## A UNA ESTRELLA.

¿Quién eres tú, lucero misterioso,  
 Tímido y triste entre luceros mil,  
 Que cuando miro tu esplendor dudoso,  
 Turbado siento el corazón latir?  
 Es acaso tu luz recuerdo triste  
 De otro antiguo perdido resplandor,  
 Cuando engañado como yo creíste  
 Eterna tu ventura que pasó?  
 Tal vez con sueños de oro la esperanza  
 Acarició tu pura juventud,  
 Y gloria y paz y amor y venturanza  
 Vertió en el mundo tu primera luz.  
 Y al primer triunfo del amor primero  
 Que embalsamó en aromas el Eden,  
 Luciste acaso, mágico lucero,  
 Protector del misterio y del placer.  
 Y era tu luz voluptuosa y tierna  
 La que entre flores resbalando allí  
 Inspiraba en el alma una ansia eterna  
 De amor perpétuo y de placer sin fin:  
 Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría  
 En llanto y desventura se trocó:



Tu esplendor empañó niebla sombría;  
Solo un recuerdo al corazón quedó.

Y ahora melancólico me miras  
Y tu rayo es un dardo del pesar:  
Si amor aun al corazón inspiras,  
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te ví  
Resplandecer en mi frente,  
Cuando palpitar sentí  
Mi corazón dulcemente  
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía  
Con mas brillante fulgor,  
Mientras yo me prometía  
Que jamás se apagaría  
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante  
¡Oh lucero! te robó,  
Que oscureció tu semblante,  
Y á mi pecho arrebató  
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así  
Brillaste y en mi ilusión  
Yo aquel resplandor te dí  
Que amaba mi corazón,  
Lucero, cuando te ví?

Una mujer adoré  
Que imaginaria yo un cielo:  
Mi gloria en ella cifré,  
Y de un luminoso velo  
En mi ilusión la adorné.

Y tú fuiste la aureola  
Que iluminaba su frente,  
Cual los aires arrebola  
El fúlgido sol naciente,  
Y el puro azul tornasola.

Y astro de dicha y amores,  
Se deslizaba mi vida  
A la luz de tus fulgores,  
Por fácil senda florida,  
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,  
Tantos mágicos ensueños  
¿Dónde fueron?

Tan alegres fantasías,  
Deleites tan halagüeños,  
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusión  
Para nunca mas tornar,  
Y pasaron,  
Y solo en mi corazón  
Recuerdos, llanto y pesar  
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste  
Tambien tu puro fulgor,  
Y lloraste;  
Tambien como yo sufriste,  
Y el crudo arpon del dolor  
¡Ay! probaste.

¡Infeliz! ¿por qué volví  
De mis sueños de ventura  
Para hallar  
Luto y tinieblas en tí,  
Y lágrimas de amargura  
Que enjugar?

Pero tú conmigo lloras,  
Que eres el ángel caído  
Del dolor,  
Y piedad llorando imploras,  
Y recuerdas tu perdido  
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto  
Oyes, y sufres cual yo,  
¡Ay! juntemos  
Nuestras quejas, nuestro llanto;  
Pues nuestra gloria pasó,  
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,  
Y un vago padecer mi pecho siente:  
Que está mi alma de sufrir cansada,  
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡Quién sabe . . . tú recobrarás acaso  
Otra vez tu pasado resplandor,  
A tí tal vez te anunciará tu ocaso  
Un oriente mas puro que el del sol.

A mí tan solo penas y amargura  
Me quedan en el valle de la vida;  
Como un sueño pasó mi infancia pura,  
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores  
Para el que luz te preste en su ilusion,  
Y ornado el porvenir de blancas flores,  
Sienta latir de amor su corazón.

Yo indiferente sigo mi camino  
A merced de los vientos y la mar,  
Y entregado en los brazos del destino,  
Ni me importa salvarme ó zozobrar.

#### A JARIFA EN UNA ORGIA.

Trae, Jarifa, trae tu mano;  
Ven y pónsala en mi frente,  
Que en un mar de lava hirviente  
Mi cabeza siento arder.



Ven y junta con mis labios  
Esos labios que me irritan,  
Donde aun los besos palpitan  
De tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?  
¿Qué la verdad y el cariño?  
Mentida ilusion de niño,  
Que halagó mi juventud.

Dadme vino: en él se ahoguen  
Mis recuerdos; aturdida  
Sin sentir huya la vida;  
Paz me traiga el ataud.

El sudor mi rostro quema,  
Y en ardiente sangre rojos  
Brillan inciertos mis ojos,  
Se me salta el corazon.

Huye, mujer; te detesto,  
Siento tu mano en la mia,  
Y tu mano siento fria;  
Y tus besos hielos son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,  
Inventad otras caricias,  
Otro mundo, otras delicias,  
O maldito sea el placer.  
Vuestros besos son mentira,  
Mentira vuestra ternura:  
Es fealdad vuestra hermosura,  
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,  
Quiero un deleite divino,  
Como en mi mente imagino,  
Como en el mundo no hay;  
Y es la luz de aquel lucero  
Que engañó mi fantasía,  
Fuego fátuo, falso guía,  
Que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma,  
Y vive aún para el dolor impío?  
¿Por qué si yazgo en indolente calma,  
Siento, en lugar de paz, árido hastío?

¿Por qué este inquieto, abrasador deseo?  
¿Por qué este sentimiento extraño y vago,  
Que yo mismo conozco un devaneo,  
Y busco aun su seductor halago?

¿Por qué aun fingirme amores y placeres  
Que cierto estoy de que serán mentira?  
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres  
Necio tal vez mi corazon delira,

Si luego, en vez de prados y de flores,  
Halla desiertos áridos y abrojos,  
Y en sus sandios ó lúbricos amores  
Fastidio solo encontrará y enojos?

Yo me arrojé cual rápido cometa,  
En alas de mi ardiente fantasía:  
Doquier mi arrebatada mente inquieta  
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo  
Fuera del mundo en la region etérea,  
Y hallé la duda, y el radiante cielo  
Ví convertirse en ilusion aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria,  
Busqué con ansia y delirante amor,  
Y hediondo polvo y deleznable escoria  
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres ví de virginal limpieza  
Entre albas nubes de celeste lumbre;  
Yo las toqué, y en humo su pureza  
Trocarse ví, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusion desvanecida  
Y eterno é insaciable mi deseo:  
Palpé la realidad y odié la vida;  
Solo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aun y busco codicioso,  
Y aun deleites el alma finge y quiere:  
Pregunto y un acento pavoroso  
«¡Ay! me responde, desespera y muere.

«Muere, infeliz: la vida es un tormento,  
Un engaño el placer; no hay en la tierra

Paz para tí, ni dicha, ni contento,  
Sino eterna ambicion y eterna guerra.

«Que así castiga Dios el alma osada,  
Que aspira loca, en su delirio insano,  
De la verdad para el mortal velada  
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh! cesa; no, yo no quiero  
Ver mas, ni saber ya nada:  
Harta mi alma y postrada,  
Solo anhela descansar.

En mí muera el sentimiento,  
Pues ya murió mi ventura,  
Ni el placer ni la tristura  
Vuelvan mi pecho á turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria  
Y otras jóvenes almas engañad:  
Nacaradas imágenes de gloria,  
Coronas de oro y de laurel, pasad.

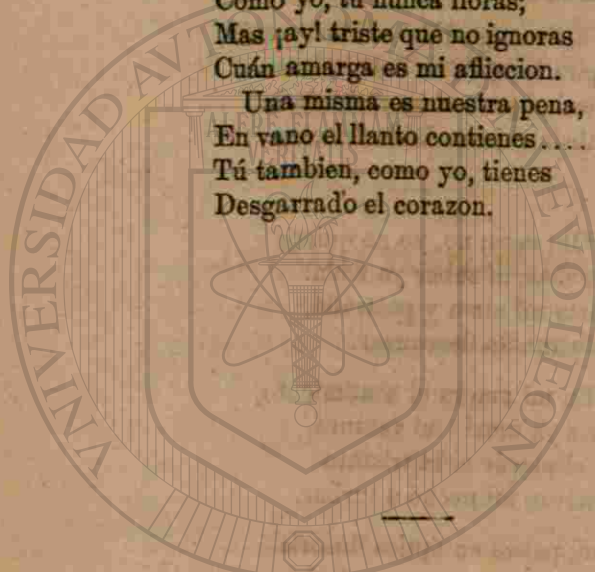
Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,  
Con danza y algazara en confusion;  
Pasad como visiones vaporosas  
Sin conmovér ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía  
Los brándis y el estruendo del festin,  
Y huya la noche y me sorprenda el dia  
En un letargo estúpido y sin fin.



Ven, Jarifa; tú has sufrido  
 Como yo; tú nunca lloras;  
 Mas ¡ay! triste que no ignoras  
 Cuán amarga es mi afliccion.

Una misma es nuestra pena,  
 En vano el llanto contienes . . . .  
 Tú tambien, como yo, tienes  
 Desgarrado el corazon.



## CUENTO.

### EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

#### PRIMERA PARTE.

Sus fueros sus bríos,  
 Sus premáticas su voluntad  
 QUIJOTE.—*Parte primera.*

Era mas de media noche,  
 Antiguas historias cuentan,  
 Cuando en sueño y en silencio  
 Lóbrega envuelta la tierra,  
 Los vivos muertos parecen,  
 Los muertos la tumba dejan.  
 Era la hora en que acaso  
 Temerosas voces suenan  
 Informes, en que se escuchan  
 Tácitas pisadas huecas,

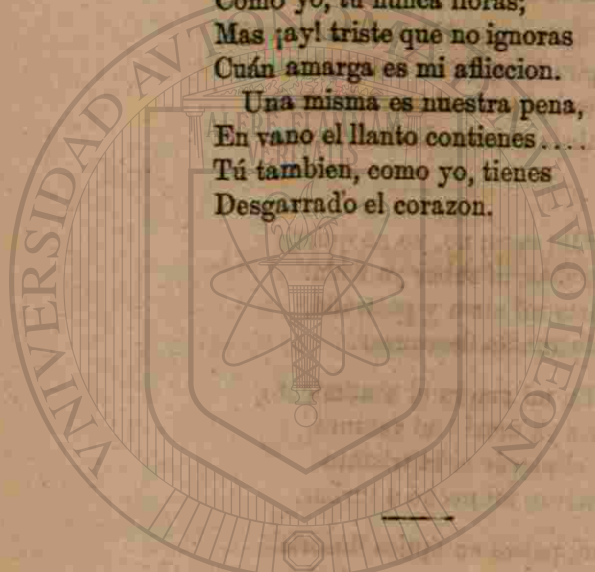
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ven, Jarifa; tú has sufrido  
 Como yo; tú nunca lloras;  
 Mas ¡ay! triste que no ignoras  
 Cuán amarga es mi afliccion.

Una misma es nuestra pena,  
 En vano el llanto contienes . . . .  
 Tú tambien, como yo, tienes  
 Desgarrado el corazon.



## CUENTO.

### EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.

#### PRIMERA PARTE.

Sus fueros sus bríos,  
 Sus premáticas su voluntad  
 QUIJOTE.—*Parte primera.*

Era mas de media noche,  
 Antiguas historias cuentan,  
 Cuando en sueño y en silencio  
 Lóbrega envuelta la tierra,  
 Los vivos muertos parecen,  
 Los muertos la tumba dejan.  
 Era la hora en que acaso  
 Temerosas voces suenan  
 Informes, en que se escuchan  
 Tácitas pisadas huecas,



Y pavorosas fantasmas  
 Entre las densas tinieblas  
 Vagan, y aullan los perros  
 Amedrentados al verlas:  
 En que tal vez la campana  
 De alguna arruinada iglesia  
 Da misteriosos sonidos  
 De maldición y anatema,  
 Que los sábados convoca  
 A las brujas á su fiesta.  
 El cielo estaba sombrío,  
 No vislumbraba una estrella,  
 Silbaba lúgubre el viento,  
 Y allá en el aire, cual negras  
 Fantasmas se dibujaban  
 Las torres de las iglesias,  
 Y del gótico castillo  
 Las altísimas almenas,  
 Donde canta ó reza acaso  
 Temeroso el centinela.  
 Todo en fin á media noche  
 Reposaba, y tumba era  
 De sus dormidos vivientes  
 La antigua ciudad que riega  
 El Tórnes, fecundo río,  
 Nombrado de los poetas,  
 La famosa Salamanca,  
 Insigne en armas y letras,  
 Patria de ilustre varones,  
 Noble archivo de las ciencias.

Súbito rumor de espadas  
 Cruje y un ¡ay! se escuchó;  
 Un ay moribundo, un ay  
 Que penetra el corazón,  
 Que hasta los tuétanos hiela  
 Y da al que lo oyó temblor.  
 Un ¡ay de alguno que al mundo  
 Pronuncia el último adios.

El ruido

Cesó

Un hombre

Pasó

Embozado

Y el sombrero

Recatado

A los ojos

Se caló.

Se desliza

Y atraviesa

Junto al muro

De una iglesia,

Y en la sombra

Se perdió.

Una calle estrecha y alta,

La calle del Ataud,

Cual si de negro crespon

Lóbrego eterno capuz

La vistiera, siempre oscura

Y de noches sin mas luz

Que la lámpara que alumbra  
Una imagen de Jesus,  
Atraviesa el embozado  
La espada en la mano aun,  
Que lanzó vivo reflejo  
Al pasar frente á la cruz.

Cual suele la luna tras lóbrega nube  
Con franjas de plata dorarla en redor,  
Y luego si el viento le agita, la sube  
Disuelta á los aires en blanco vapor:

Así vaga sombra de luz y de tinieblas,  
Mística y aérea dudosa vision,  
Ya brilla ó la esconden las densas tinieblas,  
Cual dulce esperanza, cual vana ilusion,

La calle sombría, la noche ya entrada,  
La lámpara triste ya pronta á espirar,  
Que á veces alumbra la imagen sagrada  
Y á veces se esconde la sombra á aumentar.

El vago fantasma que acaso aparece,  
Y acaso se acerca con rápido pié,  
Y acaso en las sombras tal vez desaparece.  
Cual ánima en pena del hombre que fué,

Al mas temerario corazon de acero  
Recelo iuspirara, pusiera pavor;  
Al mas maldiciente feroz bandolero  
El rezo á los labios trajera el temor.

Mas no al embozado, que aun sangre su espada  
Destila, el fantasma terror infundió,  
Y, el arma en la mano con fuerza empuñada,  
Osado á su encuentro despacio avanzó.

Segundo D. Juan Tenorio,  
Alma fiera ó insolente,  
Irreligioso y valiente,  
Altanero y reñidor:

Siempre el insulto en los ojos,  
En los labios la ironía,  
Nada teme y todo fia  
De su espada y su valor.

Corazon gastado, mofa  
De la mujer que corteja,  
Y, hoy, despreciándola, deja  
La que ayer se le rindió.

Ni el porvenir temió nunca,  
Ni recuerda en lo pasado  
La mujer que ha abandonado,  
Ni el dinero que perdió.

Ni vió el fantasma entre sueños  
Del que mató en desafío,  
Ni turbó jamás su brío  
Recelosa prevision.

Siempre en lances y en amores,  
Siempre en báquicas orgías,  
Mezcla en palabras impías  
Un chiste á una maldicion.



En Salamanca famoso  
 Por su vida y buen talante,  
 Al atrevido estudiante  
 Le señalan entre mil;  
 Fueros le da su osadía,  
 Le disculpa su riqueza,  
 Su generosa nobleza,  
 Su hermosura varonil.

Que su arrogancia y sus vicios,  
 Caballescica apostura,  
 Agilidad y bravura  
 Ninguno alcanza á igualar:  
 Que hasta en sus crímenes mismos,  
 En su impiedad y altiveza,  
 Pone un sello de grandeza  
 Don Félix de Montemar.

Bella y mas pura que el azul del cielo  
 Con dulces ojos lánguidos y hermosos,  
 Donde acaso el amor brilló entre el velo  
 Del pudor que los cubre candorosos;  
 Tímida estrella que refleja al suelo  
 Rayos de luz brillantes y dudosos,  
 Angel puro de amor que amor inspira,  
 Fué la inocente y desdichada Elvira.

Elvira, amor del estudiante un dia,  
 Tierna y feliz y de su amante ufana,


Cuando al placer su corazón se abría,  
 Como al rayo del sol rosa temprana:  
 Del fingido amador que la mentía,  
 La miel falaz que de sus labios mana  
 Bebe en su ardiente sed, el pecho ajeno  
 De que oculto en la miel hierve el veneno.

Que no descansa de su madre en brazos  
 Mas descuidado el candoroso infante,  
 Que ella en los falsos lisonjeros lazos  
 Que teje astuto el seductor amante:  
 Dulces caricias, lánguidos abrazos,  
 Placeres ¡ay! que duran un instante,  
 Que habrán de ser eternos imagina  
 La triste Elvira en su ilusion divina.

Que el alma vírgen que halagó un encanto  
 Con nacarado sueño en su pureza,  
 Todo lo juzga verdadero y santo,  
 Presta á todo virtud, presta belleza.  
 Del cielo azul al tachonado manto,  
 Del sol radiante á la inmortal riqueza,  
 Al aire, al campo, á las fragantes flores,  
 Ella añade esplendor, vida y colores.

Cifró en D. Félix la infeliz doncella  
 Toda su dicha, de su amor perdida;  
 Fueron sus ojos á los ojos de ella  
 Astros de gloria, manantial de vida.  
 Cuando sus lábios con sus labios sella,

Cuando su voz escucha embebecida,  
Embragada del dios que la enamora.  
Dulce le mira, extática le adora.



PARTE SEGUNDA.

..... Except the hollow sea's,  
Mourns o'er the beauty of the Cyclades.  
BYRON.—D. Juan, canto 4.

Está la noche serena  
De luceros coronada,  
Terso el azul de los cielos  
Como trasparente gasa.

Melancólica la luna  
Va trasmontando la espalda  
Del otero: su alba frente  
Tímida apenas levanta,

Y el horizonte ilumina,  
Pura virgen solitaria,  
Y en su blanca luz suave  
El cielo y la tierra baña.

Deslízase el arroyuelo  
Fúlgida cinta de plata  
Al resplandor de la luna,  
Entre franjas de esmeralda.

Argentadas chispas brillan  
Entre las espesas ramas,  
Y en el seno de las flores  
Tal vez aduermen las auras.

Tal vez despiertas susurran,  
Y al desplegarse sus alas,  
Mecén el blanco azahar,  
Mueven la amorosa acacia,

Y agitan ramas y flores  
Y en perfumes se embalsaman:  
Tal era pura esta noche  
Como aquella en que sus alas

Los ángeles desplegaron  
Sobre la primera llama  
Que amor encendió en el mundo,  
Del Eden en la morada.

¡Una mujer! ¿Es acaso  
Blanca silfa solitaria,  
Que entre el rayo de la luna  
Tal vez misteriosa vaga?

Blanco es su vestido, ondea  
Suelto el cabello á la espalda,



Hoja tras hoja las flores  
Que lleva en su mano, arranca.

Es su paso incierto y tardo,  
Inquietas son sus miradas,  
Mágico ensueño parece  
Que halaga engañosa el alma.

Ora, vedla, mira al cielo,  
Ora suspira, y se pára:  
Una lágrima sus ojos  
Brotan acaso y abrasa

Su mejilla, es una ola  
Del mar que en fiera borrasca  
El viento de las pasiones  
Ha alborotado en su alma.

Tal vez se sienta, tal vez  
Azorada se levanta:  
El jardín recorre ansiosa,  
Tal vez á escuchar se pára.

Es el susurro del viento,  
Es el murmullo del agua;  
No es su voz, no es el sonido  
Melancólico del arpa,

Son ilusiones que fueron:  
Recuerdos ¡ay! que te engañan,  
Sombras del bien que pasó....  
Ya te olvidó el que tú amas.

Esa noche y esa luna  
Las mismas son que miraron  
Indiferentes tu dicha,  
Cual ora ven tu desgracia.

¡Ah! llora, sí, ¡pobre Elvira!  
¡Triste amante abandonada!  
Esas hojas de esas flores;  
Que distraída arrancas,

¿Sabes adónde, infeliz,  
El viento las arrebató?  
Donde fueron tus amores,  
Tu ilusión y tu esperanza.

Deshojadas y marchitas,  
¡Pobres flores de tu alma!

Blanca nube de la aurora,  
Teñida de ópalo y grana,  
Naciente luz te colora,  
Refulgente, precursora  
De la cándida mañana.

Mas ¡ay! que se disipó  
Tu pureza virginal,  
Tu encanto el aire llevó  
Cual la ventura ideal  
Que el amor te prometió.

Hojas del árbol caídas  
 Juguetes del viento son:  
 ¡Las ilusiones perdidas  
 Ay! son hojas desprendidas  
 Del árbol del corazón!  
 ¡El corazón sin amor!  
 ¡Triste páramo cubierto  
 Con la lava del dolor,  
 Oseuro inmenso desierto  
 Donde no nace una flor!

Distante un bosque sombrío,  
 El sol cayendo en la mar,  
 En la playa un aduar,  
 Y á lo lejos un navío  
 Viento en popa navegar;

Optico vidrio presenta  
 En fantástica ilusion,  
 Y al ojo encantado ostenta  
 Gratas visiones, que aumenta  
 Rica la imaginacion.

Tú eres, mujer, un fanal  
 Transparente de hermosura  
 ¡Ay de tí! si por tu mal  
 Rompe el hombre en su locura  
 Tu misterioso cristal.

Mas ¡ay! dichosa tú, Elvira,  
 En tu misma desventura,

Que aun deleites te procura,  
 Cuando tu pecho suspira,  
 Tu misteriosa locura:

Que es la razon un tormento  
 Y vale mas delirar  
 Sin juicio, que el sentimiento  
 Cuerdamente analizar,  
 Fijo en él el pensamiento.

Vedla, allí va que sueña en su locura  
 Presente el bien que para siempre huyó:  
 Dulces palabras con amor murmura:  
 Piensa que escucha al pérfido que amó.

Vedla, postrada su piedad implora  
 Cual si presente le mirara allí:  
 Vedla, que sola se contempla y llora,  
 Miradla delirante sonreir.

Y su frente en revuelto remolino  
 Ha enturbiado su loco pensamiento  
 Como nublo que en negro torbellino  
 Encubre el cielo y amontona el viento,

Y vedla cuidadosa escoger flores,  
 Y las lleva mezcladas en la falda,  
 Y, corona nupcial de sus amores,  
 Se entretiene en tejer una guirnalda.

Y en medio de su dulce desvarío  
 Triste recuerdo el alma le importuna,



Y al márgen va del argentado rio,  
Y allí las flores echa de una en una;

Y las sigue su vista en la corriente,  
Una tras otras rápidas pasar,  
Y confusos sus ojos y su mente  
Se siente con sus lágrimas ahogar:

Y de amor canta, y en su tierna queja  
Entona melancólica canción,  
Canción que el alma desgarrada deja,  
Lamento ¡ay! que llaga el corazón.

¿Qué me valen tu calma y tu ternura,  
Tranquila noche, solitaria luna,  
Si no calmais del hado la crudeza,  
Ni me dais esperanza de fortuna?  
¿Qué me valen la gracia y la belleza,  
Y amar como jamás amó ninguna,  
Si la pasión que el alma me devora,  
La desconoce aquel que me enamora?

Lágrimas interrumpen su lamento,  
Inclina sobre el pecho su semblante,  
Y de ella en derredor susurra el viento  
Sus últimas palabras, sollozante.

Murió de amor la desdichada Elvira,  
Cándida rosa que agostó el dolor,  
Süave aroma que el viajero aspira  
Y en sus alas el aura arrebató.

Vaso de bendición, ricos colores  
Reflejó en su cristal la luz del día,  
Mas la tierra empañó sus resplandores,  
Y el hombre lo rompió con mano impía.

Una ilusión acarició su mente:  
Alma celeste para amar nacida,  
Era el amor de su vivir la fuente,  
Estaba junta á su ilusión su vida.

Amada del Señor, flor venturosa,  
Llena de amor murió y de juventud;  
Despertó alegre una alborada hermosa,  
Y á la tarde durmió en el ataud.

Mas despertó tambien de su locura  
Al término postrero de su vida,  
Y al abrirse á sus piés la sepultura,  
Volvió á su mente la razón perdida.

¡La razón fría! ¡la verdad amarga!  
¡El bien pasado y el dolor presente!  
¡Ella feliz! ¡que de tan dura carga  
Sintió el peso al morir únicamente!

Y conociendo ya su fin cercano,  
Su mejilla una lágrima abrasó;  
Y así al infiel con temblorosa mano,  
Moribunda su víctima escribió:

«Voy á morir, perdona si mi acento  
Vuela importuno á molestar tu oído:  
Él es, Don Félix, el postrer lamento  
De la mujer que tanto te ha querido.  
La mano helada de la muerte siento . . . .  
Adios: ni amor ni compasion te pido . . . .  
Oye y perdona si al dejar el mundo,  
Arranca un ¡ay! su angustia al moribundo.

«¡Ah! para siempre adios. Por tí mi vida  
Dichosa un tiempo resbalar sentí,  
Y la palabra de tu boca oída  
Éxtasis celestial fué para mí.

Mi mente aun goza en la ilusion querida  
Que para siempre ¡miser! perdí . . . .

¡Ya todo huyó, desapareció contigo!  
¡Dulces horas de amor, yo las bendigo!

«Yo las bendigo, sí, felices horas,  
Presentes siempre en la memoria mía,  
Imágenes de amor encantadoras,  
Que aun vienen á halagarme en mi agonía.  
Mas ¡ay! volad, huid, engañadoras  
Sombras, por siempre; mi postrero día  
Ha llegado: perdon, perdon, ¡Dios mio!  
Si aun gozo en recordar mi desvarío.

«Y tú, Don Félix, si te causa enojos  
Que te recuerde yo mi desventura,  
Piensa están harto de llorar mis ojos  
Lágrimas silenciosas de amargura,  
Y hoy, al tragar la tumba mis despojos,  
Concede este consuelo á mi tristura:  
Estos renglones compasivo mira;  
Y olvida luego para siempre á Elvira.

«Y jamás turbe mi infeliz memoria  
Con amargos recuerdos tus placeres;  
Goces te dé el vivir, triunfos la gloria,  
Dichas el mundo, amor otras mujeres:  
Y si tal vez mi lamentable historia  
A tu memoria con dolor trajeres,  
Llórame, sí; pero palpíte exento  
Tu pecho de roedor remordimiento.

«Adios por siempre, adios: un breve instante  
Siento de vida, y en mi pecho el fuego  
Aun arde de mi amor: mi vista errante  
Vaga desvanecida . . . ¡calma luego,  
Oh muerte, mi inquietud! . . . ¡Sola . . . espirante! . . .  
Amame: no, perdona: ¡inútil ruego!  
Adios, adios, ¡tu corazón perdí!  
— ¡Todo acabó en el mundo para mí!»

Así escribió su triste despedida  
Momentos ántes de morir, y al pecho  
Se estrechó de su madre dolorida,  
Que en tanto inunda en lágrimas su lecho.



Y exhaló luego su postrer aliento,  
 Y á su madre sus brazos se apretaron  
 Con nervioso y convulso movimiento,  
 Y sus lábios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa  
 Do los ángeles moran. . . . Tristes flores  
 Brota la tierra en torno de su losa;  
 El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,  
 Sombra le presta en lánguido desmayo,  
 Y allá en la tarde, cuando el sol declina,  
 Baña su tumba en paz su último rayo. . . .

## PARTE TERCERA.

## CUADRO DRAMATICO.

*Serg.* ¿Teneis mas que parar?  
*Franco.* Paro los ojos.  
 Los ojos, sí, los ojos: que descreo  
 Del que los hizo para tal empleo.  
 MORETO.—*San Franco de Sena.*

## PERSONAS.

D. FÉLIX DE MONTEMAR.

D. DIEGO DE PASTRANA.

SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa  
 Hasta seis hombres están,  
 Fija la vista en los naipes,  
 Mientras juegan al parar;  
 Y en sus semblantes se pintan  
 El despecho y el afan:  
 Por perder desesperados,  
 Avarientos por ganar.

Y exhaló luego su postrer aliento,  
 Y á su madre sus brazos se apretaron  
 Con nervioso y convulso movimiento,  
 Y sus lábios un nombre murmuraron.

Y huyó su alma á la mansion dichosa  
 Do los ángeles moran. . . . Tristes flores  
 Brota la tierra en torno de su losa;  
 El céfiro lamenta sus amores.

Sobre ella un sauce su ramaje inclina,  
 Sombra le presta en lánguido desmayo,  
 Y allá en la tarde, cuando el sol declina,  
 Baña su tumba en paz su último rayo. . . .

## PARTE TERCERA.

## CUADRO DRAMATICO.

*Serg.* ¿Teneis mas que parar?  
*Franco.* Paro los ojos.  
 Los ojos, sí, los ojos: que descreo  
 Del que los hizo para tal empleo.  
 MORETO.—*San Franco de Sena.*

## PERSONAS.

D. FÉLIX DE MONTEMAR.

D. DIEGO DE PASTRANA.

SEIS JUGADORES.

En derredor de una mesa  
 Hasta seis hombres están,  
 Fija la vista en los naipes,  
 Mientras juegan al parar;  
 Y en sus semblantes se pintan  
 El despecho y el afan:  
 Por perder desesperados,  
 Avarientos por ganar.



Reina profundo silencio,  
Sin que lo rompa jamás  
Otro ruido que el del oro,  
O una voz para jurar.

Pálida lámpara alumbraba  
Con trémula claridad  
Negras de humo las paredes  
De aquella estancia infernal.

Y el misterioso bramido  
Se escucha del huracán,  
Que azota los vidrios frágiles  
Con sus alas al pasar.

ESCENA I.

JUGADOR PRIMERO.

El caballo aun no ha salido.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Qué carta vino?

JUGADOR PRIMERO.

La sota.

JUGADOR SEGUNDO.

Pues por poco se alborota.

JUGADOR PRIMERO.

Un caudal llevo perdido:

¡Voto á Cristo!

JUGADOR SEGUNDO.

No jureis,  
Que aun no estais en la agonía.

JUGADOR PRIMERO.

No hay suerte como la mía.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Y como cuánto perdeis?

JUGADOR PRIMERO.

Mil escudos y el dinero  
Que D. Félix me entregó.

JUGADOR SEGUNDO.

¿Dónde anda?

JUGADOR PRIMERO.

¡Qué sé yo!

No tardará.

JUGADOR TERCERO.

Ervido.

JUGADOR PRIMERO.

Quiero.

ESCENA II.

Galan de talle gentil,  
La mano izquierda apoyada

En el pomo de la espada,  
Y el aspecto varonil:  
Alta el ala del sombrero  
Porque descubra la frente,  
Con airoso continente  
Entró luego un caballero.

JUGADOR PRIMERO.

(Al que entra.)

Don Félix, á buena hora  
Habeis llegado.

D. FÉLIX.

¿Perdisteis?

JUGADOR PRIMERO.

El dinero que me disteis  
Y esta bolsa pecadora.

JUGADOR SEGUNDO.

Don Félix de Montemar  
Debe perder. El amor

Le negara su favor

Cuando le viera ganar.

D. FÉLIX (con desden.)

Necesito ahora dinero,  
Y estoy hastiado de amores.

(Al corro con altivez.)

Dos mil ducados, señores,  
Por esta cadena quiero.

(Quítase una cadena que lleva al pecho.)

JUGADOR TERCERO.

Alta poneis la tarifa.

D. FÉLIX (con altivez.)

La pongo en lo que merece.

Si otra duda se os ofrece,

Decid.

(Al corro.)

Se vende y se rifa.

JUGADOR CUARTO (aparte.)

¿Y hay quien sufra tal afrenta?

D. FÉLIX.

Entre cinco están hallados.

A cuatrocientos ducados

Os toca, segun mi cuenta.

Al as de oros. Allá va.

(Va echando cartas que toman los jugadores en silencio.)

Uno, dos...

(Al perdidoso.)

Con vos no cuento.

JUGADOR PRIMERO.

Por el motivo lo siento.

JUGADOR TERCERO.

¡El as! ¡el as! aquí está.

JUGADOR PRIMERO.

Ya ganó.



D. FÉLIX.

Suerte teneis: al punto  
A un solo golpe de dados  
Tiro los dos mil ducados.

JUGADOR TERCERO.

¿En un golpe?

JUGADOR PRIMERO (á don Félix).

Los perdeis.

D. FÉLIX.

Perdida tengo yo el alma,  
Y no me importa un ardite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad.

D. FÉLIX.

Al primer embite.

JUGADOR TERCERO.

Tirad pronto.

D. FÉLIX.

Tened calma:

Que os juego mas todavia,  
Y en cien onzas hago el trate,  
Y os llevais este retrato  
Con marco de pedreria.

JUGADOR TERCERO.

¿En cien onzas?

D. FÉLIX.

¿Qué dudais?

JUGADOR PRIMERO (tomando el retrato)

¡Hermosa mujer!

JUGADOR CUARTO.

No es caro.

D. FÉLIX.

¿Quereis pararlas?

JUGADOR TERCERO.

Las paro.

Mas ganaré.

D. FÉLIX.

Si ganais (se registra todo),

No tengo otra joya aquí.

JUGADOR PRIMERO (mirando el retrato).

Si esta imágen respirara.....

D. FÉLIX.

A estar aquí la jugara  
A ella, al retrato y á mí.

JUGADOR TERCERO.

Vengan los dados.

D. FÉLIX.

Tirad.

JUGADOR SEGUNDO.

Por D. Félix cien ducados.

JUGADOR CUARTO.

En contra van apostados.

JUGADOR QUINTO.

Cincuenta mas. Esperad,  
No tireis.

JUGADOR SEGUNDO.

Van los cincuenta.

JUGADOR PRIMERO.

Yo, sin blanca, á Dios le ruego  
Por D. Félix.

JUGADOR QUINTO.

Hecho el juego.

JUGADOR TERCERO.

¿Tiro?

D. FÉLIX.

Tirad con sesenta  
De á caballo.

*(Todos se agrupan con ansiedad al rededor de la mesa  
El tercer jugador tira los dados.)*

JUGADOR CUARTO.

¿Qué ha salido?

JUGADOR SEGUNDO.

¡Mil demonios, que á los dos  
Nos lleven!

D. FÉLIX *(con calma al PRIMERO)*

¡Bien, vive Dios,  
Vuestros ruegos me han valido!  
Encomendadme otra vez,  
D. Juan, al diablo; no sea  
Que si os oye Dios, me vea  
Cautivo y esclavo en Fez.

JUGADOR TERCERO.

D. Félix, habeis perdido  
Solo el marco, no el retrato,  
Que entrar la dama en el trato  
Vuestra intencion no habrá sido.

D. FÉLIX.

¿Cuánto diérais por la dama?

JUGADOR TERCERO.

Yo, la vida.

D. FÉLIX.

No la quiero.  
Mirad si me dais dinero,  
Y os la llevais.

JUGADOR TERCERO.

¡Buena fama!



Lograreis entre las bellas  
 Cuando descubran altivas  
 Que voz las haceis cautivas,  
 Para en seguida vendellas!

D. FÉLIX.

Eso á vos no importa nada.  
 ¿Quereis la dama? Os la vendo.

JUGADOR TERCERO.

Yo de pinturas no entiendo.

D. FÉLIX (con cólera).

Vos hablais con demasiada  
 Altivez é irreverencia  
 De una mujer... ¡y si no!

JUGADOR TERCERO.

De la pintura hablé yo.

TODOS

Vamos, paz; no haya pendencia.

D. FÉLIX (sosegado)

Sobre mi palabra os juego  
 Mil escudos.

JUGADOR TERCERO

Van tirados.

D. FÉLIX.

A otra suerte de esos dados;  
 Y el diablo les prenda fuego.

ESCENA III.

Pálido el rostro, cejijunto el ceño,  
 Y torva la mirada, aunque afligida,  
 Y en ella un firme y decidido empeño  
 De dar la muerte ó de perder la vida,

Un hombre entró embozado hasta los ojos,  
 Sobre las juntas cejas el sombrero:  
 Víbrale al rostro el corazón enojos,  
 El paso firme, el ánimo altanero.

Encubierta fatídica figura.—  
 Sed de sangre su espíritu secó,  
 Emponzoñó su alma la amargura,  
 La venganza irritó su corazón.

Junto á D. Félix llega... y desatento  
 No habla á ninguno, ni aun la frente inclina;  
 Y en pie y delante de él y el ojo atento,  
 Con iracundo rostro le examina.

Miró también D. Félix al sombrío  
 Huésped que en él los ojos enclavó,  
 Y con sarcasmo desdeñoso y frío  
 Fijos en él los suyos, sonrió.

D. FÉLIX.

Buen hombre, ¿de qué tapiz  
 Se ha escapado, —el que se tapa,—  
 Que entre el sombrero y la capa  
 Se os ve apenas la nariz?

D. DIEGO.

Bien, D. Félix, cuadra en vos  
Esa insolencia importuna.

D. FÉLIX.

(Al tercer jugador sin hacer caso de don Diego.)

Perdisteis.

JUGADOR TERCERO.

Sí. La fortuna

Se trocó: tiro y van dos.

(Vuelven á tirar.)

D. FÉLIX.

Gané otra vez.

(Al embozado.) No he entendido

Qué dijisteis, ni hice aprecio

De si hablasteis blando ó recio

Cuando me habeis respondido.

D. DIEGO.

A solas hablar querria.

D. FÉLIX.

Podeis, si os place, empezar,

Que por vos no he de dejar

Tan honrosa compañía.

Y si Dios aquí os envia

Para hacer mi conversion,

No desprecieis la ocasion.

De convertir tanta gente,  
Mientras que yo humildemente  
Aguardo mi absolucion.

D. DIEGO (desembozándose con ira.)

D. Félix, ¿no conocéis

A D. Diego de Pastrana?

D. FÉLIX.

A vos no, mas sí á una hermana

Que imagino que teneis.

D. DIEGO.

¿Y no sabéis que murió?

D. FÉLIX.

Téngala Dios en su gloria.

D. DIEGO.

Pienso que sabéis su historia,

Y quién fué quien la mato.

D. FÉLIX (con sarcasmo)

¿Quizá alguna calentura!

D. DIEGO.

¡Mentís vos!

D. FÉLIX.

Calma, D. Diego,

Que si vos os morís luego,

Es tanta mi desventura,



Que aun me lo habrán de achacar,  
Y es en vano ese despecho,  
Si se murió, á lo hecho, pecho,  
Ya no ha de resucitar.

D. DIEGO.

Os estoy mirando y dudo  
Si habré de manchar mi espada  
Con esa sangre malvada,  
O echaros al cuello un nudo  
Con mis manos, y con mengua,  
En vez de desafiáros,  
El corazón arrancaros  
Y patearos la lengua.  
Que un alma, una vida, es  
Satisfacción muy lijera,  
Y os diera mil si pudiera  
Y os las quitara despues.  
Jugo á mi labio han de dar  
Abiertas todas tus venas,  
Que toda tu sangre apénas  
Basta mi sed á calmar.  
¡Villano!

(Tira de la espada; todos los jugadores se interponen.)

TODOS,

Fuera de aquí

A armar quimera.

D. FÉLIX (con calma, levantándose.)

Tened,

D. Diego, la espada, y ved  
Que estoy yo muy sobre mí,  
Y que me contengo mucho,  
No sé por qué, pues tan frio  
En mi colérico brio  
Vuestras injurias escucho.

D. DIEGO.

(Con furor reconcentrado y con la espada desnuda.)

Salid de aquí; que á fé mia,  
Que estoy resuelto á mataros,  
Y no alcanzara á libraros  
La misma Virgen María.  
Y es tan cierta mi intencion,  
Tan resuelta está mi alma,  
Que hasta mi cólera calma  
Mi firme resolución.  
Venid conmigo.

D. FÉLIX.

Allá voy;

Pero si os mato, D. Diego,  
Que no me venga otro luego  
A pedirme cuenta. Soy  
Con vos al punto. Esperad  
Cuenta el dinero . . . uno . . . dos . . .  
(A don Diego.)

Son mis ganancias; por vos  
Pierdo aquí una cantidad  
Considerable de oro

Que iba á ganar, ¿y por qué?  
 Diez... quince... por no sé qué  
 Cuento de amor, un tesoro y  
 Perdidolo... voy al momento;  
 Es un puro disparate  
 Empeñarse en que yo os mate:  
 Lo digo como lo siento.

D. DIEGO.

Remiso andais y cobarde  
 Y hablador en demasía.

D. FÉLIX.

D. Diego, mas sangre fría;  
 Para reñir nunca es tarde,  
 Y si aun fuera otro el asunto,  
 Yo os perdonara la prisa:  
 Pidiérais vos una misa  
 Por la difunta, y al punto....

D. DIEGO.

¡Mal caballero!

D. FÉLIX.

D. Diego,

Mi delito no es gran cosa.  
 Era vuestra hermana hermosa:  
 La ví, me amó, creció el fuego,  
 Se murió, no es culpa mía;  
 Y admiro vuestro candor;

Que no se mueren de amor  
 Las mujeres hoy en día.

D. DIEGO.

¿Estais pronto?

D. FÉLIX.

Están contados.

Vamos andando.

D. DIEGO.

¿Os reis?

(Con voz solemne.)

Pensad que á morir venís.

D. FÉLIX (Sale tras de él embolsándose el dinero  
 con indiferencia.)

Son mil trescientos ducados.

ESCENA IV.

Los jugadores.

JUGADOR PRIMERO.

Este D. Diego Pastrana  
 Es un hombre decidido.  
 Desde Flandes ha venido  
 Solo á vengar á su hermana.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Pues no ha hecho mal disparate!



Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¿Quién sabe? acaso la muerte.

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choea y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(La proteccion de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

Spiritus quidem promptus est; caro vero infirma.

(S. Marc. Evang.)

Vedle, D. Félix es, espada en mano,  
Serenos el rostro, firme el corazon,  
Tambien de Elvira el vengativo hermano  
Sin piedad á sus piés muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta  
Por la calle fatal del Atand;  
Y ni medrosa aparicion le espanta.  
Ni le turba la imágen de Jesus.

La moribunda lámpara que ardia  
Trémula lanza su postrer fulgor,  
Y en honda oscuridad, noche sombría  
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los piés el Montemar osado  
En las tinieblas con incierto giro,  
Cuando ya un trecho de la calle andado,  
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,  
Y á su pesar sus nervios se crisparon;  
Mas pasado el primero movimiento,  
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,  
Que ni finge valor ni muestra miedo,  
El alma de invencible vigor llena,  
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura,  
Y á mover mueve la atrevida planta,  
Cuando hácia él fatídica figura  
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas  
Ya disipa y se anima y va creciendo

Me da el corazon su muerte.

JUGADOR TERCERO.

¿Quién sabe? acaso la muerte.

JUGADOR CUARTO.

Me alegraré que lo mate.

PARTE CUARTA.

Salió en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la mas desalentada desesperacion y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazon humano, que tan positivamente choea y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes ligeramente y de pasada.

(La proteccion de un sastre; novela original por D. Miguel de los Santos Alvarez.)

Spiritus quidem promptus est; caro vero infirma.

(S. Marc. Evang.)

Vedle, D. Félix es, espada en mano,  
Serenos el rostro, firme el corazon,  
Tambien de Elvira el vengativo hermano  
Sin piedad á sus piés muerto cayó.

Y con tranquila audacia se adelanta  
Por la calle fatal del Atand;  
Y ni medrosa aparicion le espanta.  
Ni le turba la imágen de Jesus.

La moribunda lámpara que ardia  
Trémula lanza su postrer fulgor,  
Y en honda oscuridad, noche sombría  
La misteriosa calle encapotó.

Mueve los piés el Montemar osado  
En las tinieblas con incierto giro,  
Cuando ya un trecho de la calle andado,  
Súbito junto á él oye un suspiro.

Resbalar por su faz sintió el aliento,  
Y á su pesar sus nervios se crisparon;  
Mas pasado el primero movimiento,  
A su primera rigidez tornaron.

«¿Quién va?» pregunta con la voz serena,  
Que ni finge valor ni muestra miedo,  
El alma de invencible vigor llena,  
Fiado en su tajante de Toledo.

Palpa en torno de sí, y el impío jura,  
Y á mover mueve la atrevida planta,  
Cuando hácia él fatídica figura  
Envuelta en blancas ropas se adelanta.

Flotante y vaga, las espesas nieblas  
Ya disipa y se anima y va creciendo



Con apagada luz, ya en las tinieblas  
Su argentino blancor va apareciendo.

Ya leve punto de luciente plata,  
Astro de clara lumbre sin mancilla,  
El horizonte lóbrego dilata  
Y allá en la sombra en lontananza brilla.

Los ojos Montemar fijos en ella,  
Con mas asombro que temor la mira;  
Tal vez la juzga vagorosa estrella  
Que en el espacio de los cielos gira:

Tal vez engaño de sus propios ojos,  
Forma falaz que en su ilusion creó,  
O del vino ridículos antojos  
Que al fin su juicio á alborotar subió.

Mas el vapor del néctar jerezano  
Nunca su mente á trastornar bastara,  
Que ya mil veces embriagarse en vano  
En frenéticas orgias intentara.

«Dios presume asustarme: ¡ojalá fuera,  
Dijo entre sí riendo, el diablo mismo!  
Que entónces, vive Dios, quién soy supiera  
El cornudo monarca del abismo.»

Al pronunciar tan insolente ultraje  
La lámpara del Cristo se encendió:  
Y una mujer velada en blanco traje,  
Ante la imagen de rodillas vió.

«Bienvenida la luz,» dijo el impío,  
«Gracias á Dios ó al diablo:» y con osada,  
Firme intencion y temerario brío,  
El paso vuelve á la mujer tapada.

Mientras él anda, al parecer se alejan  
La luz, la imagen, la devota dama,  
Mas si él se pára, de moverse dejan:  
Y lágrima tras lágrima derrama

De sus ojos inmóviles la imagen.  
Mas sin que el miedo ni el dolor que inspira  
Su planta audaz, ni su impiedad atajen,  
Rostro á rostro á Jesus, Montemar mira.

—La calle parece se mueve y camina,  
Faltarle la tierra sintió bajo el pié;  
Sus ojos la muerta mirada fascina  
Del Cristo, que intensa clavada está en él.

Y en medio el delirio que embarga su mente,  
Y achaca él al vino que al fin le embriagó,  
La lámpara alcanza con mano insolente  
Del ara do alumbra la imagen de Dios;

Y al rostro la acerca, que el cándido lino  
Encubre, con ánimo asaz descortes;  
Mas la luz apaga viento repentino,  
Y la blanca dama se puso de pié.

Empero un momento creyó que veía  
Un rostro que vagos recuerdos le da,

Y alegres memorias confusas traía  
De tiempos mejores que pasaron ya.

Un rostro de un ángel que vió en un ensueño,  
Como un sentimiento que el alma halagó,  
Que anubla la frente con rígido ceño,  
Sin que lo comprenda jamás la razón.

Su forma gallarda dibuja en las sombras  
El blanco ropaje que ondeante se ve,  
Y cual si pisara mullidas alfombras,  
Deslizase leve sin ruido su pié.

Tal vimos al rayo de la luna llena  
Fugitiva vela de léjos cruzar,  
Que ya la hinche en popa la brisa serena,  
Que ya la confunde la espuma del mar.

También la esperanza blanca y vaporosa  
Así ante nosotros pasa en ilusión,  
Y el alma conmueve con ansia medrosa  
Mientras la rechaza la adusta razón.

D. FÉLIX.

«¿Qué! ¿sin respuesta me deja?  
¿No admitís mi compañía?  
¿Será quizá alguna vieja  
Devota? . . . ¡Chasco sería!

En vano, dueña, es callar,  
Ni hacerme señas que no:

He resuelto que sí yo,  
Y os tengo de acompañar.

Y he de saber dónde vais  
Y si sois hermosa ó fea,  
Quién sois y cómo os llamais.  
Y aun cuando imposible sea,

Y fuerais vos Satanás  
Con sus llamas y sus cuernos,  
Hasta en los mismos infiernos,  
Vos delante y yo detrás,

Hemos de entrar ¡vive Dios!  
Y aunque lo estorbara el cielo,  
Que yo he de cumplir mi anhelo  
Aun á despecho de vos:

Y perdanadme, señora,  
Si hay en mi empeño osadía.  
Mas fuera descortesía  
Dejaros sola á esta hora:

Y me va en ello mi fama,  
Que juro á Dios no quisiera  
Que por temor se creyera  
Que no he seguido á una dama.®

Del hondo del pecho profundo gemido,  
Crugido del vaso que estalla al dolor,  
Que apenas medroso lastima el oído,  
Pero que punzante rasga el corazón;



Gemido de amargo recuerdo pasado,  
De pena presente, de incierto pesar,  
Mortífero aliento, veneno exhalado  
Del que encubre el alma ponzoñoso mar;

Al Gemido de muerte lanzó y silenciosa  
La blanca figura su pié resbaló,  
Cual mueve sus alas sílfide amorosa  
Que apenas las aguas del lago rizó.

¡Ay! el que vió acaso perdida en un día  
La dicha que eterna creyó el corazón,  
Y en noche de nieblas, y en honda agonía  
En un mar sin playas muriendo quedó! . . . .

Y solo y llevando consigo en su pecho,  
Compañero eterno su dolor crüel,  
El mágico encanto del alma deshecho,  
Su pena, su amigo y su amante fiel;

Miró sus suspiros llevarlos el viento,  
Sus lágrimas tristes perderse en el mar,  
Sin nadie que acuda ni entienda su acento,  
Insensible el cielo y el mundo á su mal . . . .

Y ha visto la luna brillar en el cielo  
Serena y en calma mientras él lloró,  
Y ha visto los hombres pasar en el suelo  
Y nadie á sus quejas los ojos volvió.

Y él mismo, la befa del mundo temblando,  
Su pena en su pecho profunda escondió,

Y dentro en su alma su llanto tragando  
Con falsa sonrisa su labio vistió! . . . .

¡Ay! quien ha contado las horas que fueron,  
Horas otro tiempo que abrevió el placer,  
Y hoy solo y llorando piensa cómo huyeron  
Con ellas por siempre las dichas de ayer;

Y aquellos placeres, que el triste ha perdido,  
No huyeron del mundo, que en el mundo están,  
Y él vive en el mundo do siempre ha vivido,  
Y aquellos placeres para él no son ya!

¡Ay! el que descubre por fin la mentira,  
¡Ay! el que la triste realidad palpó,  
El que el esqueleto de este mundo mira,  
Y sus falsas galas loco le arrancó . . . .

¡Ay! aquel que vive solo en lo pasado! . . . .  
¡Ay! el que su alma nutre en su pesar.  
Las horas que huyeron llamará angustiado,  
Las horas que huyeron y no tornarán . . . .

Quien haya sufrido tan bárbaro duelo,  
Quien noches enteras contó sin dormir  
En lecho de espinas, maldiciendo al cielo,  
Horas sempiternas de ansiedad sin fin;

Quien haya sentido quererse del pecho  
Saltar á pedazos roto el corazón;  
Crecer su delirio, crecer su despecho;  
Al cuello cien nudos echarle el dolor;

Ponzoñoso lago de punzante hielo,  
Sus lágrimas tristes que enajó el pesar,  
Reventando ahogarle, sin hallar consuelo,  
Ni esperanza nunca, ni tregua en su afán...

Aquel, de la blanca fantasma el gemido,  
Única respuesta que á D. Félix dió,  
Hubiera, y su inmenso dolor, comprendido,  
Hubiera pesado su inmenso valor.

D. FÉLIX.

«Si buscáis algun ingrato,  
Yo me ofrezco agradecido;  
Pero ó miente ese recato,  
O vos sufrís el mal trato  
De algun celoso marido.

«¿Acerté? ¡Nécia mania!  
Es para volverme loco,  
Si insistís en tal porfia,  
Con los mudos, reina mía,  
Yo hago mucho y hablo poco.»

Segunda vez importunada en tanto,  
Una voz de süave melodía  
El estudiante oyó que parecia  
Eco lejano de armonioso canto:  
De amante pecho lánguido latido,  
Sentimiento inefable de ternura,  
Suspiro fiel de amor correspondido,  
El primer sí de la mujer aun pura.

«Para mí los amores acabaron:  
Todo en el mundo para mí acabó:  
Los lazos que á la tierra me ligaron,  
El cielo para siempre desató.»

Dijo su acento misterioso y tierno,  
Que de otros mundos la ilusion traía,  
Eco de los que ya reposo eterno  
Gozan en paz bajo la tumba fria.

Montemar, atento solo á su ventura,  
Que es bella la dama y aun fácil juzgó,  
Y la hora, la calle y la noche oscura  
Nuevos incentivos á su pecho son.

—Hay riesgo en seguirme.—Mirad ¡qué reparo!  
—Quizá luego os pese.—Puede que por vos.  
—Ofendeis al cielo.—Del diablo me amparo.  
—Idos, caballero, no tenteis á Dios.—

—Siento me enamora mas vuestro despego,  
Y si Dios se enoja, pardiez que hará mal:  
Véame en vuestros brazos y máteme luego.  
—¡Vuestra última hora quizá esta será!...

Dejad ya, D. Félix, delirios mundanos.—  
—¡Hola, me conoce!—¡Ay! ¡temblad por vos!  
¡Temblad no se truequen deleites livianos  
En penas eternas!—Basta de sermón,

Que yo para oirlos la cuaresma espero;  
Y hablemos de amores, que es mas dulce hablar;



Dejad ese tono solemne y severo,  
Que os juro, señora, que os sienta muy mal;

La vida es la vida: cuando ella se acaba,  
Acaba con ella también el placer.

¿De inciertos pesares por qué hacerla esclava?  
Para mí no hay nunca mañana ni ayer.

Si mañana muero, que sea en mal hora  
O en buena, cual dicen, ¿qué me importa á mí?  
Goce yo el presente, disfrute yo ahora,  
Y el diablo me lleve siquiera al morir.

—¡Cúmplase en fin tu voluntad, Dios mío!—

La figura fatídica exclamó:  
Y en tanto al pecho redoblar su brio  
Siente D. Félix y camina en pos.

Cruzan tristes calles,

Plazas solitarias,

Arruinados muros,

Donde sus plegarias

Y falsos conjuros,

En la misteriosa

Noche borrascosa,

Maldecida bruja

Con ronca voz canta,

Y de los sepuleros

Los muertos levanta,

Y suenan los ecos

De sus pasos huecos

En la soledad:

Mientras en silencio

Yace la ciudad,

Y en lúgubre son

Arrulla su sueño

Bramando Aquilon.

Y una calle y otra cruzan,

Y mas allá y mas allá:

Ni tiene término el viaje,

Ni nunca dejan de andar.

Y atraviesan, pasan, vuelven,

Cien calles quedando atrás,

Y paso tras paso siguen,

Y siempre adelante van:

Y á confundirse ya empieza

Y á perderse Montemar,

Que ni sabe á do camina,

Ni acierta ya dónde está:

Y otras calles, otras plazas

Recorre y otra ciudad,

Y vé fantásticas torres

De su eterno pedestal

Arrancarse, y sus macizas

Negras masas caminar,

Apoyándose en sus ángulos

Que en la tierra, en desigual,

Perezoso tranco fijan;

Y á su monótono andar,

Las campanas sacudidas

Misteriosos dobles dan;

Mientras en danzas grotescas  
 Y al estruendo funeral  
 En derredor cien espectros  
 Danzan con torpe compas:  
 Y las veletas sus frentes  
 Baján ante él al pasar,  
 Los espectros le saludan,  
 Y en cien lenguas de metal,  
 Oye su nombre en los ecos  
 De las campanas sonar.  
 Mas luego cesa el estrépito,  
 Y en silencio, en muda paz  
 Todo queda, y desaparece  
 De súbito la ciudad;  
 Palacios, templos, se cambian  
 En campos de soledad,  
 Y en un yermo y silencioso,  
 Melancólico arenal,  
 Sin luz, sin aire, sin cielo,  
 Perdido en la inmensidad.  
 Tal vez piensa que camina,  
 Sin poder parar jamás,  
 De extraño empuje llevado  
 Con precipitado afán;  
 Entretanto que su guía  
 Delante de él sin hablar,  
 Sigue misteriosa, y sigue  
 Con paso rápido, y ya  
 Se remonta ante sus ojos  
 En alas del huracán.

Vision sublime, y su frente  
 Ve fosfórica brillar  
 Entre lívidos relámpagos  
 En la densa oscuridad,  
 Sierpes de luz, luminosos  
 Engendros del vendaval:  
 Y cuando duda si duerme,  
 Si tal vez sueña ó está  
 Loco, si es tanto prodigio,  
 Tanto delirio verdad,  
 Otra vez en Salamanca  
 Súbito vuélvese á hallar.  
 Distingue los edificios,  
 Reconoce donde está,  
 Y en su delirante vértigo  
 Al vino vuelve á culpar,  
 Y jura, y siguen andando  
 Ella delante, él detrás.

«Vive Dios! dice entre sí,  
 O Satanas se chancea,  
 O no debo estar en mí,  
 O el Málaga que bebí  
 En mi cabeza aun humea.

«Sombras, fantasmas, visiones...  
 Dale con tocar á muerto,  
 Y en revueltas confusiones,  
 Danzando estos torreones  
 Al compas de tal concierto.



«Y el juicio voy á perder  
Entre tantas maravillas,  
Que estas torres llegué á ver,  
Como mulas de alquiler,  
Andando con campanillas.

«¿Y esta mujer quién será?  
Mas si es el diablo en persona,  
A mí qué diantre me da?  
Y mas que el traje en que va  
En esta ocasion, le abona.

«Noble señora, imagino  
Que sois nueva en el lugar:  
Andar así es desatino:  
O habeis perdido el camino,  
O esto es andar por andar.

«Ha dado en no responder,  
Que es la mas rara locura  
Que puede hallarse en mujer,  
Y en que yo la he de querer  
Por su paso de andadura.»

En tanto D. Felix á tientas seguia,  
Delante camina la blanca vision,  
Triplica su espanto la noche sombría,  
Sus hórridos gritos redobla Aquilon.

Rechinan girando las férreas veletas,  
Crujir de cadenas se escucha sonar,

Las altas campanas, por el viento inquietas,  
Pausados sonidos en las torres dan.

Rüido de pasos de gente que viene  
A compas marchando con sordo rumor,  
Y de tiempo en tiempo su marcha detiene,  
Y rezar parece en confuso son,

Llegó de D. Félix luego á los oidos,  
Y luego cien luces á lo léjos vió,  
Y luego en hileras largas divididos,  
Vió que murmurando con lúgubre voz,

Emlutados bultos andando venian;  
Y luego mas cerca con asombro ve,  
Que un féretro en medio y en hombros traian  
Y dos cuerpos muertos téndidos en él.

Las luces, la hora, la noche, profundo,  
Infernal arcano parece encubrir.  
Cuando en hondo sueño yace muerto el mundo,  
Cuando todo anuncia que habrá de morir,

Al hombre, que loco la recia tormenta  
Corrió de la vida, del viento á merced,  
Cuando una voz triste las horas le cuenta,  
Y en lodo sus pompas convertidas ve,

Forzoso es que tenga de diamante el alma,  
Que no sienta el pecho de horror palpitar,  
Quien como D. Félix, con serena calma  
Ni en Dios ni en el diablo se ponga á pensar.

Así en tardos pasos, todos murmurando,  
El lúgubre entierro ya cerca llegó,  
Y la blanca dama devota rezando,  
Entrambas rodillas en tierra dobló.

Calado el sombrero y en pié, indiferente  
El féretro mira D. Félix pasar,  
Y al paso pregunta con su aire insolente  
Los nombres de aquellos que al sepulcro van.

Mas ¡cuál su sorpresa, su asombro cuál fuera,  
Cuando horrorizado con espanto ve  
Que el uno D. Diego de Pastrana era,  
Y el otro ¡Dios santo! y el otro era él...

Él mismo, su imágen, su misma figura,  
Su mismo semblante, que él mismo era en fin:  
Y duda, y se palpa, y fría pavura  
Un punto en sus venas sintió discurrir.

Al fin era hombre, y un punto temblaron  
Los nervios del hombre, y un punto temió;  
Mas pronto su antiguo vigor recobraron,  
Pronto su fiereza volvió al corazón.

«Lo que es, dijo, por Pastrana,  
Bien pensado está el entierro;  
Mas es diligencia vana  
Enterrarme á mí, y mañana  
Me he de quejar de este yerro.

«Diga, señor enlutado,  
¿A quién llevan á enterrar?

—Al estudiante endiablado  
D. Félix de Montemar,—  
Respondió el encapuchado.

«Mientes, truhan.—No por cierto.—  
Pues decidme á mí quien soy,  
Si gustais, porque no acierto  
Cómo á un mismo tiempo estoy  
Aquí vivo y allí muerto.

—«Yo no os conozco.—Pardiez,  
Que si me llevo á enojar,  
Tus burlas te haga llorar  
De tal modo, que otra vez  
Conozcas ya á Montemar.

«¡Villano!... mas esto es  
Ilusion de los sentidos,  
El mundo que anda al revés,  
Los diablos entretenidos  
En hacerme dar traspies.

«El fanfarron de D. Diego!  
De sus mentiras reniego,  
Que cuando muerto cayó,  
Al infierno se fué luego  
Contando que me mató.»

Diciendo así, soltó una carcajada,  
Y las espaldas con desden volvió:  
Se hizo el bigote, requirió la espada,  
Y á la devota dama se acercó.



«Conqué, en fin, dónde vivís?  
Que se hace tarde, señora.  
—Tarde, aun no; de aquí á una hora  
Lo será.—Verdad decís,  
Será mas tarde que ahora.

«Esa voz con que haceis miedo  
De vos me enamora mas:  
Yo me he echado el alma atras;  
Juzgad si me dará un bledo  
De Dios ni de Satanás.

«Cada paso que avanzais  
Lo adelantais á la muerte,  
D. Félix. ¿Y no temblais,  
Y el corazon no os advierte  
Que á la muerte caminais?»

Con eco melancólico y sombrío  
Dijo así la mujer, y el sordo acento,  
Sonando en torno del mancebo impío,  
Rugió en la voz del proceloso viento.

Las piedras con las piedras se golpearon,  
Bajo sus piés la tierra retemblo,  
Las aves de la noche se juntaron,  
Y sus alas crujir sobre él sintió:

Y en la sombra unos ojos fulgurantes  
Vió en el aire vagar que espanto inspiran,  
Siempre sobre él saltándose anhelantes:  
Ojos de horror que sin cesar le miran.

Y los vió y no tembló: mano á la espada  
Puso y la sombra intrépido embistió,  
Y ni sombra encontró ni encontró nada;  
Solo fijos en él los ojos vió.

Y alzó los suyos impaciente al cielo,  
Y rechinó los dientes y maldijo,  
Y en él creciendo el infernal anhelo,  
Con voz de enojo blasfemando dijo:

«Seguid, señora, y adelante vamos:  
Tanto mejor si sois el diablo mismo,  
Y Dios y el diablo y yo nos conozcamos,  
Y acábese por fin tanto embolismo.

«Que de tanto sermon, de farsa tanta,  
Juro, pardiez, que fatigado estoy:  
Nada mi firme voluntad quebranta,  
Sabed en fin que donde vayais voy.

«Un término no mas tiene la vida:  
Término fijo; un paradero el alma:  
Ahora adelante.» Dijo, y en seguida  
Camina en pos con decidida calma.

Y la dama á una puerta se paró,  
Y era una puerta altísima, y se abrieron  
Sus hojas en el punto en que llamó,  
Que á un misterioso impulso obedecieron:  
Y tras la dama el estudiante entró:  
Ni pajes, ni doncellas acudieron:

Y cruzan á la luz de unas bujías  
Fantásticas, desiertas galerías.

Y la vision como engañoso encanto,  
Por las losas deslízase sin ruido,  
Toda encubierta bajo el blanco manto  
Que barre el suelo en pliegues desprendido:  
Y por el largo corredor en tanto  
Signe adelante, y síguela atrevido,  
Y su temeridad raya en locura,  
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,  
Lánguida luz y cárdena esparcian,  
Y en torno en movimientos desiguales  
Las sombras se alejaban ó venían:  
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,  
Urnas allí y estatuas se veían,  
Rotas columnas, patios mal seguros,  
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío,  
Edificio sin base ni cimiento  
Ondula cual fantástico navío  
Que anclado mueve borrascoso viento.  
En un silencio aterrador y frío  
Yace allí todo: ni rumor, ni aliento  
Humano nunca se escuchó: callado,  
Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas  
Siguen en el reloj de aquella vida,

Sombras de horror girando aterradoras,  
Que allá aparecen en medrosa huida;  
Ellas solas y tristes moradoras  
De aquella negra, funeral guarida,  
Cual soñada fantástica quimera,  
Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos  
Del fondo de la larga galería,  
Que brillan léjos cual carbones rojos,  
Y espantaran la misma valentía:  
Y muestran en su rostro sus enojos  
Al ver hollada su mansion sombría,  
Y ora en grupos delante se aparecen,  
Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,  
Alta la frente, Montemar camina,  
Espíritu sublime en su locura,  
Provocando la cólera divina;  
Fábrica frágil de materia impura,  
El alma que la alienta y la ilumina,  
Con Dios le iguala, y con osado vuelo  
Se alza á su treno y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta  
Del rayo vengador la frente herida,  
Alma rebelde que el temor no espanta,  
Hollada sí, pero jamás vencida:  
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta  
Su limite á la cárcel de la vida,



Y á Dios llama ante él á darle cuenta,  
Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando,  
Cruza aquella quimérica morada,  
Con atrevida indiferencia andando,  
Mofa en los lábios, y la vista osada:  
Y el rumor que sus pasos van formando,  
Y el golpe que al andar le da la espada,  
Tristes ecos, siguiéndole detras,  
Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido  
Que de aquella mansion los ecos llena,  
En el suelo y los techos repetido,  
En su profunda soledad resuena:  
Y espira allá cual funeral gemido  
Que lanza en su dolor la ánima en pena,  
Que al fin del corredor largo y oscuro  
Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida,  
Mundo de sombras, vida que es un sueño,  
Vida, que con la muerte confundida,  
Ciñe sus sienes con letal beleño;  
Mundo, vaga ilusion descolorida  
De nuestro mundo y vaporoso ensueño,  
Son aquel ruido y su locura insana,  
La sola imégen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía  
De la alma dicha la ilusion parece,

Que ora acaricia la esperanza impía,  
Ora al tocarla ya se desvanece:  
Blanca, flotante nube, que en la umbría  
Noche, en alas del céfiro se mece,  
Su airosa ropa, desplegada al viento,  
Semeja en su callado movimiento:

Humo süave de quemado aroma  
Que el aire en ondas á perderse asciende,  
Rayo de luna que en la parda loma,  
Cual un broche su cima al éter prende;  
Silfa que con el alma envuelta asoma  
Y al nebuloso azul sus alas tiende,  
De negras sombras y de luz teñidas,  
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa,  
Que apenas toca con los piés al suelo,  
Cruza aquella morada tenebrosa  
La mágica vision del blanco velo:  
Imágen fiel de la ilusion dichosa  
Que acaso el hombre encontrará en el cielo,  
Pensamiento sin fórmula y sin nombre,  
Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,  
Montemar sigue su callada guía,  
Y una de mármol negra va bajando  
De caracol torcida gradería,  
Larga, estrecha y revuelta, y que girando  
En torno de él y sin cesar veía

Suspendida en el aire y con violento,  
Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino  
Infinito prolóngase y se extiende,  
Y el juicio pone en loco desatino  
A Montemar que en tumbos mil descende,  
Y envuelto en el violento torbellino  
Al aire se imagina, y se desprende,  
Y sin que el raudó movimiento ceda,  
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,  
Blasfema y jura con lenguaje inmundó,  
Y su furioso vértigo creciendo,  
Y despeñado rápido al profundo,  
Los silbos ya del huracán oyendo,  
Ya ante él pasando en confusion el mundo,  
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,  
Y aplausos y brutales careajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,  
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,  
Y en mil grupos acá y allá reunidos:  
Viendo debajo de él, sobre él inhiestos,  
Hombres, mujeres, todos confundidos,  
Con sandia pena, con alegres gestos,  
Que con asombro estúpido le miran  
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente pára,  
Y un punto sin sentido se quedó;

Mas luego valeroso se repara,  
Abrió los ojos y de pié se alzó:  
Y fué el primer objeto en que pensara  
La blanca dama, y al redor miró,  
Y al pié de un triste monumento hallóla  
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento  
Que en medio de la estancia se elevaba,  
Y á un tiempo á Montemar raro portentó!  
Una tumba y un lecho semejaba:  
Ya imaginó su loco pensamiento  
Que abierta aquella tumba le aguardaba;  
Ya imaginó también que el lecho era  
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,  
Y á terminar resuelto su aventura,  
Al cielo y al infierno desafia  
Con firme pecho y decision segura:  
A la blanca vision su planta guía,  
Y á descubrirse el rostro la conjura,  
Y á sus piés Montemar tomando asiento,  
Así la habló con animoso acento:

«Diablo, mujer ó vision,  
Que, á juzgar por el camino  
Que conduce á esta mansion,  
Eres puro desatino  
O diabólica invencion:



«Si quier de parte de Dios,  
Si quier de parte del diablo,  
¿Quién nos trajo aquí á los dos?  
Decidme en fin ¿quién sois vos?  
Y sepa yo con quién hablo:

«Que mas que nunca palpita  
Resuelto mi corazon,  
Cuando en tanta confusion,  
Y en tanto arcano que irrita,  
Me descubre mi razon

«Que un poder aquí supremo,  
Invisible se ha mezclado,  
Poder que siento y no temo,  
A llevar determinado  
Esta aventura al extremo.»

Fúnebre  
Llanto  
De amor,  
Oyese  
En tanto  
En son

Flébil, blando,  
Cual quejido  
Dolorido  
Que del alma  
Se arrancó:  
Cual profundo  
¡Ay! que exhala

Moribundo  
Corazon.

Música triste,  
Lánguida y vaga,  
Que á par lastima  
Y el alma halaga;  
Dulce armonía  
Que inspira al pecho  
Melancolía,  
Como el murmullo  
De algun recuerdo  
De antiguo amor,  
A un tiempo arrullo  
Y amarga pena  
Del corazon.

Mágico embeleso,  
Cántico ideal,  
Que en los aires vaga  
Y en sonoras ráfagas  
Aumentado va:  
Sublime y oscuro,  
Rumor prodigioso,  
Sordo acento lúgubre,  
Eco sepulcral,  
Músicas lejanas,  
De enlutado parche  
Redoble monótono,  
Cercano huracan,

Que apenas la copa  
Del árbol menea  
Y bramando está:  
Olas alteradas  
De la mar bravía,  
En noche sombría  
Los vientos en paz,  
Y cuyo rugido  
Se mezcla al gemido  
Del muro que trémulo  
Las siente llegar:  
Pavoroso estrépito,  
Infalible présago  
De la tempestad.

Y en rápido *crescendo*,  
Los lúgubres sonidos  
Mas cerca vanse oyendo  
Y en ronco rebramar;  
Cual trueno en las montañas  
Que retumbando va,  
Cual rugen las entrañas  
Le horrísono volcan.

Y algazara y gritería,  
Crujir de afilados huesos,  
Rechinamiento de dientes  
Y retemblar los cimientos,  
Y en pavoroso estallido  
Las losas del pavimento

Separando sus junturas  
Irse poco á poco abriendo,

Siente Montemar, y el ruido  
Mas cerca crece, y á un tiempo  
Escucha chocarse cráneos,  
Ya descarnados y secos,  
Temblar en torno la tierra,  
Bramar combatidos vientos,  
Rugir las airadas olas,  
Estallar el ronco trueno,  
Exhalar tristes quejidos  
Y prorumpir en lamentos.  
Todo en furiosa armonía,  
Todo en frenético estruendo,  
Todo en confuso trastorno,  
Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece  
Confuso y mezclado en un son,  
Que ronco en las bóvedas hondas  
Tronando furioso zumbó;  
Y un eco que agudo parece  
Del ángel del juicio la voz,  
En tiple, punzante alarido  
Medroso y sonoro se alzó:  
Sintió, removidas las tumbas,  
Crujir á sus piés con fragor,  
Chocar en las piedras los cráneos  
Con rabia y ahineo feroz,



Romper intentando la losa,  
Y huir de su eterna mansion,  
Los muertos, de súbito oyendo  
El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido  
Desquiciarse la estancia sintió,  
Y al tremendo tartáreo rüido  
Cien espectros alzarse miró:  
De sus ojos los huecos fijaron  
Y sus dedos enjutos en él;  
Y despues entre sí se miraron,  
Y á mostrarle tornaron despues;  
Y enlazadas las manos siniestras,  
Con dudoso, espantoso ademan  
Contemplando, y tendidas sus diestras  
Con asombro al osado mortal,  
Se acercaron despacio, y la seca  
Calavera, mostrando temor,  
Con inmóvil, irónica mueca  
Inclinaron, formando en redor.

Y entónces la vision del blanco velo  
Al fiero Montemar tendió una mano,  
Y era su tacto de crispante hielo,  
Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, cruel, nerviosa y fria,  
Histérica y horrible sensacion,  
Toda la sangre coagulada envia  
Agolpada y helada al corazon ....

Y á su despecho y maldiciendo al cielo,  
De ella apartó su mano Montemar,  
Y temerario alzándola á su velo,  
Tirando de él la descubrió la faz.

*¡Es su esposa!!* los ecos retumbaron,  
*¡La esposa al fin que su consorte halló!!*  
Los espectros con júbilo gritaron:  
*¡Es el esposo de su eterno amor!!*

Y ella entónces gritó: *¡Mi esposo!!* Y era  
(¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)  
Una sórdida, horrible calavera,  
La blanca dama del gallardo andar!

Luego un caballero de espuela dorada,  
Airoso, aunque el rostro con mortal color,  
Traspasado el pecho de fiera estocada,  
Aun brotando sangre de su corazon;

Se acerca y le dice, su diestra tendida,  
Que impávido estrecha tambien Montemar:  
—«Al fin la palabra que disteis cumplida,  
D<sup>a</sup> Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

«Mi muerte os perdono.—Por cierto, D. Diego,  
Repuso D. Félix tranquilo á su vez;  
Me alegro de veros con tanto sosiego,  
Que á fé no esperaba volveros á ver.

«En cuanto á ese espectro que decís mi esposa,  
Raro casamiento venísme á ofrecer:

Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa;  
Mas no se os figure que os quiera ofender:

«Por mujer la tomo, porque es cosa cierta,  
Y espero no salga fallido mi plan,  
Que en caso tan raro y mi esposa muerta,  
Tanto como viva no me cansará.

«Mas ántes decidme si Dios ó el demonio  
Me trajo á este sitio, que quisiera ver  
Al uno ú al otro, y en mi matrimonio  
Tener por padrino siquiera á Luzbel:

«Cualquiera ó entrambos con su corte toda.  
Estando estos nobles espectros aquí,  
No perdiera mucho viniendo á mi boda....  
Hermano D. Diego, ¿no pensais así?»

Tal dijo D. Félix con fruncido ceño,  
En torno arrojando con fiero ademan  
Miradas audaces de altivo desdño,  
Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,  
Los frios, largos y asquerosos brazos,  
Le enreda en tanto en apretados lazos,  
Y ávido le acaricia en su ansiedad:  
Y con su boca cavernosa busca  
La boca á Montemar, y á su mejilla  
La árida, descarnada y amarilla  
Junta y refriega, repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas,  
Aun mas sus nudos que se aprietan siente,  
Baña un mar de sudor su ardiente frente  
Y crece en su impotencia su furor:  
Pugna con ansia á desasirse en vano,  
Y cuanto mas airado forcejea,  
Tanto mas se le junta y le desea  
El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,  
Y en aérea fantástica danza,  
Que la mente del hombre no alcanza  
En su rápido curso á seguir,  
Los espectros su ronda empezaron,  
Cual en círculos raudos el viento  
Remolinos de polvo violento  
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos  
Resonando cual lúgubre eco,  
Levantóse en su cóncavo hueco  
Semejante á un aullido una voz  
Pavorosa, monótona, informe,  
Que pronuncia sin lengua su boca,  
Cual la voz que del áspera roca  
En los senos el viento formó:

«Cantemos, dijeron sus gritos,  
La gloria, el amor de la esposa,



Que enlaza en sus brazos dichosa  
 Por siempre al esposo que amó:  
 Su boca á su boca se junte,  
 Y selle su eterna delicia,  
 Súave, amorosa caricia  
 Y lánguido beso de amor.

«Y en mútuos abrazos unidos,  
 Y en blando y eterno reposo,  
 La esposa enlazada al esposo  
 Por siempre descansen en paz:  
 Y en fúnebre luz ilumine  
 Sus bodas fatídica tea,  
 Les brinde deleites y sea  
 La tumba su lecho nupcial.»

Miéntas, la ronda frenética  
 Que en raudo giro se agita,  
 Mas cada vez precipita  
 Su vértigo sin ceder;  
 Mas cada vez se atropella,  
 Mas cada vez se arrebata,  
 Y en círculos se desata  
 Violentos mas cada vez:

Y escapa en rueda quimérica,  
 Y negro punto parece  
 Que en torno se desvanece  
 A la fantástica luz,  
 Y sus lúgubres anllidos  
 Que pavorosos se extienden,

Los aires rápidos hienden  
 Mas prolongados aun.

Y á tan continuo vértigo  
 A tan funesto encanto,  
 A tan horrible canto  
 A tan tremenda lid;  
 Entre los brazos lúbricos  
 Que aprémianle sujeto,  
 Del hórrido esqueleto,  
 Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo,  
 Su cuerpo ya rendido,  
 Sintió desfallecido  
 Faltarle, Monteme:  
 Y á par que mas su espíritu  
 Desmiente su miseria  
 La flaca, vil materia  
 Comienza á desmayar.

Y siente un confuso,  
 Loco devaneo,  
 Languidez, mareo  
 Y angustioso afan:  
 Y sombras y luces,  
 La estancia que gira,  
 Y espíritus miras  
 Que vienen y van.  
 Y luego á lo léjos,  
 Flébil en su oido,

Eco dolorido  
 Lánguido sonó,  
 Cual la melodía  
 Que el aura amorosa,  
 Y el aura armoniosa  
 De noche formó:

Y siente luego  
 Su pecho ahogado,  
 Y desmayado,  
 Turbios sus ojos,  
 Sus graves párpados,  
 Flojos caer:  
 La frente inclina  
 Sobre su pecho,  
 Y á su despecho,  
 Siente sus brazos  
 Lánguidos, débiles  
 Desfallecer.

Y vió luego  
 Una llama  
 Que se inflama  
 Y murió;  
 Y perdido,  
 Oyó el eco  
 De un gemido  
 Que espiró:

Tan dulce  
 Suspira

La lira  
 Que hirió  
 En blando  
 Concento  
 Del viento  
 La voz,

Leve  
 Breve,  
 Son.

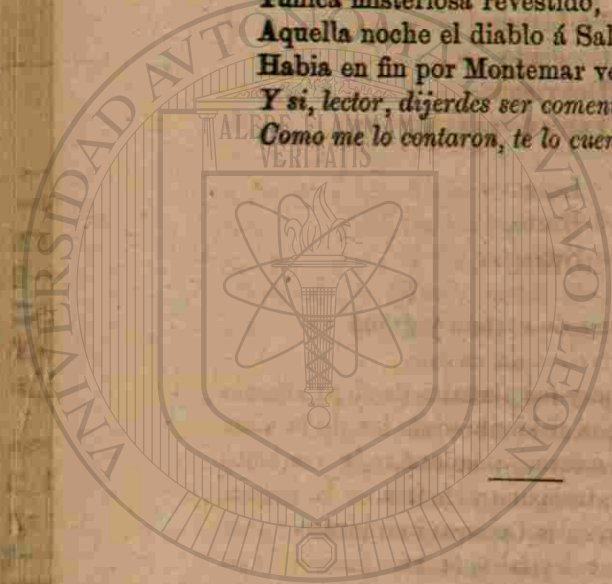
En tanto en nubes de carmin y grana  
 Su luz el alba arrebolada envía,  
 Y alegre regocija y engalana  
 Las altas torres el naciente día:  
 Sereno el cielo, calma la mañana,  
 Blanda la brisa, trasparente y fría,  
 Vierte á la tierra el sol con su hermosura  
 Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huían  
 Sus sombras y quiméricas mujeres,  
 Y á su silencio y calma sucedían  
 El bullicio y rumor de los talleres:  
 Y á su trabajo y á su afán volvían  
 Los hombres y á sus frívolos placeres,  
 Algunos hoy volviendo á su faena  
 De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca  
 Del pecho pecador y empedernido,



Que en forma de mujer y en una blanca  
 Túnica misteriosa revestido,  
 Aquella noche el diablo á Salamanca  
 Habia en fin por Montemar venido!!....  
 Y si, lector, dijeres ser comento,  
 Como me lo contaron, te lo cuento.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

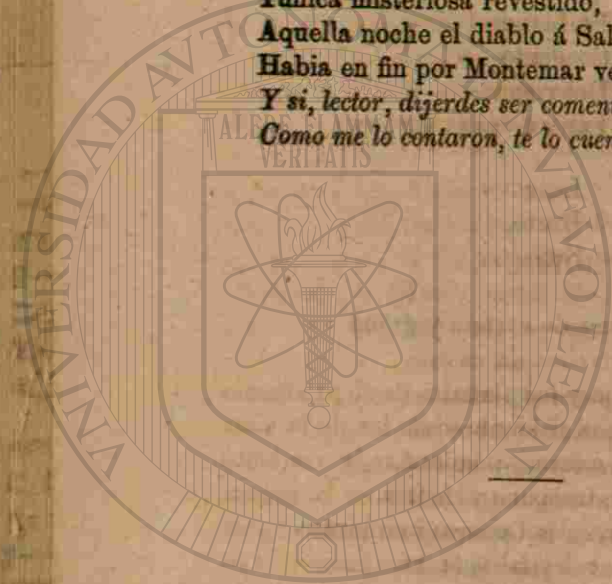
## EL DIABLO MUNDO.

### PRÓLOGO.

La humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexión y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el orden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reune todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el

Que en forma de mujer y en una blanca  
 Túnica misteriosa revestido,  
 Aquella noche el diablo á Salamanca  
 Habia en fin por Montemar venido!!....  
 Y si, lector, dijéredes ser comento,  
 Como me lo contaron, te lo cuento.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## EL DIABLO MUNDO.

### PRÓLOGO.

La humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida infancia, virilidad y madurez; admiración y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexión y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el órden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reune todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el



amor instintivo, la amistad sencilla, las flores, los torrentes y las aves.

De esta poesía oral que, obrada la época de transición, debió perderse naturalmente, nos quedan los libros de la Biblia, llenos de sencilla sublimidad; y luego después una civilización más adelantada formuló la égloga, el idilio y el himno, que no son, en nuestro sentir, otra cosa que reminiscencias cultivadas de aquella poesía patriarcal y campestre natural á los primeros tiempos.

Tras el período inocente pastoril, entró el mundo en la edad heroica, y Homero, trocando el caramillo por la trompa, se anunció cantando los dioses, las pasiones, el valor, las venganzas y la guerra.

La poesía épica quedó escrita, el pensamiento de aquellas generaciones formulado, Homero pasó á la posteridad junto con sus obras; el génio de Smirna fué inmediatamente admirado como un semidios, y su libro cual un espejo mágico, donde vieron reflejarse lo pasado, lo que no existió, con todas sus facetas y colores.

Homero es la pirámide que arranca de los tiempos heroicos, monumento eminentísimo, desde cuya cumbre se domina toda la Grecia de Ulises, y en su centro se guardan los nombres de los héroes todos, todas las hazañas, todo el saber, las creencias, los vicios y virtudes en conjunto de una época grande.

El síntoma de desvirtuación se apoderó de la sociedad aquella, y la Grecia conquistadora fué sojuzgada á su vez.

La civilización, la creencia, el entusiasmo y la fuerza pasaron á Italia; pero la era romana fué ya heterogénea hasta cierto punto, y de transición hácia el cristianismo.

Quiso Virgilio ponerse al frente de su época; pero no consiguió ciertamente más que colocarse á espaldas de Homero.

Roma en primer lugar sabía más que Virgilio, y la Eneida, echa esclava voluntaria de la Odisea, se afana en su seguimiento, sin advertirse el poeta de que canta un nuevo pueblo, una filosofía distinta, y de que el génio en su independencia prescribe una regla, donde quiera que estampa la huella.

Es la Eneida, sin embargo, un poema, artísticamente hablando, más meditado, un libro más correcto y aunque siempre sobre la pauta del poeta griego, es el amor de Dido más espiritual, un sentimiento mil veces más justo y elevado que el amor que Homero pinta, resultado de una época más adelantada en cultura.

Radió por fin el cristianismo revolucionando la sociedad, y de aquella lucha de ideas confusas que se controvertían entre la neblina de la ignorancia, de aquella fé ardiente y de aquel desarrollo del alma, debía resultar una época aparte de los siglos anteriores, y fué la *edad media* del mundo.

Un poeta espiritualista podía ser solo la expresión fiel y el producto de una nueva era, y ésta brotó á Dante con todo el saber de su tiempo, arrollando mil preocupaciones, solo con el presentimiento de su génio, que dentro del corazón lo empujaba por la extraña



senda que siguió, contraviniendo la voluntad de los sábios y los nobles, para ilustrar despues á su pueblo, á los nobles y á los sábios de su tiempo, dando norma á un nuevo lenguaje, fórmula al sentimiento, y elevacion é impulso de progreso á las ideas.

Dante es, pues, la pirámide de la edad media, y su *Divina comedia* es un faro que domina resplandeciendo sobre las tinieblas de una época nueva, para mas allá disiparlas. . . . Así Homero y Dante, el uno á igual altura al frente del otro, se divisan como dos *términos*, entre el vacío de los siglos que los separan.

Inmediato á Dante produjo la Inglaterra á Shakspeare, pero este autor, por la naturaleza de su talento, encerró sus obras en las estrechas dimensiones del teatro, y aunque todas ellas reunidas forman un tratado del mundo, se ve como el poeta tuvo que reposarse á semejanza de quien camina jornada por jornada, por no poder acaso cruzar de un solo vuelo por encima del campo donde la humanidad se revuelve mal contenta.

Shakspeare, sin embargo, con mas génio que saber, con mayor presentimiento que cálculo, adelantó la forma del poema dramático, que se habia atrevido Dante á indicar solo muy ligeramente. Shakspeare presintió sin duda que el drama, sin las cortapisas de las bambalinas y de los bastidores, llegaria á producir el poema dramático, que la mayor ilustracion y la filosofía aceptarían como la fórmula mas adelantada en los siglos venideros.

Así es que Gœthe ha cultivado este género despues

en el *Fausto*, y Byron lo impulsó á la perfeccion en el *Manfredo*.

El poema mas aventajado de este siglo, que ofrecer nos pueden entre su repertorio literario los franceses, es sin alguna duda el *Génio del Cristianismo*, y nosotros se lo concedemos, á la par que les negamos tenga aquel mérito tan en alto grado como ellos pretenden. El *Génio del Cristianismo* está escrito con mas poesia teológica que sentimiento poético, y por eso no convence siempre que el autor conspira á convencer. La obra de M. de Chateaubriand no está madurada en el corazon, sino en el invernáculo del entendimiento; es un libro escrito *ad hoc*, pero no inspirado, dictado sí por la conveniencia y ayudado por la erudicion y por el cálculo. . . . Creemos, no obstante que, si bien no es un poema como los que hemos indicado de pasada, es por lo ménos el mejor arte poético que se ha escrito jamás. M. de Chateaubriand nos ha demostrado que la teología lleva infinitas ventajas á la mitología para tratar la poesia. Hay, ademas, bellezas de primer orden que imitar, explicadas con la práctica de ellas mismas en la obra del profundo literato francés, y nos condolemos de haber traslucido en ella una cosa que no será, pero que nos induce á creer que allí se ve al cristiano de oficio y al escritor de profesion. ®

La sociedad se encuentra ya en su edad de madurez; nuestra época es la de *reflexion* y *examen*, como las de Homero y Dante fuéronlo de *entusiasmo* y *fuerza*; pero que el corazon manda el mundo, es una máxima irrefutable; con él han dominado los héroes, y con



él los filósofos ardientes que lograron imprimir su sello en la humanidad propagaron sus respectivas doctrinas.

La cabeza por sí sola, por mas fuerza lógica que encierre, no dará mas que la disertacion escolástica, y sus productos carecerán de los divinos vuelos del entusiasmo, que tras de sí arrastra y conduce hasta la verdad que preconiza.

El corazon impresionable, unido al vigor intelectual, la union de sentimientos é ideas elevadas, la meditacion y la inspiracion, juntas con la mágia de estilo y cierta revelacion que recorre lo pasado, que desvela en el porvenir, y que sondea lo presente; ingénio fértil que agrupa los contrastes, que crea la accion y la desenlaza, concluido el objeto que se propone; en una palabra, la concepcion en el desempeño de un plan tan grande é ilustrado que abarque nuestra sociedad entera, son calidades imprescindibles para el poeta que pretenda elevarse sobre tantos millones de hombres como el mundo moderno encierra.

El jóven D. José de Espronceda se levanta con la osadía del génio, para escalar á donde nadie se ha atrevido á mirar de hito en hito sin confundirse.

Aspira nuestro poeta á compendiar la humanidad en un libro, y lo primero que al empezarlo ha hecho, ha sido romper todos los preceptos establecidos, excepto el de la unidad lógica.

En el prólogo del *Diablo Mundo* se ven recorridos todos los tonos de la poesia, los del sentimiento y los

de la metrificacion, con un desempeño que asombra, y desde luego se anuncia un pensamiento colosal en medio de una tempestad de dudas, que el Sr. Espronceda, con la mágia que posee, amontona sobre el lector con objeto tal vez de disiparlas mas adelante.

El poeta se coloca tambien en mitad de esa atmósfera de dudas; pero cuando él levanta la cabeza para mirarlas y suelta la voz para analizarlas, medidas tendrá de antemano sus gigantescas fuerzas.

Empieza el poeta suponiendo que, enajenado en la meditacion, durante las horas silenciosas de la noche, siente un rumor extraño, el cual llama á sus sentidos y los despierta. Aquel rumor informe, aquella música angusta, aquel estrépito solemne son todas las pasiones del mundo, son todos los intereses encontrados de la vida, las afecciones, los odios, el amor, la gloria, la riqueza, los vicios y las virtudes; son el quejido en fin del universo entero que llega en revuelto torbellino á la par con la inspiracion, y esta despliega ante la fantasía mil mónstruos alegóricos trazados con inimitable facilidad y pasmosa valentía.

Las visiones pasan, el ruido va gradualmente perdiéndose en lontananza hasta que cesa donde acaba la introduccion del poema.

El primer canto es la exposicion del gran drama que se propone desenvolver el Sr. Espronceda.

Un hombre agobiado por la edad, amargado por la dolorosa é inútil experiencia, cierra desesperado un libro en que leía, y convencido tristemente de la esterilidad de la ciencia, se queda dormido.



Entonces se le presenta la muerte y le entona un himno que convida á la paz del sepulcro. Con placer siente el anciano aterirse sus entumecidos miembros; y gozándose está en la enervacion de su espíritu, cuando la inmortalidad súbito se ostenta ante sus ojos, y canta otro himno, en oposicion al de la muerte; y así como la primera se le brindó, ella tambien se ofrece al moribundo.

La eleccion es inmediata; el hombre opta por la inmortalidad y rejuvenece. El cántico de esta deidad no se encamina á immortalizar el espíritu, es la inmortalidad de la materia lo que ella da, y lo que el hombre recibe.

La imágen de la muerte tiene la novedad que presta este filósofo á cuanto sale de su pluma: está vestida de melancólica belleza; es dulce y apacible, es la muerte que se hace desear cuando, exentos ya de preocupaciones, sentimos el corazon cansado y el alma descontenta.

La inmortalidad, como hemos dicho, se alza luego y se adelanta sobre el horizonte pálido de la muerte, para borrarlo con su magnificencia deslumbradora.

Imposible se hace que acerquemos siquiera nuestras palabras al lujó de pensamiento, de expresion y de saber que despliega Espronceda en esta descripcion sublime, la mas afortunada acaso de cuantas se han visto hasta hoy en lengua castellana.

La variedad de tonos que á su arbitrio emplea el poeta, tonos ya humildes, ya elevados, áridos ó festi-

vos, placenteros, sombríos, desesperados é inocentes, son como la faz del mundo, sobre la cual está condenado á discurrir su héroe. Esa *sinuosidad del Diablo Mundo* es la superficie de la tierra: aquí un valle, mas adelante un monte, flores y espinas, aridez y verdura, chozas y palacios, pozas inmundas, arroyos serenos y rios despeñados.

Espronceda en la poesia con tal superioridad maneja el habla castellana, que ha revolucionado la versificacion. Antes la *armonía imitativa* estaba reducida á asimilar en uno ó dos versos el galopar monótono de un caballo de guerra por ejemplo, y hoy nuestro aventajado poeta expresa con los tonos en todo un poema, no solo lo que sus palabras retratan, sino hasta la fisonomía moral que caracteriza las imágenes, las situaciones y los objetos de que se ocupa. . . . Esta es la *armonía del sentimiento*, llevada á la perfeccion por el sentimiento íntimo y delicado del que escribe.

Como por el rugido se conoce al leon, como por el plañido se infiere del que padece cuál será el grado de su dolor, así por las entonaciones de que se vale Espronceda en el *Diablo Mundo*, inferimos las palabras y los conceptos que de éstas van á resultar.

Grande, dilatado, inmenso es el campo poético que el poeta ha desplegado á su frente, para trazar carrera al héroe del poema en cuestion.

Repetimos que á nuestro juicio es el plan mayor que hasta hoy se ha concebido para un poema. Su héroe ha rejuvenecido ya como el *doctor Fausto*, pero su mocedad no es el préstamo de un tiempo mezquino



por la hipoteca y la enajenacion del alma: el protagonista del *Diablo Mundo*, sin nombre hasta ahora, ha aceptado la juventud y la inmortalidad sin condiciones.

En el drama de Goethe, *Fausto* no es mas que un mancebo á medias, porque su corazon es siempre el del doctor, y esto le hace no participar nunca de los placeres en sazón, ántes por lo contrario están siempre emponzoñados por el juicio.

Acaso fué este el pensamiento de Goethe, y nosotros nos guardaremos de tildarlo, porque esa continuada carcoma de *Fausto* es una sublimidad del talento que lo creó.

Mas si Espronceda se propone enseñarnos el mundo físico y moral para probarnos que la inmortalidad de la materia es el hastío y la condenacion sobre la tierra, juzgamos que su héroe, al retroceder en la carrera de la vida, debe hacerlo por completo, volviéndole la virginidad al alma, la inexperiencia al juicio, y dándole unas sensaciones no gastadas.

La experiencia, la moralidad y el saber deben pertenecer al poeta, que no es personaje de accion en el drama, sino el disertador y el génio que penetra en las entrañas de su obra.

Con fundada esperanza nos lisonjamos de que el poema del *Diablo Mundo* despertará en la Europa civilizada un respetuoso recuerdo de la patria de Cervantes.

Si el jóven autor con cuya leal amistad nos honramos, no decae en ese maravilloso vuelo que ha sabido

dar á los dos primeros cantos de *El Diablo Mundo*, viva penetrado de que, si lo presente pertenece á los grandes poetas que murieron, el porvenir será para él.

La posteridad solamente hace pública justicia al talento que no domina por las armas.

ANTONIO ROS DE OLANO.



INTRODUCCION

AL POEMA TITULADO

**EL DIABLO MUNDO.**

A MI AMIGO

**D. ANTONIO ROS DE OLANO.**

EL AUTOR

**JOSÉ DE ESPRONCEDA.**

EL DIABLO MUNDO.

CORO DE DEMONIOS.

Voguemos, voguemos,  
La barca empujad,  
Que rompa las nubes,  
Que rompa las nieblas,  
Los aires, las llamas,



Las densas tinieblas,  
Las olas del mar.

Voguemos, crucemos,  
Del mundo el confin;  
Que hoy su triste cárcel quiebran  
Libres los diablos en fin,  
Y con música y estruendo  
Los condenados celebran,  
Juntos cantando y bebiendo,  
Un diabólico festín.

EL POETA.

¿Qué rumor  
Léjos suena,  
Que el silencio  
En la serena  
Negra noche interrumpió?

¿Es del caballo la veloz carrera,  
Tendido en el escape volador,  
O el áspero rugir de hambrienta fiera,  
O el silbido tal vez del aquilon?

¿O el eco ronco de lejano trueno  
Que en las hondas cavernas retumbó,  
O el mar que amaga con su hinchado seno,  
Nuevo Luzbel, al trono de su Dios?

Densa niebla  
Cubre el cielo,  
Y de espíritus  
Se puebla  
Vagarosos,  
Que aquí el viento  
Y allí cruzan  
Vaporosos  
Y sin cuento.

Y aquí tornan,  
Y allí giran,  
Ya se juntan,  
Se retiran,  
Ya se ocultan,  
Ya aparecen,  
Vagan, vuelan,  
Pasan, huyen,  
Vuelven, crecen,  
Disminuyen,  
Se evaporan,  
Se coloran,  
Y entre sombras  
Y reflejos,  
Cerca y léjos  
Ya se pierden;

Ya me evitan  
 Con temor,  
 Ya se agitan  
 Con furor,  
 En aérea danza fantástica  
 A mi alrededor.

Vago enjambre de vanos fantasmas  
 De formas diversas, de vario color,  
 En cabras y serpés montados y en cuervos,  
 Y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros lanzan y aullidos,  
 Silbos, relinchos, chirridos,  
 Y en desacordado estrépito,  
 El fantástico escuadron  
 Mueve horrenda algarabía,  
 Con espantosa armonía  
 Y horrrisona confusion.

Del toro ardiente al mugido  
 Responde en ronco graznar  
 La malhadada corneja,  
 Y al agorero cantar  
 De alguna hechicera vieja,  
 El gato bufa y maulla,  
 El lobo erizado aulla,  
 Ladra furioso el mastin:  
 Y ruidos, voces y acentos  
 Mil se mezclan y confunden;

Y pavor y miedo infunden  
 Los bramidos de los vientos;  
 Que al mundo amagan su fin  
 En guerra los elementos.

Relámpago rápido  
 Del cielo las bóvedas  
 Con luz rasga cárdena,  
 Y encima descúbrese  
 Jinete fantástico,  
 Quizá el génio indómito  
 De la tempestad.

De cien truenos juntos retumba el fragor  
 En bosques, montañas, cavernas, torrentes:  
 Quizá son del miedo los génios potentes  
 Que el cántico entonan de espanto y terror

Lanzando bramidos hórridos,  
 Y tronchando añosos árboles,  
 Irresistible su ímpetu,  
 Teñida en colores lívidos,  
 Gigante forma flamígera  
 Cabalga en el huracán.  
 Quizá el génio de la guerra,  
 Cuya frente tornasola  
 Con roja vaga aureola  
 En relámpago fugaz.

Aquí retiembla la tierra,  
 Allí rebrama la mar,



Altísima catarata  
Zumba y despénase allá:

Allí torrentes de lava  
Lanza mugiente volcan;  
Aquí temerosa tromba  
Se agita en la tempestad,

Y agua, fuego, peñas, árboles  
Avida sorbe al pasar;  
Allí colgada la luna,  
Con torba, cárdena faz,

Triste, fatídica, inmóvil  
En la inmensa oscuridad,  
Mas entristece que alumbra,  
Qual lámpara sepulcral:

Allí bramidos de guerra  
Se escuchan y el golpear  
Del acero, y de las trompas  
El estrépito marcial:

Aquí relinchar caballos  
Y estruendo de pelear;  
Allí retumban cañones,  
Lamentos suenan allá,

Y alaridos, voces, ayes  
Y súplicas y llorar;  
Aquí desgarradas músicas  
Y cantares; acullá

Buido de gentes que danzan  
Con bullicioso compás;  
Acá risas y murmullos,  
Riñas y gritos allá.

Allí el estruendo se escucha  
De amotinada ciudad,  
Carcajadas, orgías, brándis,  
Y maldecir y jurar.

Aquí el susurro entre flores  
Del cefrillo galan,  
Allí el eco interrumpido  
De algun suspiro fugaz.

Ora un beso, una palabra,  
De alguna trova al final;  
Todo en confusa discordia  
Se oye á un tiempo resonar,

Breve compendio del mundo,  
La tartárea bacanal,  
Y trastornan y confunden  
Tanto estrépito á la par:  
Y aturden, turban, marean  
Tanta vision, tanto afan.

UN CORO.  
Allá va la nave:  
¿Quién sabe do va?

¡Ay! ¡triste el que fia  
Del viento y la mar!

UNA VOZ.

¿Qué importa? el destino  
Su rumbo marcó.  
¿Quién nunca sus leyes  
Mudar alcanzó?  
Allá va la nave;  
Vogad sin temor,  
Ya el aura la arrulle,  
Ya silbe Aquilon.

SEGUNDO CORO.

Venid, levantemos  
Segunda Babel,  
El velo arranquemos  
Que esconde al saber.

UNA VOZ.

Verdad, te buscamos,  
Osamos subir  
Al último cielo  
Volando tras tí,  
Con noble avaricia  
Y en ansia sin fin

De ver cuanto ha sido  
Y está por venir.

TERCER CORO

Mentira, tú eres  
Luciente cristal,  
Color de oro y nácar  
Que encanta el mirar.

UNA VOZ.

Feliz á quien meces;  
Mentira, en tus sueños,  
Tú sola halagüenos  
Placeres nos das.  
¡Ay! ¡nunca busquemos  
La triste verdad!  
La mas escondida  
Tal vez, ¿qué traerá?  
¡Traerá un desengaño!  
¡Con él un pesar!



## VARIAS VOCES.

## PRIMERA VOZ.

Yo combato por la gloria,  
Su corona es de laurel;  
Cántame versos, poeta,  
Póstrate, mundo, á mis piés.

## SEGUNDA VOZ.

Yo levantaré un palacio  
Que oro y perlas ornarán;  
Príncipes serán mis siervos;  
El pueblo, Dios me creará.

## TERCERA VOZ.

Venid, hermosas, á mí,  
Dadme deleite y amor,  
Voluptuosa pereza,  
Besos de dulce sabor,  
Y entre perfumes y aromas,  
Bullentes vinos, y al son

Del arpa, blanda me arrulle  
Y armoniosa vuestra voz.

## CUARTA VOZ.

Venid, empujadme,  
La cima toqué.  
Subidme, que luego  
La mano os daré.

## QUINTA VOZ.

¡Ay! yo caí de la elevada cumbre  
En honda cima que á mis piés se abrió:  
Grande es mi pena, larga mi agonía! . . .  
¡Una mano! ¡ayudadme! ¡compasión!

## SEXTA VOZ.

Errante y amarrado á mi destino,  
Vago solo y en densa oscuridad.  
¡Siempre viajando estoy, y mi camino  
Ni descanso ni término tendrá!

## SÉTIMA VOZ.

Sin pena vivamos  
En calma feliz,  
Gozar es mi estrella,  
Cantar y reir.

## OCTAVA VOZ.

¿Quién calmará mi dolor?  
 ¿Quién enjugará mi llanto?  
 ¿No habrá alivio á mi quebranto?  
 ¿Nadie escucha mi clamor?

## EL POETA.

¿Dónde estoy? Tal vez bajé  
 A la mansión del espanto,  
 Tal vez yo mismo creé  
 Tanta vision, sueño tanto,  
 Que donde estoy ya no sé.

Hórrida turba, quizá  
 Que en tormenta y confusion,  
 A anunciar al mundo va  
 Su ruina y desolacion,  
 Mensajeros de Jehová:

¿Quiénes sois, génius sombríos  
 Que junto á mí os agolpais?

¿Sois vanos delirios míos,  
 O sois verdad? ¿Qué buscais?  
 ¿Qué quereis? ¿adónde vais?

Mas de la célica cumbre  
 Llameante catarata  
 En hondas de viva lumbre  
 Súbito miro saltar.

Y ola tras ola de fuego  
 Vuela en el aire y se alcanza  
 Con estruendo y furor ciego,  
 Como despeñado mar.

Y al hondo abismo en seguida  
 Se precipita y se pierde  
 La catarata encendida  
 Que en arco rápido cae.  
 Océano inmenso volcado  
 Rojos los aires incendia,  
 En tumbos arrebatado  
 Recia tormenta lo trae.

Y en medio negra figura  
 Levantada en pié se mece,  
 De colosal estatura  
 Y de imponente ademan.  
 Sierpes con su cabellera  
 Que sobre su frente silban,  
 Su boca espantosa y fiera  
 Como el cráter de un volcan.



De duendes y trasgos  
 Muchedumbre vana  
 Se agita y se afana  
 En pos su señor.  
 Y allí entre las llamas  
 Resbalan, se lanzan,  
 Y juegan y danzan  
 Saltando en redor.

Bullicioso séquito  
 Que vienen y van,  
 Visiones fosfóricas,  
 Ilusion quizá:  
 Trémulas imágenes  
 Sin marcada faz,  
 Su voz sordo estrépito  
 Que se oye sonar,  
 Cual zumbido unísono  
 De mosca tenaz.

Allí entre las llamas  
 Hirviendo en monton,  
 No cesa su ronco  
 Monótono son,  
 Murmurando á un tiempo mismo  
 Todos juntos y á una voz,  
 Y apareciéndose súbito  
 Ora fuego, ora vapor.

Tendió una mano el infernal gigante  
 Y la turba calló, y oyóse solo

En silencio el estrépito atronante  
 Del flamígero mar, luego un acento  
 Claro, distinto, rápido y sonoro  
 Por la vaga region cruzó del viento  
 Con rara melancólica armonía,  
 Que brotaba doquiera,  
 Y un eco en derredor lo repetía.

Voz admirable, y vaga, y misteriosa,  
 Viene de allá del alto firmamento,  
 Crece bajo la tierra temblorosa,  
 Vaga en las alas del callado viento.  
 Voz de amargo placer, voz dolorosa,  
 Incomprensible mágico portento,  
 Voz que recuerda al alma conmovida  
 El bien pasado y la ilusion perdida.

«¡Ay!» exclamó, con lamentable queja,  
 Y en torno resonó triste gemido,  
 Como el recuerdo que en el alma deja  
 La voz de la mujer que hemos querido.  
 «¡Ay!» ¡cuán terrible condicion me aqueja  
 Para llorar y maldecir nacido,  
 Víctima yo de mi fatal deseo,  
 Que cumplirse jamás mis ansias veo!  
 «¿Quién es Dios? ¿Dónde está? Sobre la cumbre  
 De eterna luz que altísima se ostenta,  
 Tal vez en trono de celeste lumbre  
 Su incomprensible majestad se asienta?»

De mundos mil la inmensa pesadumbre  
 Con su mano tal vez rige y sustenta,  
 Sempiterno, infinito, omnipotente,  
 Invisible doquier, doquier presente.

«Y allá en la gran Jerusalén divina  
 Tal vez escucha en holocausto santo  
 Del querub que á sus piés la frente inclina,  
 Voces que exhalan armonioso canto.  
 La máquina sonora y cristalina  
 Del mundo rueda en derredor en tanto,  
 Y entre aromas, y gloria, y resplandores,  
 Recibe humilde adoración y amores.

«Santo, santo, los ángeles le cantan,  
 Hosanna, Hosanna en las alturas suena,  
 Rayos de luz perfilan y abrilantan  
 Nube de incienso y transparencia llena;  
 Y en ella con murmullo se levantan,  
 Paz demandando á la mansión serena,  
 Las pías de los hombres en su duelo,  
 Y paz les vuelve y bendición el cielo.

«¿Es Dios tal vez el Dios de la venganza,  
 Y hierve el rayo en su irritada mano,  
 Y la angustia, el dolor, la muerte lanza  
 Al inocente que le implora en vano?  
 ¿Es Dios el Dios que arranca la esperanza,  
 Frívolo, injusto y sin piedad tirano  
 Del corazón del hombre, y le encadena,  
 Y á eterna muerte al pecador condena?

«Embebido en su inmenso poderío,  
 ¿Es Dios el Dios que goza en su hermosura,  
 Que arrojó el universo en el vacío,  
 Leyes le dió y abandonó su hechura?  
 ¿Fué vanidad del hombre y desvarío  
 Soñarse imagen de su imagen pura?  
 ¿Es Dios el Dios que en su eternal sosiego  
 Ni vió su llanto ni escuchó su ruego?

«¿Tal vez secreto espíritu del mundo,  
 El universo anima y alimenta,  
 Y derramado su hábito fecundo  
 Alborota la mar y el cielo argenta,  
 Y á cuanto el orbe en su ámbito profundo  
 Tímido esconde ó vanidoso ostenta,  
 Presta con su virtud desconocida  
 Alma, razón, entendimiento y vida?

«¿Y es Dios tal vez la inteligencia osada  
 Del hombre siempre en ansias insaciable,  
 Siempre volando y siempre aprisionada  
 De vil materia en cárcel deleznable?  
 ¿A esclavitud eterna condenada,  
 A fiera lucha, á guerra interminable,  
 Tal vez estás, divinidad sublime,  
 Que otra divinidad de inercia oprime?  
 «¿Y es en su vida el universo entero  
 Ilimitado campo de pelea,  
 Cada elemento un triste prisionero  
 Que su cadena quebrantar desea?



Y ardes en todo, espíritu altanero.  
Lumbre matriz, devoradora tea,  
Como el que oculto, misterioso aliento  
Mueve la mar con loco movimiento?

¿Cuándo tu guerra término tendrá,  
Y romperás tu lóbrega prision?  
¿Su faz el universo cambiará?  
¿Crearás otros seres de inmortal blason?  
O la muerte silencio te impondrá?  
¿Volarás fugitivo á otra region?  
O, dissipando la materia impura,  
El mundo inundarás de tu herradura?

¿Quién sabe? acaso yo soy  
El espíritu del hombre  
Cuando remonta su vuelo  
A un mundo que desconoce,  
Cuando osa apartar los rayos  
Que á Dios misterioso esconden,  
Y analizarle atrevido  
Frente á frente se propone.  
Y entre tanto que impasible  
Giran cien mundos y soles  
Bajo la ley que gobierna  
Sus movimientos acordes,  
Traspasa su estrecho límite  
La imaginacion del hombre,  
Finete sobre las alas  
De mi espíritu veloces.

Y otra vez va á mover guerra,  
A alzar rebeldes pendones,  
Y hasta el origen creador  
Causa por causa recorre:  
Y otra vez se hunde conmigo  
En los abismos, en donde  
En tiniebla y lobreguez  
Maldice á su Dios entónces.  
¡Ay! su corazon se seca,  
Y huyen de él sus ilusiones,  
Delirio son engañoso  
Sus placeres, sus amores,  
En su ciencia vanidad,  
Y mentira son sus goces:  
Solo es verdad su impotencia,  
Su amargura y sus dolores!

«Tú me engendraste, mortal,  
Y hasta me distes un nombre;  
Pusiste en mí tus tormentos,  
En mi alma tus rencores,  
En mi mente tu ansiedad,  
En mi pecho tus furoros,  
En mi labio tus blasfemias  
É impotentes maldiciones,  
Me erigiste en tu verdugo,  
Me tributaste temores,  
Y entre Dios y yo partiste  
El imperio de los orbes.  
Y yo soy parte de tí,

Soy ese espíritu insomne  
 Que te excita y te levanta  
 De tu nada á otras regiones  
 Con pensamiento de ángel,  
 Con mezquindades de hombre.

Tú te agitas como el mar  
 Que alza sus olas enormes,  
 Humanidad, en oleadas  
 Por quebrantar tus prisiones.  
 ¿Y en vano será que empujes,  
 Que ondas con ondas agolpes,  
 Y de tu cárcel la linde  
 Con vehemente furia azotes?  
 ¿Será en vano que tu mente  
 A otras esferas remontes,  
 Sin que los negros arcanos  
 De vida y de muerte ahondes?  
 ¿Viajas tal vez hácia atrás?  
 ¿Adelante tal vez corres?  
 ¿Quizá una ley te subyuga?  
 ¿Quizá vas sin saber dónde?  
 Las creencias que abandonas  
 Los templos, las religiones  
 Que pasaron, y que luego  
 Por mentira reconoces,  
 ¿Son quizá menos mentira  
 Que las que ahora te forjes?  
 ¿No serán tal vez verdades  
 Los que tú juzgas errores?

• Mas tú como yo impulsada  
 Por una mano de bronce,  
 Allá vas, y en vano, en vano  
 Descanso pides á voces;  
 Los siglos se precipitan,  
 Se hunden cien generaciones,  
 Piérdense imperios y pueblos,  
 Y el olvido los esconde:  
 Y tú allá vas, allá vas,  
 Abandonada y sin norte,  
 Despeñada y de tropel,  
 Y en aparente desorden,  
 Y ora inundas la llanura,  
 Allanas luego los montes,  
 No hay hondo abismo ni cielo,  
 Que á descubrir no te arrojes!!  
 ¡Pobre ciega! loca, errante,  
 Aquí sagaz, allí torpe,  
 Tú misma para tí misma  
 Toda arcano y confusiones.

• Y ya por senda trazada  
 Viajes sometida y dócil,  
 Y sigas crédula en paz,  
 Las huellas de tus mayores,  
 Ya nuevas galas te vistas,  
 Y de las antiguas mores,  
 Y rebelde de tus hierros  
 Muerdas ya los eslabones,  
 Yo siempre mareho contigo,



Y ese gusano que roe  
 Tu corazón, esa sombra  
 Que nubla tus ilusiones,  
 Soy yo, el lucero caído,  
 El ángel de los dolores,  
 El rey del mal, y mi infierno  
 Es el corazón del hombre.  
 Feliz mientras la esperanza  
 ¡Ay! tus delirios adorne,  
 Infeliz cuando tu mente  
 Los recuerdos emponzoñen  
 Y á la mar sin rumbo fijo  
 Desesperado te arrojes:  
 Ni un astro te alumbrará,  
 Será en vano que á Dios nombres,  
 Ora le reces sin fé,  
 Ora su enojo provoques.  
 Solo el huracán y el trueno  
 Responderán á tus voces,  
 Sin hallar puerto ni playa  
 Por mas que anhelante bogues.  
 Y al fin la materia muere;  
 Pero el espíritu ¿adónde  
 Volará? ¿Quién sabe? ¡Acaso  
 Jamás sus cadenas rompella!

Dijo, y la ígnea luminosa frente  
 Dejó caer desesperado y triste,  
 Y corrió de sus ojos larga fuente  
 De emponzoñadas lágrimas: profuado

Silencio en torno dominó un momento:  
 Luego en aéreo modulado acento  
 Cien coros resonaron,  
 Y allá en el aire en confusión cantaron.

PRIMER CORO

Génios, venid, venid  
 Vuestro mal con el hombre á repartir.

SEGUNDO CORO.

Ya la esperanza á los hombres  
 Para siempre abandonó,  
 Los recuerdos son tan solo  
 Pasto de su corazón:

TERCER CORO.

Nosotros, génios del mal,  
 Aunque en nosotros no cré,  
 Somos su Dios, condenado  
 Nuestro influjo á obedecer,

PRIMERO CORO.

Génios, venid, venid  
 Vuestro mal con el hombre á repartir.

## UNA VOZ.

Yo turbaré sus amores,  
 Disiparé su ilusión,  
 Atizaré sus rencores,  
 Y haré eternos sus dolores,  
 Mal llagado el corazón.

## SEGUNDA VOZ.

Yo confundiré á sus ojos  
 La mentira y la verdad,  
 Y la ciencia y los sucesos  
 Su mente confundirán.

## TERCERA VOZ.

Marchitaré la hermosura,  
 Rugaré la juventud;  
 El alma que nació pura  
 Renegará la virtud,  
 Maldecirá de su hechura.

## CUARTA VOZ.

Yo haré dudar del cariño  
 Que muestra al tímido niño  
 El corazón maternal;  
 Y haré vislumbre al través

Del amor el interés  
 Como su vil manantial.

## QUINTA VOZ.

Una barra de oro  
 Su Dios será,  
 La avaricia del hombre  
 La adorará:  
 Viles pasiones  
 Gobernarán tan solo  
 Sus corazones.

Génios, venid, venid  
 Nuestro mal con el hombre á repartir.

## SEXTA VOZ.

Mi lanza impávida  
 Derribará  
 Ese Dios mísero  
 De vil metal.

Sobre sus aras

Me asentaré,  
 Y esclavo al hombre  
 Dominaré.

Génios, venid, venid  
 Y esos esclavos á mi coro uncid.



## SÉTIMA VOZ.

Yo romperé las cadenas,  
Daré paz y libertad,  
Y abriré un nuevo sendero  
A la errante humanidad.

## CORO.

¡Quién sabe! ¡Quién sabe!  
Quizá ensueños son,  
Mentidos delirios,  
Dorada ilusión.

Génios, venid, venid  
Nuestro mal con el hombre á repartir.

## EL POETA.

Como nubes que en negra tormenta  
Precipita violento huracan,  
Y en confuso monton apiñadas,  
De tropel y siguiéndose van,

Y visiones y horrendos fantasmas,  
Mónstruos raros de formas sin fin,  
Y palacios, ciudades y templos,  
Nuestros ojos figuran allí;

Y entre masas espesas de polvo  
Desaparece la tierra tal vez,  
Cual gigante cadáver que cubre  
Vil mortaja de lienzo soez;

Como zamba sonante á lo léjos  
El doliente rugido del mar,  
Cuando rompe en las rocas sus olas,  
Fatigadas de tanto luchar;

Y la brisa en la noche serena  
En sus ráfagas trae la cancion,  
Que al compás de los remos entona  
Mar adentro quizá un pescador;

Así, en turbio veloz remolino  
El diabólico ejército huyó;  
Vagarosas pasaron sus sombras,  
Y el arujir de sus alas sonó.

Y en el yermo fantástico espacio,  
Largo tiempo se oyó su cantar,  
Y á lo léjos el flébil quejido  
Poco á poco armonioso espirar.

Embargada y absorta la mente,  
En incierto delirio quedó,

Y abrumada sentí que mi frente  
Un torrente de lava quemó.

Y en mi loca falaz fantasía  
Sus clamores y cántico oí,  
Y el tumulto y su inquieta porfía  
Encerrado en mi mismo sentí.

Así al son agudo de bélica trompa,  
Y al compás del golpe que marcó el tambor,  
Brioso en alarde y magnífica pompa,  
En orden desfila guerrero escuadron.

Y espadas, fusiles, caballos, cañones  
Pasan, y los ojos en confuso ven  
Brillar aun las armas, ondear los pendones,  
Fantásticas plumas del viento al vaiven.

Relumbrar corazas, y el polvo y la gente,  
Y se oye á lo lejos un vago rumor,  
Y queda en su encanto suspensa la mente,  
Y oír y ver piensa despues que pasó.

Mas ya del primer albor

La luz pura tiñe el cielo,

Y al naciente resplandor,

Naturaleza su velo

Pinta con vario color,

Y se esparce por el mundo

Un armonioso contento,

Un confuso movimiento.

Que en pensamiento profundo  
Suspende el entendimiento.  
¿Es verdad lo que ver creo?

¿Fué un sueño lo que ví  
En mi loco devaneo?

¿Fué verdad lo que fingí?  
¿Es mentira lo que veo?



## CANTO I.

Sobre una mesa de pintado pino  
Melancólica luz lanza un quinqué  
Y un cuarto ni lujoso ni mezquino,  
A su reflejo pálido se vé:  
Suenan las doce en el reló vecino  
Y el libro cierra que anhelante lé  
Un hombre ya caduco, y cuenta atento  
Del cansado reló el golpe lento.

Carga despues sobre la diestra mano  
La ya rugosa y abrumada frente,  
Y un pensamiento fúnebre, tirano,  
Fija y domina, al parecer, su mente:  
Borrarlo intenta en su ansiedad en vano;  
Vuelve á leer, y en tanto que obediente  
Se somete su vista á su porfía,  
Lánzase á otra region su fantasía.

«¡Todo es mentira y vanidad, locura!  
Con sonrisa sarcástica exclamó.  
Y en la silla tomando otra postura,  
De golpe el libro y con desdén cerró:

Lóbrega tempestad su frente oscura  
En remolinos densos anubló.  
Y los áridos ojos quemó luego  
Una sangrienta lágrima de fuego.

«¡Ay! para siempre, dijo, la ufanía  
Pasó ya de la hermosa juventud,  
La música del alma y melodía,  
Los sueños de entusiasmo y de virtud!...  
Pasaron ¡ay! las horas de alegría,  
Y abre su seno hambriento el ataúd,  
Y único porvenir, sola esperanza,  
La muerte, á pasos de gigante avauza.

«¿Qué es el hombre? Un misterio. ¿Qué es la vida?  
Un misterio tambien!... Corren los años  
Su rápida carrera, y escondida  
La vejez llega envuelta en sus engaños:  
Vano es llorar la juventud perdida,  
Vano buscar remedio á nuestros daños;  
Un sueño es lo presente de un momento,  
Muerte es el porvenir, lo que fué un cuento!

«Los siglos á los siglos se atropellan,  
Los hombres á los hombres se suceden,  
En la vejez sus cálculos se estrellan,  
Su pompa y glorias á la muerte ceden:  
La luz que sus espíritus destellan  
Muere en la niebla que vencer no pueden,  
Y es la historia del hombre y su locura  
Una estrecha y hedionda sepultura!

«¡Oh! si el hombre tal vez lograr pudiera  
 Ser para siempre joven é inmortal,  
 Y de la vida el sol le sonriera,  
 Eterno de la vida el manantial!  
 ¡Oh! cómo entonces venturoso fuera;  
 Roto un cristal, alzarse otro cristal  
 De ilusiones sin fin, contemplaría,  
 Claro y eterno sol de un bello día!

«Nécio, dirán, tu espíritu altanero  
 ¿Dónde te arrastra, qué insensato quiera  
 En un mundo infeliz, perecedero,  
 Vivir eterno mientras todo muere?  
 ¿Qué hay inmortal, ni aun firme y duradero?  
 ¿Qué hay que la edad con su rigor no altere?  
 ¿No ves que todo es humo, y polvo, y viento?  
 Loco es tu afán, inútil tu lamento...

Todos mas de una vez hemos pensado  
 Como el honrado viejo en este punto;  
 Y mucho nuestros frailes han hablado,  
 Y Séneca y Platon sobre el asunto:  
 Yo, por no ser prolijo ni cansado  
 (Que ya impaciente á mi lector barrunto),  
 Diré que al cabo, de pensar rendido,  
 Tendióse el viejo y se quedó dormido.

Tal vez será debilidad humana  
 Irse á dormir á lo mejor del cuento,  
 Y cortado dejar para mañana  
 El hilo que anudaba el pensamiento;

Dicen que el sueño del olvido mana  
 Blando licor que calma el sentimiento;  
 Mas ¡ay! que á veces fijo en una idea,  
 Bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luego  
 Una vision... —¡Vision! frunciendo el labio,  
 Oigo que clama, de despecho ciego,  
 Un crítico feroz.—Perdona ¡oh sabio!  
 Sabio sublime, espérate, te ruego  
 Y yo te juro por mi honor, ¡oh Fabio!...  
 Si no es Fabio tu nombre, en este instante  
 A dártelo me obliga el consonante;

Juro que escribo para darte gusto  
 A tí solo, y al mundo entero enojo,  
 Un libro en que á Aristóteles me ajusto  
 Como se ajusta la pupila al ojo:  
 Mis reflexiones sobre el hombre justo  
 Que sirve á su razon, nunca á su antojo;  
 Publicaré despues para que el mundo  
 Mejor se vuelva, oh crítico profundo!

Que yo bien sé que el mundo no adelanta  
 Un paso mas en su inmortal carrera,  
 Cuando algun escritor como yo canta  
 Lo primero que salta en su mollera;  
 Pero no es eso lo que mas me espanta,  
 Ni lo que acaso espantará á cualquiera:  
 Terco escribo en mi loco desvarío  
 Sin ton ni son, y para gusto mio.



La zozobra del alma enamorada,  
 La dulce vaguedad del sentimiento,  
 La esperanza de nubes rodeada,  
 De la memoria el dolorido acento,  
 Los sueños de la mente arrebatada,  
 La fábrica del mundo y su portento,  
 Sin regla ni compás canta mi lira:  
 Solo mi ardiente corazón me inspira!

Y á la extraña vision volviendo ahora  
 Que al triste viejo apareció en su sueño  
 (Que algunas veces cuando el alma llora,  
 La mente en consolarnos pone empeño,  
 Y bienes y delirios atesora  
 Que hacen mas duro, al despertar, el ceño  
 De la suerte fatal que en esta vida  
 Nos persigue con alma empedernida),

Es fama que soñó... y hé aquí una prueba  
 De que nunca el espíritu reposa,  
 Y esto otra vez á digresar me lleva  
 De la historia del viejo milagrosa;  
 Y á nadie asombre que á afirmar me atreva  
 Que siendo al alma la materia odiosa,  
 Aquí para vivir en santa calma,  
 O sobra la materia ó sobra el alma.

Quiere aquella el descanso y en el lodo  
 Nos hunde perezosa y encenaga;  
 Esta presume adivinarlo todo,  
 Y en la region del infinito vaga;

Flojo, torpe, á traspiés como un beodo  
 Que con sueños su mente el vino estraga,  
 La materia al espíritu obedece  
 Hasta que, yerta al fin, cede y fallece.

Llaman pensar así, filosofía,  
 Y al que piensa, filósofo, y ya siento  
 Haberme dedicado á la poesía  
 Con tan raro y profundo entendimiento.  
 Yo con erudicion ¡cuánto sabría! ...  
 Mas vuelta á la vision y vuelta al cuento,  
 Aunque ahora que un sastre es *esprit fort*,  
 No hay ya vision que nos inspire horror.

Mas me valiera el campo lisonjero  
 Correr de la política, y revista  
 Pasar con tanto sabio y financiero,  
 Diplomático, ecónomo, hacendista,  
 Estadista, filósofo, guerrero,  
 Orador, erudito y periodista  
 Que honran el siglo: espléndidos varones,  
 Dicha no, pero honor de las naciones!

Y mucho mas sin duda me valiera,  
 Que no andar por el mundo componiendo,  
 De niño, haber seguido una carrera  
 De mas provecho y de menor estruendo;  
 Que, si no sabio, periodista fuera,  
 Que es punto ménos; mas ¡dolor tremendo!  
 Mis estudios dejé á los quince años;  
 Y me entregué del mundo á los engaños!

¡Oh padres! ¡Oh tutores! ¡Oh maestros,  
 Los que educáis la juventud sencilla!  
 Sigam senda mejor los hijos vuestros  
 Donde la antorcha de las ciencias brilla:  
 Tenderos ricos, abogados diestros,  
 Del foro y de la bolsa maravilla,  
 Pueden ser, y si no, sean diputados  
 Graves, serios, rabiosos, moderados.

Y si llega á ministro el tierno infante,  
 Llanto de gozo ¡oh padres! derramad  
 Al contemplarle demandar triunfante  
*A las Cortes un bill de indemnidad.*—  
 Perdon, lector, mi pensamiento errante  
 Flota en medio á la turba tempestad  
 De locas reprehensibles digresiones.—  
 ¡Siempre juguete fui de mis pasiones!!!

Por la inerte materia, vaga incierta  
 El alma en nuestra fábrica escondida,  
 A otra vida durmiendo nos despierta,  
 Vida inmortal, á un punto reducida.  
 De la esperanza la sabrosa puerta  
 El espíritu abre, y la perdida  
 Memoria renovando, allí en un punto  
 Cuanto fué, es, y será, presenta junto.

¿Será que el alma su inmortal esencia  
 Entre sueños revela, y desatada  
 Del tiempo y la medida su existencia,  
 La eternidad formula á la espantada

Mente oscura del hombre? ¡Oh ciencia! ¡Oh ciencia  
 Tan grave, tan profunda y estirada!  
 Vergüenza ten y permanece muda:  
 ¿Puedes tú acaso resolver mi duda?

Duerme entre tanto el venerable anciano,  
 Mientras que yo discurro sin provecho:  
 Figuras mil en su delirio insano  
 Fingiéndose en torno á su encantado lecho.  
 El sueño su invencible y grave mano  
 Posando silencioso sobre el pecho,  
 Formas de luz y de color sombrío  
 Arroja al huracan del desvarío.

Y como el polvo en nubes que levanta  
 En remolinos rápido el viento,  
 Formas sin forma, en confusion que espanta,  
 Alza el sueño en su vértigo violento:  
 Del vano reino el límite quebranta,  
 Vago escuadron de imágenes sin cuento,  
 Y otros mundos al viejo aparecian,  
 Y esto los ojos de su mente vian.

En lóbrego abismo que sombras eternas  
 Envuelven en densa tiniebla y horror,  
 Do reina un silencio que nunca se altera,  
 Y ahuyenta el olvido del mundo el rumor,  
 Con lástima y pena mirando al anciano,  
 Vaporosa sombra de un lejano bien,  
 De vagos contornos confusa figura,  
 Cual bello cadáver, se alzó una mujer:



Y oyóse en seguida lánguida armonía,  
Música suave, y luego una voz  
Canto, que el oído no la percibía,  
Sino que tan solo la oyó el corazón.

Débil mortal, no te asuste  
Mi oscuridad ni mi nombre;  
En mi seno encuentra el hombre  
Un término á su pesar.  
Yo compasiva le ofrezco  
Léjos del mundo un asilo,  
Donde á mi sombra tranquilo  
Para siempre duerma en paz.

Isla yo soy de reposo  
En medio el mar de la vida,  
Y el marinero allí olvida  
La tormenta que pasó:  
Allí convidan al sueño  
Aguas puras sin murmullo,  
Allí se duerme al arrullo  
De una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauco  
Que su ramaje doliente  
Inclina sobre la frente  
Que arrugara el padecer;

Y aduerme al hombre, y sus sienes  
Con fresco jugo rocía,  
Mientras el ala sombría  
Bate el olvido sobre él.

Soy la vírgen misteriosa  
De los últimos amores,  
Y ofrezco un lecho de flores  
Sin espinas ni dolor,  
Y amante doy mi cariño  
Sin vanidad ni falsía;  
No doy placer ni alegría;  
Mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,  
En mí concluye la duda,  
Y árida, clara y desnuda  
Enseño yo la verdad;  
Y de la vida y la muerte  
Al sábio nuestro el arcano  
Cuando al fin abre mi mano  
La puerta á la eternidad.

Ven, y tu ardiente cabeza  
Entre mis brazos reposa;  
Tu sueño, madre amorosa,  
Eterno regalaré:  
Ven, y yace para siempre  
En blanca cama mullida,  
Donde el silencio convida  
Al reposo y al no ser.

Deja que inquieten al hombre,  
Que loco al mundo se lanza,  
Mentiras de la esperanza,  
Recuerdos del bien que huyó:  
Mentira son sus amores,  
Mentira son sus victorias,  
Y son mentira sus glorias,  
Y mentira su ilusión.

Cierre mi mano riadosa  
Tus ojos al blando sueño,  
Y empape suave beleño  
Tus lágrimas de dolor:  
Yo calmaré tu quebranto  
Y tus dolientes gemidos,  
Apagando los latidos  
De tu herido corazón.

¿Viste la luna reflejar serena  
Entre las aguas de la mar sombría,  
Cuando se calma nuestra amarga pena,  
Y siente el corazón melancolía?

¿Y el mar que allá á lo léjos se dilata,  
Imágen de la oscura eternidad,  
Y el horizonte azul bañado en plata,  
Rico dosel que desvanece el mar?

¿Y del aura sutil que se desliza  
Por las aguas, oísteis el murmullo,  
Cuando las olas argentadas riza  
Con blanda queja y con doliente arrullo?

¿Y sentisteis tal vez un tierno encanto,  
Una voz que regala al corazón,  
Dulce, inefable y misterioso canto  
De vago afán é incomprendible amor?

Blanda así la quimérica armonía  
Sonó del melancólico cantar;  
Vibraciones del alma y melodía  
De un corazón que fatigó el pesar.

Y la amorosa y pálida figura  
Dos amarillos brazos extendió,  
Y sus lánguidos ojos de dulzura  
Al triste viejo con piedad volvió.

Ojos sin luz que su mirada hiela,  
Intima, intensa el corazón domina,  
En densas sombras los sentidos vela,  
En mudo pasmo la razón fascina.

Coagularse su sangre el viejo siente  
Poco á poco en sus venas con sabroso  
Desmayo, y que se trueca su impaciente  
Afan en un letargo vaporoso:

Entorpece sus miembros y embriaga  
Su mente aquella mágica figura,



La breve luz de su existencia apaga  
Con su mirada de fatal ternura.

Sus labios besa con mortal anhelo  
Carinosa la pálida vision,

Y á las entrañas se desprende el hielo  
De sus áridos labios sin color.

Sus ojos fijos en los muertos ojos  
Desvanecidos de mirar sentia,  
Los rayos de su luz yertos despojos  
Que la mirada mágica absorbía.

Por su cuerpo un deleite serpeaba,  
Sus nervios suavemente entumeciendo,  
Y el espíritu dentro resbalaba,  
Grato sopor y languidez sintiendo.

Ya su delgada, amarillenta mano,  
Sobre su pecho á reposarla extiende,  
Y exánime mirándola el anciano,  
Yerto é inmóvil su destino atiende.

Así al viajero fatigado, cuando  
El sueño los sentidos entorpece,  
Las fuerzas poco á poco van faltando,  
Y el cuerpo perezoso desfallece.

Y perdido en el áspera montaña,  
Sobre la nieve desplomado cae,  
Su juicio se devana y enmaraña,  
Gratas visiones su desmayo trae.

Y lenta y muellemente adormecida  
La máquina mortal, lánguidamente  
Bostezar torpe la ondulante vida  
Entre los brazos de la muerte siente.

¿Será que consumida por los años  
Sienta placer la vida fatigada,  
En dejar de este mundo los engaños,  
El término al tocar de su jornada?

¿La trabazon de la materia inerte  
Desataña, disuelto el cuerpo espira,  
Y el espíritu, cerca ya la muerte,  
Por la perdida libertad suspira?

Rendido en tanto el moribundo anciano,  
Con deleite la eterna paz espera;  
Su mano estrecha la aterida mano  
Que marca el fin de su vital carrera.

Cuando á otra parte con estruendo el suelo  
Crujir y el muro de su estancia siente,  
Y ven sus ojos un inmenso cielo  
Desarrollarse en luz de oro candente.

Rico manto de lumbre y pedrería  
Tachonado de soles á millares,  
Olas de aljofarada argentería  
Meciendo el aire en esparcidos mares.

Y un sol con otro sol que se eslabona  
En torno á una deidad orlan su frente,

Y los rayos de luz de su corona  
En un velo la envuelven trasparente.

Magestuosa, diáfana y radiante,  
Su hermosura, en su lumbre se confunde,  
Agitada columna coruscante,  
Júbilo y vida por doquier difunde.

Eterno amor, inmarcesibles glorias,  
Armas, coronas de oro y de laurel,  
Triunfos, placeres, esplendor, victorias,  
Ilusiones, riquezas y poder:

Eterna vida, eterno movimiento,  
Los sueños de la dulce poesía,  
El sonoro y quimérico concanto  
De la rica extasiada fantasía:

El eco blando del primer suspiro,  
La dulce queja del primer amor;  
La primera esperanza y el respiro,  
Que pura exhala la aromosa flor:

La faz hermosa de la noche en calma  
Y el son del melancólico laud,  
Los devaneos plácidos del alma,  
El sosiego y la paz de la virtud:

La santa dicha del hogar paterno,  
Del amigo la plática sabrosa,  
El blando sueño en el regazo tierno  
De la feliz enamorada, esposa:

El puro beso del alegre niño  
Que en torno de sus padres juguetea,  
Prenda de amor, emblema del cariño  
En que el alma gozosa se recrea:

La fé, la religion, bálsamo suave  
Que vierte en el espíritu consuelo,  
Y de las ciencias el estudio grave  
Que alza la mente á la region del cielo:

La máquina del mundo y su hermosura,  
Que arrobado el espíritu contempla,  
La augusta soledad que la amargura  
Tal vez del alma combatida temple:

De la pasión el goce turbulento,  
Siguiendo atropellado á la esperanza,  
Ligero tamo que arrebatara el viento  
Y despeñado á su ilusión se lanza:

El aplauso del mundo y la tormenta,  
Y el afán y el horrisono vaiven,  
El noble orgullo y la ambición sangrienta  
De nombre avara y de esplendente prez:

Del tronante cañon el estampido,  
El lujo y el furor de la batalla,  
Del corazón el bélico latido,  
Que hace que hierva la abrasante malla:

El oro que famélico codicia  
El hombre, y en montones lo atesora;



Alimento infernal de la avaricia,  
Que hambre mas siente cuanto mas devora;

La erápula, el escándalo y mareo  
De en vicios rica, estrepitosa orgía,  
El pudor resistiéndose al deseo,  
Y mezclándose el vino en la porfía:

La alegre danza en movimiento blando,  
Que orna voluptuosa liviandad,  
Al goce, al apetito convidando  
Con sus mórbidas formas la beldad:

Cuanto fingió é imaginó la mente,  
Cuanto del hombre la ilusion alcanza,  
Cuanto creara la ansiedad demente,  
Cuanto acaricia en sueños la esperanza;

La radiante vision maravillosa  
Brinda con mano pródiga en monton,  
Y en óptica, ilusoria y prodigiosa  
Pasar el viejo ante sus ojos vió.

Y entre aplausos, y músicas, y estruendo,  
Y de ella en pos la humanidad entera,  
Y en torno de ella armónica volviendo  
En giro eterno la argentada esfera:

Suenan voces y cánticos sonoros  
Que el aire en ecos derramados hienden,  
Y ángeles mil en matizados coros  
El aire rasgan y en fulgor lo encienden.

Y una voz como ráfaga de viento,  
Palpitando de vida y de armonía  
Sobre el vario, magnífico concento,  
Así cantando resonar se oía.

Salve, llama creadora del mundo,  
Lengua ardiente de eterno saber;  
Puro gérmen, principio fecundo  
Que encadenas la muerte á tus piés.

Tú la inerte materia espoleas,  
Tú la ordenas juntarse y vivir,  
Tú su lodo modelas y creas  
Miles seres de formas sin fin.

Desbarata tus obras en vano  
Vencedora la muerte tal vez,  
De sus restos levanta tu mano  
Nuevas obras triunfante otra vez.

Tú la hoguera del sol alimentas,  
Tú revistes los cielos de azul,  
Tú la luna en las sombras argentas,  
Tú coronas la aurora de luz.

Gratos ecos al bosque sombrío,  
Verde pompa á los árboles das,  
Melancólica música al río,  
Ronco grito á las olas del mar.

Tú el aroma en las flores exhalas,  
 En los valles suspiras de amor,  
 Tú murmuras del aura en las alas,  
 En el Bóreas retumba tu voz.

Tú derramas el oro en la tierra  
 En arroyos de hirviente metal,  
 Tú abrillantas la perla que encierra  
 En su abismo profundo la mar.

Tú las cárdenas nubes extiendes,  
 Negro manto que agita Aquilon,  
 Con tu aliento los aires enciendes,  
 Tus rugidos infunden pavor.

Tú eres pura simiente de vida,  
 Manantial sempiterno de bien,  
 Luz del mismo Hacedor desprendida,  
 Juventud y hermosura es tu sér.

Tú eres fuerza secreta que el mundo  
 En sus ejes impulsa á rodar,  
 Sentimiento armonioso y profundo  
 De los orbes que anima tu faz.

De tus obras los siglos que vuelan  
 Incansables artífices son,  
 Del espíritu ardiente cincelan  
 Y embellecen la estrecha prision.

Tú en violento, veloz torbellino  
 Los empujas enérgica, y vaur:

Y adelante en tu raudo camino  
 A otros siglos ordenas llegar.

Y otros siglos ansiosos se lanzan,  
 Desparecen y llegan sin fin,  
 Y en su eterno trabajo se alcanzan,  
 Y se arrancan sin tregua el buril.

Y afanosos sus fuerzas emplean  
 En tu inmenso taller sin cesar,  
 Y en la tosca materia golpean,  
 Y redobla el trabajo su afan.

De la vida en el hondo oceano  
 Flota el hombre en perpétuo vaiven  
 Y derrama abundante tu mano  
 La creadora semilla en su sér.

Hombre débil, levanta la frente,  
 Pon tu labio en su eterno raudal,  
 Tú serás como el sol en Oriente,  
 Tú serás como el mundo inmortal.

Calló la voz, y el armonioso coro  
 Y el estruendo y la música siguió,  
 Y repitiendo el cántico sonoro,  
 Turbas inmensas pasan en montón.

Sus alas lanzan luminosa estela,  
 Como la nave en la serena mar,



Y entre su viva luz la luz riela  
Mas pura de la imagen inmortal.

Cruzando va cual fulgurante tómbolo  
Su cortejo magnífico en redor,  
Y el viento rompe cual lanzada bomba  
Sobre otros soles desprendido sol.

Atónito la faz alza el anciano,  
Como el que vuelve en sí en el ataud,  
Con ansia, angustia y con delirio insano,  
Aire buscando y anhelando luz.

Que en el regazo del no ser dormido,  
El alto estruendo en su estupor sintió,  
El intrépido canto hirió su oído,  
Y súbito sus nervios sacudió.

Y el yerto brazo de la sombra fría  
Que vierte al corazón hielo mortal,  
Aparta con afán en su agonía,  
Volar ansiando á la gentil deidad.

Y entrambos brazos con anhelo tiende,  
Atento el canto animador escucha,  
De la vision de muerte se desprende,  
Y por moverse y levantarse lucha.

Los ojos abre al resplandor inciertos,  
La luz buscando que su luz excita,  
Sienten grato calor sus miembros muertos,  
Con nuevo ardor su corazón palpita.

La sangre hierve en las hinchadas venas,  
Siente volver los juveniles bríos,  
Y ahuyentan de su frente albas serenas  
Los pensamientos de la edad sombríos.

Y desprendidas ráfagas de lumbre  
Su cuerpo bañan y su sien circundan;  
Torrentes, mil de la argentada cumbre,  
Vertiendo vida, en su esplendor le inundan.

Y bajando la diosa encantadora,  
Mecida en olas de encendido viento,  
En torno de él la tropa voladora  
Esparce juventud y movimiento.

Y su rostro se punta de hermosura,  
Viste su corazón la fortaleza,  
Brilla en su frente juvenil tersura,  
Negros risos coronan su cabeza.

El alma en su mirar se transparenta,  
Mirar sereno, vívido y ardiente,  
Y su robusta máquina alimenta  
La eterna llama que en el pecho siente.

Contra su seno la deidad le abraza,  
Y en su velo le envuelve y le ilumina,  
Y á su ruina y su destino enlaza  
El destino del mundo y su ruina.

Tú los siglos hollarás,  
Sonó la voz de la altura,

Pasar los hombres verás,  
Del mundo la edad futura  
Como el mundo correrás.

El sol que hoy nace en Oriente  
Y que ilumina tu frente,  
Pasarán edades cien,  
Y cual hoy resplandeciente  
La iluminará también.

El erudo invierno sombrío,  
Del pintado abril las flores,  
Las galas del bosque umbrío,  
Los rigurosos calores  
De los meses del estío

Pasarán, y contarás  
Hora á hora y mes á mes,  
Y un año y otro verás,  
Y un siglo y otro despues,  
Sin que se acabe jamás.

Y eternamente bogando,  
Y navegando contino,  
Sin hallar descanso, andando  
Irás siempre, caminando,  
Sin acabar tu camino.

Y los siglos girarán  
En perpétuo movimiento,  
Las naciones morirán,

Y se escuchará tu acento  
En los siglos que vendrán.

Pero si acaso algun dia  
Lloras tal vez tu orfandad,  
Y al cielo clamas piedad,  
Y en lastimosa agonía  
Maldices tu eternidad,

Acuérdate que tú fuiste  
El que fijó tu destino,  
Que ser inmortal pediste,  
Y arrojarte al torbellino  
De las edades quisiste.

Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene,  
Que tuyo el mundo será  
Y ya para tí previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.

En tanto el luciente coro  
Repitió luego el cantar,  
Y remontándose al cielo,  
La luz plegándose va

Entre nubes de oro y nácar  
Que esconden á la deidad,  
Y las voces en los aires  
Perdidas se escuchan ya



Allá en lejána armonía  
Como un eco resonar:

Y que el mundo te dará  
Cuanto el mundo en sí contiene,  
Que tuyo el mundo será,  
Y ya para tí previene  
Cuanto ha tenido y tendrá.

Dicha es soñar cuando despierto sueña  
El corazón del hombre su esperanza,  
Su mente halaga la ilusión risueña,  
Y el bien presente al venidero alcanza:  
Y tras la aérea y luminosa enseña  
Del entusiasmo, el ánimo se lanza  
Bajo un cielo de luz y de colores,  
Campos pintando de fragantes flores.

Dicha es soñar, porque la vida es sueño,  
Lo que fingió tal vez la fantasía,  
Cuando embriagada en lánguido beño  
A las regiones del placer nos guía:  
Dicha es soñar, y el riguroso ceño  
No ver jamás de la verdad impía:  
Dicha es soñar y en el mundano ruido  
Vivir soñando y existir dormido.

Y un sueño á la verdad pasa la vida,  
Sueño al principio de dorada lumbre,

Senda de flores mil, fácil subida  
Que á un monte lleva de lozana cumbre:  
Después vereda áspera y torcida,  
Monte de insuperable pesadumbre,  
Donde cansada de una en otra breña,  
Llora la vida y lo pasado sueña.

Sueños son los deleites, los amores,  
La juventud, la gloria y la hermosura;  
Sueños las dichas son, sueños las flores,  
La esperanza, el dolor, la desventura:  
Triunfos, caídas, bienes y rigores  
El sueño son que hasta la muerte dura,  
Y en incierto y continuo movimiento  
Agita al ambicioso pensamiento.

Siento no sea nuevo lo que digo,  
Que el tema es viejo y la palabra rancia,  
Y es trillado sendero el que ahora sigo,  
Y caminar por él ya es arrogancia.  
En la mente, lector, se abre un postigo,  
Sale una idea y el licor escancia  
Que brota el labio y que la pluma vierte,  
Y en palabras y frases se convierte.

*Nihil novum sub sole*, dijo el sábio,  
Nada hay nuevo en el mundo: harto lo siento.  
Que, como dicen vulgarmente, rabio  
Yo por pobrar un nuevo sentimiento:  
Palabras nuevas pronunciar mi labio,  
Renovado sentir mi pensamiento,

Ansio, y girando en dulce desvarío,  
Ver nuevo siempre el mundo en torno mío.

Uniforme, monótono y cansado  
Es sin duda este mundo en que vivimos;  
En Oriente de rayos coronado,  
El sol que vemos hoy, ayer le vimos:  
De flores vuelve á engalanarse el prado,  
Vuelve el Otoño pródigo en racimos,  
Y tras los hielos de invierno frío,  
Coronado de espigas el Estío.

¿Y no habré yo de repetirme á veces,  
Decir también lo que otros ya dijeron,  
A mí á quien quedan ya solo las heces  
Del rico manantial en que bebieron?  
¿Qué habré yo de decir que ya con creces  
No hayan dicho tal vez los que murieron,  
Byron y Calderon, Shakspeare, Cervantes,  
Y tantos otros que vivieron ántes?

¿Y aun así mismo acertaré á decirlo?  
¿Saldré de tanto enredo en que me he puesto?  
¿Ya que en mi cuento entré podré seguirlo,  
Y el término tocar que me he propuesto?  
Y aunque en mi empeño logre concluirlo,  
¿A tí no te será nunca molesto,  
¡Oh caro comprador! que con zozobra  
Imploro en mi favor, comprar mi obra?

Nada ménos te ofrezco que un poema  
Con lances raros y revuelto asunto,

De nuestro mundo y sociedad emblema,  
Que hemos de recorrer punto por punto:  
Si logro yo desenvolver mi tema,  
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto  
Do la vida del hombre y la quimera  
Tras de que va la humanidad entera.

Batallas, tempestades, amorfos,  
Por mar y tierra, lances, descripciones  
De campos y ciudades, desafíos,  
Y el desastre y furor de las pasiones,  
Goces, dichas, aciertos, desvaríos,  
Con algunas morales reflexiones  
Acerca de la vida y de la muerte,  
De mi propia cosecha, qué es mi fuerte.

En varias formas, con diverso estilo,  
En diferentes géneros, calzando  
Ora el coturno trágico de Esquilo,  
Ora la trompa épica sonando:  
Ora cantando plácido y tranquilo,  
Ora en trivial lenguaje, ora burlando,  
Conforme esté mi humor, porque á él me ajusto,  
Y allá van versos donde va mi gusto.

Verás, lector, á nuestro humilde anciano,  
Que inmortal de su lecho se levanta,  
Lanzarse al mundo de su dicha ufano,  
Rico de la esperanza que le encanta:  
Verás luego también . . . pero ¿á qué en vano  
Me canso en ofrecerte empresa tanta,



Si hasta que el uno al otro nos cansemos,  
Tú y yo en campaña caminando iremos?

Mas vale prometerle poco ahora,  
Y algo despues cumplirte, lector mio.  
No empiece yo con voz atronadora,  
Y luego acabe desmayado y frio:

No una altiva columna vencedora,  
Que jamas rinda con su planta, impío,  
El tiempo destructor, alzar intento;  
Yo con pasar mi tiempo me contento.

No es dado á todos alcanzar la gloria  
De alzar un monumento suntuoso,  
Que eternice á los siglos la memoria  
De algun hecho pasado grandioso:  
Quédele tanto al que escribió la historia  
De nuestro pueblo, al escritor lujoso,  
Al conde que del público tesoro  
Se alzó á sí mismo un monumento de oro.

Al que supo, erigiendo un monumento  
(Que tal le llama en su modestia suma) (1),  
Premio dar á su gran merecimiento,  
Y en pluma de oro convertir su pluma,  
Al ilustre asturiano, al gran talento,  
Flor de la historia y de la hacienda espuma;

(1) En una de las sesiones de esta última legislatura tuvo el egregio conde la llaneza de decir que había erigido á la gloria de su patria un monumento en su Historia de la Revolucion de 1808.

Al nécio audaz de corazon de cieno,  
A quien llaman el CONDE DE TORENO.

¡Oh gloria! ¡oh gloria! ¡lisonjero engaño!  
Que á tanta gente honrada precipitas!  
Tú al mercader pacífico, en extraño  
Guerrero truecas, y á lidiar le excitas;  
Su rostro vuelves bigotudo, uraño,  
Con entusiasmo militar le agitas,  
Y haces que sea su mirada horrenda  
Susto de su familia y de su tienda.

Tú, al que otro tiempo acertaba apenas  
A escribir con fatigas una carta,  
Animas á dictar paginas llenas  
De verso y prosa en abundante sarta:  
Político profundo en sus faenas,  
Folletos traza, artículos ensarta.  
Suda y trabaja, y en marchar se emplea  
Resmas para envolver alcarabea.

Otros ¡oh gloria! sin aliento vagan  
Solicitos huyendo acá y allá,  
Suponen clubs, y con recelo indagan  
Cuando el gobierno á aprisionarlos va:  
A estos sí los destierran, los halagan,  
Nadie en ellos pensó ni pensará,  
Y andan ocultos y mudando trajes,  
Creyéndose terribles personajes.

Estos por lo comun son buena gente,  
Son á los que llamamos infelices,

Hombres todo entusiasmo y poca mente,  
 Que no ven mas allá de sus narices:  
 Raza que el pecho denonado siente  
 Antes que ¡oh fiero mandarín! atices  
 Uno de tus legales ramalazos,  
 Que les dobla ante el rey los espinazos.

Otros te siguen, engañosa gloria,  
 Que allá en sus pueblos son pozos de ciencia,  
 Que creyéndose dignos de la historia,  
 Varones de gobierno y experiencia,  
 Ansiosos de alcanzar alta memoria,  
 Y abusos corregir con su elocuencia,  
 Diputados al fin se hacen nombrar,  
 Tontos de buena fé para callar.

Estos viven despues desesperados,  
 Del ministro ademas desatendidos,  
 En el mundo político ignorados,  
 Y del pueblo tambien desconocidos:  
 Andan en las cuestiones extraviados,  
 Siempre sin tino, torpes los sentidos;  
 Dando á saber con pruebas tan acerbas,  
 Que pierden fuerzas en mudando yerbas.

A todos, gloria, tú pendon nos guía,  
 Y á todos nos excita tu deseo:  
 Apellidarse socio ¿quién no ansía,  
 Y en las listas estar del Ateneo?  
 ¿Y quién aficionado á la poesía,  
 No asiste á las reuniones del Liceo.

Do la luz brilla dividida en partes  
 De tanto profesor de bellas artes?

Es cierto que allí van tambien profanos  
 En busca de las lindas profesoras,  
 Hombres sin duda en su pensar livianos,  
 Que de todo hacen burla á todas horas,  
 Sin gravedad, de entendimiento vanos,  
 Gentes de natural murmuradoras,  
 Que se mofaran de Villena mismo (1)  
 Evocando los diablos del abismo.

Y yo ¡pobre de mí! sigo tu lumbre,  
 Tambien ¡oh gloria! en busca de renombre,  
 Trepas ansiando al templo de tu cumbre,  
 Donde mi fama al universo asombre:  
 Quiero que de tu rayo á la vislumbre  
 Brille grabado en mármoles mi nombre,  
 Y espero que mi busto adorne un día  
 Algun salon, café ó pulquería.

O el lindo tocador de alguna hermosa  
 Coronaré en figura de botella  
 Lleno mi hueco vientre de olorosa  
 Agua que pula el rostro á la doncella;  
*L'eau véritable* de colonia y rosa  
 El rótulo en francés dirá á mi huella:

(1) Todo el mundo sabe que el marqués de Villena se hizo picar y encerrar en una redoma para renacer inmortal: tengo para mí que ha de ser fastidioso y dulzon al paladar el picadillo de sábio.



Que de su vida al fin tanto blason  
Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda, oh público severo,  
Y muéstrame la cara lisonjera;

Esto le pido á Dios, y algun dinero

Mientras sigo en el mundo mi carrera;

Y porque fatigarte mas no quiero,

Caro lector, al otro canto espera,

El cual sin falta seguirá, se entiende

Si este te gusta y la edicion se vende.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

## CANTO II.<sup>(1)</sup>

A TERESA.

Descansen en paz.

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!  
Como de Dios al fin obra maestra,  
Por todas partes de delicias lleno,  
De que Dios ama al hombre hermosa muestra;  
Salga la voz alegre de mi seno  
A celebrar esta vivienda nuestra;  
¡Paz á los hombres! ¡gloria á las alturas!  
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(Maira, por D. MIGUEL DE LOS SANTOS  
ALVAREZ.)

¿Por qué volveis á la memoria mis,  
Tristes recuerdos de placer perdido,  
A aumentar la ansiedad y la agonía  
De este desierto corazon herido?

(1) Este canto es un desahogo de mi corazon; sáltelo  
el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado  
de manera alguna con el poema.

N. del A.

Que de su vida al fin tanto blason  
Ha logrado alcanzar Napoleon.

En tanto ablanda, oh público severo,  
Y muéstrame la cara lisonjera;

Esto le pido á Dios, y algun dinero

Mientras sigo en el mundo mi carrera;

Y porque fatigarte mas no quiero,

Caro lector, al otro canto espera,

El cual sin falta seguirá, se entiende

Si este te gusta y la edicion se vende.

FIN DEL CANTO PRIMERO.

## CANTO II.<sup>(1)</sup>

A TERESA.

Descansen en paz.

Bueno es el mundo, ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!  
Como de Dios al fin obra maestra,  
Por todas partes de delicias lleno,  
De que Dios ama al hombre hermosa muestra;  
Salga la voz alegre de mi seno  
A celebrar esta vivienda nuestra;  
¡Paz á los hombres! ¡gloria á las alturas!  
¡Cantad en vuestra jaula, criaturas!

(Maira, por D. MIGUEL DE LOS SANTOS  
ALVAREZ.)

¿Por qué volveis á la memoria mis,  
Tristes recuerdos de placer perdido,  
A aumentar la ansiedad y la agonía  
De este desierto corazon herido?

(1) Este canto es un desahogo de mi corazon; sáltelo  
el que no quiera leerlo sin escrúpulo, pues no está ligado  
de manera alguna con el poema.

N. del A.



¡Ay! que de aquellas horas de alegría,  
Le quedó al corazón solo un gemido,  
Y el llanto que al dolor los ojos niegan,  
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!

¿Dónde volaron ¡ay! aquellas horas  
De juventud, de amor y de ventura,  
Regaladas de músicas soneras,  
Adornadas de luz y de hermosura?  
Imágenes de oro bullidoras,  
Sus alas de carmin y nieve pura,  
Al son de mi esperanza desplegando,  
Pasaban ¡ay! á mi alrededor cantando.

Gorjeaban los dulces ruiseñores,  
El sol iluminaba mi alegría,  
El aura susurraba entre las flores,  
El bosque mansamente respondía,  
Las fuentes murmuraban sus amores....  
¡Ilusiones que llora el alma mía!  
¡Oh! ¡cuán suave resonó en mi oído  
El bullicio del mundo y su ruido!

Mi vida entonces cual guerrera nave  
Que el puerto deja por la vez primera,  
Y al soplo de los céfiros suave,  
Orgullosa despliega su bandera,  
Y al mar dejando que á sus piés alabe  
Su triunfo en roneos cantos, va velera,  
Una ola tras otra bramadora  
Hollando y dividiendo vencedora;

¡Ay! en el mar del mundo, en ansia ardiente  
De amor volaba, el sol de la mañana  
Llevaba yo sobre mi tersa frente,  
Y el alma pura de su dicha ufana:  
Dentro de ella el amor cual rica fuente,  
Que entre frescuras y arboledas mana,  
Brotaba entonces abundante río  
De ilusiones y dulce desvarío.

Yo amaba todo, un noble sentimiento  
Exaltaba mi ánimo, y sentía  
En mi pecho un secreto movimiento,  
De grandes hechos generoso guía:  
La libertad con su inmortal aliento,  
Santa diosa mi espíritu encendía,  
Contino imaginando en mi fé pura  
Sueños de gloria al mundo y de ventura.

El puñal de Catón, la adusta frente  
Del noble Bruto, la constancia fiera  
Y el arrojo de Scévola valiente,  
La doctrina de Sócrates severa,  
La voz atronadora y elocuente  
Del orador de Atenas, la bandera  
Contra el tirano macedonio alzando,  
Y al espantado pueblo arrebatando,  
El valor y la fé del caballero.

Del trovador el arpa y los cantares,  
Del gótico castillo el altanero  
Antiguo torreón, do sus pesares

Cantó tal vez con eco lastimero,  
 ¡Ay! arrancada de sus patrios lares,  
 Joven cautiva, al rayo de la luna,  
 Lamentando su ausencia y su fortuna:

El dulce anhelo del amor que aguarda  
 Tal vez inquieto y con mortal recelo;  
 La forma bella que cruzó gallarda,  
 Allá en la noche, entre el medroso velo;  
 La ansiada cita que en llegar se tarda  
 Al impaciente y amoroso anhelo;  
 La mujer y la voz de su dulzura,  
 Que inspira al alma celestial ternura;

A un tiempo mismo en rápida tormenta,  
 Mi alma alborotaban de continuo,  
 Cual las olas que azota con violenta  
 Cólera, impetuoso torbellino:  
 Soñaba al héroe ya, la plebe atenta  
 En mi voz escuchaba su destino,  
 Ya al caballero, al trovador soñaba,  
 Y de gloria y amores suspiraba.

Hay una voz secreta, un dulce canto,  
 Que el alma solo recogida entiende,  
 Un sentimiento misterioso y santo,  
 Que del barro al espíritu desprende:  
 Agreste, vago y solitario encanto,  
 Que en inefable amor el alma enciende;  
 Volando tras la imagen peregrina  
 El corazón de su ilusión divina.

Yo desterrado en extranjera playa,  
 Con los ojos estáticos seguía  
 La nave audaz que argentada raya  
 Volaba al puerto de la patria mía:  
 Yo cuando en Occidente el sol desmaya,  
 Solo y perdido en la arboleda umbría,  
 Oír pensaba el armonioso acento  
 De una mujer, al suspirar del viento.

¡Una mujer! En el templado rayo  
 De la mágica luna se colora,  
 Del sol poniente al lánguido desmayo,  
 Léjos entre las nubes se evapora:  
 Sobre las cumbres que florece el mayo,  
 Brilla fugaz al despuntar la aurora,  
 Cruza tal vez por entre el bosque umbrío,  
 Juega en las aguas del sereno río.

¡Una mujer! Deslízase en el cielo  
 Allá en la noche desprendida estrella:  
 Si aroma el aire recogió en el suelo,  
 Es el aroma que le presta ella.  
 Blanca es la nube que en callado vuelo  
 Cruza la esfera, y que su planta huella,  
 Y en la tarde la mar olas la ofrece  
 De plata y de zafir donde se mece:  
 Mujer que amor en su ilusión figura,  
 Mujer que nada dice á los sentidos,  
 Ensueño de suavísima ternura,  
 Eco que regaló nuestros oídos:



De amor la llama generosa y pura,  
 Los goces dulces del placer cumplidos,  
 Que engalana la rica fantasía,  
 Goces que avaro el corazon ansía;

¡Ay! aquella mujer, tan solo aquella  
 Tanto delirio á realizar alcanza,  
 Y esa mujer tan cándida y tan bella,  
 Es mentida ilusion de la esperanza:  
 Es el alma que vívida destella  
 Su luz al mundo cuando en él se lanza,  
 Y el mundo con su magia y galanura  
 Es espejo no mas de su hermosura.

Es el amor que al mismo amor adora,  
 El que creó las Sílides y Ondinas,  
 La sacra ninfa que bordando mora  
 Debajo de las aguas cristalinas:  
 Es el amor que recordando llora  
 Las arboledas del Eden divinas,  
 Amor de allí arrancado, allí nacido,  
 Que busca en vano aquí su bien perdido.

¡Oh llama santa! ¡celestial anhelo!  
 ¡Sentimiento purísimo! memoria  
 Acaso triste de un perdido cielo,  
 Quiza esperanza de futura gloria!  
 ¡Huyes y dejas llanto y desconsuelo!  
 ¡Oh mujer! que en imagen ilusoria  
 Tan pura, tan feliz, tan placentera,  
 Brindó el amor á mi ilusion primera!....

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mias,  
 ¡Ah! ¡dónde estais que no correis á mares!  
 ¿Por qué, por qué como en mejores dias  
 No consolais vosotras mis pesares?  
 ¡Oh! los que no sabeis las agonías  
 De un corazon, que penas á millares  
 ¡Ay! desgarraron, y que ya no llora,  
 ¡Piedad tened de mi tormento ahora!

¡Oh! ¡dichosos mil veces! sí, dichosos,  
 Los que podeis llorar y ¡ay! sin ventura  
 De mí, que entre suspiros angustiosos,  
 Ahogar me siento en infernal tortura!  
 Retuércese entre nudos dolorosos  
 Mi corazon gimiendo de amargura!  
 Tambien tu corazon hecho pavesa,  
 ¡Ay! llegó á no llorar ¡pobre Teresa!

¿Quién pensara jamás, Teresa mia,  
 Que fuera eterno manantial de llanto,  
 Tanto inocente amor, tanta alegría,  
 Tantas delicias y delirio tanto?  
 ¿Quién pensara jamás llegase un dia,  
 En que perdido el celestial encanto,  
 Y caida la venda de los ojos,  
 Cuanto diera placer causara enojos?

Aun parece, Teresa, que te veo  
 Aérea como dorada mariposa,  
 En sueño delicioso del deseo,  
 Sobre tallo gentil temprana rosa.

Del amor venturoso devaneo,  
 Angélica, purísima y dichosa,  
 Y oigo tu voz dulcísima, y respiro  
 Tu aliento perfumado en tu suspiro.

Y aun miro aquellos ojos que robaron  
 A los cielos su azul, y las rosadas  
 Tintas sobre la nieve, que envidiaron  
 Las de mayo serenas alboradas;  
 Y aquellas horas dulces que pasaron  
 Tan breves ¡ay! como despues lloradas,  
 Horas de confianza y de delicias,  
 De abandono, y de amor, y de caricias.

Que así las horas rápidas pasaban,  
 Y pasaba á la par nuestra ventura;  
 Y nunca nuestras ansias las contaban,  
 Tú embriagada en mi amor, yo en tu hermosura:  
 Las horas ¡ay! huyendo nos miraban,  
 Llanto tal vez vertiendo de ternura,  
 Que nuestro amor y juventud veian,  
 Y temblaban las horas que vendrian.

Y llegaron en fin . . . ¡Oh! ¿quién impío  
 ¡Ay! agostó la flor de tu pureza?  
 Tú fuiste un tiempo cristalino rio,  
 Manantial de purísima limpieza;  
 Despues torrente de color sombrío,  
 Rompiendo entre peñascos y maleza,  
 Y estanque en fin de aguas corrompidas,  
 Entre fétido fango detenidas.

¿Cómo caiste despeñado al suelo,  
 Astro de la mañana luminoso?  
 Angel de luz ¿quién te arrojó del cielo  
 A este valle de lágrimas odioso?  
 Aun cercaba tu frente el blanco velo  
 Del serafin, y en ondas fulgoroso,  
 Rayos al mundo tu esplendor vertia  
 Y otro cielo el amor te prometia.

Mas ¡ay! que es la mujer ángel caído  
 O mujer nada mas y lodo inmundo,  
 Hermoso sér para llorar nacido,  
 O vivir como autómatas en el mundo:  
 Sí, que el demonio en el Eden perdido,  
 Abrasara con fuego del profundo  
 La primera mujer, y ¡ay! aquel fuego,  
 La herencia ha sido de sus hijos luego.

Brota en el cielo del amor la fuente  
 Que á fecundar el universo mana,  
 Y en la tierra su límpida corriente  
 Sus márgenes con flores engalana:  
 Mas ¡ay! huid: el corazon ardiente  
 Que el agua clara por beber se afana,  
 Lágrimas verterá de duelo eterno,  
 Que su randal lo envenenó el infierno.

Huid, si no quereis que llegue un día,  
 En que enredado en retorcidos lazos  
 El corazon, con bárbara porfia  
 Lucheis por arrancároslo á pedazos:



En que al cielo en histérica agonía  
Frenéticos alceis entrambos brazos,  
Para en vuestra impotencia maldecirle,  
Y escupiros, tal vez, al escupirle.

Los años ¡ay! de la ilusión pasaron;  
Las dulces esperanzas que trajeron,  
Con sus blancos ensueños se llevaron,  
Y el porvenir de oscuridad vistieron:  
Las rosas del amor se marchitaron,  
Las flores en abrojos convirtieron,  
Y de afán tanto y tan soñada gloria,  
Solo quedó una tumba, una memoria.

¡Pobre Teresa! al recordarte siento  
Un pesar tan inmenso!... embarga impío  
Mi quebrantada voz mi sentimiento,  
Y suspira tu nombre el labio mío:  
Para allí su carrera el sentimiento,  
Hiela mi corazón punzante frío,  
Ante mis ojos la funesta losa,  
Donde vil polvo tu beldad reposa.

Y tú feliz, que hallastes en la muerte  
Sombra á que descansar en tu camino,  
Cuando llegabas misera á perderte,  
Y era llorar tu único destino:  
Cuando en tu frente la implacable suerte  
Grababa de los réprobos el sino!  
¡Feliz! la muerte te arrancó del suelo,  
Y otra vez ángel te volviste al cielo.

Roida de recuerdos de amargura,  
Arido el corazón sin ilusiones,  
La delicada flor de tu hermosura  
Ajaron del dolor los Aquilones:  
Sola, y envilecida, y sin ventura,  
Tu corazón secaron las pasiones;  
Tus hijos ¡ay! de tí se avergonzaran,  
Y hasta el nombre de madre te negaran.

Los ojos escaldados de tu llanto,  
Tu rostro cadavérico y hundido,  
Único desahogo en tu quebranto,  
El histérico ¡ay! de tu gemido:  
¿Quién, quién pudiera en infortunio tanto  
Envolver tu desdicha en el olvido;  
Disipar tu dolor y recogerte  
En su seno de paz? Solo la muerte!

¡Y tan joven, y ya tan desgraciada!  
Espíritu indomable, alma violenta,  
En tí, mezquina sociedad, lanzada  
A romper tus barreras turbulenta;  
Nave contra las rocas quebrantada,  
Allá vaga, á merced de la tormenta,  
En las olas tal vez náufraga tabla,  
Que solo ya de sus grandezas habla.

Un recuerdo de amor que nunca muere  
Y está en mi corazón; un lastimero  
Tierno quejido que en el alma hiere,  
Eco suave de su amor primero:

¡Ay! de tu luz en tanto yo viviere  
 Quedará un rayo en mí, blanco lucero,  
 Que iluminaste con tu luz querida  
 La dorada mañana de mi vida.

Que yo como una flor que en la mañana  
 Abre su cáliz al naciente día,  
 ¡Ay! al amor abrí tu alma temprana,  
 Y exalté tu inocente fantasía:  
 Yo inocente también: ¡oh! cuán ufana,  
 Al porvenir mi mente sonreía,  
 Y en alas de mi amor con cuánto anhelo  
 Pensé contigo remontarme al cielo!

Y alegre, audaz, ansioso, enamorado,  
 En tus brazos en lánguido abandono,  
 De glorias y deleites rodeado,  
 Levantar para tí soñé yo un trono:  
 Y allí tú venturosa y yo á tu lado,  
 Vencer del mundo el implacable encono,  
 Y en un tiempo sin horas ni medida  
 Ver como un sueño resbalar la vida.

¡Pobre Teresa! Cuando ya tus ojos  
 Áridos ni una lágrima brotaban,  
 Cuando ya su color tus labios rojos  
 En cárdenos matices cambiaban:  
 Cuando de tu dolor tristes despojos  
 La vida y su ilusión te abandonaban,  
 Y consumía lenta calentura  
 Tu corazón al par de tu amargura.

Si en tu penosa y última agonía  
 Volviste á lo pasado el pensamiento,  
 Si comparaste á tu existencia un día  
 Tu triste soledad y tu aislamiento;  
 Si arrojó á tu dolor tu fantasía  
 Tus hijos ¡ay! en tu postrer momento,  
 A otra mujer tal vez acariciando,  
 Madre tal vez á otra mujer llamando:

Si el cuadro de tus breves glorias viste  
 Pasar como fantástica quimera,  
 Y si la voz de tu conciencia oíste  
 Dentro de tí gritándote severa;  
 Si en fin entonces tú llorar quisiste,  
 Y no brotó una lágrima siquiera  
 Tu seco corazón, y á Dios llamaste,  
 Y no te escuchó Dios, y blasfemaste;

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel! ¡martirio horrendo!  
 ¡Espantosa expiación de tu pecado!  
 ¡Sobre un lecho de espinas maldiciendo,  
 Morir el corazón desesperado!  
 Tus mismas manos de dolor mordiendo,  
 Presente á tu conciencia lo pasado,  
 Buscando en vano con los ojos fijos  
 Y extendiendo tus brazos á tus hijos!

¡Oh! ¡cruel! ¡muy cruel!... ¡Ah! yo entre tanto  
 Dentro del pecho mi dolor oculto,  
 Enjugo de mis párpados el llanto  
 Y doy al mundo el exigido culto:



Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
 Mi propia pena con mi risa insulto,  
 Y me divierto en arrancar del pecho  
 Mi mismo corazon pedazos hecho.

Gocemos sí; la cristalina esfera  
 Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
 ¿Quién á parar alcanza la carrera  
 Del mundo hermoso que al placer convida?  
 Brilla radiante el sol, la primavera  
 Los campos pinta en la estacion florida:  
 Truéquese en risa mi dolor profundo  
 ¡Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo!

FIN DEL CANTO SEGUNDO.

### CANTO III.

«¡Cuán fugaces los años  
 ¡Ay! se deslizan, Póstumo!» gritaba  
 El lírico latino que sentía  
 Cómo el tiempo cruel le envejecía,  
 Y el ánimo y las fuerzas le robaba.  
 Y es triste á la verdad ver cómo huyen  
 Para siempre las horas, y con ellas  
 Las dulces esperanzas que destruyen  
 Sin escuchar jamás nuestras querellas;  
 ¡Fatalidad! ¡fatalidad impía!  
 Pasa la juventud, la vejez viene,  
 Y nuestro pié que nunca se detiene  
 Recto camina hácia la tumba fría!  
 Así yo meditaba  
 En tanto me afeitaba  
 Esta mañana mismo, lamentando  
 Cómo mi negra cabellera riza,  
 Seca ya como cálida ceniza,  
 Iba por varias partes blanqueando:  
 Y un triste adios mi corazon sentido  
 Daba á mi juventud, mientras la historia  
 Corria mi memoria

Yo escondo con vergüenza mi quebranto,  
 Mi propia pena con mi risa insulto,  
 Y me divierto en arrancar del pecho  
 Mi mismo corazon pedazos hecho.

Gocemos sí; la cristalina esfera  
 Gira bañada en luz: ¡bella es la vida!  
 ¿Quién á parar alcanza la carrera  
 Del mundo hermoso que al placer convida?  
 Brilla radiante el sol, la primavera  
 Los campos pinta en la estacion florida:  
 Truéquese en risa mi dolor profundo  
 ¡Que haya un cadáver mas, qué importa al mundo!

FIN DEL CANTO SEGUNDO.

### CANTO III.

«¡Cuán fugaces los años  
 ¡Ay! se deslizan, Póstumo!» gritaba  
 El lírico latino que sentía  
 Cómo el tiempo cruel le envejecía,  
 Y el ánimo y las fuerzas le robaba.  
 Y es triste á la verdad ver cómo huyen  
 Para siempre las horas, y con ellas  
 Las dulces esperanzas que destruyen  
 Sin escuchar jamás nuestras querellas;  
 ¡Fatalidad! ¡fatalidad impía!  
 Pasa la juventud, la vejez viene,  
 Y nuestro pié que nunca se detiene  
 Recto camina hácia la tumba fría!  
 Así yo meditaba  
 En tanto me afeitaba  
 Esta mañana mismo, lamentando  
 Cómo mi negra cabellera riza,  
 Seca ya como cálida ceniza,  
 Iba por varias partes blanqueando:  
 Y un triste adios mi corazon sentido  
 Daba á mi juventud, mientras la historia  
 Corria mi memoria



Del tiempo alegre por mi mal perdido,  
Y un doliente gemido  
Mi dolor tributaba á mis cabellos  
Que canos se teñían,  
Pensando que ya nunca volverían  
Hermosas manos á jugar con ellos.

¡Malditos treinta años,  
Funesta edad de amargos desengaños!

Perdonad, hombres graves, mi locura,  
Vosotros los que veis sin amargura,  
Como cosa corriente,  
Que siga un año al año antecedente,  
Y nunca os rebeláis contra el destino:  
¡Oh! será un desatino,  
Mas yo no me resigno á hallarme viejo  
Al mirarme al espejo,  
Y la razón averiguar quisiera  
Que en este nuestro mundo misterioso  
Sin encontrar reposo

Nos obliga á viajar de esta manera.

Y luego las mujeres, todavía  
Son mi dulce manía:  
Ellas la senda de ásperos abrojos  
De la vida suavizan y coloran,  
Y á las mujeres los llorosos ojos  
Y los cabellos blancos no enamoran!  
¡Griegos líceos! ¡Celebres hospicios!  
(Exclamaba también Jope de Vega

Llorando la vejez de su sotana)  
Que apenas de haber sido dais indicios,  
Si moristeis del tiempo en la refriega  
Y ejemplo sois de la locura humana,  
¡Ah! no es extraño que el que á treinta llega  
Llegue á encontrarse la cabeza cana!

Adios, amores, juventud, placeres,  
Adios, vosotras, las de hermosos ojos,  
Hechiceras mujeres,  
Que en vuestros labios rojos  
Brindais amor al alma enamorada,  
Dichoso el que suspira  
Y oye de vuestra boca regalada,  
Siquiera una dulcísima mentira  
En vuestro aliento mágico bañada.  
¡Ah! para siempre adios: mi pecho llora  
Al decir os adios: ¡ilusion vana!  
Mi tierno corazón siempre os adora,  
Mas mi cabeza se me vuelve cana.

Coloraba en Oriente  
El sol resplandeciente  
Los campos de zafir con rayos de oro,  
Y su rico tesoro  
Del faldellín de plata derramaba  
La aurora, y esmaltaba  
La esmeralda del prado con mil flores,  
Brotando aromas y vertiendo amores,  
Y llenaban el mundo de armonía,  
La mar serena y la arboleda umbría,

Rizando aquella sus lascivas olas,  
Y esta las verdas copas ondeando  
Coronados de vagas aureolas  
A los rayos del sol que se va alzando.

Y era el año cuarenta en que yo escribo  
De este siglo que llaman positivo:  
Cuando el que viejo fué, por la mañana  
En vez de hallarse la cabeza cana  
Y arrugada la frente  
Se encontró de repente  
Jóven al despertar, fuerte y brioso:  
Y el ántes fatigoso  
Del triste corazon flaco latido  
En vigoroso golpe convertido,  
Y palpitanes conteniendo apénas  
La hirviente sangre las hinchadas venas  
Y sintió nueva fuerza en los nervudos  
Músculos ántes de caler desnudos,  
Mientras en su agitada fantasía  
Volando con locura el pensamiento,  
En vaga tropa imágenes sin cuento  
De oro y azul el porvenir traía.

El corazon henchido de esperanza,  
Sin temor de mudanza  
Mecida el alma en el placer futuro,  
El ánimo seguro  
Tras su ilusion lanzándose á la gloria,  
Y libre de recuerdos la memoria,

Y el alma y todo nuevo,  
Todo esperanzas el feliz mancebo.

La nube mas ligera  
No empañaba la atmósfera siquiera  
De su nuevo atrevido pensamiento:  
Nuevo su sentimiento  
Y pura y nueva su esperanza era;  
A su espalda las aguas del olvido  
Sus antiguos recuerdos se llevaron,  
Y de la vida con raudal crecido  
Correr el limpio manantial dejaron.

Y era el primer latido  
Que daba el corazon, y era el primero  
Pensamiento ligero  
Que formaba la mente, y la primera  
Nacarada ilusion del alma era:  
Sus ojos á mirar no se volvian  
Los recuerdos que huian  
Y el denso velo de la mente oculta,  
Porque muertos habian,  
Muerto ya hasta el recuerdo de su nombre,  
Que allá tambien la eternidad sepulta,  
Y al despertar amaneció otro hombre.

¿Quién dudará que el nombre es un tormento?  
Todo el tiempo pasado  
Va para siempre atado  
Al nombre que conserva el pensamiento;



Y trae á la memoria  
 Un solo nombre, una doliente historia.  
 Hilo tal vez de la madeja suelto,  
 En el nombre va envuelto  
 El despecho, el placer, las ilusiones  
 De cien generaciones  
 Que su historia acabaron  
 Y cuyos nombres solo nos quedaron.  
 Clavo de donde cuelgan nuestras vidas  
 En mil jirones pálidos rompidas,  
 Que traen á la memoria  
 Cual rota enseña la pasada gloria:  
 Porque el nombre es el hombre  
 Y es su primer fatalidad su nombre,  
 Y en él se encarna á su existencia unido,  
 Y en su inmortal espíritu se infunde,  
 Y en su sér se confunde,  
 Y arranca su memoria del olvido.  
 Y viviendo de agena y propia vida,  
 Alma de los que fueron, desprendida  
 Júntase al alma del que vive y lleva  
 Cual parte de su vida en su memoria  
 La agena vida y la pasada historia.

Cuanto diciendo voy se me figura  
 Metafísica pura,  
 Puro disparatar, y va no entiendo,  
 Lector, te juro, lo que voy diciendo,  
 Vuelvo á mi cuento y digo  
 Que el viejo nuestro amigo

Amaneció tan otro y tan ufano,  
 Tan orondo y lozano  
 Que envidia y gloria diera  
 A un jerónimo antiguo si le viera.  
 No hablo de los jerónimos de hoy día,  
 Que flacos, macilentos,  
 Tal vez recuerdan con la panza fría  
 La abundancia y la paz de sus conventos.

Tersa y lucente brilla  
 La morena mejilla;  
 Los afilados dientes  
 Unidos, transparentes,  
 Entre sus labios de carmin blanquean,  
 Y en negros rizos por su espalda ondean  
 Los cabellos de ébano bruñido,  
 En tanto que encendido  
 Fuego sus negros ojos centellean;  
 Y su frente diáfana ilumina  
 Su rauda pensamiento,  
 Prestando á su semblante movimiento,  
 Vívido rayo de la luz divina.  
 Ancha la espalda, levantado el pecho,  
 De férreos nervios hecho  
 El vigoroso cuerpo, y la belleza  
 Junta á la fortaleza:  
 Maravillosa máquina formada

Por ingenio divino,  
De siglos mil á resistir lanzada  
El choque y torbellino.

¡Y el alma! ¡el corazón! ¡la fantasía!  
¡Oh! la aurora mas pura y mas serena,  
De abril florido en la estación amena  
Fuera junto á su luz noche sombría.

Nosotros ¡ah! los que al nacer lloramos,  
Que paso á paso á la razon seguimos,  
Que una impresion tras otra recibimos,  
Que ora á la infancia, á la niñez llegamos,  
Luego á la juventud: ¡ah! no alcanzamos  
A imaginar la dicha y la limpieza  
Del alma en su pureza.  
¿Quién no lleva escondido  
Un rayo de dolor dentro del pecho?  
¿Por cuál dichoso rostro no han corrido  
Lágrimas de amargura y de despecho?  
¿Quién no lleva en su alma  
¡Ah! por muy jóven y feliz que sea,  
Un penoso recuerdo, alguna idea,  
Que nublando su luz turba su calma!

Tal nuestro padre Adán. . . . Pero dejando  
Comparaciones frias

Que el alma atormentando  
Nos traen recuerdos de mejores dias,  
Y de aquella fatal, negra mañana  
De la flaqueza ó robustez de Eva,  
Cuando alargó la mano á la manzana  
Y . . . . Pero, pluma, queda . . . .  
¿A qué vuelvo otra vez al Paraíso  
Cuando la suerte quiso  
Que no fuera yo Adán, sino Espronceda?  
Ni el primer hombre, ni el varon segundo,  
Sino Dios sabe el cuantos, que no tengo  
Número conocido, y me entretengo  
En este mundo tan alegre y vario,  
Como en jaula de alambres el canario,  
Divertido en cantar mi *Diablo Mundo*,  
Grandilocuo poema y elocuente,  
En vez de hablar allí con la serpiente,  
Reptil sin instruccion, poco profundo,  
Poco *espiritual*, y al cabo un ente  
De fé traidora y de melosa lengua,  
El cual tal vez me hubiera pervertido,  
Y como á Eva para eterna mengua  
Deshonrado ademas y seducido:  
Y al fin allí no habia  
Cátedras ni colegios todavía.

Y dejando tambien mis digresiones,  
Mas largas cada vez, mas enojosas  
Que para mí son tachas y borrones  
De las mejoras obras, fastidiosas



Haciéndolas, llevando al paciencioso  
 Lector confuso siempre, aunque es defecto  
 De escritor concienzudo  
 Que perdona el efecto,  
 Con la intencion de mejorar conciencias  
 Con sus disertaciones y advertencias.

El hombre en fin se levantó del lecho  
 Mancebo ardiente y vigoroso hecho,  
 Fuera de sí de esfuerzo y de alegría,  
 Rebosándole el gozo  
 Al rostro y en el alma el alborozo  
 Al impulso secreto que sentía.

Era en el mes de abril una mañana;  
 Con un rayo de sol dorado el viento  
 Alegaba el cristal de su ventana,  
 Y mecidas en blando movimiento  
 De varios tiestos las pintadas flores  
 Sus corolas erguían  
 Y al trasparente céfiro esparcían  
 Juveniles aromas y colores.

Desplegaba ligera  
 Entre las flores y el cristal sus alas,  
 Ninfa de la galana primavera,  
 De su color vestida y ricas galas,  
 En círculos volando bulliciosa,  
 Alegre mariposa,  
 Sus alas dando al sol rico tesoro  
 De nieve y de zafir con polvos de oro.

Y la aromosa flor que se mecía,  
 Y el aliento del aura enamorada,  
 Y la brillante luz que se bullía,  
 Y el inquieto volar de la encantada  
 Mariposa feliz girando en torno,  
 Imágenes doradas de la vida  
 Eran y rico adorno  
 Que á la ilusion del porvenir convida.  
 Flores, luces, aromas y colores,  
 Que sueña el alma enamorada cuando  
 Guardan su sueño á su alrededor cantando  
 La virtud, la esperanza y los amores.

Y un alegre rumor que el vago viento  
 En confundido acento  
 De la calle elevaba,  
 Bullicio de la gente que pasaba,  
 Cada cual acudiendo á sus quehaceres,  
 Acá y allá esparcidos,  
 Su afan mezclando y diferentes ruidos  
 Al confuso rumor de los talleres:  
 Escalando á la estancia del mancebo  
 Con estrépito alegre y armonía,  
 A su encantado pensamiento nuevo  
 Regocijo añadía.

¡Oh mundo encubridor, mundo embustero!  
 ¡Quién en la calle de Alcalá creyera  
 Tanta felicidad que se escondiera  
 Y en un piso tercero!

Mas todo son jardines de hermosura,  
 Si con su varia tinta  
 El alma en su ventura  
 Y mágica ilusion el cuadro pinta:  
 Y el mas bello pensil trueca y convierte  
 Del alma la amargura  
 En páramo erial de luto y muerte!

*¡Bueno es el mundo; ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!*

Ha cantado un poeta amigo mio,  
 Mas es fuerza mirarlo así de lleno,  
 El cielo, el campo, el mar, la gente, el rio,  
 Sin entrarse jamás en pormenores  
 Ni detenerse á examinar despacio,  
 Que espinas llevan las lozanas flores,  
 Y el mas blanco y diáfano topacio  
 Y la perla mas fina  
 Manchas descubrirá si se examina.

Pero ¿qué hemos de hacer, no examinar?  
 ¿Y el mundo que ande como quiera andar?  
 Pasar por todo y darlo de barato  
 Fuera vivir cual sandio mentecato;  
 Elegir la virtud en un buen medio  
 Es un continuo tedio;  
 Lanzarse á descubrir y alzarse al cielo  
 Cuando apenas alcanza nuestro vuelo  
 A elevarnos un palmo de la tierra,

Miserables enanos,  
 Y con voces hacer mezquina guerra  
 Y levantar las impotentes manos,  
 Es ridículo asaz y harto indiscreto:  
 Vamos andando pues y haciendo ruido,  
 Llevando por el mundo el esqueleto  
 De carne y nervios y de piel vestido.  
 ¡Y el alma que no sé yo do se esconde!  
 Vamos andando sin saber adónde.

Vagaba en tanto por la estancia en cueros  
 Sin respeto al pudor como un salvaje,  
 O como andaba allá por los oteros  
 Floridos del Eden, ó por los llanos,  
 Sin arcabuz ni paje  
 El padre universal de los humanos,  
 Que sin duda andaria  
 Solo y sin su mujer el primer dia;  
 O como van aun en los aldeas,  
 Sucias las caras feas  
 Y el cuerpo del color de la morcilla  
 Los chicos de la Mancha y de Castilla,  
 Nuestro héroe gritando,  
 Gestos haciendo y cabriolas dando,  
 Hasta que al fin al ruido  
 Entró allí su patron medio dormido.  
 Fria ya el patron en sus cincuenta,



Hombre grave y sesudo,  
 Tenido entre sus gentes por agudo:  
 Con lonja de algodones por su cuenta:  
 Elector, del sensato movimiento  
 Partidario en política, y nombrado  
 Regidor del heroico ayuntamiento  
 Por fama de hombre honrado,  
 Y odiar en sus doctrinas reformistas  
 No ménos al partido moderado  
 Que á los cuatro anarquistas,  
 Aunque estos le incomodan mucho mas:  
 Por no verlos se diera á Barrabas,  
 Y tiene persuadida á su mujer  
 Que es gente que no tiene qué perder.

Leyendo está las Ruinas de Palmira  
 Detras del mostrador á aquellas horas  
 Que cuenta libres, y á educarse aspira  
 En la buena moral,  
 Y á la patria á ser útil en su oficio,  
 Habiendo ya elegido en su buen juicio,  
 En cuanto á religion, la natural:  
 Y mirando con lástima á su abuelo  
 Que fué al fin un esclavo,  
 Y el mezquino desvelo  
 De los pasados hombres y porfias,  
 Rinde gracias á Dios, que el mundo al cabo

Ha logrado alcanzar mejores dias.  
 Así filosofando y discurrendo,  
 Sus cuentas componiendo,  
 Cuidando de la villa y su limpieza,  
 Solo tal vez alguna ligereza  
 Turba su paz doméstica, que ha dado  
 En darle celos su muger furiosa,  
 Y aunque sobremanera  
 Los celos sin razon ella exagera,  
 Suena en el barrio como cierta cosa,  
 Que aunque viejo es de fuego,  
 Corriente en una broma y mujeriego.

En la estancia al estruendo y algazara  
 Entra el discreto concejal gruñendo  
 Y con muy mala cara  
 De las bromas del huésped maldiciendo;  
 Bromas de un hombre de su edad ajenas,  
 Con un pié en el sepulcro dando voces,  
 Haciendo el niño y disparando ceces.  
 Mas lo que puede el regidor apenas  
 (Don Liborio) llegar á comprender,  
 Es cómo á tanto escándalo se atreve  
 Un hombre que le debe  
 Cuatro meses lo ménos de alquiler.

«Es posible, al entrar, dijo Don Pablo,  
 (Sia reparar siquiera

Que su huésped el mismo ya no era)  
 Que os tiene así tan de mañana el diablo?  
 ¡Vive Dios, que os encuentro divertido!  
 Parece bien que un viejo que ya tiene  
 Mas años que un palmar, hecho un orate  
 Arme el solo mas ruido  
 Que cien chiquillos juntos. . . . ¡Botarate!  
 Mas valiera que tantas alegrías  
 Fueran pagar contado  
 Mis cuatro meses y diez y ocho días!

Tal con rostro indigesto  
 Dijo, y en ademan de hombre enojado  
 Con desden la cabeza torció á un lado  
 Y empujó el labio con severo gesto.

Con una interjeccion y un fiero brineo  
 Digno de Auriol el saltarin payaso,  
 Al grave regidor le salta al paso,  
 Colgándose á su cuello con ahineo  
 Y amorosa locura,  
 Su improvisado huésped que se afana  
 (Tal simpatiza la familia humana)  
 Por conocer aquel confuso ente  
 De tan rara figura  
 Que aparece á sus ojos de repente  
 Y ambas manos le planta  
 En los carrillos y su faz levanta  
 Por verle bien, y en la nariz le arroja  
 Tan súbita y ruidosa carcajada,

Fijando en él su vívida mirada,  
 Que al pequeñuelo regidor enoja.

¡Cómo! ¡á mí! ¡proto á tal! gritó en su ira  
 Furioso el pobre concejal en tanto,  
 Viendo aquel tagarote con espanto  
 Que con salvaje júbilo le mira,  
 Que le acaricia rudo,  
 Hércules sin pudor, Sanson desnudo,  
 Con atencion tan rara y tan prolija  
 Que al contemplar sus gestos y oír su voz  
 Cada vez mas se alegra y regocija  
 Con delirio feroz.  
 Crujiéndole de cólera los huesos  
 En su impotencia don Liborio en vano  
 A remediar se esfuerza los excesos  
 De aquel bárbaro audaz y casquivano:  
 Confuso y sin saber quién le ha traído,  
 Ni por dónde ha venido,  
 Ni cómo por qué arte prodigioso  
 Su pacífico viejo en tan furioso  
 Huésped se ha convertido.

Su alegre huésped que le palpa y ríe  
 Como á juguete vil contempla el niño,  
 Que en su brutal cariño  
 Ni un punto le permite se desvíe,



Que imperturbable, en tanto que murmulla,  
El patron amenazas y razones,  
Súplicas, maldiciones,  
Gritos inortográficos le aulla.

¡Qué hombre formal se vió  
En situación jamás tan apurada!  
Su grave dignidad comprometida,  
Y aquí la autoridad desconocida  
Yace además y ajada  
Con que la sociedad le revistió!

Ya le levanta en alto y le examina,  
Y al verle mal formado y tan pequeño  
Le contempla risueño  
Entre cariño y burla con ternura,  
Y que un poder providencial lo envía  
(¡Oh presuncion del hombre!) se figura  
A servirle y hacerle compañía.

En fin los gritos fueron  
Tales y tantas del patron las voces,  
Que todos los vecinos acudieron  
Al estruendo y estrépito feroces.  
Acudió como era  
De su deber al punto la primera,

Su mujer con vestido de mañana  
Y tres moños no mas en la marmota,  
Dos de color de rosa, otro de grana,  
Que aunque el afan de ver quién alborota  
La hizo subir con el vestido abierto,  
La negra espalda al aire y sin concierto,  
La marmota y los lazos con descuido  
Por el bien parecer se los ha puesto,  
Que un traje limpio y un semblante honesto  
Decoro en la mujer dar al marido.  
Acudió á la par de ella  
Un pintor joven cuya mala estrella  
Trajo á Madrid con mas saber que Apéles,  
Mas no llegó á pintar porque al dinero  
A su llegada le ganó un fullero  
Y no compró ni lienzo ni pinceles;  
Y en la buhardilla vive,  
Léjos del ruido y pompas de este mundo,  
Junto á Dios nada ménos, que el profundo  
Génio de Dios la inspiración recibe:  
Mas tanto génio por causa tan fútil  
Estéril es, la inspiracion inútil.  
¡Y, oh prosa! ¡oh mundo vill! no inspiraciones  
Pide el pintor á Dios sino doblones.

Un cachazudo médico vecino  
Del cuarto principal, materialista,  
Sin turbarse subió y entre otros vino  
Un romántico joven periodista,  
Que en escribir se ocupa folletines,

De alma gastada y botas de charol,  
Que ora canta á los muertos paladines  
Ora escribe noticias del Mogol,  
Cada línea á real, y anda buscando  
Mundo adelante nuevas sensaciones,  
Las ilusiones que perdió llorando,  
Lanzando á las mujeres maldiciones.

En tanto le ha quitado su gorreta  
Griega al patron el héroe, y decidido  
Sobre su noble frente la encasqueta,  
Ancho de vanidad, de gozo henchido:  
Y en cueros con su gorro se pasea  
Por el cuarto, y gentil se pavonea,  
Que es natural al mas crudo varon  
Ser algo retrechero y coqueton,  
Echándole al patron con desparpajo,  
Miradas que le miden de alto á abajo,  
Sin hacer caso de sus voces fieras  
Creyéndole en su estado natural,  
Ni atender al estrépito infernal  
De los que suben ya las escaleras.

Se abrió de golpe la entronada puerta,  
Y de tropel entraron los vecinos,  
Y hallaron al patron que á hablar no acierta  
Y al Hércules haciendo desatinos:  
Su esposa la primera medio muerta  
De espanto y de dolor, gritó: asesinos!  
Porque tiene el amor ojos de aumento  
Y quita la pasión conocimiento.

Fué del patron cuando llegó socorro  
Echarla lo primero de valiente,  
Y recobrar su dignidad y el gorro,  
Tomando un ademán correspondiente:  
Y así mirando indiferente al corro,  
Que es máxima que tiene muy presente  
La de *nihil admirari*, y la halló un día  
En un tratado de filosofía.

Tendió la mano al loco señalando,  
Y al mismo punto su inocente esposa,  
La misma infausta direccion, temblando  
Con los ojos siguió toda azarosa!

¡Oh terrible visu! ¡cuadro infando!

¡Oh! la casta matrona ruborosa

Vió... ¿mas qué vió, que de matices rojos,  
Cubrió el marfil y se tapó los ojos?

Musas, decid qué vió... La Biblia cuenta  
Que hizo á su imágen el Señor al hombre,  
Y á Adan desnudo á su muger presenta  
Sin que ella se sonroje ni se asombre:  
Despues se le ha llamado y á mi cuenta,  
Mientras peritos prácticos no nombre,  
La familia animal, esta dudoso  
Entre todos al hombre el mas herooso.

Y muy cara se vende una pintura  
De una muger e un hombre en siendo brutos,  
Y estimamos desnudo en la escalera  
Un atleta en su rústica figura.



Mas eso no: la natural figura  
Es menester cubrirla y darla ajena  
Forma, bajo un sombrero de castor,  
Con guantes, fraque y botas por pudor.

No que me queje yo de andar vestido  
Y ahora mucho menos en invierno,  
Y que el pudor se dé por ofendido  
De ver desnudo á un hombre lo discierno:  
Y mucho mas si el hombre no es marido,  
Ni cuñado siquiera, suegro ó yerno,  
Que entónces la muger no tiene culpa  
Y el mismo parentesco la disculpa.

Mas es el caso aquí que aquella dama  
Muger del concejal . . . ¡oh! sin lisonja.  
¿Cómo diré la edad que le reclama  
El tiempo que hace ya vive en la lonja,  
Yo que me precio de galan? la fama,  
Viéndola hacer escrúpulos de monja,  
A los presentes reveló la cuenta  
Y hubo vecino que la echó cincuenta.

¡Tanto pudor á los cincuenta años!  
¡Oh incansable virtud de la matrona!  
Después de tanto ataque y desengaños,  
En este mundo pícaro que abona  
El vicio con sus crímenes y amaños,  
El tiempo que peñascos desmorona  
No pudo su virtud jamás vencer:  
¡Oh feliz don Liberio! ¡Oh gran mujer!

¿Y habrá de irse sin mirar siquiera  
A un monstruo, á un loco? ¿y dejará en el riesgo  
A su Liberio con aquella fiera  
En trance que ha tomado tan mal sesgo?  
No lo permita Dios: Liberio muera  
Y ella tambien con él.—Y aquí yo arriesgo  
Por seguir en octavas este canto  
Débilmente contar *dévouement* tanto!

Ella, la pobre, á su pesar forzada  
A ver un hombre en cueros que no es  
Su esposo, con rubor una mirada  
Le echó de la cabeza hasta los diés;  
Y aunque fuerte, y honesta, y recatada,  
Un pensamiento la ocurrió despues;  
Que la mujer al cabo menos lista  
Tiene en su corazon algo de artista.

Y al contemplar las formas majestuosas,  
La robustez del loco y carnes blancas,  
Recordó suspirando las garrosas  
Del pobre regidor groseras zancas  
Son las comparaciones siempre odiosas,  
Siempre, y en el archivo de Simáncas,  
Si no me engaño, pienso haber leído  
Que en el simul perdió siempre el marido.

¡Oh cuán dañosas son las bellas artes!  
Y aun mas dañosa la afición á ellas!  
A sus maridos estudiar por partes  
¿Cuántas extravió mujeres bellas!

No pensó mas moléculas. Descártes,  
Ni en mas rayos se parten las estrellas,  
Que en partes ¡ay! una mujer destriza  
A su esposo infeliz y lo analiza.

Y á par que en él aplica el analítico,  
Al ajeno varon le echa el sintético,  
Y al mas fuerte marido encuentra estético,  
Y al mas débil galan encuentra atlético:  
Juzga al primero un corazon raquíptico,  
Halla en el otro un corazon poético,  
La palabra de aquel ruda y pareótica  
Y la del otro tímida y erótica.

Y á mí este juicio me parece exacto,  
Y paréceales ma. á los maridos,  
Que ellos han hecho con el mundo un pacto  
Y sus derechos son reconocidos;  
Y si tiene mujer, justo, *ipso facto*  
Es que su condicion lleven sufridos,  
Que habla con su mujer el que se casa  
Y yo con las paredes de mi casa.

El pensamiento que cruzó la mente  
De la honrada mujer del concejal,  
Fué sin pasion juzgado extrictamente  
Cuando mas un pecado venial:  
La honrada dueña que no sea siente  
(Y este es un sentimiento natural)  
Tan membrudo, tan noble y vigoroso  
Como su huésped su querido esposo.

Y otra cosa ademas siente tambien  
Que no se ha de saber por mí tampoco,  
Ya que ella la reserva y hace bien,  
Que al cabo el hombre aquel no es mas que un loco:  
Hay quien dice ademas que con desden  
Vió desde entónces y le tiene en poco  
(Tal impresion en ella el huésped hizo)  
A un mozo de la tienda asaz rollizo.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!  
Mas la verdad (si la verdad se puede  
En materia decir tan espinosa)  
Es (y perdon la pido si se excede  
Mi pluma en lo demas tan respetuosa)  
(Y esto ¡oh lector! entre nosotros quede),  
Mas no lo he de decir, que es un secreto  
Y siempre me he preciado de discreto.

¿Quién es el hombre aquel? ¿quién le ha traído?  
¿Adónde, el viejo está que allí vivía?  
¿Cómo y de dónde en cueros ha venido?  
La noche ántes don Liborio habia  
Visto en su cuarto al viejo recogido,  
Su cuenta preparada la tenia,  
Y cuando el ruido á averiguar hoy entra  
Desnudo un loco en su lugar se encuentra.

Miran al loco todos entre tanto,  
Que por tal al momento le tuvieron,  
Y tal belleza y desenfado tanto  
Coenfisán entre sí que nunca vieron:



Viéranlo con deleite si el espanto  
 Que al encontrarlo súbito sintieron  
 Les dejara admirarle, pero el susto  
 Hasta á la dueña le acibara el gusto.

El los mira tambien entre gustoso  
 Y extrañado con plácido semblante;  
 Con benévola risa cariñoso  
 Señalando al patron que está delante,  
 Y festejar queriéndole amoroso  
 Fija la vista en él, y al mismo instante  
 La mano alarga y el patron la evita,  
 Se echa hácia atras amedrentado y grita.

Y su desvío y desdeñoso acento  
 Sin comprender tal vez y ya impaciente  
 El nuevo mozo, entre jovial y atento,  
 De un salto avanza á la agolpada gente;  
 En pronta retirada un movimiento  
 Todos hicieron, y hasta el mas valiente,  
 El audaz regidor lo ménos cinco  
 Escalones saltó de un solo brinco.

No es retirarse huir, no, ni cordura  
 Fuera trabar tan desigual combate  
 Con un loco de atlética figura  
 Capaz de cometer un disparate:  
 Gritando ¡atarlo! bajan con presura,  
 Gran medida, mas falta quien le ate;  
 Veloz el loco y mas veloz que un gamo  
 Prepárase á saltar de un brinco un trámo.

¡Oh confusion! que al verle de repente  
 Rápido desprenderse de lo alto,  
 Cada cual baja atropelladamente,  
 Con gritos de terror, de aliento falto:  
 Rueda en monton la acobardada gente,  
 Y el regidor, queriendo dar un salto,  
 Entre los piés del médico se enreda,  
 Se ase á su esposa, y con su esposa rueda.

Y el médico tambien rueda detras,  
 A un tobillo cogido del patron;  
 Entrégase el pintor á Barrabás,  
 Que en un callo le han dado un pisotón;  
 Armase un estridor de Satanás,  
 El poeta ha perdido una ilusion,  
 Que ha visto de la dama no se qué  
 Y á mas acaba de torcerse un pié.

Y acude gente, y el rumor se aumenta,  
 Y llénase el portal, crece el tumulto,  
 Su juicio cada cual por cierto cuenta,  
 Y se pregunta, y se responde á bulto:  
 Dicen que es un ladron, hay quien sustenta  
 Que al pueblo de Madrid se hace un insulto,  
 Prendiendo á un regidor, y que él resisto  
 A la ronda de esbirros que le embiste.

Llega la multitud formando cola  
 Al sitio en que se alzaba Mariblanca,  
 Y la nueva fatal de que tremola  
 Ya su pendon, y que asomó una zanca

El espantoso monstruo que atortola  
Al mas audaz ministro y lo abarranca  
El Bñ de los gobiernos, la anarquía,  
Llegó aterrando á la secretaria.

Órdenes dan que apresten los cañones,  
Salgan patrullas, dóblense los puestos,  
No se permitan públicas reuniones,  
Pesquisas ejecútense y arrestos,  
Quedan prohibidas tales expresiones,  
Obsérvense los trajes y los gestos  
De los enmascarados anarquistas  
Y de sus nombres que se formen listas.

Que luego á son de guerra se publique  
La ley marcial, y á todo ciudadano,  
Cuyo carácter no lo justifique;  
Luego por criminal que le echen mano;  
Que á vigilar la autoridad se aplique  
La mansion del congreso soberano,  
Y bajo pena, y pérdida de empleos,  
Sobre todo, la casa de Correos.

Pásense á las provincias circulares;  
Y en la Gaceta en lastimoso tono  
Imprímense discursos á millares  
Contra los clubs y su rabioso encono;  
Píntense derribados los altares,  
Rota la sociedad, minado el trono,  
Y á los cuatro malévolos de horreudas  
Miras, mandando, y destrozando haciendas.

¡Oh cuadro horrible! ¡pavoroso cuadro!  
Pintado tantas veces y á porfía!  
Al sonar el horrisono baladro  
Del monstruo que han llamado la anarquía,  
Aquí tu elogio para siempre encuadro,  
Que á ser llegaste el pan de cada día,  
Cartilla eterna, universal registro  
Que aprende al gobernar todo ministro.

¡Oh cuánto susto y miedos diferentes,  
Cuánto de afán durante algunos años  
Con vuestras peroratas elocuentes,  
Habeis causado á propios y aun extraños!  
Mal anda el mundo, pero ya las gentes  
Han llegado á palpar los desengaños,  
Y aunque cien trozos caigan en ruina  
No ménos bien la sociedad camina.

¡Oh imbécil, nécia y arraigada en vicios,  
Turba de viejas que ha mandado y manda!  
Ruinas soñar os hace y precipicios  
Vuestra codicia yil que así os desmanda;  
¿Pensais tal vez que los robustos quicios  
Del mundo saltarán si aprisa anda,  
Porque son torpes vuestros pasos viles,  
Tropel asustadizo de reptiles?  
¿Qué vasto plan? ¿Qué noble pensamiento  
Vuestra mente raquílica ha engendrado?  
¿Qué altivo y generoso sentimiento  
En ese corazón respuesta ha hallado?



¿Cuál de esperanza vigoroso acento  
 Vuestra podrida boca ha pronunciado?  
 ¿Qué noble porvenir promete al mundo  
 Vuestro sistema de gobierno inmundo?

Pasad, pasad como funesta plaga,  
 Gusanos que roéis nuestra semilla,  
 Vuestra letal respiración apaga  
 La luz del entusiasmo, apenas brilla:  
 Pasad, huid, que vuestro tacto estraga  
 Cuanto toca y corrompe y lo amancilla,  
 Solo nos podeis dar, canalla odiosa,  
 Miseria y hambre y nequiziudad y prosa.

Basta, silencio, hipócritas parleros,  
 Turba de charlatanes eruditos,  
 Tan cortos en hazañas y rastrosos  
 Como en palabras vanas infinitos:  
 Ministros de escribientes y porteros,  
 De la nación eternos parasitos:  
 Basta, que el corazón airado salta,  
 La lengua calla y la paciencia falta.

Mientras al arma el ministerio toca  
 Y se junta la tropa en los cuarteles,  
 Y ve la gente con abierta boca  
 Edecanes á escape en sus corceles  
 Cruzar las calles, y al motín provoca  
 El gobierno con bandos y carteles,  
 Y andan por la ciudad jefes diversos,  
 Cuyos nombres no caben en mis versos,

Como el jefe político y sus rondas,  
 Capitan general, gobernador,  
 Los que por mucho ¡oh monstruo! que te escondas  
 Darán contigo en tu mansión de horror;  
 Como del mar las agolpadas ondas,  
 Al ímpetu del viento bramador,  
 La calle entera de Alcalá ocupando  
 Se va la gente en multitud juntando.

Y ya el discordo estrépito aumentaba  
 Y la mentira y el afán crecía,  
 Y la gente á la gente se empujaba,  
 Codeaba, pisaba y resistía:  
 El semblante y los ojos empinaba  
 Cada cual para ver si algo veía;  
 Y en larga hilera están ya detenidos  
 Gentes; carros y coches confundidos.

Como bosque de palmas que al violento  
 Impetu dobla la gallarda copa,  
 Cuando apiñado lo recoge el viento  
 Y con su manto anchísimo lo arroja,  
 Así ondula con sordo movimiento  
 En la ancha calle la agolpada tropa,  
 Y la apiñada muchedumbre ruge  
 Al vaiven rudo de su propio empuje.  
 Y cede, y vuelve, y crece el vocerío,  
 La agitación del popular tumulto,  
 Y un pánico terror entre el gentío  
 Con asombro común resbala oculto;

Y en tan revuelto y congojoso lio,  
 Con ronca voz y con violento insulto,  
 Contrarios intereses y pasiones  
 Se abren plaza á codazos y empujones.

Y como negra nube en el verano,  
 Desátase en violento torbellino,  
 Y piedras llueve, y el dorado grano  
 Arroja al viento en rauda remolino:  
 Súbito rompe el populacho insano,  
 Se esparce y atropéllase sin timo,  
 Y huyen acá y allá, y allá y acá,  
 Corre la gente sin saber de va.

Ya habrá el lector, si como yo del ruido  
 Y bulla popular y movimiento,  
 Alguna vez aficionado ha sido,  
 Y con juicio observó y detenimiento,  
 Visto alguno tal vez tan aturdido  
 De la fuga en el crítico momento,  
 Que dos horas despues si lo ha encontrado  
 Del ímpetu primero aun no ha aflojado.

Y en bandadas derrámase y se extiende  
 La ántes amontonada muchedumbre,  
 Como gorriones que el gañan sorprende  
 Vuelan del llano á la lejana cumbre:  
 Nadie á la voz del compañero atiende,  
 Nadie acude á la agena pesadumbre,  
 Nadie presta favor y todos gritan  
 Y en confuso tropel se precipitan.

Y allí la voz aguardentosa truena,  
 Grita asustada la afligida dama,  
 Ladran los perros y las calles llena  
 La gente que en tumulto se derrama:  
 Suspende el artesano su faena,  
 Cuidoso el mercader sus gentes llama,  
 Puertas y tiendas ciérranse añadiendo  
 Nuevo rumor al general estruendo.

Y la prisa es de ver con que asegura  
 Cada cual su comercio y mercancía.  
 Y como alguno entre el tropel procura  
 Mostrar serenidad y valentía,  
 Y en torno de él la multitud conjura,  
 A reunirse con calma, y sangre fría  
 Aconseja, mirando al rededor  
 Con ojos que desmienten su valor.

Y otros audaces de intencion dañina,  
 Gózanse en el tumulto y de repente  
 Donde la gente mas se arremolina  
 Prontos acuden á aturdir la gente:  
 Y huyen por aumentar la tremolina  
 Y confusion, y coltra el mas paciente  
 Espectador pacífico se estrellan,  
 Y con fugido espanto le atropellan.

Y en tanto que unos y otros alborotan,  
 Perora aquel y el otro hazñas cuenta,  
 Páranse en corro y furibundos votan,  
 Y un solo grito acaso el corro ahuyenta,



Y aquellos de placer las armas frotan,  
 Y este el sombrero estropeado tienta,  
 Párase y el aliento ahogado exhala,  
 Y el tambor va tocando generala;

Y algunos nacionales van saliendo  
 El ánimo á la muerte apercebido,  
 El motin y su suerte maldiciendo  
 Con torvo ceño y gesto desabrido;  
 Y con voz militar, adios, diciendo  
 A su aterrada cónyuge el marido,  
 Al son de parche y á la voz de alarma  
 Carga el fusil y bayoneta arma.

Y entre tanto que vienen batallones  
 Y órdenes mil el ministerio expide,  
 Y envuelta en mil diversas confusiones  
 La autoridad en fin nada decide,  
 Y hay quien demanda á gritos los cañones,  
 Y quien las cargas de lanceros pide,  
 Y tal vez otro cavilando calla  
 Si escogerá la lanza ó la metralla.

Y en tanto que en Madrid, cual se derrama  
 Por las faldas del rojo Mongibelo  
 De lava mil torrentes, que recaman  
 Con ígneas cintas el tremante suelo,  
 Turbas de gente alborotadas braman  
 Y se derraman con insano anhelo,  
 En turbiones las calles intundando  
 Los unos á los otros espantando:

Súbito con asombro ve la gente  
 Que aun al portal del regidor espera,  
 Salir desnudo á un hombre de repente  
 Con veloz violentísima carrera;  
 Y otro tras él con cólera impotente,  
 Chico y gordo y vestido á la ligera,  
 Afligido, empolvado y sin aliento,  
 Todos los pelos de la calva al viento;

Y á una mujer tambien desaliñada,  
 Y seis ó siete mas llenos de espanto,  
 Todos tras él gritando con turbada  
 Voz, que tengan al loco, y entre tanto  
 Por la calle la faz alborozada,  
 El loco va con regocijo tanto,  
 Que causa gusto el verle tan esbelto  
 Andando á brincos tan airoso y suelto.

Pero la gente, viendo la figura  
 Désnuda de aquel hombre que corria  
 Rápido como el viento y la premura  
 De la turba que ansiosa le seguia,  
 Y las voces oyendo y la locura  
 Temiendo del que loco parecia,  
 Sin otra reflexion viento tomaron,  
 Y hasta tomar distancia no pararon.

Mas luego que la calma sobrevino  
 Y los mas animosos acudieron  
 Y que era huir un nécio desatino  
 Los ménos advertidos concieron,



Y á todos de saber el caso vino  
Curiosidad, hácia el patron corrieron,  
Que eran el nuevo jóven y el patron  
De tanto laberinto la ocasion.

Y en corro el caso del patron indagan,  
Y discutan tal vez puntos sutiles,  
Y los mages desvariando vagan  
Perdidos de la historia en los perfiles;  
Y oyen discursos sin que satisfagan  
Los discursos las mentes varoniles  
Que ansian profundizar, y nadie entiende  
El caso que el patron contar pretende.

«Es pues el caso, el regidor decia,  
Que este viejo es un loco huésped mio.  
Trocado en jóven de la noche al dia.  
—Mirad que estais diciendo un desvario.  
—Yo cuento la verdad.—Nécia porfia!  
Está loco.—Señores, no me rio.  
Yo no discurro nunca á troche y moche,  
Era un viejo á las doce de la noche.

—Vamos, el regidor perdió un sentido.  
—Si eso no puede ser.—¡No hay quien me asista!  
Gritaba la mujer, es un perdido,  
Un servil, un ladron, un anarquista:  
Ha querido matar á mi marido.  
—Y á vos os viola si no andais tan lista,  
La repuso un chuzon cara de pillo.  
Que alegraba con chistes el corrillo.

Yo dije que era viejo, ahora no digo  
Que no sea jóven.—Id y el diablo os lleve.  
—Y ahora se me va.—Sois un bodigo.  
—Con mas de cuatro meses que me debe.  
—Vos os contradecís.—Me contradigo  
Y no me contradigo.—Que lo pruebe,  
Gritaba el chusco de la faz burlona,  
Idos, buen hombre, á reposar la mona.

Desnudo en tanto el nuevo mozo vuela,  
Párase, corre, alborozado grita,  
Mira alegre en redor, nada recela,  
Cuanto le acerca su entusiasmo excita.  
Palpar, gritar, examinar anhela  
Cuanto mira y en torno de él se agita,  
Como al amor del maternal cariño  
Mira la luz embelesado el niño.

Pobre inocente, alma que entretiene  
El mundo y le divierte cual gracioso  
Juguete, y á mirarle se detiene  
Con pueril regocijo candoroso!  
La luz, las gentes en conjunto viene  
Todo á herirla, cual juego luminoso  
De prodigioso mágico que alzara  
Ideal otro mundo con su vara.

Y la ciudad, y el sol, y sus colores,  
La gente, y el tumulto, y los sonidos  
En grata confusion de resplandores,  
Y de armonías llega á sus sentidos,



Cual las que esmaltan diferentes flores,  
 Los verdes prados por abril floridos  
 Confunden con sonoro movimiento  
 Ruido y colores, si las mece el viento.

Y les presta su alma su hermosura,  
 Y el corazon su amor y lozanía,  
 Su mente les regala su frescura,  
 Y su rico color su fantasía:  
 Les da su novedad, luz y tersura,  
 Regogijo les presta su alegría,  
 Que el alma gozo al contemplarse siente  
 Del mundo en el espejo trasparente.

Y en el continuo cambio y movimiento,  
 Y algazara, y bullicio alegre y vario,  
 Movido por recóndido portento  
 Ve el mundo cual magnífico escenario:  
 Lámpara el sol meciéndose en el viento,  
 Y obras de artificioso estatuario  
 Las figuras que en rápido tumulto  
 Cruzan, y anima algun resorte oculto.

Y con su propio gusto satisfecho,  
 Que en sí propia su alma se alimenta,  
 Latir sintiendo alborozado el pecho,  
 Nada se explica, ni explicarse intenta;  
 Corre al placer de su ilusion derecho,  
 De su mismo placer sin darse cuenta,  
 Que del placer que se gozó sin tasa,  
 Nadie se ha dado cuenta hasta que pasa.

Pobre inocente, alma que no sabe  
 Que solo al niño su inocencia abona,  
 Y que en el mundo compasion no cabe  
 Que en la inocencia mofador se encona.  
 Alma llena de fé, cándida ave  
 Que dulces trinos en el bosque entona;  
 Que sencilla de rama en rama vuela,  
 Sin que su gracia al cazador conduela.

Alma que en la aficcion y la agonía  
 Del alboroto popular y estruendo,  
 Grata danza de amor y de alegría  
 Con indecible júbilo está viendo;  
 Cánticos la espantosa gritería  
 Piensa tal vez, en su ilusion creyendo;  
 Animadas escenas placenteras  
 El susto de la gente y las carreras.

Y á tomar parte en el comun contento  
 Lánzase y rompe, y en mitad se arroja  
 Del bullicio mas rápido que el viento,  
 Y en torno de él la gente se amanoja:  
 Ni cura del ageno sentimiento,  
 Ni de verse desnudo se souroja,  
 Y ora forman el torno de él corrillos,  
 Ora le sigue multitud de pillos.

Fué aquel dia el asombro de la villa  
 Y escándalo de todo hombre sesudo,  
 Yendo tras él de gente una trailla  
 Que aterra á veces su ademan forzado

Allí corren los chicos, aquí chillan  
 Una mujer al verle andar desnudo,  
 Y algunas que los ojos se taparon  
 Por pronto que acudieron le miraron.

Y andando así, la gente ya le acosa,  
 Y alguno allí de condicion liviana  
 Quiere que pruebe la intencion graciosa  
 Y el trato afable de la especie humana:  
 Y arrojándole piedras con donosa  
 Burla por gusto é intencion villana,  
 Le hizo el dolor sentir para que sepa  
 Que no hay placer donde el dolor no quepa.

Que entró en el mundo nuestro mozo apenas,  
 Y su dicha y el mundo bendecia,  
 E inocentes miradas y serenas  
 Vertiendo en torno afable sonreia,  
 Cuando la bruta gente á manos llenas  
 Lanzaba en él cuanto dolor podia,  
 Que en traspasar disfrutaban los humanos  
 Su dolor en el alma á sus hermanos.

Sintió el dolor y el rostro placentero  
 Súbito coloró de azul la ira,  
 Y ya el semblante demudado y fiero  
 Con ojos torvos á la gente mira:  
 Huye el cobarde vulgo á lo primero,  
 Piedras despues sin compasion le tira,  
 Gritan: *al loco*, y con temor villano  
 Huyen y le señalan con la mano.

¿Quién de nosotros la ilusion primera  
 Recuerda acaso en su niñez perdida?  
 ¿Cuál fué el primer dolor, la mano fiera  
 Que abrió en el alma la primer herida?  
 ¡Ay! desde entónces sin dejar siquiera  
 Un solo dia, siempre combatida  
 El alma de encontrados sentimientos,  
 Ha llegado á avezarse á sus tormentos.

Mas ¡ay! que aquel dolor fué tan agudo,  
 Que el alma atravesó sin duda alguna;  
 Fué de todos los golpes el mas rudo  
 Que injusta nos descarga la fortuna:  
 Cuando inocente el corazon desnudo  
 En el primer columpio de la cuna,  
 Se abre al amor en su ilusion divina,  
 Y en él se clava inesperada espina.

¡Y despues! ¡y despues! . . . Así el mancebo,  
 Hombre en el cuerpo y en el alma niño,  
 Todo á sus ojos reluciente y nuevo,  
 Todo adornado con gentil aliño,  
 Del falso mundo al engañoso cebo  
 Corre y brinda bondad, brinda cariño,  
 Y el mundo, que al plácer falaz provoca,  
 Dolor da en cambio al alma que lo toca.

Mas deje: el mundo por su amor se encarga  
 Como un chorizo de curarla al humo,  
 Y de hiel rica quinta esencia amarga  
 Sacar para bañarla con su zumo.



Luego la ensancha mas, luego la alarga,  
La esquina, en fin, con artificio sumo,  
Hasta que endurecida y hecha callo,  
Suave al tacto le parece un rallo.

Grave dolor el dei mancebo ha sido,  
Grave dolor, porque de aquella gente  
La injusticia y la crueldad ha comprendido  
Con que paga su amor tan inocente:  
No en el cuerpo, en el alma le han herido,  
Que es niña el alma y varonil la mente,  
Y de juicio y razon Dios le ha dotado  
Para que juzgue el mal que le ha tocado.

Sintió primero, cólera, y pasando  
El fisico dolor al pensamiento,  
Volvió los ojos tristes implorando  
Piedad con amoroso sentimiento,  
Madre tal vez en su dolor buscando,  
Que temple con caricias su tormento,  
*Mas los hombres no sirven para madres,*  
*Y aun apénas, si valen para padres.*

Cuando llegó un piquete, y bien le avino,  
Que la gente ahuyentó con su llegada,  
Y el mozo agradecido á su destino  
Miraba con placer la gente armada:  
Pregúntala despues de dónde vino,  
Cómo va en cueros, dónde es su morada,  
Y él, que no sabe hablar, nada responde,  
Los mira, y sigue sin saber adónde.

¿Y adónde vá? á la cárcel prisionero,  
Que andar desnudo es ser ya delincuente:  
Él entre tanto obseva placentero  
Los colores que viste aque'la gente:  
Y de una bayoneta lo primero,  
Al mirarla tan tersa y reluciente,  
Tocó la punta en su delirio insano,  
Y en su inocente afan se abrió una mano.

Y este fué entonces el dolor segundo,  
Y dejaremos ya de llevar cuenta,  
Que para algo Dios nos echa al mundo,  
Y la letra con sangre entra y se asienta:  
Y así la razon gana, así el profundo  
Juicio con la experiencia se alimenta,  
Y porque aprenda, el mundo así recibe  
Al que no sabe cómo en él se vive.

FIN DEL CANTO TERCERO.

CANTO IV.

Rizados copos de nevada espuma  
 Forma el arroyo que jugando salta,  
 Ricos países de vistosa pluma  
 En campos de aire el pajarillo esmalta:  
 Alzase léjos nebulosa bruma,  
 De sombras rica, si de luces falta,  
 Y el verde prado y el lejano monte  
 Muro y término son del horizonte,

Allá en la enhiesta vaporosa cumbre  
 Su manto en el Oriente el alba tiende,  
 Y blanca, y pura, y regalada lumbre  
 De su frente de nácares desprende:  
 Cándida silfa á su fugaz vislumbre  
 El aire en torno sonrosado enciende,  
 Y en su fuente la ondina voluptuosa  
 Se mece al son del agua armoniosa.

Y tras la densa y fúnebre cortina  
 Del hondo mar sobre la rubia espalda,  
 Ráfagas dando de su luz divina,  
 Mécese el sol en lechos de esmeralda:

La niebla á trozos quiebra y la ilumina  
 Del terso azul por la tendida falda,  
 Y de naranja, y oro, y fuego pinta  
 Sobre plata y zafir mágica cinta.

Y en monte, y valle, y en la selva amena,  
 Y en la de flores mil fértil llanura,  
 Y en el seno del agua que serena,  
 Se desliza entre franjas de verdura,  
 El ruido alegre y bullicioso suena  
 De séres mil que cantan su ventura,  
 Prestando su algazara y movimiento  
 Voz á las flores y palabra al viento.

Las rosas sobre el tallo se levantan  
 Coronadas de gotas de rocío,  
 Las avecillas revolando cantan  
 Al blando son del murmurar del río;  
 Chispas de luz los aires abrillantan,  
 Salpicando de oro el bosque umbrío:  
 Y si el aura á la flor murmura amores,  
 La flor le brinda aromas y colores,

Y resonando... et cétera; que creo  
 Basta para contar que ha amanecido,  
 Y tanta frase inútil y rodeo,  
 A mi corto entender no es mas que ruido:  
 Pero tambien á mí me entra deseo  
 De echarla de poeta, y el oido,  
 Palabra tras palabra colocada,  
 Con versos regalar sin decir nada.



Quiero decir, lector, que amanecía,  
 Y ni el prado ni el bosque vienen bien,  
 Que este segundo Adán no verá el día  
 Nacer en los pensiles del Eden,  
 Sino en la cárcel lóbrega y sombría,  
 Que su pecado cometió también,  
 Viniendo al mundo por extraño hechizo,  
 Y es justo que tal pague quien tal hizo.

Corrió entre tanto por Madrid la fama  
 De aquella aparición del hombre nuevo,  
 De cómo viejo se acostó en su cama,  
 Y al despertar se levantó mancebo.  
 Nueva de que era causa se derrama  
 Del gran tumulto que contado llevo,  
 Cuando atento el patron, subiendo al ruido,  
 Halló en otro á su huésped convertido.

Hay en el mundo gentes para todo,  
 Muchos que ni aun se ocupan de sí mismos;  
 Otros, que las desgracias de un rey godo  
 Leen en la historia, y sufren parasismos:  
 Quien por saber la cosa, y de qué modo  
 Pasó, y contarla luego, á los abismos  
 Es capaz de bajar, quien nunca sabe  
 Sino es de aquello en qué interés le cabe.

Quién por saber lo que á ninguno importa  
 Anda desempolvando manuscritos,  
 Para luego dejar la gente absorta  
 Con citas y con textos eruditos;

Otro almacena provision no corta  
 De hechos recientes, cuentos infinitos  
 Y mentiras apaña, y cuanto pasa,  
 Se entretiene en contar de casa en casa.

Este raro suceso que yo cuento  
 Aquí en la capital ha sucedido.  
 Y es tanta la jarana y movimiento  
 En que su vecindario anda metido,  
 Que muchos no tendrán conocimiento  
 De un caso no hace mucho tiempo acontecido;  
 Y á otros tal vez tan verdadera historia  
 Se habrá borrado ya de la memoria.

Mas yo, como escritor muy concienzudo;  
 Incapaz de forjar una mentira,  
 Confesaré al lector que mucho dudo  
 De la verdad del caso que le admira:  
 Contaré el cuento con mi estilo rudo  
 Al bronco son de mi cansada lira,  
 Y el hecho á otros afirmar les dejo,  
 De haberse el mozo convertido en viejo.

*Como me lo contaron te lo cuento,*  
 Y yo de la verdad solo respondo  
 De que el mozo salvaje del portento  
 Anda alegre por ahí mondo y lirondo:  
 Raro misterio que en conciencia siento  
 No poder descifrar por mas que ahondo;  
 Mas qué mucho, si nécio me confundo  
 Sin saber para qué vine yo al mundo.

Que no es menor misterio este incesante  
 Flujo y reflujo de hombres, que aparecen  
 Con su cuerpo y su espíritu flotante,  
 Que se animan y nacen, hablan, crecen,  
 Se agitan con anhelo delirante,  
 Para siempre despues desaparecen,  
 Ignorando de dónde procedieron,  
 Y adónde luego para siempre fueron!

Baste saber que nuestro héroe existe  
 Sin entrarse á indagar arcano tanto,  
 Que tiene para estar alegre ó triste  
 Risa en los labios y en sus ojos llanto:  
 Que come, bebe, duerme, calza y viste,  
 Ya mas civil en este cuarto canto,  
 Y que Adan en la cárcel le pusieron  
 Cuando desnudo como Adan le vieron.

Baste saber que el Diario, en su importante  
 Seccion que casos de la corte cuenta  
 En estilo variado y elegante  
 Que el interes del sucedido aumenta,  
 Refiere este suceso interesante  
 Al número dos mil setecientos treinta,  
 Y como sigue causa, el parte dado,  
 No me acuerdo qué juez de qué juzgado.

Y todos los de todos los colores  
 Periódicos (¡amable cofradía!)  
 Que se apellidan ya conservadores,  
 Ya progresistas, y que en lucha impía,

Cebo de políticos rencores,  
 Mondan y pulen la cuestion del dia,  
 De ilustracion vertiendo ricas fuentes  
 En caudales fructíferos torrentes.

Ahondando la cuestion de estrago tanto,  
 Buscando el móvil de motin tan fiero,  
 Hallaron unos y otros con espanto  
 Que era un pagado y vil aventurero,  
 No disfrazado bajo el noble manto  
 De la santa virtud, sino altanero,  
 Agente digno de la trama impía,  
 Saliendo en carnes á la luz del dia.

Y acusó cada cual á su contrario  
 De haber pagado y encerrado al loco,  
 Y del absurdo cuento estrafalario  
 Que honra por cierto su invencion muy poco:  
 Cuál al gobierno acusa atrabiliario,  
 Cuál supone en los clubs que se halla el foco,  
 Sin que ninguno ser quiera en su ira  
 Autor de tan ridícula mentira.

Y con lógica sana y juicio recto  
 Probaron, como cuatro y tres son siete,  
 Que no cabe en el mas rudo intelecto  
 Que se convierta un viejo en mozalbete:  
 Y alguno á los milagros poco afecto,  
 Con ódio á todo clerical bonete,  
 Probó que nada, en un sabio discurso,  
 Basta del mundo á trastornar el curso.



Y yo quedé de entonces convencido  
 Casi que era mentiroso el cuento,  
 Aunque siempre mis dudas he tenido,  
 Que es muy dado á conocer mi entendimiento:  
 Y cuanto llevo hasta ahora referido  
 Ni lo afirmo, oh lector, ni lo desmiento,  
 Que por mi honor te juro no quisiera  
 Que nadie mentiroso me creyera.

Y casi casi arrepentido estoy  
 De haber tomado tan dudoso asunto,  
 Y de á pública luz sacarlo hoy,  
 Que la incredulidad llega á tal punto;  
 Mas ya adelante con mi cuento voy  
 Al son de mi enredado contrapunto,  
 Que es mi historia tan cierta y verdadera  
 Como lo fué jamás otra cualquiera.

Es el caso que Adan, preso y desnudo,  
 Hace ya un año que en la corte vive,  
 Do con áspero trato y ceño rudo  
 Aspera y ruda educacion recibe:  
 Es cada cual allí doctor sesudo  
 Que practicando de su ciencia vive,  
 Tomos que enseñan mas filosofía  
 Que cien años de estudio en solo un día.

Sociedad de filósofos aquella,  
 Andar allí desnudo á nadie espanta,  
 Antes mas bien pondrán pleito y querella  
 Al que lleve chaqueta, capa ó manta;

Y así nadie extrañó cuando su estrella  
 Trajo allí al jóven que mi lira canta,  
 Y un año desde entónces ha corrido  
 Y el mancebo se está como ha venido.

En cuanto á traje y nada mas se extiende,  
 Que la sana razon su juicio aploma,  
 Sus sentidos aviva y los enciende;  
 Y su rústico ardor desbrama y doma.  
 La gracia y ademan del jaque aprende,  
 Las mas punzantes voces del idioma,  
 Y á sufrir y á callar, y caso hecho,  
 Guardarse la intencion dentro del pecho.

Y como el juicio su talento rija,  
 Comprende de derechos y deberes  
 El intrincado código que fija  
 Los goces de aquel mundo y padeceres:  
 Y el noble ardor que el corazon le aguija  
 En ansia de dominio y de placeres,  
 Y su hercúlea simpática figura  
 Del ajeno respeto le asegura.

Ni chiste ni pillada se le escapa,  
 Ni gracia alguna sin respuesta queda,  
 Ni las cartas mejor ninguno tapa  
 Quando entre mis amigos el cané se enreda:  
 Revuelta al brazo con desden la capa,  
 Con él, navaja en mano, no hay quien pueda,  
 Que en la cárcel ahora ya no hay pillito  
 Que maneje mejor que él un cuchillo.

Ni hay mas suelto y ágil, ni quien sea  
 Mas diestro que á la pelota y á la barra;  
 Ni mas vivo y sereno en la pelea;  
 Ni de apostura tal ni tan bizarra;  
 Y á tanto va su gracia que puntea  
 De modo que hace hablar una guitarra,  
 Y para acompañar se pinta solo  
 Su acento varonil cantando un polo.

Y áspero á par que jugueton y atento,  
 Sin que de su derecho un punto ceda,  
 Hombre de pelo en pecho y mucho aliento,  
 Con los *ternes* y *jaques* entra en rueda:  
 Y creciendo en arrojo y valimiento,  
 En juez se erige y los insultos veda  
 Del fuerte al débil, y animoso arguye  
 Y á su modo justicia distribuye.

Tal vez habrá quien diga escrupuloso  
 Que es poco tiempo para tanto un año,  
 Y poco fuera, cierto, si dichoso  
 Vivido hubiera en lisonjero engaño;  
 Mas allí donde el látigo furioso  
 La suerte vibra con semblante uraño,  
 Donde ninguno de ninguno cuida,  
 Pronto se aprende á conocer la vida.

Allí do hierve en ciego remolino  
 La sociedad, y títulos ni honores  
 Son del respeto formulado sino,  
 Ni sirven al que entra sus mayores;

Tienen todos que abrirse su camino;  
 Breve mundo de mas grandes dolores;  
 Do lucha el triste en su afligido centro  
 Contra la sociedad de fuera y dentro;

Siempre en eterna majestad, impura  
 Mar donde el mundo su sobrante arroja,  
 Lucha naufrago el hombre á la ventura  
 Sin puerto amigo que en su mal le acoja:  
 Pechos que endureció la desventura  
 Y que el castigo de piedad despoja,  
 Cada cual de su propio pesar lleno,  
 Nadie se duele del dolor ageno;

Y ¿en qué parte del mundo, entre qué gente,  
 No alcanza estimacion, manda y domina  
 Un jóven de alma enérgica y valiente,  
 Clara razon y fuerza diamantina?  
 Apura el jarro del licor hirviénte,  
 Cuando el mas esforzado desatina  
 Y trastornado y balbuciente bebe,  
 Y aun él cien jarros á apurar se atreve;

Y es su malicia la malicia aquella  
 Viva y gentil del despejado niño,  
 Luz y candor su corazon destella  
 En medio de su alegre desaliño,  
 Su noble frente y su figura bella,  
 Su audacia inspira al corazon cariño,  
 Que aquella fiera gente en su rudeza  
 Admiran el valor y la grandeza.



Y aunque es su lengua rústica y profana  
 Y es su ademan de jaque y pendenciero,  
 Pura se guarda aun su alma temprana  
 Como la luz del matinal lucero;  
 Bate gentil, cual mariposa ufana,  
 El corazon sus alas placentero,  
 Que brillantan aun los polvos de oro  
 De inocencia y virtud breve tesoro.

Ni leyes sabe, ni conoce el mundo,  
 Solo á su instinto generoso atiende,  
 Y un abismo de crímenes inundo  
 Cruza y el crimen por virtud aprende:  
 Y aquel pecho que es noble sin segundo  
 Y que el valor y el entusiasmo enciende  
 Aplica al crimen la virtud que alienta  
 Y puro es si criminal se ostenta.

Como niño que cándido se esfuerza,  
 Y hacerse el hombre en su candor presume,  
 Y la echa de ánimo y de fuerza,  
 Miente blasfemias, fuma aunque no fume,  
 No hay nadie sobre él que imperio ejerza,  
 Y habla de mozas; tal, grato perfume  
 Vertiendo en torno de inocencia pura,  
 Al mas bandido remedar procura.

Y como en mente y en valor les gana,  
 Y aventaja en nobleza y bizarría,  
 Tanto les vence cuanto mas se afana  
 En mostrarles mayor su gallardía;

Y aquellas almas viejas su alma ufana  
 Con noble anhelo superar ansía,  
 Sin cuidarse en los lances que le empeñan  
 De si es vicio ó virtud lo que le enseñan.

Y por amor y adornos y colores  
 Y entender que lo exige su decoro,  
 Bordado un marselles con mil primores  
 Cuelga de su hombro izquierdo con desdoro:  
 Charro un pañuelo de estampadas flores  
 Ciñe á su cuello una sortija de oro,  
 Calzon corto, la faja á la cintura,  
 Botin abierto y gran botonadura.

Que aprendiendo á jugar ganó dinero,  
 Y allí á la reja la Salada viene,  
 Moza que vive de su propio fuero  
 Y en cuidar á los presos se entretiene:  
 El parecer, tal vez, la hizo salero;  
 Y ella que es libre y que á ninguno tiene  
 Cuenta que dar, dineros y comida  
 Le trae, de amores por su Adan perdida.

Y ya le ha aconsejado en su provecho  
 La pobre moza de su amor prendada;  
 Que aunque de rambo y garbo y franco pecho  
 Y en su modo y palabras desgarrada,  
 Y aunque le mira en cueros, que es bien hecho,  
 Con dulce encanto y alma enamorada.  
 Le aconsejó vestirse por decencia,  
 Y él se dejó vestir sin resistencia.

Vagando ya confuso el pensamiento  
 En torno á la mujer del mozo ardiente  
 Sin poderse explicar el sentimiento  
 Que por sus nervios esparcido siente;  
 Mas su vista le da dulce contento,  
 Respira en ella un codicioso ambiente,  
 Que mágico embelesa sus sentidos  
 Tras la ilusion de su placer perdidos.

Y su voz aunque áspera que suena  
 Grata á su oido, el corazon le adula,  
 Y de ansiedad confusa su alma llena,  
 Ni su ilusion ni su placer formula:  
 Lejano son de amante cautivela,  
 Que entre la brisa perfumada ondula,  
 Al aire de su dulce devaneo  
 Perdido vaga su genial deseo.

Y cuando ella con amor le mira,  
 En la ansiedad vehemente que le aqueja  
 Y en el ardor violento que le inspira,  
 Quiere romper la maldecida reja:  
 Y la sacude con violenta ira  
 Porque acercarse á ella no le deja,  
 Trémulos de furor sus miembros laten  
 Y sus arterias dolorosas baten.

Látigo y grillos y penoso encierro,  
 Pronta á saltar sobre él la muchedumbre,  
 Tratado allí como indomable perro,  
 Le impusieron forzada mansedumbre:

Cual vigoroso potro rasca el hierro,  
 Bota y arranca de las piedras lumbre,  
 El mozo así sujeto á su despecho  
 Siente un dolor que le desgarrá el pecho.

Fiero leon que á la leona siente  
 En la cercana jaula de amor llena,  
 Que con lascivo ardor ruge demente,  
 De cólera erizando la melena,  
 Y la garra clavando en la inclemente  
 Reja, en torno los ámbitos atruena,  
 Y el duro hierro sacudido cruje  
 De tanto esfuerzo á tan tremendo empuje.

Que al placer le convida su hermosura,  
 Mas á sus ojos mágica que el cielo  
 Con su sereno azul bañada en pura  
 Luz que colora el trasparente velo:  
 Placer que inspira al corazon bravura  
 Fuerza á sus nervios y valiente anhelo,  
 Su máquina impulsada y sacudida  
 Al ignorado goce á que convida.

Que los ardientes ojos de la bella,  
 Y el que mayo pintó de rosa y nieve  
 Semblante alegre que salud destella,  
 Redondas formas y cintura leve,  
 Y gallardo ademan, ligera huella,  
 Pié recogido en en el zapato breve,  
 Y blanca media que al tobillo pinta  
 De negro á trechos la revuelta cinta;



Y el hueco traje que flotante vaga  
 En rica de lujuria y vaporosa  
 Atmósfera de amor, que el alma balaga,  
 Y excita los sentidos codiciosa,  
 Y que enseñar al movimiento amaga  
 Cuanto finge tal vez la mente ansiosa,  
 Que allá penetra en la belleza interna  
 Tras la pulida descubierta pierna:

Sacánle al rostro en torbellinos rojos  
 El fuego del volcan que el pecho asila,  
 Lanzando llamas sus avaros ojos,  
 Encendida la lúbrica pupila:  
 ¡Misero del que entónces sus enojos  
 ¡Ay! provocara: la que ira destila  
 Su impotencia en su alma, rebosando,  
 Sobre él cayera su dolor vengando!

Visteis al toro que celoso brama;  
 La cola ondeando sacudida al viento,  
 Que el polvo en torno levantando inflama,  
 Envuelto en nube de vago aliento,  
 Y ahora á su amada palpitante llama,  
 Ora busca en su cólera violento,  
 Con erizado cerro y frente torva,  
 Quién el deseo de su amor estorba:

Así el mancebo en derredor revuelve  
 La vista en ansia de feroz pelea  
 De nuevo á sacudir la reja vuelve,  
 Que trémula á su empuje titubea;

Calmarse, en fin, á su pesar resuelve,  
 Siente que en vano lucha y forcejea,  
 Y ella le habla, y él triste la mira,  
 Y sin saber qué responder suspira.

Que él no sabe con ella hablar de amores,  
 Sino sentir en su locura ciego;  
 Suspiros son la voz de sus dolores,  
 Y son sus ansias en sus ojos fuego:  
 Ella entre tanto calma sus furores,  
 Que él siempre cede á su amoroso ruego,  
 Y en sus salvajes ojos se desliza  
 Dulce rayo de amor que los suaviza.

Porque es á un tiempo la manola airosa,  
 Gachona y blanda como altiva y fiera,  
 Y sabe con su Adán ser amorosa,  
 Y esquiva con los otros y altanera:  
 Paloma fiel, cordera cariñosa,  
 Aunque de rompe y rasga, y de quimera,  
 Y mal hablada, y de apostura maja,  
 Y que lleva en la liga la navaja.

Y está de su pasión tan satisfecha,  
 Tan ancha está de su gallardo amante,  
 Que hasta la tierra le parece estrecha  
 Y no hay dicha á su dicha semejante:  
 Cuando á la espalda la mantilla echa,  
 Y las calles se lleva por delante,  
 Pensando en el gachon que su alma adora,  
 En su propia hermosura se enamora.

Corazon toda ella, y alma y vida,  
 Y gracia, y juventud, desprecio siente  
 Hacia la sociedad, libre y erguida.  
 Hollándola con planta independiente:  
 Dejando á su pasion franca salida,  
 Un *pues mejor* rasgado é insolente,  
 Con cara osada por respuesta arroja,  
 Si alguno reprendiéndola la enoja.

Pobre mujer para sufrir criada,  
 Vil la marcó la sociedad impía,  
 Viviendo en medio de ella condenada  
 A perpétua batalla y rebeldía:  
 Hija del crimen, sola, abandonada  
 A su propia experiencia y su energía,  
 Sin mas lazo en el mundo ni consejo  
 Que un padre preso, criminal y viejo.

Era el tío Lucas, padre de la bella,  
 Hombre de áspero trato y de torcida  
 Condicion dura y de perversa estrella,  
 Sin cesar por su boca maldecida;  
 Pocas palabras de indolente huella,  
 Mal encarado y de intencion dormida,  
 Chico y ancho de espaldas, cargado,  
 Largo de brazos y patiestevado.

De chata y abultada catadura,  
 De entrecana y revuelta espesa ceja,  
 Ojos saltones y mirada dura,  
 Blanca patilla á trechos y bermeja,

La frente estrecha y de color oscura,  
 Rojo el pelo, como áspera guedeja  
 Inaccesible al peine, aborrascado,  
 En vedijas la cubre enmarañado.

No hay cárcel ni presidio en las Españas,  
 Que no conserve de él alta memoria,  
 Ciudad que no atestigüe de sus mañas,  
 Ni camino sin muestras de su gloria;  
 Y consignada está de sus hazañas,  
 En procesos sin fin, su ínclita historia,  
 Aunque oscura y truncada, que á la pluma  
 Fió muy poco su modestia suma.

Lleva á rastra los piés andando, y maneja  
 Pesada y vacilante la cabeza;  
 Su pensamiento é intencion aleve  
 Mostrando en su abandono y su pereza:  
 Mosquito insigne por azumbres bebe  
 Sin vacilar un punto su firmeza,  
 Siempre fumando el labio ya tostado  
 Con el tabaco negro y requemado.

Raya en sesenta años y cincuenta  
 Hace ya que empezó sus correrías;  
 Quiénes fueron sus padres no se cuenta  
 Ni dónde ha visto sus primeros dias:  
 Siempre sagaz, diversa historia inventa  
 De sus viajes, familia y fechorías,  
 Cambia su nombre y patria, dando largas  
 Así á las horas de su vida amargas.



Este honrado varon, cuando desnudo  
 Adan entró en la cárcel, y la gente  
 Le examinaba con anhelo rudo,  
 Explicó el caso con sesuda mente:  
 «¿No habeis, le dijo, visto nunca un mudo?  
 ¿Qué diablos os *chungáis* de un inocente?»  
 Y apartó á todos, con afecto raro  
 Dando á su modo proteccion y amparo.

Y como luego el inocente diera  
 Pruebas de su vigor y valentía,  
 Y abriera á uno en desigual quimera  
 Contra las piedras la cabeza un dia,  
 Tanto amor le cogió que la severa  
 Faz desplegando que jamás reia,  
 Hablaba siempre dél guiñando el ojo  
 Con cierta sonrisita de reojo.

«El chaval, el chaval,» decia entre sí,  
 «Meterle mano, que mejor gazapo  
 No ha regalado el líbano al buchí (1);  
 Vamos con él á quién es el mas guapo,  
 Y cuando vió que el mozo echó un zahorí  
 Camina viento en popa á todo trapo,  
 Y aprende á hablar y en ardimiento crece  
 Y hacerse un hombre de provecho ofrece.

Fundó esperanzas el astuto viejo  
 Y comenzó á formarle á su manera,

(1) El escribano al verdugo en la jerga de la cárcel.

Y le oye el jóven con sagaz despejo  
 Y con mas atencion que conviniera:  
 A él y á nadie mas pide consejo,  
 Sometida al talento su alma fiera,  
 Que en las cosas del mundo el viejo es ducho  
 Y el candoroso Adan le tiene en mucho.

Su observacion profunda y su experiencia  
 Ha reducido á máximas la vida,  
 Es cada frase suya una sentencia,  
 Cada palabra una ilusion perdida:  
 Torpe y lento en hablar, vierte su ciencia  
 En truncados periodos sin medida,  
 Mas en su gesto su intencion marcada  
 Que en el valor de la palabra hablada.

Como entreabierta gaza alza la mano,  
 Siempre de quite al frente el movimiento,  
 Y habla gruñendo como perro alano  
 Con ojos de través y sordo acento:  
 Sobre la frente el pelo rojicano,  
 La barba sobre el pecho, al mozo atento  
 Que su doctrina codicioso espera,  
 Una noche le habló de esta manera:

Hijo mio, pocos años  
 Me quedan ya que matar.  
 Porque á mí me han de acabar  
 La vida (1), ó mis desengaños,

(1) Vida, la horca.

A tí mañana, á mí hoy:  
Yo soy punta y tú eres mango,  
Este mundo es un fandango,  
Tú vienes y yo me voy.

Mira, de nadie te fies,  
Hijo Adan, vive en acecho,  
Lo que guardes en tu pecho  
Ni aun á tí mismo confies.

La gente . . . no hay un amigo;  
Al que cae la caridad,  
De una mala voluntad  
Tienes un falso testigo.

Si mojas (1) á alguno, cuida  
De endiñarle al corazón,  
No se olvida una intención  
Y un beneficio se olvida.

Eres mozo, al mundo sales,  
De los montes se hacen llanos;  
Buena suerte y muchas manos,  
Y callar y vengán males.

A malos trances mas brios:  
Como la mar es en suma  
El mundo, pero en su espuma  
Se sustentan los navíos.

(1) Mojar, dar puñaladas.

Las mujeres . . . la mejor  
Es una *lunia* (1): en el suelo,  
El diablo no tiene anzuelo  
Mas seguro ni peor.

Ellas te chupan el jugo,  
Y te espantan los parnes (2);  
Cuando carne comer crees  
Estás comiendo besugo.

El hombre aquí ha de enredar  
Sin que le enrede el enredo;  
Tú no te chupes el dedo,  
Que no hay que pestañar.

Mala siembra, mala siega:  
Nada me va, nada sé,  
Quien más mira menos ve,  
Y dí la verdad, Juan Niega.

Esto es negro para tí,  
Pero ya lo entenderás,  
Y acaso te acordarás,  
Cuando lo entiendas, de mí.

Poco en verdad el candoroso mozo  
De tan profundas máximas comprende,  
Con tal misterio y maleante embozo  
Hablándole de un mundo que no entiende:

(1) Mujer de mala vida.  
(2) El dinero.



Y al través de su rústico rebozo,  
Si el sentido tal vez sagaz trasciende  
De alguna frase; en su confuso empeño  
Cuanto adivina le parece un sueño.

Un mundo que una luz pura ilumina,  
Que viste y cubre un tan hermoso cielo,  
¿Mansion habrá de ser donde camina  
El hombre siempre con mortal recelo?  
¿Y será la mujer, creacion divina  
Vida del alma y generoso anhelo,  
Brillante de placer y de hermosura,  
Enemiga también, también impura? . . .

¿Será del hombre el hombre el enemigo,  
Y en medio de los hombres solitario,  
El su sola esperanza y solo amigo  
Verá en su hermano su mayor contrario?  
¿Grillos, cadenas, hambre y desabrigo  
Siempre serán el lúgubre sudario  
Que vista al entregarle á su abandono  
El hombre al hombre en su implacable encono?

¿Será tal vez que en bandos dividida,  
Lucha furiosa en ostinada guerra,  
La raza de los hombres fratricida  
Alternando el reposo de la tierra?  
¿Qué brazo audaz que justo se apellida  
Contra su voluntad allí le encierra?  
¿Quién llama criminal á aquella gente  
A quien oye decir que es inocente?

Y él, que recuerda como en sueño apenas  
De su vida el primer dulce momento,  
¿Por qué á vivir en ásperas cadenas  
Vino y cruel con bárbaro tormento  
El hombre de dolor las manos llenas,  
En su inocencia lo arrojó violento,  
Castigando con grillos y prisiones  
El natural vigor de sus pasiones?

Estas y otras reflexiones rudas  
Hierven en su ofuscada fantasía,  
Como aparece entre las sombras mudas  
Incierto rayo de la luz del día:  
Turbio su juicio, amontonando dudas,  
Sin fórmula vagando en la sombría  
Nube de que su mente está cubierta,  
Ni acierta á hablar, ni á preguntar acierta.

Tosió entre tanto su mentor que arranca  
Del pulmon á pedazos su catarro,  
Y remoja la voz que se le atranca  
Sorbiéndose de vino medio jarro;  
De un negro torcidon como una tranca  
Pica, lia y enciende su cigarro,  
Chupa y empuja con la una el fuego  
Y en su discurso así prosiguió luego:

¿Tú qué has hecho? no has salido  
Chivato (1) del cascaron:

(1) Joven nuevo.

Sin razon ó con razon  
A la sombra te han traído.

Es sino de criaturas;  
No te gruñirá el barí (1);

A mí me tienen aquí  
Un chota (2) y mis desventuras.

Se berreó (3) el maldecido,  
Y dos señores muy llanos

Vinieron con cuatro alanos  
A sorprenderme en mi nido.

Yo como soy muy cortés  
Excusé su compañía,

Hasta que ví no podía  
Ni por manos ni por piés.

No se llevaron mal chasco:  
Seis pobretes . . . la del humo . . .

Que por ahí andan presumo;  
Yo aquí á la sombra me rasco.

Por ellos me dí á partido;  
Dando largas ello irá,

Que nos los traigan acá  
Y nada se habrá perdido.

Tú, pobrecillo, reserva  
Lo que ahora vas á saber,

(1) Juez. No te gruñirá el barí, el juez poco te ha de hacer.

(2) Delator.

(3) Hablar mas de lo que conviene.

Que en el mundo hay que aprender  
A sentir crecer la yerba.

El que lo gana lo jama (1);  
A buscársela, hijo mio,  
A hacer tú mismo tu avío,  
Que el que no llora no mama.

Y tú, para tí has de hacer,  
Yo te pondré en buen camino:  
Hijo, si tienes buen sino  
Pan te queda que roer.

Los seis pobretes . . . más plata  
Valen que ha dado el Perú:  
Son muy gentes; verás tú  
Seis meloncitos de cata.

Muy hombres, muy campechanos,  
No porque yo los alabe,  
Pero es cosa que se sabe,  
Como las suyas no hay manos.

Saladilla te dirá  
Lo que has de hacer: malos mengues (2)  
Te lleven á tí y sus dengues,  
Que tan derretida está.

Los seis pobretes reciben  
Tambien de este pobre viejo

(1) Comer.

(2) Diablos.



De cuando en cuando un consejo,  
Y, Adan, como pueden viven.

Yo bien te quisiera dar  
Rentas y capellanía,  
Pero el que no tiene usía  
Se lo tiene que ganar.

El refran dice, hijo Adan;  
Que Dios es omnipotente,  
Y el dinero es su teniente,  
Y que sin el din no hay dan.

Con que salud, y andar vivo,  
Que por tu bien tengo empeño,  
Y á Dios, que ya viene el sueño,  
Cada mochuelo á su olivo.

Quedóse Adan, mientras espera el dia,  
Rumiando las palabras del bandido;  
Pasar el mundo en confusion veía  
Con loca fiebre y delirante ruido:  
Luego en grata embriaguez su fantasía,  
Embargándole el sueño su sentido,  
La imágen en vision encantadora  
Le trajo amor de la mujer que adora.

Grata vision que venturosa calma  
Su loco enajenado pensamiento,  
Que trae regalo y esperanza al alma,  
Ignorado deleite y sentimiento.

En mitad del desierto umbrosa palma,  
Que templa su calor calenturiento,  
Y á cuyo pié el viajero se reposa  
En paz de amor y languidez sabrosa.

Vision en cuyos brazos descansando  
Su oscura cárcel y ansiedad olvida,  
En jardines de rosa respirando  
El encantado aroma de la vida:  
El alma allí con movimiento blando  
En el columpio mágico mecida  
De su propia ilusion, cuenta un tesoro  
De esperanzas sin fin, de ensueños de oro.

Alma jóven y pura que suspende  
En la region del aire un devaneo,  
Y que en su propia luz, la luz enciende  
Y da forma y vision á su deseo:  
La atmósfera tal vez ruda le ofende  
Del ignorado mundo y su mareo,  
Mas si siente sus puntas dolorida  
Su propia juventud cura su herida.

Que hay en el alma, cuando nueva agita  
Sus áureas alas, una fuente pura,  
Que alegre riega la ilusion marchita  
Y renueva su fuerza y su hermosura:  
Bebiendo de ella el corazon palpita  
Hasta que al fin secándose la apura,  
Y en vez de la ilusion se alza la pena  
Que el manantial purísimo envenena.

Así en propia alma su consuelo  
 Halla el mancebo, y de la pura fuente  
 Con las aguas de vida su desvelo  
 Templá, y el sueño perezoso siente:  
 Y luego en alas de su propio anhelo  
 De la amada mujer, cruza en su mente  
 La blanca imagen que por mas delicia  
 Amorosa le besa y le acaricia.

Brilló entre tanto, si decirse puede  
 Que brilla en una cárcel nunca el día,  
 Donde á su luz la sombra nunca cede  
 Ni un rayo el sol al corazón envía:  
 Donde la tregua que al dolor concede  
 Un breve sueño con crueldad impía  
 Rompe la aurora y vuelve á su faena  
 El cautivo amarrado á su cadena.

Donde las horas hilan su tejido  
 Sin enredar tal vez una esperanza,  
 Y el tiempo al parecer pasa dormido  
 Sin señales de alivio ni mudanza:  
 Donde tal vez el término cumplido  
 Que la ilusión del desdichado alcanza,  
 Es en su ruda, inexorable suerte  
 En un suplicio una penosa muerte.

Donde... pero también el hombre olvida  
 Allí su pena en su locura insana,  
 Ríe, y canta, y devánase su vida  
 Que entre el ayer se enreda y el mañana:

La liaga del dolor adormecido  
 Templá un olvido, una esperanza vana,  
 Que es el presente lago alborotado,  
 Do el porvenir se enturbia y lo pasado.

La causa en tanto en un rincón dormía,  
 Sin cuidarse de Adán el escribano,  
 Y un año largo de prisión corría,  
 Y nadie de él se acuerda: y un verano;  
 Y otro pasará, y ciento, y pasaría  
 Un siglo entero, y mil, y todo en vano,  
 Situación en las cárceles no extraña,  
 Gracias al modo de enjuiciar de España.

Quando la hermosa que al mancebo adora,  
 Quién sabe cómo, acaso malamente,  
 Logró de la pereza vencedora  
 Del juez que diese á Adán por inocente:  
 Vista la causa en fin, llegó la hora  
 De darle libertad, y delincuente  
 No pudiéndole hallar, le sentenciaron  
 Las costas á pagar que otros causaron.

Las costas, pues, con otras bagatelas  
 Pagó de sus ahorros la Salada,  
 Cálzase el escribano las espuelas,  
 La causa aviva y la dejó zanjada:  
 ¡Oh! cuánto amor, el corazón desvelas  
 De una hermosa mujer enamorada!  
 ¡Cómo voló á la cárcel aquel día  
 Rebosando la nueva en su alegría!



Párase ante la cárcel, precipita  
 Acá y allá agitada sus paseos,  
 Frenético su espíritu se agita,  
 Sueña su alma amantes devaneos;  
 Un siglo en su ansiedad loca, infinita  
 Cuentan cada minuto sus deseos,  
 Allí esperando á que el escriba venga  
 Y oír gritar «Adan con lo que tenga (1).»

Llegó por fin el anhelado instante,  
 Corrió á la reja la feliz manola;  
 Toda turbada látele el semblante,  
 Que amor con mil colores arrebola;  
 Y trémula la mano, y anhelante  
 Con un ansia no mas y una idea sola,  
 Entre la verja entrándola la agita  
 Y con el gesto y con la voz le grita.

Y como tigre que acechando hambriento  
 Tal vez descubre presa en la llanura,  
 Y en arco el cuerpo arrójase violento,  
 Salta, y entre sus garras la asegura,  
 No con ansia menor al dulce acento  
 Que entrando hasta en sus tuétanos murmura,  
 El mozo corre adonde va su bella  
 Que al través de la reja se atropella.

¡Oh del primer amor dulces escenas  
 Que presencia risueño un escribano,

(1) Grito con que en la cárcel llaman al preso que piden en libertad. El mismo grito sirve para llamarlo y ponerlo en capilla.

Palomas inocentes de amor llenas  
 Que se huelgan delante del milano!  
 Romped, en fin, romped esas cadenas  
 Con que el destino os separó tirano,  
 Y otras os teja de amorosas flores  
 El buen Dios protector de los amores.

Abrazó Adan al redomado viejo,  
 Honrado padre de su amada prenda,  
 El cual frunciendo el rígido entrecejo  
 Le apartó donde nadie los entienda;  
 Y á solas repitiéndole el consejo  
 De la noche anterior, le recomienda  
 Prudencia y tino y ánimo en la vida  
 Y le abraza otra vez por despedida.

¡Cuánto júbilo al alma y alborozo,  
 Cuánto loco placer, cuánta alegría,  
 Sintió alterado el indomable mozo  
 Libre al mirarse y á la luz del día!  
 Las arterias palpitante de gozo,  
 Baña la luz su audaz fisonomía,  
 Y de contento el corazón deshecho  
 Sueña á sus golpes conmovido el pecho.

Y ella veloz con su ademan de maja,  
 Su planta firme y su gentil soltura,  
 La calle al lado de su amante baja  
 Llamando la atención su donosura:  
 Y ambos en medio á la comun baraja  
 De gentes que atraviesan con presura,

Y que á su garbo y gentileza atienden,  
Ojos á un tiempo y corazon suspenden:

Y él al mirarse al lado de su bella  
Y al tocarla tal vez su tacto es fuego:  
Fuego que lanza vívida centella  
Que el alma y corazon penetra luego;  
Páranlo á un tiempo su ignorancia y ella  
Que contiene su ardor con blando ruego,  
Y acaso su ardimiento tambien doma  
Cuando recuerda la pasado broma.

Que ha comprendido Adan que aquella gente  
Que él con recelo y cuidadoso mira,  
Es acaso la misma que inclemente  
Piedras y lodo al inocente tira:  
Y cual furioso loco va impaciente  
Junto al loquero que temor le inspira,  
Así la rienda puesta á sus arrojós,  
Gira en redor sus recelosos ojos.

Un pobre cuarto bajo en una casa  
Pobre, la moza en Ayapiés habita,  
De baja planta y de fachada escasa,  
Limpia por dentro y de esmerada cuita:  
La llave con incierta mano pára,  
Y el mancebo feliz se precipita  
Tras ella en la mansion que amor ahora  
Con tintas mil de su ilusion colora.

Tintas que bañan en su lumbre pura  
La pobre estancia con celeste encanto,

Vertiendo en torno aromas de dulzura  
Que amor derrama de su aéreo manto:  
Morada acaso triste, acaso impura,  
Mas de la dicha ahora templo santo,  
Convertido en Eden de ricas flores  
Al soplo germinal de los amores.

Que solo allí con la mujer que adora  
Cuya hermosura la mansion encanta,  
Bastan apénas al mancebo ahora  
Los ojos á admirar belleza tanta:  
Y el fuego que frenético atesora  
El corazon y su vigor levanta,  
Y su inquietud redobla, fulminante  
En ráfagas de luz brota al semblante.

Y entre sus manos trémula su mano,  
Sus lábios devorándose encendidos,  
Al rudo impulso y al furor tirano  
De sus tirantes nervios sacudidos,  
Él, ignorante en su delicio insano,  
Respondiendo latidos á latidos,  
Al corazon la aprieta, el juicio pierde,  
La besa hambriento y con placer la muerde.

Y una nube quimérica ya vela  
Sus sentidos, y vaga y vaporosa,  
Placer, deleites y delirios cela  
Y confunde su dicha vagarosa;  
Y la hermosura dispada vuela  
De la mujer que espárcese amorosa,



Y donde quiera él gusta, toca y mira  
Dicha, hermosura é ilusion respira.

Aire que con riquísimos olores  
Baña su negra cabellera riza,  
Luz vagarosa y blanda que de amores  
En los húmedos ojos se desliza;  
Voluptuosa niebla de colores  
Que un deliquio dulcísimo matiza,  
Los cerca en derredor embebecidos  
En su lánguida magia los sentidos.

Amor encuentra en su sabrosa boca,  
Y en sus ojos de amor, amor respira,  
Afan de amores en su frente loca  
Latir contempla si á su hermosa mira;  
Furor ardiente que el amor provoca  
Él en su aliento abrasador aspira,  
Y ella á su furia y su pasión demente  
Doblar su amor al estrecharle siente.

Y amor en voluptad se desvanece  
Y vá á perderse en el remoto cielo,  
Que hasta allí disipándose parece  
Que elevan sus espíritus su vuelo;  
Y el aura del deleite que las mece  
Y confunde sus almas en un vele,  
Cubriéndolas de gloria y de ventura,  
Allá las alza en sueños de dulzura.

Sueños que en torno en formas nacaradas  
Vagos acá y allá revolotean,

Y en las venas latiendo arrebatadas  
Entre la sangre trémulos serpean;  
En los rígidos nervios desplegadas  
Sus alas placidísimas ondean,  
Sobre la frente bulle su armonía  
Y ofuscan con su luz la fantasía.

Génios de amor, deidades de hermosura,  
Donde la juventud, nuevas creaciones,  
Que en el primer placer el alma pura  
Llueve desde su cielo de ilusiones;  
Inmenso amor, riquísima ventura  
Que ignoran los mortales corazones  
Que el varonil vigor aun no han sentido  
Y está el candor de su niñez perdido.

¡Oh! á su inocencia, á su infantil pureza  
La fuerza juvenil junta el mancebo,  
Nueva á sus ojos es tanta belleza  
Nuevas sus ansias y su goce nuevo;  
Antes que la ilusion en su cabeza  
Saque el deseo con picante cebo,  
Dicha, ilusion, amores y delicias  
Se atropellan en él con sus caricias.

Y allí en tropel, cual vierte su rocío  
En las mañanas del abril la aurora  
Sobre las verdes ramas del sombrío  
Y en las pintadas flores que enamora,  
Al alma y cuerpo con amante brío  
La turba de placeres voladora,

Que en torno en algazara se levantan,  
En círculos de júbilo la encantan.

Olas que van y vienen en su mente  
Son sus alborotados pensamientos,  
Confusos todos en tumulto ardiente  
Brotando el corazón sus sentimientos;  
Y al armonioso estrépito latente  
Absortos los sentidos, los violentos  
Impulsos del amor muestran pasmados  
En éxtasis de gozo arrebatados.

¡Oh! ¡cómo vibra y en acorde canto  
El alma de ella al alma de su amante!  
¡Oh! ¡cómo tanto amor, delirio tanto  
Se retrata en su cólico semblante!  
¡Oh! ¡cuál le presta su ignorado encanto  
Su espíritu á su espíritu flotante,  
Como el arco del músico se agita  
Cuando violenta inspiración le excita!

Que, como cuando arrebatado azota  
Al muelle mar el huracán violento,  
Las apiñadas olas que alborota  
A merced van del combatido viento,  
Así en la llama eléctrica que brota  
El alma en cada nuevo sentimiento,  
Envuelta el alma ajena y sacudida  
Vaga á merced de la pasión perdida.

Y ahora que así las almas considero  
Prestándose placer, gloria y ternura,

Pararme un punto y lastimarme quiero  
De mi propio disgusto y desventura;  
Que ya gastado de mi ardor primero  
El tesoro riquísimo se apura,  
Y en mi amargo dolor continuo lloro  
Perdido malamente aquel tesoro.

Aunque por otra parte me consuela  
No tener ya que ir como iba un día  
A escape con el alma y dando espuela  
Al alma que en mi curso antecogía;  
Ni soñada esperanza me desvela,  
Ni doy crédito ya á mi fantasía,  
Y si de amor no late el pecho mío  
También en cambio á mi placer me hastío.

¡Oh! ¡bendita mil veces la experiencia  
Y benditos también los desengaños!  
Piérdese en ilusión, gánase en ciencia,  
Gastas la juventud, maduras años.  
Tanta profundidad, tanta sentencia,  
Tantos remedios contra tantos daños,  
¿A qué los debes, mundo, en tanta copia  
Sino á la edad y á la experiencia propia?

Y habrá tal vez alguno que sostenga  
Que no vale la ciencia para nada?  
Y habrá menguado que á probar nos venga  
Que está la dicha en la ilusión cifrada?  
¿Pues hay cosa que mas nos entretenga  
Que medir de los astros la jornada,



Y saber que la luna es cuerpo oscuro,  
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

Viva la ciencia, viva, y si en el mundo  
Perdiste ya del alma la energía,  
Y en ella guardas con dolor profundo  
Algun recuerdo de un dichoso día,  
Con viva aplicacion, meditabundo  
Engólfate en los libros á porfía,  
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena,  
Al ménos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto, vosotros los que ahora  
Pinté embriagado de placer y amores,  
Gozad en tanto vuestras almas dora  
La primera ilusion con sus colores:  
Gozad, que os brinda la primera aurora  
Con el jardín de sus primeras flores;  
Coged de amor las rosas y azucenas  
De granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura  
Donde repose yo, cansado y yerto  
Del sol que ennegreció mi frente pura  
Y del árido viento del desierto:  
Idea de suavísima dulzura  
Vosotros sed do el pensamiento incierto  
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando  
Venga á mi corazón su afan templando.

FIN DEL CANTO CUARTO.

## CANTO V.

### CUADRO PRIMERO.

Interior de una taberna en el Avapiés.

En un rincón junto á una mesa Adán con la Salada; ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído; grupo de majos á un lado: grupo de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño y el pellejo arrugado, pelo pobre y rojizo, chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,  
Vamos, otra seguidilla.

PRIMERA MANOLA.

¡Qué sería está Saladilla!

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará tan bien como nosotros de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.

Y saber que la luna es cuerpo oscuro,  
Y aire ese cielo al parecer tan puro?

Viva la ciencia, viva, y si en el mundo  
Perdiste ya del alma la energía,  
Y en ella guardas con dolor profundo  
Algun recuerdo de un dichoso día,  
Con viva aplicacion, meditabundo  
Engólfate en los libros á porfía,  
Que aunque ellos nunca calmarán tu pena,  
Al ménos te dirán qué es luna llena.

Y entre tanto, vosotros los que ahora  
Pinté embriagado de placer y amores,  
Gozad en tanto vuestras almas dora  
La primera ilusion con sus colores:  
Gozad, que os brinda la primera aurora  
Con el jardín de sus primeras flores;  
Coged de amor las rosas y azucenas  
De granos de oro y de perfumes llenas.

Y sed vosotros isla de verdura  
Donde repose yo, cansado y yerto  
Del sol que ennegreció mi frente pura  
Y del árido viento del desierto:  
Idea de suavísima dulzura  
Vosotros sed do el pensamiento incierto  
Fije su vuelo, y vuestro aroma blando  
Venga á mi corazón su afan templando.

FIN DEL CANTO CUARTO.

## CANTO V.

### CUADRO PRIMERO.

Interior de una taberna en el Avapiés.

En un rincón junto á una mesa Adán con la Salada; ella contemplándole con recelosa curiosidad, él distraído; grupo de majos á un lado: grupo de manolos y manolas que danzan. Un hombre con traje mitad seglar, mitad eclesiástico, flaco, ruin de estatura, chato, lampiño y el pellejo arrugado, pelo pobre y rojizo, chisgarabís repugnante, toca la guitarra. Su edad cuarenta años (1).

UN MANOLO.

Buen ánimo, padre cura,  
Vamos, otra seguidilla.

PRIMERA MANOLA.

¡Qué sería está Saladilla!

(1) Si modelo y dechado de todas las virtudes son el mayor número de nuestros sacerdotes, en todos tiempos, y especialmente en los malaventurados que corren, ha habido y se encuentran algunos miserables, hez y escoria de tan respetable clase. El lector se acordará tan bien como nosotros de haber hallado en su vida alguno que, haciendo gala de su desvergüenza, se parecía quizá al mezquino ente que aquí tratamos de describir.



SEGUNDA MANOLA.

Chica, por poco se aprisa.

PRIMERA MANOLA (al cura.)

Diga usted, cura de fuelle,  
¿No canta usted?

EL CURA.

*(Concluye una salada que la sienta muy mal.)*

¡Salerosa!

PRIMERA MANOLA.

Vive la gracia!

SEGUNDA MANOLA.

Mohosa,  
Mala mano te desuelle.

EL CURA (apurando el vaso.)

¡Sangre de Cristo! al avío.

SEGUNDA MANOLA.

Vamos, pues, toque este aprisa.

EL CURA.

Consumé: sign la misa,  
Y ayúdame la, hijo mio.*(A un mozalet que alternará con el cantando.)**(Mientras rasga la guitarra, desaparece la fisonomía del cura en un esfuerzo entre millares de sinobles gestos.)*

No hay religion mas santa (Canta.)

Que la de Cristo,

Que señala á los moros

Como enemigos,

Guerra á los cueros,

Porque matando moros

Se gana el cielo. (Danzan.)

SALADA.

¿Estás triste, dueño mio?

¿No respondes?

ADAM (distruido.)

No sé, siento

Una ansiedad, un tormento.

SALADA.

Me matas con tu desvío:

Mira, Adan, me miro en ti

Como en Dios: ¿qué mal te oprimo?

Por Dios, Adan, por Dios dime

Que tambien me amas así.

ADAM (con frialdad.)

Sí, te amo.

SALADA (con ternura.)

¿No es verdad?

Yo con locura: ¿suspiras?

¿No respondes? ¿No me miras?

*(Adan recorre con los dedos la mesa, y los ojos bajos)*

profundamente pensativo; ella con zozobra le mira fijamente y los ojos húmedos de lágrimas. Sigue la danza.)

PRIMERA MANOLA (con desgarro.)

¡Jalea de navidad!  
¿Quién me la compra?

SEGUNDA MANOLA.

(Señalando á Adán y á la Salada.)

¿Qué par!  
¡La romántica! ya lloras  
Traigan agua á la señora,  
Porque se va á desmayar.

EL CURA (canta.)

La mujer y las flores  
Son parecidas,  
Mucha gala á los ojos  
Y al tacto espigas:

Y yo que tengo  
El corazón herido nunca escarmiento:

(Corro de guapos.)

PRIMER GUAPO.

¿Con que es aquel?

(Señalando á Adán con el gesto.)

SEGUNDO GUAPO.

Aquel es.

TERCER GUAPO.

Un trago, que pase el miedo.

SEGUNDO GUAPO.

Sr. Matorrales, quedo.  
Que es muy hombre.

TERCER GUAPO.

¿Por los piés?

SEGUNDO GUAPO.

Y por las manos:

PRIMER GUAPO.

Amigo,  
Dice el refrán que su silla  
Pierde el que se vá á Sevilla.

SEGUNDO GUAPO.

Y es natural.

TERCER GUAPO.

Pues yo digo  
Que la cortaré la cara.

(Manolos bailando.)

PRIMER MANOLO.

Coja usted tierra, salero.

SEGUNDA MANOLA.

Estoy por decir no quiero.



EL CURA (*mirando de reojo a los majos.*)

Buena danza se prepara.

(*Canta.*)

Tienes una boquirris  
Tan chiquitirris,  
Yo me la comeriba  
Con tomatirris.

EL CHICO (*canta.*)

Y en tus ojos,  
¡Ay! se me baila el alma  
Que me derrito.

PRIMER GUAPO.

¿No te ha conocido?

TERCER GUAPO.

No:

Está ella muy distraida.

SEGUNDO GUAPO.

Quien bien quiso tarde olvida.

TERCER GUAPO.

Pues ella pronto olvidó.

TABERNEBO.

Una azumbre se me debe.

TERCER GUAPO.

Eche usted otra, que quiero

Que el mozo aquel tan salero  
Y aquella niña lo pruebe.

ADAN (*á la Salada.*)

¡Me ahogo! siento un deseo,  
Salada, no sé de qué.  
Un afán...

SALADA.

Yo sí lo sé;

No me quieres: bien lo veo.

ADAN.

¿Vistes aquel pez dorado  
Que en tu casa en un fanal,  
Breve lago de cristal,  
Da vueltas aprisionado,  
Y en la ventana al sol mira  
Tejiendo en torno colores,  
Y en las macetas las flores  
Donde la brisa suspira:  
Y ya esencha su ramor  
Que le encanta, y le suspende  
Ya la llama que se enciende,  
Ya la beldad de la flor:  
Y en su cárcel cristalina  
Nada con mas lijereza  
Por gozar de la belleza  
Que los ojos le fascina?

Pues así yo, dueño mio,  
La tierra, la luz, el cielo,  
Disfrutar con loco anhelo,  
Y sin saber cómo, ansio.

Mira, si tú, vida mía,  
Me amaras como yo á tí,  
Todo eso hallaras en mí  
Y tu ansiedad calmara.  
Yo, que tu amor solo anhelo,  
Para templar mis enojos,  
Busco mi luz en tus ojos,  
Hallo tu frente en mi cielo:  
Y estando á tu lado, Adán,  
Ni ese sol ni el cielo veo:  
Que eres todo mi deseo  
Y eres tú todo mi afán.  
Decir ternuras ignoro,  
Ruda y salvaje nací,  
No sé que pasa por mí  
Ni tampoco por qué lloro:  
Fuego en mi amargo dolor,  
Fuego de Dios en mi estrella,  
Que no me formó mas bella  
Para aumentarte tu amor.  
Mal haya, mal haya amen  
Cuando te vi, y quién te viera  
Que al mirarte no aprendiera  
Al momento á querer bien?

ADÁN.

¿Ves tú cuando tornasola  
Los cielos la luz del día,  
Y huye la noche sombría,  
Y en tintas mil arrebola  
La aurora el blanco celaje,  
Y cantan á la alborada  
Las aves en la enramada,  
Luciendo el vario plumaje?  
Mas placer, mas luz, mas vida,  
Mas amor vierte á torrentes  
Ese estrepito de gentes  
Que en multitud confundida  
Ayer vi cuando á tu lado,  
Con tanto afán, tanto gozo,  
Tanta gala y alborozo,  
Bajaban tantos al Prado.  
Adornos tan relucientes,  
Ricos trajes y colores,  
Coches, caballos, primores,  
Y gustos tan diferentes;  
Y el lujo y la gentileza  
De aquellos tan altaneros  
Que llamas tú caballeros  
Y damas de la nobleza;  
¿Cómo pueden no admirar  
Al que siquiera los mire?  
¿Quién habrá que no suspire  
Por su grandeza igualar?



SALADA.

¿Quién mejor que tú entre ellos?  
 Por el mejor de mas brio  
 No trocara yo, Adán mio,  
 Un rizo de tus cabellos.

ADAN.

O estoy loco, vive Dios,  
 O no me entiendes, Salada.

TERCER GUAPO.

*(Se acerca al primero con el jero de vino.)*

Vé y dales la cambiada  
 Y brinda tú por los dos.

*(Quedan en observacion en el rincón opuesto los dos guapos.)*

PRIMER GUAPO *(a Adán y la Salada.)*

Dios bendiga lo que cria  
 Bueno y lo estoy yo mirando.

LA SALADA *(con desgabo.)*

Vaya un don Nécio.

PRIMER GUAPO.

Estimando.

Mi alma, mas cortesía.

Mocito, un sorbo siquiera. *(A Adán.)*  
*(Adán sin mirarle continúa distraído.)*

SIGUE EL PRIMER GUAPO.

¿Y usted, niña?

SALADA.

Me hace mal

La espuma.

PRIMER GUAPO.

¡Viva la sal!

*(Acercándose al oído de ella.)*

¿Está el gaché de quimera?

SALADA.

¿Sabe usted los mandamientos?  
 Pues el quinto no meler.

PRIMER GUAPO.

Se me olvidan sin querer  
 A veces.

GUAPO TERCERO.

*(Al segundo en acecho desde el rincón opuesto.)*

Bebo los vientos

De pura cólera.

SEGUNDO GUAPO.

El majo

De monos sin duda está.

PRIMERA MANOLA. *(Corro de baile.)*

¡Un soponcio, que me da!

PRIMER MANOLO.

Viva ese desparpajo!

EL CURA. *(Canta.)*

Nunca mató á los hombres  
 La pena negra.  
 Desventuras y males  
 Y penas vengan.  
 ¡Ay! las mujeres  
 A los hombres mejores  
 Les dan la muerte!

PRIMER GUAPO.

Móctor, ¿usted ha perdido *(A Adán.)*  
 El habla?

SALADA.

Vaya un moscón.

ADÁN.

No gasto conversacion.

PRIMER GUAPO.

¿Se da usted por ofendido?  
 Pues lo siento.

ADÁN *(con calma.)*

Se acabó.

SALADA.

¿Lo quiere usted claro?

PRIMER GUAPO.

SÍ.

SALADA.

Que está usted de mas aquí.

PRIMER GUAPO

*(Se rasca con sorna y meneos truhanescos.)*

No entiendo indirectas yo.

TERCER GUAPO *(al segundo.)*

El demonio me retienta,  
 Compañero. *(Gentilian en acecho.)*

SEGUNDO GUAPO.

Crie usted pecho.

PRIMER GUAPO.

¡Tengo una sangre!

SEGUNDO GUAPO.

El despectio!

PRIMER GUAPO.

Y la indina que lo aumenta.

*(Corro de baile.)*

PRIMERA MANOLA.

Pae cura, ¿usté se enronquace.

SEGUNDA MANOLA.

Hija, dale un caramelo.



EL CURA.

De verte á ti me amartelo,  
Pichona.

SEGUNDA MANOLA.

Me lo pareca.

EL CURA. *(Canta.)*

Arrecógete y brinca,  
Menéate y salta,  
Porque tanto meno  
Me lleva el alma.

EL CHICO. *(Canta.)*

¡Jesus, qué liga!  
Y es lo bueno que nunca  
Miente la pinta.

SALADA.

¿Con que no?

PRIMER GUAPO.

Pues por supuesto.

*(Adán se levanta y lo coge con fuerza del brazo.)*

ADÁN.

Buen amigo, basta ya.

*(Lo separa sujetándole sin trabajo y vuelve á sentarse.)*

PRIMER GUAPO. *(Echa mano á la navaja.)*

Un demonio bastará,

Que el brazo me ha descompuesto.

TERCER GUAPO.

*(Al segundo, echándose ya en medio.)*

Compañero, me perdí.

SEGUNDO GUAPO. *(Siguiéndole.)*

Ya se armó.

TERCER GUAPO.

*(Desembozándose y presentándose á la Salada.)*

Mala carcoma,

Dí, ¿me conoces? pues toma.

*(Le tira una navajada á la cara que no le da.)*

SALADA.

Esas se dan siempre así.

*(Le entra el cuchillo junto al corazón.)*

TERCER GUAPO.

¡La unción! ¡favor! ¡me han herido!

TABERNERO.

En mi casa.

EL CURA.

Las ligó.

*(Tira la guitarra y sale á escapar.)*

*(Huyen todos precipitadamente, coge á Adán la Salada del brazo, y salen juntos por la puerta de la trastienda.)*

ADÁN.

¿Qué has hecho tú?

SALADA.

¿Qué sé yo?

Corre pronto.

Me han perdido.

*(Gente, justicia que acude, etc.)*

FIN DEL CUADRO.

Tú el espíritu, amor, tú eres la vida  
 De la mujer que en tu ilusión se ceba,  
 Y halla en tí solo su ansiedad cumplida  
 La que tu nardo penetrante prueba:  
 El viento en remolinos sacudida  
 Acá y allá inconstante el alma lleva  
 Del hombre, y pasajero devaneo  
 Eres no más de su primer deseo.

Inmenso mar que brinda al navegante  
 Con mansas olas y sereno viento,  
 Y una playa riquísima y distante  
 Que ilumina á su gusto el pensamiento,  
 Y una luz que se pierde rutilante  
 Y brilla con inquieto movimiento,

Glorias, tesoros, la esperanza ofrece  
 A su ambicion que en su delirio crece.

¡Cuánto en la juventud la vida es bella!  
 Con músicas regala nuestro oído,  
 Los ojos guía reluciente estrella,  
 Brinda la flor aromas al sentido:  
 Lánzase el hombre con ardor tras ella,  
 Como al dejar el águila su nido,  
 Buscando al sol, y con seguro vuelo  
 Volando á hallarle en el remoto cielo.

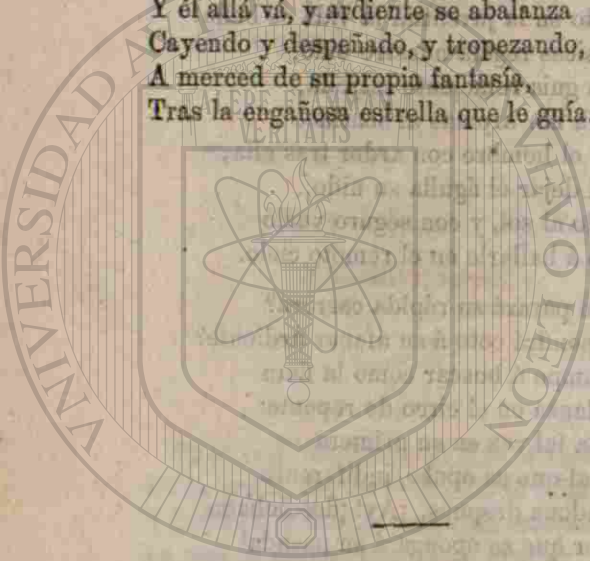
¿Quién parará su rápida carrera?  
 ¿Quién pondrá coto á su afanar ardiente?  
 Corre campo á buscar como la fiera  
 Que se lanza en el circo de repente:  
 Arrebata tal vez en su primera  
 Locura al que se opuso, indiferente  
 Lo abandona despues. ¡Ay! ¡desdichada  
 La mujer que se oponga á su pasada!

Flor que arrebata de su tallo el viento,  
 La roba enamorado y se la lleva,  
 Bésala y acaríciala violento  
 Con nuevo ardor y con locura nueva:  
 Bebe su aroma de su olor sediento,  
 Y las hojas la arranca; en ellas ceba  
 Su amoroso furor, y al fin la arroja  
 Cuando marchita y sin olor le enoja.

Y sigue, y allá vá, y allá se lanza,  
 Y allá acomete, la region buscando,



Que la imaginación apenas alcanza  
 A pintarse, su vuelo remontando:  
 Y él allá vá, y ardiente se abalanza  
 Cayendo y despeñado, y tropezando,  
 A merced de su propia fantasía,  
 Tras la engañosa estrella que le guía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CUADRO II.

ESCENA PRIMERA.

Habitación de la Salada.

ADAN Y LA SALADA.

SALADA (*acariciándole.*)

Gachon mio: dí, ¿no das  
 Un beso á tu pobre amante?

ADAN.

Por qué has herido á aquel hombre?

SALADA.

¿Por qué? porque yo á mi padre  
 Le oí decir, que aquel gana  
 El pleito que pega ántes.

ADAN.

No sé por qué no me gusta  
Ver esas manos con sangre:  
¡Son tan lindas! llevar flores  
Mejor que un puñal les cae.

SALADA.

Bien puede ser, y si quieres,  
Tan solo por agradarte,  
Nunca cogeré un cuchillo,  
Y aun dejaré que me maten.

(Con gachonería.)

ADAN.

¡Qué hermosa es! *(La da un beso.)*  
*(La Salada juega con sus rizos.)*

SALADA.

¡Cómo en ondas

Los negros rizos le caen!

Quisiera tener millones

De almas para adorarte,

Y en cada cabello tuyo

Enredar una. ¡No sabes

Cómo te amo, Adan mio!

Y en esos ojos que arden,

Quisiera ser mariposa

Para en su luz abrasarme:

Échate, Adan, en mi falda,

Así. ¿Estás bien? ¡Cuál te late

El corazón! ¿no es verdad  
Que es solo mío? ¡Ah! dame  
Otro beso, mas ¿qué tienes?  
¿No me escuchas?

ADAN *(entre sí.)*

¿Por qué nacen  
Pobres como yo los unos,  
Y nacen los otros grandes?

SALADA.

¿Qué murmuras?

ADAN.

Tú que has visto

Esos ricos tan galanes,

Que en poderosos caballos,

Con jaeces tan brillantes

Galopan, ó reclinados

En magníficos carruajes,

Parece que se desdennan

En su soberbia insultante

De mirar á los que cruzan

A pié como yo las calles;

Tú, en fin, que el mundo, aunque en vano

Quisiste ayer explicarme,

Mundo que en mil confusiones

Mas me enreda á cada instante,

Dime, ¿esas damas tan bellas

Con esos garbos y trajes,



Viven así? dime ¿hablan  
Como nosotros? ¿qué hacen?

SALADA (con gesto desabrido.)

Dueño mio, somos hijas  
Toditas de un mismo padre,  
Y la mejor es tan buena  
Como yo, y ¡gracias!....

ADAN.

Me hablaste  
De eso de un padre comun  
Tambien ayer.

SALADA.

Son de carne  
Y hueso como tú y yo.

ADAN.

Es inútil que me canse:  
Ni yo te acierto á entender,  
Ni tú aciertas á explicarte.  
Pero dime, ¿cuáles son  
Sus diversiones, sus bailes,  
Su vida, sus alegrías,  
Sus casas? ¿cómo se hace  
Para juntarse con ellos.  
Con ellos vivir, hablarles,  
Y en lujo, poder y galas  
A su grandeza igualarse?

SALADA.

¿Te acuerdas, Adan, del pez  
Dorado, que entre cristales  
Gira admirando del sol  
Los rayos en que se parte,  
Y oyendo el rumor del aura  
Entre las flores suave,  
Embebecido en su música  
Ansía quebrantar su cárcel  
Por gozar de la armonía  
De luces, flores y aires?  
Pues, pobre pez si cumpliera  
Su voluntad, que al hallarse  
En otro ajeno elemento  
Del elemento en que nace,  
Céfiro, luces y flores  
Le dieran muerte al instante.  
Sueños son esos, Adan,  
Los que tu mente distraen,  
Aire que anhelas coger,  
Porque los sueños son aire:  
Entre esas gentes altivas  
Quien mas de nosotros vale,  
No alcanza sino desprecios  
En premio de su donaire.  
Nuestros enemigos son,  
Y el modo de ser ignales,  
Es en la misma moneda  
En que nos pagan, pagarles.

Y piensa . . . pero no quiero  
Pensar en ello, ni caben  
Pensamientos de otro amor  
En tu corazón de ángel;  
Pero . . . si acaso esas damas  
(con ira celosa.)

Las de las blondas y encajes,  
Tal vez . . . si tú en tu delirio  
De mí olvidado . . . no sabes,  
Adán, de lo que es capaz  
Una mujer por vengarse;  
Pero no, no: no es verdad:  
Tu amor es mío: Adán, dame  
Mil besos, uno tan solo  
Que mis inquietudes calme.

ADÁN.

Puede ser; pero ¿por qué  
Riquezas que son palpables,  
Galas que miran mis ojos,  
No han de estar nunca á mi alcance?  
Tanta ansiedad me fatiga,  
Mil pensamientos combaten  
Dentro de mí, pasan, huyen . . .  
Un beso, mi bien,

(Le besa la Salada con amor.)

Regale

Tu boca mi corazón:

Y entre tus brazos descansen  
De tanto afán. (Se duerme.)

(La Salada le contempla dormido con ternura íntima, y le hace aire con un abanico, mientras le guarda el sueño. Besa de cuando en cuando la frente hermosa y serena de Adán, y le separa los rizos que el aire suele traer á vagar sobre ella.)

SALADA.

Se ha dormido.

¡Qué hermoso es! ¡qué suaves  
Sobre sus cerrados ojos  
Las negras pestañas caen!  
¡Cómo respira! No hay flores  
Que tan rico olor exhalen  
Como para mí su boca:  
¡Cómo en su frente se esparce  
Tanta belleza, reunida  
A tan varonil y grave  
Majestad! ¡Qué diferente  
De los otros hombres! ¡Nadie  
Mas feliz que yo! . . . ¡amor mío!  
¡Ah! ¡Déjame que te ame  
Toda mi vida, y me muera,  
Mi bien, así, contemplándote!  
Pero ¿por qué esta zozobra  
Con que el corazón me late?  
¿Por qué de súbito siento  
Ira y locura, y matarle,  
A veces cuando le miro,



Quisiera, y luego matarme  
 A mí también? ¿Porque sea  
 Mío solo? ¿Quién robarme  
 Mi dicha y su amor intenta?  
 El es mío, no ama á nadie,  
 Ni puede amar sino á mí:  
 A mí sola, á mí; ¿y quién sabe  
 Si siempre así me amará?  
 ¡Oh! El corazón se me parte  
 De solo dudarlo! entonces...  
 ¡Triste la que me arrebató  
 Su corazón! ¡Oh! morir  
 Solo me queda en tal trance!  
 ¡Matarle y morir, y luego  
 Idolatrar su cadáver!  
 ¿Y qué mujer de mis brazos  
 Será capaz de robarte,  
 Adán mío? *(Con ternura.)*  
 ¡Cómo suda!

*(Le enjuga la frente con un pañuelo blanco.)*

¡Oh! sean mis manos cárcel  
 De ese corazón que es mío;  
 Que no me lo robe nadie.

*(Le pone ambas manos sobre el pecho, como para  
 aprisionarle el corazón.)*

¡Oh! deshojad sobre su frente flores  
 Del noble mozo en su primer mañana,  
 Guardad su sueño, amores,  
 Mimad conmigo su beldad temprana,

Dejadme en mi alegría  
 Cuidar yo sola de la flor que es mía.

ADAN. *(despierta.)*

¡Qué calor! ¿Dónde estoy?

SALADA.

Aquí, bien mío,  
 ¿No me ves? á mi lado.

ADAN.

¡Oh! sí, soñaba;

Pero un sueño tan dulce, un desvarío  
 Tan alegre que el alma me robaba.

SALADA.

*(Reconviniéndole dulcemente.)*

No hay sueño alguno por feliz que sea,  
 Que yo no cambie por mirar tus ojos,  
 Y tú el sueño al dejar que te recrea,  
 Viéndome al despertar sientes enojos.

ADAN.

Era un sueño.... Sabrás, hermosa mía,  
 Que era una tarde en el florido abril,  
 Cuando viste del campo la alegría  
 Hojas al bosque, flores al jardín;  
 Vagaba solo yo por la ribera  
 Del Manzanares: lo que fué de tí  
 No sé, Salada mía, ni siquiera  
 Cómo yo solo me encontraba allí.

Quando de pronto á la azulada cumbre  
De un monte lejos me sentí volar,  
Y un hilo suelto al aire en viva lumbre  
Vi ante mis ojos fulgido ondear.

Yo asido al hilo trepo á la montaña.  
¡Oh! cuánto entónces á mis plantas ví!  
¡Cuántos acentos y algazara extraña  
Alzarse alegre de repente oí!

Haciendo generosa gentileza,  
Cien caballeros rápidos pasar,  
Ágiles ví, domando la fiereza  
De sus caballos que al galope van.

Y entre la luz de remolinos de oro  
Que deslumbran los ojos como el sol,  
Mujeres, de beldad rico tesoro,  
Brindando glorias, y vertiendo amor:

Y danzas, juegos, y algazara y vida,  
Magnífico tropel y movimiento,  
Riqueza abandonada y esparcida  
Cuanta puede crear el pensamiento.

Y yo tambien con ellos me juntaba,  
Y con oro y con trajes de colores  
Ya cual aquella gente me adornaba,  
Y era tambien señor entre señores.

Y tambien mis caballos á mi brío....

SALADA.

¡Y ni un recuerdo para mí entre tanto,  
Ni un recuerdo guardabas, Adán mio,  
A esta pobre mujer que te ama tanto!

ADÁN.

Y en un caballo con la crin tendida,  
La cola suelta vagarosa al viento,  
Y la abierta nariz de fuego henchida,  
En alas iba yo de mi contento.

Y zanjas, montes, valles y espesuras,  
Y ramblas, y torrentes traspasaba,  
Y otros montes despues, y otras llanuras,  
Y nunca fin á mi carrera hallaba.

Y siguiendo á mi loca fantasía,  
Jinete alborozado en mi bridon,  
Latiendo de entusiasmo y de alegría,  
Mi anhelo redoblaba su furor:

Mi frente sudorosa palpitando,  
Azotaba mi rostro el huracan,  
Mis ojos fuego en su inquietud lanzando,  
Campo adelante devorando van.

¡Oh! ¡qué placer! En medio al torbellino,  
Oír el trueno rebramar y el viento,  
Siguiendo en polvoroso remolino  
El ímpetu veloz del pensamiento:



Y en incesante vértigo y locura,  
Desvanecida en confusion la mente,  
Cuánto el deseo y la ilusion figura  
Arrojarse á alcanzarlo de repente!

¡Oh! yo entendia voces y cantares,  
Y ví mujeres ante mí volar,  
Y atrás quedaban gentes á millares,  
Y encontraba otras gentes mas allá.

¡Oh! si me amas, si tu amor es cierto,  
Llévame al punto donde yo soñé:  
¡Un caballo! ¡un caballo! ¡campo abierto!  
Y déjame frenético correr.

Viento que en torno de mi frente brame,  
Rayos que sienta sobre mí tronar,  
Triunfos, y glorias y riquezas dame  
Que derramen mis manos sin cesar.

SALADA.

¡Oh! ¡Adan! ¡Adan! ¡Tu corazon no es mio!  
¡Oh! Tu ambicioso corazon delira;  
¡Ay! que me lo robó tu desvarío,  
Y por solo mi amor ya no suspira!

Pobre mujer, ¿qué puedo yo ofrecerte,  
Ni qué te puedo en mi desdicha dar?  
Ten compasion de mí, dame la muerte;  
¡Oh! no me dejes sin tu amor llorar.

¡Ah! dime ¿dónde, dónde yo podría  
Hallar esas venturas para tí?

¿Dónde? mas ¡ah! que la desdicha mia  
En mi impotencia me arrojó á morir!

Jamás, jamás, Adan, nunca hasta ahora  
Mi bajeza en el mundo he conocido,  
Mi corazon que desgarrado llora  
Tan amargo dolor nunca ha sentido!

¡Oh! ¿qué me da mi condicion villana?  
Despreciable mujer, juguete vil,  
Arrojada en el mundo una mañana  
Cuando la luz entre miserias ví.

Cuando entre bosques que el viajante ignora  
Mi madre moribunda me parió,  
Nacida al mundo en maldecida hora,  
Fruto podrido, hija de un ladron!

¿Sabes, Adan, lo que le guarda el mundo  
A la que nace como yo nací?  
En una cárcel un rincon inmundo,  
Y un hospital quizá donde morir:

Una belleza, infame mercancía,  
Que una pobre mujer por oro trueca,  
Y gozando en su propia villanía  
Un corazon que el infortunio seca.  
Y en pecado y vergüenza concebida,  
Y en la frente el escándalo, marchar  
A abrirse campo en su azarosa vida  
Con lucha eterna é incesante afan.

¡Miserable de mí! ¡yo había vivido  
Contenta con mi orgullo en mi bajeza!  
Tú no lo sabes; pero tú has herido  
Una alma, en fin, que á comprenderse empieza.

Tú, Adan mio, sin querer has hecho  
Pedazos mi amargado corazon,  
Perdida ya la que guardó mi pecho  
Ilusion dulce de un dichoso amor,

¡Oh! ven acá, te estreche entre mis brazos;  
Déjame en mi dolor llorar así:  
¡Fueran, Adan, eternos estos lazos,  
Y yo llorara en mi afliccion feliz!

¡Déjame que te bese con locura,  
Déjame que te apriete al corazon!  
No sé qué voz secreta en mi amargura,  
Adan, me dice que á perderte voy,

¡Perderte! ¡y para siempre! ¡y yo que nada  
Quiero ya, sino á tí, voy á perderte?  
Déjame así morir, así abrazada,  
¡Muriendo yo bendeciré mi muerte!

Mira, Adan mio, alma de mi vida,  
Yo no soy mas que una infeliz mujer,  
Pobre en el mundo, una mujer perdida,  
Con solo desventuras que ofrecer.

No tengo nada; ¡pero te amo tanto!  
¡Tengo un tesoro para tí de amor!

¡Oh! no me dejes, muévate mi llanto,  
Muévate mi afligido corazon.

¡Oh! ¡no me dejes! y pues ansías oro

Y dichas que no alcanzo á darte yo,  
El mundo te prodigue su tesoro,  
Y yo, tu esclava, te daré mi amor.  
Yo sufriré en silencio tus desvíos,

Yo, tu criada, partiré tu pan,  
Y una mirada de esos ojos míos  
Hará mi dicha, premiará mi afan.

¡Ay! ¡no me dejes nunca!

ADAN.

¿Yo dejarte?

¿Y para qué, y por qué? ¡tú, mi querida!

¿Ni cómo, aunque quisiera abandonarte,  
Juntos tú y yo lanzados en la vida?

Tu desdicha en tus quejas adivino:

¿Y habrá de ser eterno tu dolor?

¡Qué poderosa mano á ese destino  
Para siempre, Salada, te amarró!

¡Oh! en esas tierras donde yo soñaba,  
Allí, do todo es glorias y placer,  
Allí, do nunca de gozar se acaba,  
Ven, mi Salada, ven y te amaré.

Un caballo, un camino, y á ese cielo  
Yo escalaré; yo siento dentro de mí



Fuerza bastante en mi ambicioso anhelo  
Para cambiar, ¡quién sabe! el porvenir.

SALADA.

(Dejándose a rebatir del entusiasmo de Adan.)

¡Juntos! ¡juntos los dos! ¡Oh! sí, marchemos,  
Romparamos del destino las cadenas:  
El mundo no es Madrid, juntos volemos  
A otras gentes hallar y otras escenas:

¿Qué, adonde quiera llevaré en mi frente  
Grabado el sello de vergüenza? No:  
Que en otras tierras, y entre nueva gente  
Ennoblecida brillará en tu amor.

Huyamos, sí, de la laguna impura  
Donde entre cieno sin tu amor viví:  
Huyamos á esas tierras de ventura  
Que á entrambos nos ofrece el porvenir.

¡Gracias! ¡gracias! amor, bendito seas.  
Que mi bajeza me revelas tú:  
Huyamos luego, Adan, donde deseas,  
A otro país que alumbrará otra luz!!

ESCENA II.

Ruinas que me traen  
Párese, y esa...

Dichos y el CURA.

(Poco despues hasta seis hombres de malas cataduras y modales rústicos.)

EL CURA (*frotándose las manos.*)

¡Albricias! ¡no hemos salido  
De mala! por la tetilla  
Derecha le entró, y si acierta  
A entrarle mas una línea,  
Pax Christi.

ADAN (*aparte á la Salada.*)

No sé por qué  
Me irrita solo la vista  
De ese sapo.

SALADA.

Adan, huyamos.

¡Y yo contenta vivia! (*aparte.*)

EL CURA (*con tono truhanesco.*)

Vive Dios, señor Adan,  
Que tiene usted una niña  
Que da la vida á un cristiano,  
Lo mismo que se la quita:

Tan buena para un barrido  
 Como un fregado: ¡que vivan  
 Esos ojuelos que me matan,  
 Princesa, y esas manitas!

ADAN (con impaciencia.)

¡Ea! basta ¿qué queréis?

EL CURA.

Si incomoda mi visita  
 Me iré, mas ya me hago cargo,  
 La gente se divertía  
 Como Dios manda: ¡solitos!  
 ¡El demonio me maldiga!  
 Mas siento yo interrumpir....  
 Pero.... vamos.... yo creía  
 Que para todo había tiempo....  
 Luego como corre prisa  
 Nuestro negocio, y los otros  
 Van á acudir á la cita....  
 Y segun me han dicho, usted  
 Es tambien de la partida....  
 Yo, por eso.... La señora,  
 Que me conoce hace dias,  
 Sabe muy bien que no soy  
 Yo mosca nunca: en mi vida  
 La he estorbado para nada....  
 Cada cual allá se avía,  
 Y á vivir. ¿Qué, no es verdad,  
 Señora Salada?

SALADA (aparte.)

Grima

Me da de oírle.

EL CURA.

Lo otro

No es cosa que á usted le aflija:

Él ya habrá muerto á estas horas,

Y la señora justicia,

Como no sabe quién fué

Quien le apagó, ni en su vida

Sabrá tampoco á quién tiene

Que acudir, queda *per istam*:

Aquí no hay nada que hacer

Sino apandarse unos dias,

Y aguardar que Dios mejore

Sus horas. Tiberio viva,

Y el pan á dos cuartos. ¡Prenda!

(Acercándose al oído con instancia y picardiguéla.)

Vamos, una preguutilla:

¿Que le ha dado usted al mocito

Que está que parece quina?

SALADA (con desabrimiento.)

Oiga usted, padre curiana,

A un ladito, que me tizna.

(Entran los seis.)



PRIMERO.

La paz de Dios, caballeros.

(Van entrando, unos se sientan, otros se quedan de pié.  
algunos sacan tabaco.)

EL CURA.

Ya está la gente reunida.

(Da un silbido, y se asoma á una reja adonde acude un  
chico con quien habla.)

Pupas, ya sabes la seña,

Corre á tu puesto y avisa.

SEGUNDO.

¿Conque es la cosa esta noche?

TERCERO.

(Al primero, señalando á Adán.)

¿Es este el mocito, Chispas,  
que recomendó su padre?

PRIMERO.

Pues, el mismo.

CUARTO.

A Saladilla

El diablo le ha vuelto el juicio.

TERCERO.

Padre cura, ¿qué noticias

Tiene?

EL CURA.

Muchas y muy buenas.

PRIMERO.

Pues desembuche.

QUINTO (señalando á Adán.)

La pinta

Es de un elefante en leche.

Mocito ¿hay ánimo?

ADAN.

Y diga,

¿Para qué me ha de faltar?

SEXTO.

Como es la primer cabrita

Que desuella....

ADAN.

La primera

Vez que he pensado en mi vida,

Pensé alcanzar con la mano

Donde alcanzaba la vista.

PRIMERO.

Bien dicho.

(El padre cura entretanto ha estado hablando á los  
otros.)

CUARTO.

¿Y en eso está?

EL CURA.

Luego que quedó Chiripas  
 En abrir por la cochera  
 Y darnos entrada arriba,  
 Dije para mi capote:  
 Recemos la letanía,  
 Y entonemos un *Te Deum*,  
 Porque la ocasion la pintan  
 Calva; y para sosegar  
 Mi conciencia dije á un quidan  
 Que en la taberna de enfrente  
 Estaba que hiciese esquina  
 Sin quitar ojo á la casa,  
 Y pagara por Chiripas  
 Cuanto bebiese, que yo  
 Esta noche volveria  
 Con mi guitarra y mi acólito  
 A echar cuatro seguidillas  
 Y alegrar el barrio.

TERCERO.

Y oiga;  
 ¿Entra en el ajo Chiripas?

EL CURA.

Él, como es natural,  
 No quiere que nunca digan  
 Que fué capaz de vender  
 Ni hacer una alevosía.

A la que le da su pan:  
 Eso no, bueno es Chiripas.  
 No digo yo á su ama, á nadie  
 Hará una mala partida.

PRIMEBO.

Y hace bien.

EL CURA.

Pero es distinto  
 Que en estando ya dormida  
 La gente, que entreis vosotros  
 Y la ateis, y luego os sirva,  
 Llevándoos sin hacer ruido,  
 Ni ver á nadie, á la misma  
 Alcoba donde su ama,  
 Que no espera la visita,  
 Dormirá: y así ha quedado  
 En que la cosa se haria,  
 Para no tener que ver  
 Despues él con la justicia,  
 Cumplir como buen criado  
 Y hombre de bien. Yo en la esquina  
 Mientras, haré la deshecha,  
 Y allí con mi guitarrilla,

*(Hace gestos de jaleador.)*

Y cuatro coplas, y alza  
 Que te se ve hasta la liga,  
 Y toma y vuelve por otra,  
 Tendré la gente reunida



De la calle: por si acaso  
 Cacarea la gallina  
 Que no se oiga y que en paz  
 Vosotros hagáis la limpia.

ALERE FLAMMA  
 VERITATIS  
 TERCERO.

¿Y habrá fuego?

EL CURA.

Hasta los codos:

Es la condesa de Alcira  
 Viuda con muchos millones,  
 Y alhajas y piedras finas,  
 Y mas condados y rentas  
 Y tierras que el mapa pinta.

PRIMERO.

Moneda acuñada, padre,  
 Y déjese de baratijas.

SEGUNDO (*refregándose las manos.*)

¿Y es buena moza?

TERCERO.

Me gusta

La pregunta; que sea rica  
 Y haya donde entrar la mano,  
 Y mas que tenga comida  
 La cara de lamparones.

ADAN (*con interés.*)

¿Y es de esas damas que habitan  
 Palacios?

EL CURA.

Uno tan grande  
 Que entrando no se atina  
 A salir: pero no hay miedo,  
 Que para eso está Chiripas,  
 El lacayo incorruptible  
 Y fiel, que hallara salida  
 Al laberinto de Creta.

(*Se va haciendo de noche. La Salada entra con un  
 velon encendido.*)

ADAN.

¿Tendrá coches?

EL CURA.

Y berlinas,

Y cabriolés, y oro y plata  
 Mas que producen las Indias.

PRIMERO.

¡El chibato; de oírle solo  
 Los ojos se le encandilan.

LA SALADA (*aparte.*)

(*Con los ojos llenos de lágrimas.*)

¡Pobre de mí!

PRIMERO.

Chica, ¿lloras?

SEGUNDO.

¿Por qué llora usted, mi vida?

ADAN (sin reparar en ella.)

Vamos pronto, vean mis ojos  
 Cuanto vió mi fantasía:  
 Toquen mis manos en fin  
 Los sueños de mi codicia.

TERCERO.

Buen pollo; que á este le pongan  
 Donde haya.

PRIMERO.

Bien se explica.

SEGUNDO (á la Salada.)

Pero ¿por qué llora usted?

PRIMERO.

Cosas de mujeres.

QUINTO.

Niña,  
 Le duele á usted algo.

SALADA.

El alma  
 Y el corazon; Adan, mira,

(Se adelanta con energía á Adan.)

¿Ves estas lágrimas? son  
 Las primeras que en mi vida  
 Me ha hecho derramar un hombre;  
 No hagas tú que mi desdicha  
 Se trueque en rabia, y se cambie,  
 Adan, mi ternura en ira:  
 No quiero, no; tú no irás  
 Porque yo no quiero.

EL CURA.

¡Chispas!

¡Qué mala yerba ha pisado  
 La mocita!

SALADA.

Tú imaginas  
 Que esa mujer es hermosa:  
 ¿Pensabas que yo querria,  
 Que lo imagino tambien,  
 Dejarte ir? ¡Ah! ¿tú olvidas  
 Que yo te amo y te finges  
 Ilusiones y alegrías  
 En otra parte, sin mí,  
 Con otra mujer? ¿La hija  
 Del ladron cambiar presumes  
 Con desprecio por la altiva  
 Condesa, por la señora  
 Que arrastra noche? deliras.  
 Sí, tú te has dicho á ti mismo:  
 Es una mujer perdida;  
 La que ha nacido en el fango



Que llore en el fango y viva  
 Tú has olvidado mi amor,  
 Mi delirio, mis caricias.  
 ¡Ingrato! que sin tu amor,

(Con ternura y saltándosele la lágrima.)

Sin ti detesto la vida,

Que no tengo mas que á ti,

Que te amo: ¡oh! de rodillas

Yo te lo ruego, Adan mio,

No vayas, te lo suplica

Tu pobre Salada, no....

Perdona, Adan, alma mia,

No vayas, no, el corazon

Me da que alguna desdicha

Nos va á suceder... no vayas.

¿No harás lo que yo te pida?

ADAN.

¿No ir? Salada, ¿no ir yo

Cuando fortuna me brinda,

Y en realidades mis sueños,

En verdad mi fantasía

Trueca? ¿quién? ¿yo, yo no ir?

¿Yo no ir?... tú desvarías.

PRIMERO.

Pero ven acá, ¿tú quieres

Que tu galan sea una gallina?

¿Tú á qué has de ir? ¡Si supieras

Adan mio, cuan indigna

Hazaña van á emprender

Estos hombres! ¡Ah! tú huirás

De ellos. Tu corazon

Noble, dí, ¿no te avisa

De la bajeza del hecho?

EL CURA.

Vaya una rara salida:

El demonio predicándonos

Un sermon de moralista.

ADAN.

Mira, Salada, no sé

Si la accion que se medita

Es buena ó mala, ni entiendo

Qué es mal ni bien todavía:

Yo allá voy: cualquiera sea

El hecho, dicha ó desdicha

Nos traiga, yo he de seguir

La inspiracion que me anima.

¿Acaso he nacido yo

Para vivir en continua

Agitacion? ¿No podré

Seguir á mi fantasía

Jamás? No, Salada mia:

Glorias y triunfos me pinta

Mi deseo; la fortuna

A mi anhelo campo brinda  
 Donde cumplirlo: yo quiero  
 Ver, palpar cuanto imagina  
 Mi mente: de una ojeada  
 Ver todo el mundo que gira  
 A mi alrededor: allí luego  
 Tú vendrás: donde yo elija  
 Un sitio para los dos.  
 ¡Oh! si me amaras, tú misma  
 Me llevarias.—¿Y quién  
 Habrá jamás que me impida  
 Volar donde yo desee?  
 ¡Fuera injusto! y romperian  
 Mis manos, sí, las cadenas  
 Que aprisionaran mis iras.

PRIMERO.

Bien dicho.

SALADA (con mimo.)

Dime, Adan mio,  
 ¿Me amas? ¿Por qué te irritas?  
 ¡Oh! no te enojas conmigo!  
 Dame un beso, una caricia:  
 Ya que te empeñas en ir.  
 Otro beso. No podrias  
 Ir otra vez, dueño mio,  
 Dejarlo para otro dia?  
 Las horas se me hacen siglos  
 Sin tí, todo me fastidia.

Yo que pensaba esta noche  
 Pasarla en tu compañía  
 Tan feliz, y acariciarte  
 Tanto! no hay mayor desdicha,  
 Tú ya lo sabes, Adan,  
 Que una esperanza fallida.  
 Si te vas ¿qué haré? llorar.  
 Otro beso: no hay delicia  
 Igual: los dos aquí solos  
 Entre amores y caricias  
 Corriendo las horas: yo  
 Te contaré mis fatigas,  
 Mi amor cuando estabas preso.  
 ¡A tí no te cansa oirlas!  
 ¿No es verdad, mi bien? ¡Ah! dame  
 Otro beso

ADAN (conmovido.)

¡Vida mia!

No llores, no, yo te amo....  
 Yo haré lo que tú me pidas.

TERCERO.

Eso es, ya está hecho un mandria.

SEGUNDO.

¡Y lo que sabe la indinal...

EL CURA.

Señores, aquí se quede  
 El que quiera, que maldita



La falta que nadie hace.  
Nuestra condesa de Alcira

(Con intencion á Adan.)

Nos aguarda con sus coches,  
Su palacio y joyerías:  
Nosotros vamos allá,  
Con que, amigo, hasta la vista.

(Dándole á Adan en el hombro.)

SALADA.

¡Maldita sea tu lengua  
Que me arrebató mi dicha!

ADAN.

¡Oh, es verdad! y yo olvidaba....

SALADA (con aspereza.)

¡Adan mio!

Mujer, quita.

(Se arranca de ella, la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adan el primero.)

FIN DEL CUADRO.

## CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,  
Cuando alegre las calles el gentío,  
Y en grupos mil estrepitosos suena  
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reló la una,  
La paz reinaba en el sereno azul;  
Bañaba en tanto la dormida luna  
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento  
De soberbia fachada, en un balcon  
Penetraba su rayo macilento  
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,  
Aureos sofás de blanco terciopelo,  
Sillas de nácar y marfil indianos,  
Los pabellones del color del cielo,

Caprichos raros de la industria humana,  
Relieves y elegantes doraduras,  
Jarrones de alabastro y porelana,  
Magníficas estatuas y pinturas,

La falta que nadie hace.  
Nuestra condesa de Alcira

(Con intencion á Adan.)

Nos aguarda con sus coches,  
Su palacio y joyerías:  
Nosotros vamos allá,  
Con que, amigo, hasta la vista.

(Dándole á Adan en el hombro.)

SALADA.

¡Maldita sea tu lengua  
Que me arrebató mi dicha!

ADAN.

¡Oh, es verdad! y yo olvidaba....

SALADA (con aspereza.)

¡Adan mio!

Mujer, quita.

(Se arranca de ella, la Salada cae desplomada de dolor en una silla. Salen los bandidos, y Adan el primero.)

FIN DEL CUADRO.

## CANTO VI.

Era noche de danza y de verbena,  
Cuando alegre las calles el gentío,  
Y en grupos mil estrepitosos suena  
Música alegre y sordo vocerío.

Sonó pausada en el reló la una,  
La paz reinaba en el sereno azul;  
Bañaba en tanto la dormida luna  
Las altas casas con su blanca luz.

Y en un palacio, alcázar opulento  
De soberbia fachada, en un balcon  
Penetraba su rayo macilento  
Entreabierto el cristal por el calor.

Lámparas de oro, espejos venecianos,  
Aureos sofás de blanco terciopelo,  
Sillas de nácar y marfil indianos,  
Los pabellones del color del cielo,

Caprichos raros de la industria humana,  
Relieves y elegantes doraduras,  
Jarrones de alabastro y porelana,  
Magníficas estatuas y pinturas,



Ornan confusas la soberbia estancia  
Que allá se pierde en mágica crujía,  
Salones tras salones y á distancia  
Se abre de mármol ancha gradería.

Y allá á un jardín, mansion encantadora  
De las hadas, conduce, y mil olores  
Esparce en los salones voladora  
La brisa que los roba de las flores.

¿Quién la deidad, el ídolo dichoso  
De aquel templo magnífico será?  
¿Templo soberbio, alcázar grandioso  
Que con oro amasó la vanidad!

Bella como la luz de la serena  
Tarde que á la ilusión de amor convida,  
El alma acaso de amarguras llena,  
Hermosa en el verano de la vida,

Una mujer dormida sobre un lecho  
Riquísimo allí está, los brazos fuera;  
Palpítale desnudo el blanco pecho,  
Vaga suelta su negra cabellera;

La almohada á un lado, la cabeza hermosa  
En un escorzo lánguida caída,  
Turbios ensueños á su frente ansiosa  
Vuelan tal vez desde su alma herida.

Una velada lámpara destella  
Su tibia luz en rayos adormidos,

En desórden brillando en torno de ella  
Mil lujosos adornos esparcidos.

Aquí un vestido de francesa blonda,  
La piocha allí de espléndidos brillantes,  
La diadema de piedras de Golconda,  
Sobre el sofá los aromados guantes:

De flores ya marchita la guirnalda,  
Allí sortijas de oro y pedrería,  
Arrojada en la alfombra rica banda  
Bordada de vistosa argentería.

Bandas, sortijas, trajes, guantes, flores,  
No os quejeis si os arroja con desden:  
¡El placer, la esperanza y los amores  
Ella arrojó del corazon tambien!

¡Ay! que los años de la edad primera  
Pasaron luego y la ilusión voló,  
Y al partirse dejó la primavera  
Al sol de julio que agostó la flor.

Y al alma solo le quedó un deseo  
Y un sueño le quedó á su fantasía  
Loco afan y engañoso devaneo  
Que en vano en este mundo hallar porfia:

Y el corazon que palpitaba ufano  
Henchido de esperanza y de ventura,  
Donde placer halló, lo busca en vano,  
Perdida para siempre su frescura:

Y en vano en lechos de plumon mullidos,  
En rica estancia de dorado techo,  
Se reclinan sus miembros adormidos  
Mientras despierto la palpita el pecho:

Y en él inquieto el corazon se agita,  
Y un tropel de deseos y memorias  
Su mente á trastornar se precipita  
Volando ansiosa tras mentidas glorias:

Y en vano busca con avaro empeño  
Paz para el corazon en sus rigores;  
Sus ojos cerrará piadoso el sueño,  
Pero no el corazon á sus dolores.

Despierta cuenta con mortal hastío  
Las horas en su espléndida mansion,  
Lánzase al mundo y con afan sombrío  
Huye otra vez de su enojoso ardor:

Todo le cansa, en su delirio inventa  
Cuanto el capricho forja á su placer;  
Y ya cumplido, su fastidio aumenta  
Y arroja hoy lo que anhelaba ayer.

¡Oh! que no hay artífice en el mundo  
Que sepa fabricar un corazon,  
Ni sabio hay, ni químico profundo  
Que encuentre medicina á su dolor!

Los trajes, bandas y aromosas flores,  
Aquellos oros por allí esparcidos,

Extranjeros riquísimos primores  
A que eligiese á su placer traídos,

Viólos apénas y arrojólos luego  
Acá y allá lanzados con desden;  
Que harta su alma y el sentido ciego  
Todo le cansa cuanto en torno ve:

Y duerme ahora, y su entreabierta boca  
Donde entre rosas se entreve el marfil,  
Respira del afan que la sofoca  
Fuego que el corazon lanza al latir;

Sus labios mueve y en su hermosa frente  
Rasgos inquietos crúzanse en monton;  
Cual detras de la nube trasparente  
Sus rayos lanza moribundo el sol;

Y acaso entre una lánguida sonrisa  
Resbalar una lágrima se ve,  
Cual suele al movimiento de la brisa  
Diáfana gota por la flor correr.

¿Por qué esa angustia y respirar violento?

¿Por qué soñando con dolor suspira?

Tan hermosa y con tanto sentimiento,

¡Ay! ¿por qué al corazon lástima inspira?

Un hombre en tanto de feroz semblante,  
De repugnante y rústico ademan,  
Y en la diestra un puñal, con vigilante  
Faz cuidadosa y temeroso andar,



Súbito entró en la estancia y silencioso  
A la dormida dama se acercó,  
Contemplóla un momento receloso  
Y por sus pasos á salir volvió.

«Duerme como un liron,» dijo en voz baja  
A otros que afuera y en aguardo están,  
Y añadió mientras cierra su navaja:—  
«Manos pues á la obra y despachar.»

Y con destreza y silencioso tino  
Abren y descerrajan á porfía  
Alegre el corazón del buen destino  
Que sus intentos favorece y guía:

Y aquí amontonan, y acullá recogen,  
Rompen allí y arrojan con desden,  
Y aquí los unos con cuidado escogen,  
Despedazan los otros cuanto ven;

Y con ansia brutal oro buscando  
Con insaciables ojos la codicia,  
Riquezas y tesoros anhelando,  
Riquezas y tesoros desperdicia.

Estremécese el alma al menor ruido  
De temeroso sobresalto llena,  
Páranse un punto, aplican al oído,  
Y vuelven otra vez á su faena.

Y en medio á su azaroso y mudo empeño  
Rompe el silencio súbito rumor;

Y vuelven todos con airado ceño  
Los ojos con afán donde sonó;

Y lleno de infantil sandia alegría  
Miran á Adán que escucha embelesado  
La estrepitosa súbita armonía  
Que oculta en un reló de pronto hallado.

De gozo el alma y de esperanzas llena  
Y ávido de sorpresa el corazón,  
Indiferente actor de aquella escena  
Registra todo con pueril candor:

Y aquí contempla y palpa los colores  
Del rico pabellon de oro bordado;  
Allí admira los nítidos primores  
Del limpio nácar y el marfil labrado:

Mas allá en la pared le maravilla  
Aparecida mágica figura,  
En cuyos ojos animados brilla  
Cándida luz de celestial dulzura:

Formas aéreas que copió en el cielo  
La mente de Murillo y Rafael,  
Virgen divina, celestial consuelo  
Que trasladó á la tierra su pincel.

Y un caballero vió que le miraba,  
Que vivo allí lo trasladó Van Dyck,  
Que altivo y con desden lo contemplaba  
De noble aspecto y ademan gentil;

Y el tierno amor que el rostro de hermosura  
De la virgen purísima le inspira,  
Trocó luego en orgullo la bravura  
Del caballero aquel que adusto mira.

Intrépidos en él clavó sus ojos  
Brillantes de belleza y juventud,  
Y provocar queriendo sus enojos  
Llegóse á él y le acercó la luz.

Tocóle en fin é imaginóse luego  
Que sombra nada mas la imagen era;  
Y al irse despechado y con despego  
Lanzó al retrato una mirada fiera.

Y volviendo la espalda vió arrogante  
Un mancebo galan que hacía él venia,  
De negros ojos y gentil semblante  
Que al suyo reparó se parecia;

Y sonrióse, y vió con gusto extraño  
Su figura airosísima allí dentro,  
Que tan terso cristal de aquel tamaño  
Nunca hasta entónces la copió en su centro.

Y alegre el corazon miróse al punto  
De sí agradao y reparó en su traje,  
Y volviendo al retrato cejijunto  
Luego lo comparó con su ropaje;

Y parecióle que mejor cayera  
Aquel vestido en él que el que tenia,

Y mejor que su daga considera  
Aquella larga espada que ceñia.

Y una ninfa despues blanca y desnuda  
Al aire ve que suelta se desprende,  
Gentil guirnalda que su salto ayuda  
En sus manos purísimas suspende;

Suavisima figura y hechicera  
En escogido mármol de Carrara,  
Que el aire desprendida va ligera,  
El juicio pasma y los sentidos pára.

Todo lo mira Adan, todo lo toca,  
Todo lo corre con prolijo afan,  
Y allá en los sueños de su mente loca  
Ser gran señor imaginando está:

Y carrozas, y triunfos, y contentos,  
Raudos caballos de indomables brios,  
Y raros y magníficos portentos  
Brindan á su ansiedad sus desvarios.

Y esto deja entre tanto, aquella toma,  
Destapa un pomo de dorada china,  
Viértese encima su fragante aroma,  
Allá á otro objeto su atencion inclina;  
Toca y enciende un rico pebetero,  
Báñase en ámbar súbito la estancia;  
Y en un sillón sentándose frontero  
Gózase en su dulcísima fragancia.



Mas allá relumbrante joyería  
Sobre una mesa derramada está,  
Y se prende una flor de perdrería;  
Luego al espejo á contemplarse vá:

Niño inocente que encantado vaga  
En medio al crimen que acompaña ciego,  
Que cuanto en torno ve todo le halaga  
Y á todo codicioso acude luego:

Que de la cárcel á los dulces lazos  
Pasó encantado en su primer amor,  
Y la bella Salada entre sus brazos  
Enamorada de él le aprisionó:

Que luego el mundo apareció á sus ojos  
Adornado de gala y de alegría,  
Y su vista creó nuevos antojos,  
Nuevos ensueños que gozar ansía:

Y libre allí cual caprichoso niño,  
Que alegre corre y libre se figura,  
Si burló acaso el maternal cariño  
Y por campo y ciudad va á la ventura;

Así la dulce libertad sentida,  
Adan huyó de su infeliz manola;  
Y allí en su gozo embebecido olvida  
La que le llora enamorada y sola:

Y así mirando y revolviendo todo  
Párase ante un magnífico reló,

Y de gozarlo imaginando modo  
Toca, y la oculta música sonó.

Al impensado estrépito los ojos  
Volvieron todos, y mirando á Adan  
Saltaron á sus rostros los enojos  
Y aun alguno echó mano á su puñal:

— «Clávale ahí: maldita sea la hora  
Que eso menguado con nosotros vino.»  
— « Por poco señor Curro se acalora, »—  
Repuso Adan mirando al asesino.

Y con sereno rostro y con desdén  
Señalando al puñal se sonrió,  
Dobló el bandido á su sonrisa el ceño  
Y colérico á herirle se arrojó.

Trabárase la lid si un alarido,  
Un agudo chillido penetrante  
Parando el movimiento al forajido,

— «Alto, dijo, volviéndose, hablar quedo,  
Voy á tapar la boca á esa mujer:  
Nadie se mueva, no hay que tener miedo;  
Hacer el hato vivo y recoger.»

¡Favor, favor! con afanoso acento  
Una mujer en su desó, den bella,  
Súbite en el salón falta de aliento,  
Y que en sus propios pasos se atropella,

Presentáse y mirando á los bandidos  
Siente la voz helársele y suspira  
Y piedad implorando entre gemidos  
Los bellos ojos temerosos gira.

Ojos que vierten lágrimas, que velan  
Su clara luz realzando su ternura,  
Mientras suspiros de sus labios vuelan  
Con fatiga que aumenta su hermosura;

Y mientras caen los agitados rizos  
Que la sofocan á su ansiosa faz,  
Aumenta en su congoja sus hechizos  
La blanca mano que á apartarlos va:

Y su voz que se ahoga entre suspiros  
Simpática enternece el corazón,  
Ecos suaves, regalados tiros  
Que al corazón de Adán lanza el amor:

Sintió piedad mirándola afligida,  
Que era su hermoso rostro como el cielo,  
Cuando si llueve en la estación florida  
Colora el sol el trasparente velo.

¿Qué ciegos ojos la beldad no encanta?  
¿Qué duro corazón no vuelven blando  
Los ojos lastimeros que levanta  
Al cielo la mujer que está llorando?

Los ladrones allí y en torno de ella,  
Los estúpidos rostros agitados,

Y ella postrada y en extremo bella  
Los ojos y los brazos levantados.

—«¡Silencio, juro á Dios!—Con mano ruda  
Dijo asiéndola un brazo el capataz,  
Atale ese pañuelo, atrás lo anuda,  
Y que hable para sí si quiere hablar.»

Díjole á otro que á la dama hermosa  
Un pañuelo doblando se acercó,  
Mientras el capataz con su callosa  
Mano la boca á la infeliz tapó.

Miraba Adán, miraba á la hermosura  
De la gentil y dolorida dama;  
Miraba luego á la cuadrilla impura  
Que su belleza con su aliento infama.

Y cuando al bruto bandolero mira  
Poner su mano rústica en su boca,  
Arrebatado en generosa ira  
Que á fiera lid su corazón provoca,

Tira de su cuchillo y se adelanta  
Saltando en medio al círculo, y cogió  
Del cuello al capataz con fuerza tanta  
Que en el suelo de espaldas le arrojó:

Y en la diestra el puñal, la izquierda tiende  
Describiendo una línea circular;  
Y la turba que al verle se sorprende  
Dos ó tres pasos échase hácia atrás.



¡Oh! ¡Cuán hermoso en su gallardo empeño  
Palpitante la faz, vivos los ojos,  
Vuelve el bizarro mozo, y cuál su ceño  
Añade gentileza á sus enojos!

Aquellos rizos que en sus hombros flotan  
Tirada atrás la juvenil cabeza,  
Las venas que en su frente se alborotan,  
Su ademan de bravura y ligereza,

Y aquella fama que postrada llora,  
Yerta á sus piés y la razon perdida;  
Y que azorada y temerosa ahora  
Yace temblando á su rodilla asida;

Y en torno de él las levantadas diestras  
De sus contrarios del cuchillo armadas,  
Con ademanes y feroces muestras  
Su muerte á un tiempo amenazando airadas;

En medio aquel desorden y el despojo,  
Cuán grande en ardimiento y gallardía  
Muestran al mozo que en su noble arrojo  
Un génio fabuloso parecia.

Alzase en tanto la navaja en mano,  
Los labios comprimidos de la ira,  
Como pisada víbora el villano  
Que cayó al suelo y que rencor respira:

Y él y los otros al mancebo saltan;  
Salta el mancebo que los ve llegar,

Y ántes que á él lleguen los que así le asaltan  
Logra la espalda en la pared guardar.

Quieto allí contra el ángulo resiste  
Ojo avisor el ímpetu primero,  
Y á veces salta y en la turba embiste  
Con presto brinco y con puñal certero.

Y en silencio que solo algun rugido  
Sordo rompe ó mascada maldicion,  
Sigue la lucha, y al mancebo ardido  
La vil canalla acosa en derredor.

Como trailla de feroces perros  
Sobre el cerdoso jabalí que espera,  
Con diente avaro y encrespados cerros  
Se arrojan á cebar su saña fiera;

Y aquí y allá con ávida porfía  
Le acosan, y el colérico animal  
En cada horrible dentellada envía  
La muerte al enemigo mas audaz.

Así, pero no así, sino mas fieros,  
Con mayor furia y sin igual rencor  
Acometen á Adán los bandoleros,  
Crece la lucha y crece su furor;

Y cual ligero corzo que parece  
Saltando zanjas que en el aire va,  
Salta si un golpe á su intencion se ofrece,  
Y vuelve á la pared cuando lo da:

Y entre ellos luchando, en medio de ellos  
 Revuélvese y barájase y desliza  
 Su cuerpo, y fatigados los resuellos  
 Pueden apenas sostener la liza,  
 Y qui derriba al uno, al otro hiere,  
 Y como *terne* diestro se repara,  
 Y á todos á uso de la cárcel quiere  
 Marcales las heridas en la cara;  
 Y unos turbados de manejo tanto,  
 Y otros caídos de vencida van,  
 Cuando los gritos á aumentar su espanto  
 Llegan de gentes que se acercan ya.

« La justicia, » dijeron, y el violento  
 Choque suspenden, corren al balcon,  
 Y Adan corre tambien, y huye al momento  
 Que la palabra de *justicia* oyó.

¡Fatal palabra! La primera ha sido  
 Que oyó en su vida pronunciar tal vez;  
 Hospedado en la cárcel la ha aprendido  
 Y ni en sus sueños la olvidó despues.

Oyó justicia y olvidó á la hermosa  
 Dama que generoso defendió,  
 Riquezas, lujo, estancia suntuosa,  
 Y allá á la calle del balcon saltó.

Y sin pensar, sin calcular la altura  
 Unos tras otros á la calle van:

Ninguno allí del compañero cura,  
 Sálvase como puede cada cual;

Pero hubo alguno que en tamaño aprieto  
 Mas práctico y sereno, haciendo un lio  
 De cuanto recoger pudo en secreto  
 Sin curar las palabras tuyo y mio,

Saltó á la calle con sagaz donaire  
 Apretada su prenda al corazon;  
 Y desprendido se soltaba al aire  
 Cuando la gente en el salon entró.

Cuenta la historia que el audaz mancebo,  
 Como en Madrid tan nuevo,  
 Corrió dos ó tres calles sin destino  
 Y huyendo acá y allá y á la ventura  
 Solo se halló y en una calle oscura  
 Al saltar del balcon perdido el tino,  
 Y luego se asegura,  
 Y mira en derredor si alguien le sigue,  
 Y tranquilo prosigue,  
 Mas sin saber adónde su camino  
 Iba despacio andando.  
 Súbita hirió su oido  
 La bulla y bailoteo  
 De una cercana casa, y al ruido  
 Dirigió nuestro héroe su paseo.



Rumor de gente y música se oía  
 Y voces en confusa algarabía,  
 Y al estrépito alegre se juntaba  
 Choque gentil de vasos y botellas,  
 Y al son de la guitarra acompañaba  
 Alguno que cantaba,  
 Y con lascivos movimientos ellas.

Dió la vuelta á la esquina,  
 Y en la casa del baile y la jarana  
 Vió con sorpresa que á calmar no atina  
 De par en par abierta una ventana,  
 Y en una estancia solitaria y triste  
 Entre dos hachas de amarilla cera  
 Un fúnebre ataúd, y en él tendida  
 Una jóven sin vida,  
 Que aun en la muerte interesante era.  
 Sobre su rostro del dolor la huella  
 Honda grabado habia

Doliente el alma el arrancarse de ella  
 En su congoja y última agonía.  
 Y allí cual rosa que pisó el villano  
 Y de barro manchó su planta impura,  
 Marcada está la mano  
 Que la robó su aroma y su frescura,  
 Una mujer la vela,  
 Vieja la pobre, y llora adolorida  
 Junto al cadáver, y volverle anhela  
 Con besos á la vida:

Y ora llorando olvida  
 Hasta el estruendo y fiesta bulliciosa,  
 Que á alterar de la estancia dolorosa  
 La lúgubre paz viene,  
 Y en darla dulces nombres cariñosa  
 Y en besar á la muerta se entretiene;  
 Y á veces abren súbito la puerta  
 Que adentro lleva adonde suena danza,  
 Y sin respecto y de tropel se lanza  
 Un escuadron de mozos que la muerta  
 Con impureza loca contemplando  
 Búrlanse de la vieja, profanando  
 Con torpes agudezas la sombría

Misera imágen de la muerte fria.  
 Y ella es de ver, la vieja codiciosa  
 En medio de su amarga  
 Y sincera afliccion, cual la rugosa  
 Mano al dinero alarga,  
 Y á los mozos impíos  
 Los llama entre sollozos *hijos míos*,  
 Y de llorar ya rojos  
 Enjuga en tanto sus hinchados ojos.  
 Y entre suspiros mil echa su cuenta,  
 Y luego se lamenta  
 De nuevo, y á su mísero quebranto  
 Volviendo la infeliz, vuelve á su llanto.

Y en tanto alegre suena  
 En la cercana sala el vocerío,

La danza, el canto y bacanal faena,  
 Regocijo, guitarra y desvarío.  
 Miraba Adán escena tan extraña  
 Con piadoso interés desde la reja,  
 Y á la cuitada vieja,  
 Que en agradar sus huéspedes se amaña,  
 A par que en llanto de amargura bana  
 El cadáver aquel que parecía  
 Que con toda su alma lo quería.  
 Y el baile y la alegría  
 De la cercana estancia le admiraba,  
 Y el bullicioso y placentero ruido  
 Que confuso llegaba  
 A mezclarse á deshora á su gemido.  
 Y de saber y averiguar curioso  
 El caso doloroso  
 Que unos celebran tanto,  
 Y aquella mujer llora  
 Con tanto amargo llanto,  
 Llamó luego á la puerta, y desfadada  
 Una moza le abrió toda escotada!  
 El traje descompuesto,  
 Con desgarrado modo y deshonesto.  
 Y entró en un cuarto donde vió una mesa  
 Entre la niebla espesa  
 De humo de los cigarros medio envueltos,  
 Seis hombres asentados  
 Con otras tantas mozas acoplados,  
 En liviana postura,

Que beben y alborotan á porfía,  
 Y aquel el vaso apura  
 Y el otro canta y en inmunda orgía,  
 Con loco desatino  
 Al aire arrojan vasos y botellas  
 Ellos gritando, y en desorden ellas,  
 Y con semblantes que acalera el vino.  
 Y aquel perdido el tino  
 Tiéndese allí en el suelo,  
 Y este bailando con la moza a vuelo  
 A las vueltas que traen  
 Tropezando en su cuerpo de repente,  
 Ella y él juntamente  
 Sobre él riendo á carcajadas caen.  
 Bebe tranquilo aquel, disputan otros,  
 Brincan aquellos como ardientes potros,  
 Que roto el freno por los campos botan,  
 Y mientras todos juntos alborotan,  
 Alguno con el juicio ya perdido  
 Murmura en un rincón medio dormido.  
 Solicita una moza al forastero  
 Llegóse y preguntóle qué quería,  
 Llamándole buen mozo, lo primero.  
 «Quisiera yo, alma mía,  
 Adán le respondió, si se me deja,  
 Ver á esa pobre vieja  
 Que está en ese aposento  
 Velando á la difunta.» — ¡Ay, es su hija!  
 A las seis se murió: buen sentimiento



Nos ha dado la pobre: era una rosa:  
 Todas nosotras la queríamos tanto!  
 Dios la tenga consigo: tan hermosa  
 Y ahora muerta, vea vd, ¡pobre Lucía!  
 Razon tienen en llorar doña María.  
 Entre usted por aquí.»—Y abrió una puerta  
 Y hallóse Adan con la afligida madre,  
 Y el cadáver miró, y á hablar no acierta.  
 Reina siempre en redor del cuerpo muerto  
 Una tan honda soledad y olvido,  
 Tan inmensa orfandad, allí tendido  
 Desamparado ya del trato humano,  
 Sin voluntad, sin voz, sin movimiento,  
 Que en vano el pensamiento  
 Presume ahondar tan misterioso arcano,  
 Y recogido su ambicioso giro  
 Pliegase el corazon que ahoga un suspiro.

Miraba Adan, miraba los despojos  
 De aquella un tiempo que animó la vida,  
 Sobre el cadáver los innobles ojos  
 Y el alma con angustia y dolorida:  
 Y turbia y embebida  
 La mente contemplándola allí atento,  
 Embargó sus sentidos  
 Un mudo inexplicable sentimiento  
 En el vacío del no ser perdidos.

Y olvidó donde estaba,  
 Parado y aturdido el pensamiento,

Y miraba y callaba  
 Sin hacer ademan ni movimiento,  
 Mas que de cuando en cuando suspiraba.

Rompió el silencio la angustiada vieja  
 Con lastimada voz, y entre quebrantos,  
 Que encuentra eco á su doliente queja  
 Y halla un consuelo entre pesares tantos,  
 Viendo al mancebo aquel desconocido  
 Lloroso como ella y adolorido.

— «Véala usted, señor, cuando cumplia  
 Apenas quince años!... hija mia!»

— «Buena mujer, repuso con ternura  
 Volviendo Adan en sí de su letargo,  
 ¿Cómo en tanta tristura,  
 En tanto duelo y sentimiento amargo,  
 Permitís ese estrépito á deshora  
 Y danza y bulla tanta,  
 Mientras dolor tan íntimo quebranta  
 Vuestro llagado corazon que llora?»

— «¡Ay, respondió la vieja desolada,  
 Vivo de eso, señor; no tienen nada  
 Que hacer esos señores  
 Conmigo y mis dolores!  
 Vivan ellos allá con sus placeres,  
 Y mientras besan el ardiente seno  
 De esas locas mujeres,  
 Yo con el corazon de angustias lleno  
 Beso aquí solitaria en mi agonía

La boca de mi hija muda y fría.  
 ¡Hija mía, hija mía!  
 ¡Ah, para el mundo demasiado buena!  
 Dios te llevó consigo:  
 Mas es dura mi pena,  
 Y cruel, aunque justo, mi castigo.»

Dijo; y rompió con tan amargo llanto  
 Que la voz le robó su sentimiento,  
 Y en su mortal quebranto,  
 Convertido en sollozo su lamento,  
 El llanto que hilo á hilo le caía,  
 Por sus mejillas pálidas corría.

— «Yo, buena madre, ignoro,  
 Nuevo en el mundo aun, lo que es la muerte,  
 Adán le respondió; pero ¿quién pudo  
 Arrebatár sano  
 La que fué vuestro encanto de esa suerte?  
 ¿Será imposible ya darla la vida?  
 La antorcha ahora encendida  
 Si la apaga mi soplo de repente  
 Juntándola otra luz, resplandeciente  
 Torna al punto á alumbrar: ¿y aquella llama  
 Que en la existencia de esa niña ardía  
 No hay otra luz que renovarla pueda?  
 ¿Acaso inmóvil para siempre y fría  
 Con el aliento de la muerte queda?  
 Vos sois pobre tal vez... ¡ah! con dinero  
 Quizá se compre; débil y afligida,

Gastaron ya, y el elixir de vida  
 Se halla léjos de aquí... decidme dónde  
 Decidme do se esconde,  
 Y yo allá volaré, sí, yo un tesoro  
 Robaré al mundo y compraré la vida,  
 Y la apagada luz, luego encendida,  
 Vereis brillar, y enjugaré ese lloro,  
 Volviendo al mundo la que os fué querida.

¿Dónde, decidme, encontraré yo fuego  
 Que haga á esos ojos recobrar su ardor,  
 Dónde las aguas cuyo fértil riego  
 Levante fresca la marchita flor?»

Dijo así Adán con entusiasmo tanto,  
 Con tan profunda fé, con tanto celo,  
 Que la vieja, á pesar de su quebranto,  
 Alzó á él los ojos con curioso anhelo.

— «¡Pobre mozo, deliras!  
 Si comprar esa vida se pudiera,  
 Esta vieja infeliz que yerta miras,  
 Por un hora siquiera,  
 Por un solo momento  
 De ver abrir los ojos celestiales,  
 Y otra vez escuchar el dulce acento  
 De la hija querida de su alma,  
 ¿Qué puedes figurarte que no haría?  
 ¿Qué crimen, que castigo  
 Por recobrarla yo no arrostraría,  
 Y otra vez verla palpar conmigo?  
 ¿Sabes tú que una hija es un pedazo



De las entrañas mismas de su madre?  
 Por un beso no mas, por un abrazo,  
 Y morirme despues, el mundo entero  
 Pidiendo una limosna correria,  
 Y con los piés desnudos y mi llanto,  
 Piedras enterneciera en mi quebranto  
 Y al mundo mi dolor lastimaria.  
 ¡Oh! que del alma mia  
 Pobre Lucía, te arrancó la muerte,  
 Y el corazon contigo de mi pecho  
 Arrancó de esa suerte,  
 A tantos males y aficciones hecho!  
 ¡Hora fatal, maldita  
 Por siempre la hora aquella  
 Que el hombre te contempló tan bella!  
 ¡El Señor me la dió y él me la quita!  
 ¡Cómo ha de ser!... — Y el corazon partido,  
 Secos los ojos exhaló un gemido.

En remolinos mil su pensamiento  
 Vagando Adan por su cabeza siente,  
 Que no acierta á explicarse el sentimiento  
 Que á par que el corazon turba su mente.  
 — ¡El Señor me la dió y él me la quita!  
 Repite luego en su delirio insano,  
 Y penetrar tan insondable arcano  
 Su mente embarga y su ansiedad irrita.

El Dios, ese que habita  
 Omnipotente en la region del cielo,

¿Quién es que inunda á veces de alegría,  
 Y otras veces cruel con mano impía  
 Llena de angustia y de dolor el suelo?  
 Nombrar le oye doquiera.  
 Y á todas horas el mortal le invoca,  
 Ora con ruego ó queja lastimera,  
 Ora tambien con maldiciente boca.  
 Tal devanaba Adan su pensamiento  
 Que en vano ansioso comprender desea,  
 Y en medio al rudo afan que le marea  
 Los hombros encogió: dudas sin cuento  
 De su ignorancia y su candor nacidas,  
 No del alma lloradas y sentidas,  
 Sueños de su confuso entendimiento,  
 Su mente asaltan, y por vez primera  
 Adan súbito siente  
 Volar queriendo, sin saber adónde,  
 Del corazon ardiente  
 La perpétua ansiedad que en él se esconde.  
 — «¿Cómo en vuestro dolor, dijo inocente,  
 Madre infeliz, la cana cabellera  
 Tendida al aire, los quemados ojos  
 Con nuestra lastimera,  
 Y bañadas de lágrimas, de hinojos  
 No os postrais ante Dios? ¡Ah! si él os viera  
 Desdichada á sus piés cual yo los míos  
 Y los ojos de lágrimas dos rios,  
 Y ese del corazon hondo lamento  
 De amarga y melancólica querella  
 Oyera, y el profundo sentimiento

Que en esa seca faz marcó su huella,  
 Y en vuestro corazon fijó su asiento,  
 Contemplara cual yo: ¿por qué á la rosa  
 Que súbito secó ráfaga impura  
 No renovara su color hermosa,  
 Y volviera su amor y su frescura?  
 Desdichada mujer, ¡oh! ven conmigo,  
 Juntos horemos á sus piés tus penas,  
 Él nos dará su bondadoso abrigo;  
 A la fuente volemos  
 Eterno manantial de eterna vida,  
 Y la rica simiente allí escondida  
 Juntos recogeremos.  
 Seca, buena mujer, tu inútil llanto,  
 Vuélvate la esperanza tu energía,  
 Y el cuadro de tu misero quebranto,  
 Soledad y agonía  
 Muestra á ese Dios, y con humilde ruego  
 Que no será, confía,  
 Sordo á tus quejas, ni á tu llanto ciego.

La vieja en tanto levantó los ojos  
 Al techo, y murmuró luego entre dientes  
 Quizá sordas palabras maldicientes,  
 O quizá una oracion; el mas sufrido  
 Suele échar en olvido  
 A veces la paciencia, y darse al diablo,  
 Y usar por desahogo  
 Refunfuñando como perro dogo  
 De algun blasfemador rudo vocablo:

Mas todo se compone  
 Con un Dios me perdone,  
 Que así mil veces yo salí del paso  
 Si falto de paciencia juré acaso,  
 Y cierto, vive Dios, si no jurara  
 Que el diablo me llevara,  
 Que cuando ahoga el pecho un sentimiento  
 Y el ánimo se achica, porque crezca,  
 Y el corazon se ensanche y se engrandezca  
 No hay suspiro mejor que un juramento.  
 Y aun es mejor remedio  
 Para aliviar el tedio,  
 Mezclarlo con humildes oraciones,  
 Como al son blando de acordada lira  
 La voz de melancólicas canciones,  
 Confundida suspira;  
 Y así tambien se dobla la esperanza,  
 Que adonde falta Dios, el diablo alcanza.  
 Yo á cada cual en su costumbre dejo,  
 Que á nadie doy consejo,  
 Y así como el placer y la tristeza  
 Mezclados vagan por el ancho mundo,  
 Y en su cauce profundo  
 A un tiempo arrastran flores y maleza,  
 Así suelen tambien mezclarse á veces  
 Maldiciones y preces,  
 Y yo tan solo lo que observo cuento,  
 Y á fé no es culpa mia  
 Que la gente sea impía  
 Y mezcle á una oracion un juramento.



Testigo aquella vieja  
De la antigua conseja  
Que á San Miguel dos velas la penia,  
Y dos al diablo que á sus piés estaba,  
Por si el uno fallaba  
Que remediase el otro su agonía.

Mas juro, vive Dios, que estoy cansado  
Ya de seguir á un pensamiento atado  
Y referir mi historia de seguida,  
Sin darme á mis queridas digresiones,  
Y sábias reflexiones  
Verter de cuando en cuando, y estoy harto  
De tanta gravedad, lisura y tino  
Con que mi historia ensarto.  
¡Oh, cómo cansa el órden! no hay locura  
Igual á la del lógico severo;  
Y aquí renegar quiero  
De la literatura  
Y de aquellos que buscan proporciones  
En la humana figura  
Y miden á compas sus perfecciones.

La música no ois y la armonía  
Del mundo, donde al apacible ruido  
Del viento entre los árboles y flores,  
Se oye la voz del agua y melodía,  
Y del grillo y las ranas el chirrido  
Y al dulce ruiseñor cantando amores:  
Y las de mil colores,

Nubes blancas, y azules, y de oro,  
Que el cielo á trechos pintan;  
La blanca luna, el estrellado coro  
No veis y negras sombras á lo léjos,  
Y entre luz y tinieblas confundidos  
El horizonte terminar perdidos  
Negros velos y espléndidos reflejos?  
Y la noche y la aurora . . . .  
Pues entónces . . . . Mas basta, que yo ahora  
Del rezo ó juramento  
Que allá entre dientes pronunció la vieja,  
Así como el que deja  
Senda escabrosa que acabó su aliento,  
Al llegar á este punto me prevalgo  
Y de este canto y de su historia salgo.

FIN.



NUEV  
LIOTEC